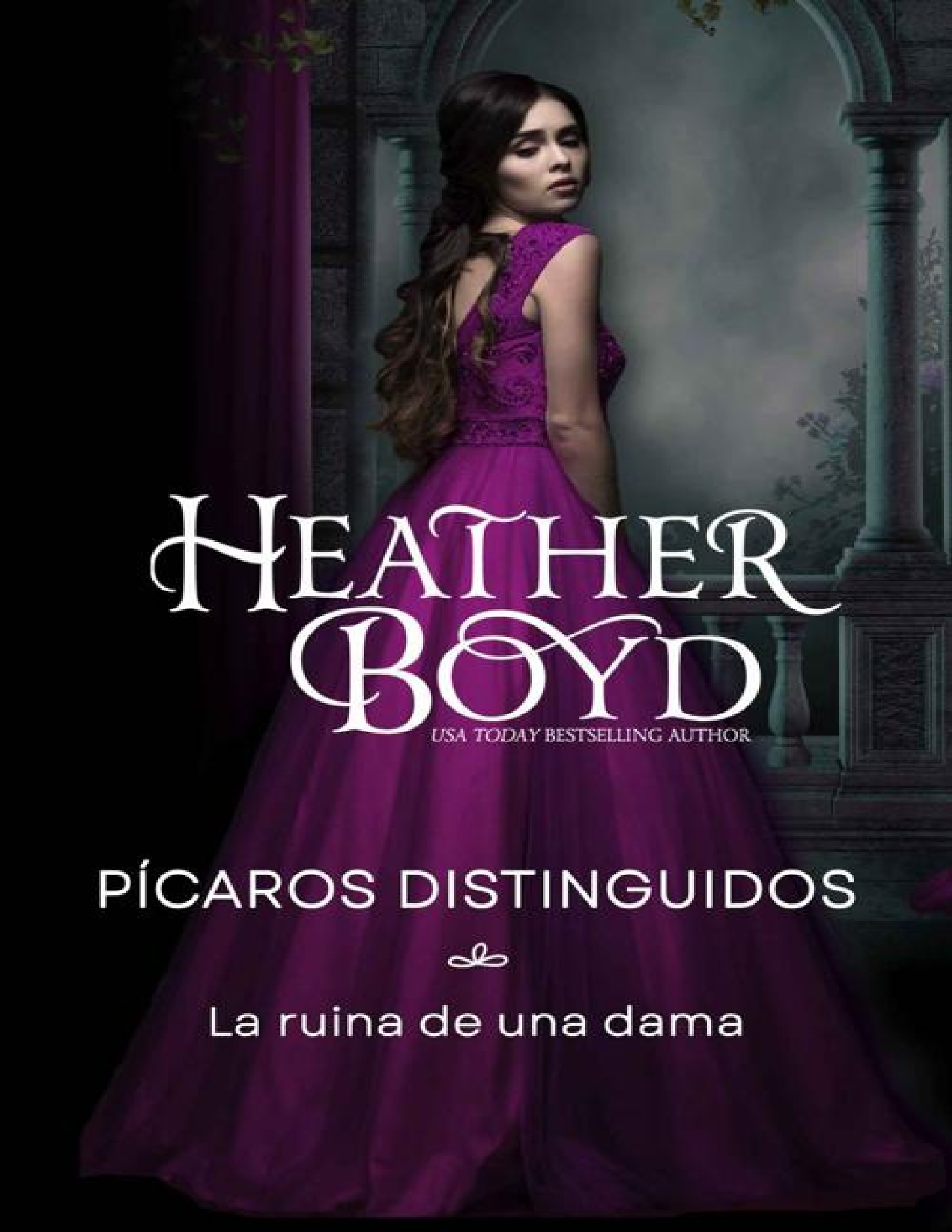


PÍCAROS DISTINGUIDOS

La ruina de una dama

LA RUINA DE UNA DAMA

PÍCAROS DISTINGUIDOS
LIBRO 6

HEATHER BOYD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

IRIS HEDLEY NO le temía al mundo, aunque una serie de desafortunados acontecimientos le habían arrebatado todo lo que alguna vez le había resultado reconfortante. A sus veintiún años, debería haber estado establecida en un matrimonio como tantas de sus antiguas amigas, en lugar de quedarse soltera y ser una visitante secreta de la prisión de Marshalsea para caballeros endeudados.

—Ven a comer, padre —le instó con suavidad mientras pulía la cuchara de Alexander Hedley para que brillara tanto como podía lograr aquella pobre pieza abollada, y luego la colocó junto al refrigerio de contrabando que le había servido. Oh, cuántas veces el recuerdo de su antigua y feliz vida familiar le provocaba un nudo en la garganta y le hacía añorar lo que se había perdido en los últimos años.

Desafortunadamente, como se había vuelto su costumbre, su padre no se movió de su posición encorvada al borde de su catre en la habitación que compartía con otros dos hombres en el húmedo barracón. Alguna vez había sido un hombre excelente, adinerado, poseedor de gran ingenio e inteligencia, cortejado por aquellos en la sociedad que valoraban tales cualidades. Ahora, a menudo se quedaba mirando al vacío, absorto en sus propios pensamientos y perdido en sus recuerdos del pasado.

El cambio había comenzado antes de su encarcelamiento y ella temía por él. Su padre no había sobrellevado bien su confinamiento, pero suponía que pocos caballeros independientes lo hacían. No estaba en su sano juicio. No había sido él mismo en mucho tiempo.

—¿Padre?

Él refunfuñó:

—¿Ganso otra vez?

La pechuga de ganso fría y la sopa de nabo eran un lujo en este lugar, pero Iris no se atrevía a recordarle su situación. Estaba agradecida de que la cocinera de Lady Heathcote reservara esta comida todos los días, pero siempre era consciente de que gastaba el dinero de otra persona para cuidar a su padre. Señalar ese hecho solo aumentaba su angustia.

—Sí, papá. Ven y siéntate ahora para que pueda compartirlo contigo.

Como esperaba, su padre se animó al saber que ella compartiría la comida con él y se sentó en el taburete junto a la mesa improvisada. Ella le entregó la cuchara para que pudiera empezar con su sopa.

—No puedo quedarme mucho tiempo hoy. Lady Heathcote me ha dado una lista de recados que hacer en su nombre antes del entretenimiento de esta noche.

Su padre miró la cuchara por un momento y luego agarró el cuenco de sopa fría y bebió directamente de él. Se estremeció, se limpió la boca con la servilleta y luego miró de reojo el

plato de ella, donde reposaba una sola loncha de ganso.

—Lady Heathcote tiene sirvientes para hacer recados —refunfuñó—. Y tú deberías estar descansando para estar preparada para la noche.

—No me importa ayudarla. Hacer recados a la modista me da algo que hacer durante el día, y de alguna manera compensa la carga de proporcionarme comida y alojamiento. Estoy en deuda con ella.

Esme, una viuda popular de fortuna independiente, la había acogido antes de que su padre huyera del país y de sus deudas. No le gustaba imaginar qué le habría pasado sin Esme.

Al principio, su padre había permanecido en el continente para evaluar su verdadera situación, dejando a Iris al cuidado temporal de Esme con la promesa de regresar pronto. Mientras estuvo fuera, la magnitud de sus pérdidas debió de atormentarle y regresó mucho antes de lo esperado, solo para entregarse a sus acreedores. Había entrado en Marshalsea voluntariamente, aunque pocos conocían ese pequeño detalle, y ella planeaba mantenerlo así. El recuento de pérdidas había aumentado constantemente en su contra hasta que Iris temió que nunca fuera libre. Esme insistía en ocultar su ubicación por el bien de su reputación, pero era difícil permitir que otros creyeran que su padre la había abandonado por una vida en el extranjero.

—Una mujer debería tener su propio hogar, un hijo al que hacer saltar sobre sus rodillas y una situación respetable —suspiró su padre y miró a su alrededor con tristeza—. Esta no es la vida que quería para ti.

Lo que él había deseado era que Iris se casara con un vizconde, tuviera una casa en el corazón de Mayfair y una docena de nietos sentados en su regazo mientras él bebía whisky en una biblioteca. Desafortunadamente, una vida de esa naturaleza les sería negada para siempre a ambos. Su padre estaba arruinado por completo y apropiadamente, e Iris, a pesar de todo lo que Esme había hecho para protegerla, había caído víctima de hombres codiciosos y sin escrúpulos.

Lo abrazó con fuerza.

—Saldremos adelante, papá, nunca lo dudes.

A pesar de sus palabras, a Iris le resultaba difícil mantenerse optimista, especialmente aquí en este lugar lúgubre. Quizás era mejor que su padre a menudo no pudiera recordar que era enteramente culpable de las decisiones que había tomado y que lo habían llevado a este lugar húmedo e indeseable.

Mientras su padre terminaba su comida, ella comenzó a empacar de nuevo su cesta y luego a prepararse para enfrentarse al carcelero.

—El carcelero preguntó por el nombre de tu institutriz esta mañana. Creo que desea que su hija tuviera la mitad de tu gracia.

—Solo está siendo cortés, papá.

El verdadero interés del carcelero era el chantaje. Podría tener una hija, casi en edad de casarse, pero Iris debía entregarle fondos para asegurarse de que su padre fuera atendido en su ausencia. Más fondos de Esme. Iris se mordió el labio mientras la preocupación la invadía. Esme ya hacía demasiado y había que encontrar una fuente alternativa de fondos para mantener a su padre. Algún día pronto, debía intentar devolverle a Esme sus muchas bondades.

Desafortunadamente, había pocas opciones honorables para una mujer que necesitaba mejorar su vida. El matrimonio, por supuesto, era la opción preferida para que una joven se elevara en la sociedad. Atrapar a caballeros adinerados y titulados había sido el objetivo final de sus amigas. Con su otrora sustancial dote, Iris había tenido para elegir entre cualquiera y había escogido a un joven con el modesto título de vizconde porque era el que más le gustaba de todos

sus pretendientes. Lord Grindlewood no había sido un hombre rico y su dote les habría asegurado una vida cómoda.

Sin embargo, antes de que pudieran casarse, su padre había perdido su fortuna, incluida su dote. Iris se había sentido obligada por el honor a liberar a Lord Grindlewood de su compromiso.

Sus posibilidades de un segundo matrimonio habían perecido con su dote y eso la dejaba solo con opciones desagradables.

—Tengo la intención de hablar con Fitzhugh de camino a la salida para preguntar por su esposa e hijas —mintió—. No han gozado de la mejor salud últimamente.

—Si debes distinguirlo para conversar, asegúrate de tener cuidado con tu reputación y mantente a una distancia respetable al aire libre —le advirtió su padre innecesariamente—. No quiero que nadie malinterprete tu interés por su familia como un intento de obtener dispensación pecuniaria en mi nombre.

A través de sus visitas diarias a la Marshalsea, se le habían presentado un sinfín de opciones escandalosas para forrar sus bolsillos. El robo era desenfrenado alrededor de la Marshalsea y había aprendido a llevar poco de valor y a no mirar directamente a nadie durante mucho tiempo.

Las prostitutas que exhibían sus mercancías en el patio con la esperanza de conseguir clientes eran casi imposibles de esquivar, pero le daban un atisbo de un posible futuro para ella. Aunque había rechazado cualquier avance indebido de hombres, y mujeres también, desde la caída de su padre y había conservado su inocencia, tal profesión final podría ser el único medio de asegurar un ingreso regular sustancioso con el cual cuidar a su papá. Se decía que los caballeros pagaban generosamente a sus amantes si quedaban satisfechos en la cama. Fitzhugh ya había expresado interés en acostarse con ella, lo cual había rechazado.

Se estremeció y presionó sus guantes contra sus frías mejillas. —Mantendré nuestra conversación lo más breve posible —le aseguró—. Nunca me entregaré a Fitzhugh, pero podría no tener otra opción que convertirme en la amante de alguien más. Debo irme.

Su padre miraba por la pequeña ventana de la habitación del cuartel sin idea de su tormento interior; sin saber que Iris estaba contemplando una vida más allá de la buena sociedad en el demimonde. Su orgullo ya maltrecho nunca soportaría la decepción de su caída, así que no le diría nada hasta que hubiera tomado una decisión sobre el asunto.

Él la tomó del brazo cuando se puso de pie. —Tendrás cuidado allá afuera.

—Por supuesto, padre. —A decir verdad, era más peligroso en la Marshalsea para una mujer en su situación. Al carcelero le gustaba recordarle que no se diera aires por encima de nadie más. Los ladrones, incluso los cómplices de ladrones, tenían que adherirse al orden jerárquico. Ella estaba en el fondo de la jerarquía y era totalmente prescindible en el esquema de las cosas. El carcelero se llevaba su parte de lo que ella ayudaba a otros a robar, pero la verdadera riqueza iba a otra parte. El comportamiento solícito de Fitzhugh y sus amables preguntas enmascaraban su verdadera intención, ya que nunca dejaba de recordarle quién estaba realmente a cargo de su vida.

Besó la parte superior de la cabeza gris de su padre. —Siempre soy cuidadosa.

Él también se puso de pie y colocó la mano de ella en su brazo. La condujo por la destartalada escalera de madera hasta el patio como si estuvieran llegando a un baile. En el camino hacia la puerta principal, saludó con la cabeza a otros prisioneros pero mantuvo distancia de ellos. El Sr. Fitzhugh, rodeado de otros presos, holgazaneaba contra la puerta siguiendo su progreso con ojos entrecerrados. Hacía girar sus llaves, una táctica para recordarle a todos que él estaba a cargo. Ella lo odiaba pero no se atrevía a mostrar cuánto. Si no fuera por la necesidad de su padre, le diría exactamente lo que pensaba de él y sus supuestos amigos.

Sin embargo, los hombres que valía la pena conocer en la Marshalsea, los más influyentes, eran el carcelero y aquellos en el comité de prisioneros. Iris no se atrevía a despreciarlos, sin importar cuán oscuros o peligrosos se volvieran sus pensamientos hacia ellos. En su lugar, les sonrió a todos, sin destacar a uno sobre otro en atención. —Buenos días, caballeros.

Afortunadamente, los hombres reunidos alrededor de Fitzhugh murmuraron un saludo en respuesta pero continuaron su propia conversación y no impidieron su progreso.

En la puerta, su padre se detuvo. —Estaré pensando en ti —susurró, lanzando una mirada ansiosa a la puerta y de vuelta al patio de la prisión.

El Sr. Fitzhugh se acercó a su padre y puso una mano restrictiva sobre su hombro. A su padre no se le permitía salir de la Marshalsea hasta que sus deudas fueran pagadas en su totalidad. Iris, como visitante, era libre de entrar y salir entre las ocho de la mañana y las diez de la noche tan a menudo como quisiera.

Abrazó a su padre rápidamente. —Volveré antes de que te des cuenta.

Fitzhugh sonrió, como lo haría un gato cuando anhelara un tazón de crema. —Se ve notablemente hermosa hoy, señorita Hedley.

¡Vete! —Gracias. ¿Cómo se encuentra su esposa últimamente?

—Muy mejorada. —Se acercó a la puerta y sostuvo el pestillo, su juego de llaves tintineando contra su muslo—. ¿Parece que va a llover hoy, señorita Hedley?

Un escalofrío la recorrió ante la pregunta. —No lloverá.

—¿Y el resto del informe del tiempo?

Miró ansiosamente a su padre, que estaba a corta distancia de la puerta con las manos entrelazadas. —La biblioteca de Lord Hazelton en Conduit Street esta noche. Detrás del retrato de sus hijos —susurró—. La caja fuerte está allí.

Se tragó el nudo que le obstruía la garganta. Ser cómplice de un robo no la hacía una dama ni honorable. Una razón más para odiar su vida. Lord Hazelton había comprado recientemente un collar de perlas de semilla y un broche de amatista a juego para su hermosa y joven esposa, y la halagada mujer no había podido dejar de hablar de ello con todos los que se encontraba. Se había puesto a sí misma en bandeja para ser robada al revelar dónde se guardaba a una sala llena de mujeres y caballeros chismosos varias veces. No había forma de que Iris pudiera ser la única sospechosa, así que se sentía lo suficientemente segura para pasar esta información.

El carcelero sonrió. —El Sr. Talbot la verá a las once. No olvide lo que está en juego.

La vida de mi padre. Se estremeció. —¿Cómo podría?

Él se encogió de hombros y cuando sonó un golpe en la puerta, logró interponerse entre ella y la libertad para abrirla. Aunque lo intentó lo mejor que pudo, no pudo pasar sin empujar groseramente a los nuevos visitantes. Muchos consideraban visitar la Marshalsea como una diversión, a menos que tuvieras familia atrapada aquí.

Fitzhugh se tocó el sombrero hacia ellos. —Talbot dijo que le dijera que bailará con usted esta noche.

—No aceptaré eso. —Buscó el consuelo de su padre pero él ya se había alejado en busca de la compañía de otros hombres, dejándola sola con este canalla.

—¿Estaba a punto de contarle a su dulce y viejo papá sobre sus arreglos? Yo no lo haría si fuera usted. Echará espuma por la boca y empezará a morder la balaustrada. Debería por derecho enviarlo a donde pertenece. —Imitó una estrella fugaz y luego se golpeó el muslo—. Directo al manicomio si yo tuviera mi manera. Debería estar agradecida de que un hombre como Talbot piense en perdonarlo.

Estaría agradecida cuando ambos cayeran muertos. —Deje a mi padre en paz.

—Entonces haga su trabajo. —El carcelero abrió la puerta, tan lentamente que ella quería gritar de frustración. Cuando pudo escabullirse, se alejó marchando de la prisión, furiosa pero asustada. Iris vivía con el temor de que su padre fuera enviado a Bedlam si no hacía lo que Talbot exigía.

Nadie salía jamás de un manicomio.

Cuadró los hombros y se dirigió hacia la casa de Lady Heathcote, mientras las amenazas de Fitzhugh la seguían hasta la parte más acomodada de Londres, a pesar de sus esfuerzos por olvidarlas. Tenía que encontrar una salida a este lío, y pronto.

CAPÍTULO DOS

EL MUNDO SE derrumbó sobre Martin Andrew, Lord Louth, exactamente a las once de la mañana en la residencia privada que poseía en Pollen Street, Londres.

—¿Qué quiere decir con que Vivian está muerta?

La señora Hughes, el ama de llaves de su antigua amante, lo miró con ojos afligidos.

—Ha fallecido, milord.

—No la creo.

—Lamento ser portadora de tan tristes noticias —la señora Hughes hizo una mueca—. Sé que no tiene motivos para llorar a la señora Rose después de todos los problemas que le causó, pero pensé que querría saberlo.

Martin se dio la vuelta para ocultar su reacción. Conmoción. Consternación. Dolor. Aunque ya no fuera el protector de Vivian, se había preocupado lo suficiente por su bienestar como para permitirle alquilar la casa mucho después de que su arreglo hubiera terminado. No había visto a Vivian en seis meses o más, a petición de ella, ni había compartido su lecho en casi ocho, también por petición suya.

Otro protector se había llevado a Vivian unos días después de su separación, asegurando que nunca fuera posible una reconciliación entre ellos. El amargo aguijón de descubrir que se había enamorado de otro había manchado sus últimas palabras, y ahora nunca podría hacer las paces con ella.

Echó un vistazo alrededor, notando por fin que la casa estaba cubierta de colores de luto.

—¿Está aquí?

—No, milord —el ama de llaves juntó las manos a la altura de la cintura—. Lord Fallow se llevó su cuerpo e hizo los arreglos para un entierro privado. Estaba fuera de sí y no nos permitió verla ni asistir a los servicios.

Martin asintió lentamente, con un incómodo dolor creciendo en su pecho. Puede que no hubiera sido la elección de Vivian como protector, pero ella había estado en su vida durante mucho tiempo y deseaba haber sabido antes de su fallecimiento.

—¿Sufrió?

No había nada que Vivian odiara más que la incomodidad o las molestias. Esperaba que su muerte hubiera sido rápida e indolora.

—No más que cualquier mujer —le informó la señora Hughes—. Pensé que todo iba bien, pero su muerte me tomó por sorpresa.

Martin se volvió lentamente, incapaz de creer lo que oía.

—¿Qué quiere decir con "no más que cualquier mujer"? Está muerta, por el amor de Dios.

La señora Hughes lo miró con los ojos muy abiertos.

—Dio a luz a su hija con facilidad, me miró sonriendo, y cuando volví a su lado después de llevarme a la niña para envolverla, se había ido. Tan repentinamente. Sin un gemido de protesta ni advertencia.

—¿Hija? —Martin retrocedió un paso, tambaleándose—. ¿Estaba embarazada?

La señora Hughes hizo una mueca.

—La insté a que le escribiera y se lo explicara. Habría sido más amable.

La tristeza que había comenzado con la noticia de la muerte de Vivian se convirtió en consternación ante las palabras de la señora Hughes.

—No recibí ninguna carta sobre ningún embarazo.

—Desearía no tener que angustiarlo más, pero el parto fue muy duro para ella. Más de lo que me di cuenta —la señora Hughes bajó la mirada hacia sus manos.

Martin se dejó caer en una silla, horrorizado de que Vivian hubiera muerto dando a luz a la descendencia de otro.

El ama de llaves se aclaró la garganta.

—La niña prospera. Lord Fallon ha hecho todo lo que ha podido por mi señora, pero una vez que vio a la bebé, se lavó las manos. La niña no tiene ninguno de sus rasgos. Ahora que lo veo de nuevo, estoy más segura que nunca de que es su hija.

Martin tardó un momento en reunir su ingenio en lucha para darse cuenta de que la mujer creía que él era el padre de la niña. Se llevó las manos a la cabeza y hundió los dedos en el cráneo mientras la conmoción lo invadía. Siempre había temido que cualquier hijo suyo fuera demasiado grande para que una mujer lo llevara con facilidad, así que en la cama jugaba otro tipo de juegos para evitar el embarazo. Siempre había sido cuidadoso con Vivian. O eso había pensado hasta ahora.

Dada la forma en que esperaba en silencio, la señora Hughes también quería una admisión de su parte. Pero eso era imposible. No había visto ningún indicio del estado de Vivian durante su última discusión. No podía creer que en su enojo, en la andanada de palabras despectivas que le habían lanzado durante su último encuentro, ella pudiera haber ocultado eso. ¿Había creído, esperado, que la niña perteneciera a Fallon?

—Quiero ver a la bebé.

—Por supuesto, milord. Permítame traerla.

Mientras la señora Hughes estaba fuera, Martin recorrió la oscura sala de estar. ¿Era un truco, un plan para endilgarle una niña sin madre para que la criara como propia? Ciertamente había oído hablar de que esto sucedía antes y siempre causaba un escándalo para los hombres involucrados y sus familias.

Tiró de las cortinas cerradas, decidido a no dejarse engañar por nada. El llanto le alertó de que la niña se acercaba. Se enfrentó a la puerta cuando la señora Hughes apareció a la vista, intentando calmar a la bebé con suaves e ineficaces palabras.

Envuelta firmemente en un chal negro, la cara roja de la niña era lo único visible de ella.

La señora Hughes se detuvo ante él.

—La niña no tiene nombre.

La mujer le ofreció el bulto y él inmediatamente puso las manos detrás de la espalda. Miró fijamente a la niña sin nombre y sin madre, luchando por ver un parecido con su antigua amante. En su angustia y agitación, la niña se retorció y un mechón de pelo oscuro se asomó por debajo del chal. Fallon había sido rubio, si la memoria no le fallaba.

La señora Hughes presionó a la niña contra su pecho y no tuvo más remedio que tomarla. Un hilo de sudor corrió desde su sien. Por mucho que intentara no mostrarlo, estaba completamente

aterrorizado de aplastarla.

—Es más pesada de lo que esperaba que fuera un recién nacido.

—Es la recién nacida más grande que he visto jamás —dijo la señora Hughes, instándole a retroceder cuando la niña continuó llorando—. Tal vez debería sentarse, milord.

Martin se dejó caer agradecido en la silla, sosteniendo con cuidado a la bebé contra su pecho. Era un poco mejor estar sentado. Más seguro para la niña. Si se escurría de sus brazos, no tendría mucho que caer hasta su regazo. Ajustó su agarre un poco más fuerte, decidido a que eso no sucediera.

—Quizás de esta manera sea más fácil —la señora Hughes tomó a la niña llorosa por un momento y luego la colocó a lo largo sobre sus rodillas.

Martin apretó los muslos con fuerza, formando una plataforma sólida para que la niña que lloraba descansara. Colocó una mano sobre su abdomen y, para su alivio, ella se calmó un poco. Exhaló.

—¿Está mejor así?

Su llanto se convirtió en hipo.

No tenía experiencia con niños, pero pensó que esa reacción era buena señal.

—Eres sabia al no confiar en mí. No con mi historial. Una cosita como tú se lastimaría tan fácilmente —casi podía caber dentro de sus dos manos. Miró brevemente a la señora Hughes—. ¿Qué se hará con ella?

—Eso es decisión suya —la señora Hughes se sentó en una silla frente a él—. Mi señora no tenía familia, como debe saber. Este angelito está completamente sola en el mundo.

—Pinta un cuadro sombrío. Todos estamos solos. Incluso en una habitación llena es posible sentirse solitario.

—No son las mismas circunstancias —la señora Hughes se inclinó un poco hacia adelante—. Probablemente irá a un orfanato a menos que pueda encontrarle un hogar. Es una niña bonita, ¿no cree?

Él miró el rostro de la niña. Ahora que estaba tranquila y calmada, su piel había pasado de un rojo moteado a un suave tono rosado. Las mejillas redondeadas hablaban de una niña saludable; nariz chata; y un par de ojos gris oscuro turbio que se dirigieron a su propio rostro cuando habló. Se acercó más, inhalando el aroma de una recién nacida y buscando rastros de los rasgos de Vivian en su apariencia.

Apartó un poco el chal oscuro de su rostro.

—Puede desenvolverla sin peligro, milord. La habitación está lo suficientemente cálida para que la niña no se enfríe.

Lo hizo con cuidado, notando que la niña era larga más que ancha. Aun así, grande para una recién nacida. El ama de llaves la había vestido con un fino camisón de muselina blanca, bordado con flores en el dobladillo, y sus diminutas piernas estaban encogidas bajo el vestido. Sus puños se abrían y cerraban al azar, revelando las uñas más pequeñas y pálidas que jamás había visto. Las estudió cuidadosamente, fascinado.

Cuando se removió, acurrucándose en una bola más apretada y bostezando, quedó hechizado y usó ambas manos para mantenerla quieta. No había indicios seguros de Vivian en esta criatura, pero ¿había algo de él mismo? Inspeccionó lo que podía ver de la niña.

Sus orejas eran pequeñas conchas junto a su cabeza, quizás similares a las suyas en forma, pero honestamente no podía recordar la forma de las de Vivian. Sus ojos no eran del color de los suyos, pero estaban enmarcados por un par de cejas oscuras y rectas, en lugar de la curva de las elegantes cejas de Vivian. Por supuesto, el color de su cabello carecía de la vivacidad del de

Vivian. Donde esta niña era oscura, Vivian había sido del color de un brillante atardecer. Y la dramática punta de viuda que Vivian siempre había acentuado también estaba ausente en la apariencia de la bebé.

La única razón para sospechar que la niña era de Vivian era la palabra de la señora Hughes.

—No se parece en nada a la difunta señora Rose.

—Todavía no. Los niños cambian a medida que crecen, milord. ¿No tiene retratos suyos de joven que parecen extraños comparados con su rostro actual?

Se removió en su silla mientras lo inundaban recuerdos indeseados de su infancia. Ella tenía razón. Había escondido sus retratos de la infancia en el momento en que había heredado su título. Le habían hecho llevar rizos decididamente femeninos de niño, razón por la cual ahora mantenía su cabello oscuro corto.

Con cuidado, giró la cabeza de la niña hacia un lado. Allí, en la parte posterior, previamente oculto por el chal, el corto cabello de la bebé estaba ondulado con la insinuación de una onda. Volvió a colocar a la niña en su posición original, perturbado por esa observación.

El cabello de Vivian había sido liso y terco. Se había quejado de ello con suficiente frecuencia al despertar por la mañana como para que él recordara bien su enojo.

Lo que significaba que la niña podría ser suya. Había sido el protector de Vivian hace nueve meses, pero dependía de quién más hubiera compartido su cama. Había creído que ella le era fiel hasta que reveló su preferencia por otro hombre. Seguramente el ama de llaves sabría lo que Vivian había hecho a sus espaldas.

—¿Qué tiene que decir Lord Fallon?

La señora Hughes miró a la niña.

—Lord Fallon, por supuesto, supo del embarazo al principio de su relación, pero la niña no se le parece en lo más mínimo.

Volvió a apoyar la mano sobre el vientre de la niña y obtuvo un gruñido a medias como recompensa.

—¿La señora Rose tuvo algún otro caballero que la visitara?

—Solo estaba Lord Fallon, y él la adoraba —la señora Hughes tragó con dificultad—. Lamento mucho ser portadora de noticias tan difíciles. Especialmente tanto tiempo después de su separación.

Incluso después de nueve meses, experimentó dolor al mencionar que Lord Fallon lo había reemplazado. Él había pensado que también adoraba a Vivian y había hecho todo lo posible por hacerla feliz.

—Creo que puedo devolver a la niña a la cama ahora —la señora Hughes sonrió suavemente —. Usted tiene el toque. Se ha quedado dormida —tomó a la bebé de él antes de que pudiera negarse, le habló suavemente a la niña cuando gimoteó y se deslizó fuera de la habitación.

Martin la siguió para ver adónde llevaban a la niña. Quizás no estaba completamente seguro de su paternidad, pero sentía los inicios de una obligación. La niña estaba sola en el mundo, privada del amor de su madre.

La puerta de la habitación contigua a la antigua alcoba de Vivian estaba abierta y, cuando entró, se vio rodeado de más encajes y volantes blancos de los que jamás había visto allí.

—Mi señora estaba ilusionada con el nacimiento y no pude soportar cambiar nada al luto apropiado, pero lo haré si usted insiste —murmuró suavemente la señora Hughes mientras acomodaba a su protegida en el cesto de mimbre, claramente encantada con la pequeña, y comenzó a acariciarla con dulzura.

Martin observó detenidamente al ama de llaves, considerando sus opciones y a la señora

Hughes. Calculó que tendría al menos cincuenta años, con su cabello blanco y su figura bien redondeada que cualquier niño querría abrazar. Aunque era empleada de Vivian, tenía un valor incalculable. Estaba aquí. Ella se encargaría de la niña.

—Deje todo como está —indicó hacia la diminuta figura sobre la que se inclinaba la mujer —. No será necesario un orfanato.

La señora Hughes lo miró fijamente, escudriñándolo con la mirada. —¿Se hará usted responsable de su crianza?

—Sí —suspiró profundamente. Su vida estaba a punto de complicarse mucho más y no había nada que hacer al respecto. Una hija ilegítima podría ser embarazosa para su familia, así que tendría que hacer planes para sacarla de Londres pronto. Realmente deseaba haberlo sabido antes para haber hecho mejores arreglos—. La niña se quedará aquí, bajo su cuidado por el momento.

—¿El mío? Oh, no —la señora Hughes negó con la cabeza—. Soy el ama de llaves, no una niñera.

—Las apariencias indican lo contrario. Usted tiene el toque adecuado —la pequeña se había quedado profundamente dormida bajo las suaves manos de la señora Hughes—. Y parece más que capaz de cuidar de la niña.

Ella se enderezó y lo miró directamente. —No es tan simple como eso. Por mucho que desee ayudarle, está fuera de discusión. Me quedaba solo una semana de servicio a mi señora en el momento de su muerte y ya me he demorado demasiado. Usted no me necesita. Ella tiene una nodriza para satisfacer su hambre, pero ya se le deben salarios para que siga viniendo.

Martin hurgó en su bolsillo y consideró el dinero que tenía. Una nodriza a menudo tenía otras responsabilidades, ¿no? Una familia propia que alimentar. Pagaría bien para que la nodriza siguiera viniendo a cuidar de la niña. Le entregó un pago generoso. —Le pagaré el doble de su salario anterior.

—¿El doble? Señor, usted no comprende. No es cuestión de dinero sino de afecto —la señora Hughes acarició las mejillas de la niña—. Es una niña encantadora y la echaré mucho de menos.

Martin frunció el ceño. —Entonces no se vaya.

—Había olvidado lo imponente que podía ser usted, pero eso no cambia nada —la señora Hughes enderezó los hombros—. Lamento decepcionarle, milord. Los estoy decepcionando a ambos, pero una mujer de mi edad no tiene muchas segundas oportunidades. Verá, voy a casarme. Mi Reginald es un hombre encantador y está dispuesto a esperar hasta que usted encuentre mi reemplazo. Pero debe darse prisa. Me iré de este lugar tan pronto como se puedan hacer los arreglos.

Él se pasó los dedos por el cráneo. Esto no podía estar pasándole. Primero la madre de su hija y ahora su ama de llaves. Miró hacia el bulto envuelto en tela que dormía en feliz ignorancia mientras él discutía sobre trastornar su mundo, y el comienzo del pánico se apoderó de él. No podía cuidarla él mismo. Ella tenía que permanecer en secreto y a salvo de cualquier percance. Tal vez para siempre. —Si yo no fuera como soy, no necesitaría que usted se quedara.

La señora Hughes suspiró. —Hay muchas buenas mujeres que podrían fácilmente ocupar mi lugar como ama de llaves. Nada tiene que cambiar en los arreglos ya hechos. La casa es más que adecuada; el personal es leal y discreto. Debe pensar en su reputación. La reputación de su prima también está en juego.

Él la miró bruscamente. —¿Qué sabe usted de mi prima?

La señora Hughes pareció avergonzada y bajó la mirada rápidamente. —Solo que tiene una viviendo con usted. Mi señora se interesó y hablaba de ella a menudo con respecto a sus perspectivas de hacer un buen matrimonio.

Claramente se había desahogado una vez de más si los sirvientes de Vivian estaban al tanto de las dudosas posibilidades de su prima de hacer un buen matrimonio. —Las perspectivas de mi prima son la razón por la que nadie debe enterarse jamás de la niña, ¿lo entiende?

—Lo entiendo perfectamente. Su secreto está a salvo conmigo —la señora Hughes dio un paso atrás—. Hablaré con mi Reginald y tal vez esté dispuesto a esperar un poco más.

Seguramente los fondos adicionales de su salario duplicado lo convencerían. —Se lo agradecería. Esta situación me ha tomado por sorpresa.

—Por supuesto. Un hombre en su posición debe hacer lo correcto, y con cuidado, para proteger a los inocentes de cualquier daño. Siempre pensé que era usted un hombre amable. Sé que cuidará bien de la pequeña.

Martin arropó un poco más los hombros diminutos de la niña. Nunca le haría daño a la bebé. No intencionalmente. Cuando comparó sus manos con el tamaño de la niña, tuvo aún más motivos para mantener la distancia. Cuando levantó la mirada, la señora Hughes le sonreía radiante. Retiró las manos bruscamente. No debía encariñarse demasiado con la niña. Una vez que su cabeza dejara de dar vueltas por la conmoción, la enviaría lejos de Londres por su propia tranquilidad.

Gimió por lo bajo. Hacer malabarismos con una exigencia más podría resultar difícil. No quería pensar en cómo lo mirarían sus amigos si se enteraran de que tenía una hija bastarda viviendo cerca de su casa. Sería el hazmerreír de la alta sociedad y no tenía excusa para su descuido. Y como había señalado la señora Hughes, estaba Whitney. Su prima debía permanecer en la ignorancia, si es que eso era posible. —Visitaré hoy mismo la Agencia de Empleo Godwin para ver lo del reemplazo del ama de llaves.

—Eso sería lo mejor —se ocupó de arreglar la habitación y luego se detuvo en la puerta—. ¿Le gustaría que entrevistara a las mujeres que envíen?

Por derecho, debería hacerlo él mismo. Después de todo, la mujer que contratara sería responsable de la niña, pero quizás la señora Hughes entendería cuáles podrían ser sus necesidades mejor que él. Si no estaba presente, nadie lo relacionaría con la niña por un tiempo. —Haré los arreglos para que todas las entrevistas se lleven a cabo aquí.

—Muy bien, mi señor —dijo ella antes de salir de la habitación.

Martin se quedó observando a la niña dormir durante unos minutos. ¿Una hija? No pudo evitar extender la mano para tocar el suave cabello de su diminuta cabeza, aunque su mano temblaba. Era difícil creer que la niña pudiera ser suya, pero la señora Hughes parecía segura, y él podía admitir que había algunas similitudes en sus rasgos con los suyos propios.

¿Por qué Vivian no le había revelado el embarazo? Él se habría casado con ella y se habría asegurado de que la niña tuviera la protección de su apellido. Por el bienestar de su propia hija, habría hecho cualquier cosa, habría sufrido el celibato por el resto de sus días si fuera necesario, para que llevaran su apellido.

Tocó suavemente la curva de su oreja y ella se removió, arrugando su carita en una deliciosa imagen de protesta somnolienta. ¿Qué debería hacer con ella más adelante? Siempre podría enviarla al campo para que la criaran desconocidos.

Tenía cierta comprensión de la dificultad que podía suponer encontrar hogares para los huérfanos, gracias a su asociación con Lord Carrington y su esposa. No era fácil encontrar familias amables, buenas personas dispuestas a pasar por alto las circunstancias de un nacimiento irregular, pero podía hacerse.

Pero, ¿podría hacerle eso a su propia sangre y no volver a pensar en ella jamás?

Se demoró un momento más sin encontrar una respuesta antes de alejarse, dirigiéndose al

vestíbulo principal y saliendo a la calle. No sabía nada sobre niños, pero si iba a ser responsable de uno, más le valía aprender, y rápido. El primer paso era encontrar una mujer competente para reemplazar a la señora Hughes.

Y luego decidiría un nombre para la niña.

CAPÍTULO TRES

EL PASEO DESDE Marshalsea hasta la modesta casa de Lady Heathcote en Conduit Street era de unas tres millas, lo que le había dado a Iris tiempo suficiente para pensar en su situación. Estaba en apuros, con pocas opciones ante sí. No sabía cómo salvarse a sí misma o a su padre. Si alguien la relacionaba con los recientes robos entre la alta sociedad, estaría arruinada, encarcelada o deportada, y podría no volver a ver a su padre jamás. Sorbió por la nariz, pero luego alzó la barbilla, decidida a no mostrar sus abrumadoras emociones en la misma calle donde una vez había vivido como la hija de un hombre rico, ajena a las duras realidades de la vida.

Desafortunadamente, divisó al señor Charles Talbot delante y un nuevo escalofrío la recorrió. ¿Acaso nunca le daría un momento de paz? ¿Nunca le permitiría terminar su acuerdo? Se estaba enriqueciendo a costa de la miseria de otros y temía que no hubiera fin para su codicia. Al principio, él había sugerido que su ayuda sería el pago de las deudas de su padre. En los meses que habían pasado, se había negado a discutir cuánto tiempo más tendría que ayudarlo.

Iris se escondió detrás de un carruaje que se movía lentamente para evitar que la notara, como lo había estado haciendo todos los días durante la última semana en su camino a casa desde Marshalsea, y lo siguió a corta distancia. Empezaba a sospechar que Talbot la seguía y eso era extremadamente inquietante.

Como conocía bien la zona, tan pronto como el carruaje se acercó a una esquina en particular, Iris aprovechó la oportunidad y corrió por el corto callejón para llegar a una calle adyacente, luego fingió que nada estaba fuera de lo normal. Como lo había estado haciendo durante el último año, y especialmente desde que Talbot había amenazado a su padre.

Pero ya no podía mentirse a sí misma. Estaba perdida. Su futuro le había sido arrebatado, dejándola a merced de otros. Preferiría elegir su vida a que se la impusieran. Vivir la vida para la que su padre la había criado.

Entró en la casa de Esme por la entrada de servicio y se apresuró a subir a su habitación, con el pecho dolorido por el pánico. Esta noche era otro baile más. Otra oportunidad para cometer un delito. Revisó su apariencia en el espejo y vio a una mujer despeinada por el viento con las mejillas encendidas y ningún rastro de cómplice. Exactamente como Talbot quería. —¿Cómo puedo hacer esto de nuevo y no odiarme por el resto de mi vida?

—Estás hermosa —murmuró Lady Heathcote mientras se deslizaba en la habitación con su doncella detrás—. Pero muy tarde, en efecto.

Iris se apartó rápidamente del espejo, avergonzada de que la hubieran sorprendido mirando su propio reflejo, y se apresuró hacia su armario para comenzar a vestirse para la noche con el primer vestido que encontró. —Lo siento. Mi padre estaba hablador hoy y me hizo llegar tarde a lo de Madame du Clair. Prometo que no tardaré mucho.

La doncella de Esme reemplazó la selección de Iris por un vestido diferente de seda color borgoña y terminó la tarea de vestirla para que estuviera digna de asistir al baile de la noche. Murmuró su agradecimiento y se sentó para que le peinaran el cabello, agradecida de que sus propias manos temblorosas se pusieran a mejor uso ajustando sus guantes en su lugar.

Esme se acercó. —¿Qué te preocupa, querida?

La viuda arqueó una elegante ceja y una sonrisa burlona adornó sus labios. Más cerca de los cuarenta que de los treinta años, Esme había conservado la piel y la figura de una chica mucho más joven, lo que los hombres apreciaban abiertamente. Iris había escuchado a muchas otras mujeres quejarse de ello. Lo que nunca mencionaban lo suficiente era lo amable que podía ser Esme.

Iris lanzó una mirada a su reflejo mientras aseguraba el último botón. —¿Soy tan obvia?

Esme sacó un collar de cuentas de ámbar de su bolso y jugueteó con ellas, permitiendo que los colores destellaran y la distrajeran. —Me he familiarizado bien con tus ceños fruncidos y suspiros a lo largo de los años de nuestra amistad, querida. Tienes algo en mente y no quieres decírmelo.

Esme deslizó el collar alrededor del cuello de Iris cuando la doncella se apartó. La frialdad de las gemas le provocó un escalofrío en la espalda y se lo quitó inmediatamente. —Eres muy amable, pero no puedo llevar tus joyas. —Talbot las vería y podría intentar quitárselas con el pretexto de otro pago por la seguridad de su padre. No podía soportar que le robaran nada a Esme, así que rechazaba todas las joyas en favor de flores y nunca compartía la ubicación de la caja fuerte de Esme, ni sugería que pudiera haber una.

—He estado pensando que es hora de seguir adelante con mi vida. Lejos de la sociedad.

Esme negó firmemente con la cabeza e hizo un gesto a su doncella para que saliera de la habitación. —No te permitiré considerar tal cosa. Te quiero aquí donde pueda cuidarte hasta que liberen a tu padre.

—Siempre me has cuidado —dijo Iris y luego se mordió el labio. Esme no podía protegerla de Talbot. No realmente—. Pero creo que es hora de encontrar a alguien más que lo haga.

La mirada de Esme se estrechó. —¿Estás enamorada?

La pregunta la sorprendió. Una vez había estado comprometida para casarse con un vizconde, pero desde que lo había liberado de su compromiso debido a la pérdida de su dote, no lo había echado de menos lo suficiente como para considerarse siquiera un poco enamorada de él. —Por Dios, no.

—¿Entonces qué?

Iris se frotó los brazos con las manos. La fricción calmó un poco sus nervios. No podía decirle a Esme toda la verdad. Esme nunca perdonaría tal duplicidad. Tenía que mentir. Un intenso rubor le calentó las mejillas. —Echo de menos tener un hogar propio.

Esme sonrió y se hundió en una silla. —Por supuesto que sí, y algún día lo tendrás de nuevo.

—Lo quiero ahora. Quiero un lugar al que llamar mío. Un hombre al que llamar mío, al menos temporalmente.

Esme se enderezó. —No estarás hablando de matrimonio, ¿verdad?

—No, no lo estoy. —Hizo una mueca cuando Esme apartó la mirada, un ceño fruncido estropeando su belleza. ¿No era mejor que la consideraran una libertina que una ladrona? Necesitaba una buena excusa para alejarse de la vida de Esme y de la sociedad al mismo tiempo. Una vez que pudiera evitar legítimamente entrar en las casas de los ricos, su participación en los planes de Talbot cesaría—. Lamento si te decepciono.

—No estoy decepcionada, pero me entristece que te sientas infeliz aquí.

Iris se mordió el labio. Podría ser feliz viviendo con Esme si no fuera por Talbot y la preocupación por su padre. —No tengo dote, pocas conexiones que me recomienden. Lo he pensado mucho y detenidamente. Si me convirtiera en la amante de un hombre rico, tendría un hogar y al menos algo de dinero propio para gastar en lugar de tomar el tuyo.

—Más dinero del que puedes imaginar ahora, sospecho —Esme se puso de pie y la ayudó a levantarse. Su mirada la recorrió de pies a cabeza con el frío desapego con el que solía mirar a los extraños. Extendió los brazos de Iris y luego la rodeó—. Nunca subestimes tu atractivo.

Iris se sonrojó y bajó la mirada. Esme rápidamente le tomó el mentón y se lo levantó.

Su mirada era firme. —Una mujer que elige ser amante debe estar segura de sí misma en todo momento para captar la atención del hombre adecuado. Debe trabajar aún más duro para mantener su interés después, también, porque los hombres son criaturas sensibles y se decepcionan fácilmente. Este comportamiento tímido tuyo no servirá.

Los relojes repicaron y Esme suspiró. Tomó el chal de Iris y se lo colocó sobre los hombros. —Mañana tú y yo hablaremos este asunto con más detalle. Sin embargo, esta noche quiero que consideres lo que perderías. Las amantes son rechazadas, como bien sabes. Quiero que pienses cuidadosamente cada vez que saludes a alguien esta noche. ¿Te hablarán una vez que te conviertas en amante?

Ya era rechazada hasta cierto punto, y al principio eso había sido doloroso, pero lo que esperaba era terminar por completo su asociación con la sociedad. Había algunas damas que aún eran amables a pesar de su estatus. Ladrona o puta, perder su consideración era inevitable sin importar lo que hiciera. —¿Tú lo harías?

Esme la abrazó con fuerza. —Nunca te abandonaría. Nunca juzgaría la elección considerada de una dama, pero muchas otras damas no son nada indulgentes.

Iris la miró consternada. Necesitaba que Esme también la rechazara. Tenía que ser arrojada al arroyo por el bien de Esme, como basura de una semana. Sin un abandono total, Talbot aún podría castigar a su padre por su fracaso.

Cuando Esme se apartó, la viuda sorbió. —Ahora deberíamos irnos, o Lord Hazelton pensará que pretendemos desairarlo con nuestra llegada tardía.

Su corazón se encogió. Hazelton era un hombre amable, pero esta noche perdería algo precioso para él. El juego que Lady Hazelton había usado en el baile de máscaras la semana pasada era exactamente lo que Talbot más deseaba. No demasiado distintivo pero valioso de todos modos. Podría ser rehecho y vendido en piezas más pequeñas y obtener un beneficio sustancial sin que nadie lo supiera.

Las casas de Lady Heathcote y de Lord y Lady Hazelton no estaban lejos, así que caminaron la corta distancia escoltadas por tres lacayos. En los escalones de entrada de los Hazelton, después de que los sirvientes de Esme fueran despedidos, Esme se volvió hacia ella. —¿Tenías a alguien en mente como protector?

Parpadeó ante la pregunta de Esme. Había pensado que simplemente anunciar sus intenciones sería suficiente para que Esme desaprobara, pero claramente había subestimado a la mujer. —No, no había pensado tan lejos.

Esme asintió firmemente. —Bien, porque si crees que tengo opiniones fuertes sobre lo que hace un buen marido, debes saber que tengo opiniones aún más fuertes sobre el tipo de hombre con el que deberías hacer el amor por primera vez.

Iris se sonrojó ante la idea de entregar su inocencia a un extraño en este escenario. Realmente no había pensado tan lejos. Su principal preocupación era liberarse del control de Talbot.

Aparentemente, el amor de Esme no conocía límites.

Enderezó los hombros y se deslizó tras su amiga hacia el corazón del baile de los Hazelton con el corazón apesadumbrado. La alta sociedad era donde Esme pertenecía. Iris no, pero en un lugar como este podría encontrar el próximo objetivo de Talbot.

Se detuvo cuando Esme lo hizo, murmuró saludos corteses pero participó en pocas conversaciones reales mientras estudiaba las joyas esparcidas liberalmente entre los residentes más ricos de Londres. Todo el tiempo era consciente de que era tolerada meramente porque formaba parte del círculo de Esme.

Cuando Lady Ames, la amiga más cercana de Esme, llegó, fue un alivio considerable ver una sonrisa honesta y una mujer que no goteaba joyas. A la mujer le gustaba hablar y se podía contar con ella para decir algo ingenioso sobre aquellos que se daban aires por sus ingresos. Era amable e Iris nunca se había sentido inferior a ella.

—Tengo la noticia más asombrosa —exclamó Lady Ames inmediatamente al verlas, pero en lugar de compartir su confidencia abiertamente, apartó a Esme y le susurró al oído. Siempre era un asunto serio cuando Iris era excluida de una conversación, pero no se sintió ofendida. Si fuera realmente importante y pudiera involucrarla, Esme probablemente se lo diría más tarde sobre una taza de té.

Dejada a su suerte, Iris miró a su alrededor a los caballeros mientras los consideraba desapasionadamente. Como futuros protectores, todos tenían potencial, supuso, pero elegir uno parecía imposible, dada la variedad. Lord Avery Hill, el frecuente amante de Lady Ames, estaba presente esta noche y deslumbraba a todas las damas a su alrededor. Le guiñó un ojo pero mantuvo su distancia. Ella había hablado con él muchas veces en compañía de Lady Ames, pero estaba claro que evitaba a mujeres como Iris —una mujer aparentemente virtuosa— como la peste.

Su mirada revoloteó por la sala y se posó inmediatamente en un alto oficial naval, riendo con amigos. Era apuesto y presentaba una figura elegante en su uniforme de capitán perfectamente planchado. Un hombre así ciertamente protegería bien su hogar. Él se giró, pero su mirada pasó por encima de su cabeza como si ella no estuviera allí y luego sonrió a una mujer que acababa de llegar. La mujer no lo vio, pero llevaba un fascinante colgante de rubí alrededor del cuello. Talbot querría esa joya algún día, si ya había visto a la mujer. Si Iris permanecía en la sociedad, tendría que averiguar quién era la mujer y dónde residía.

Le tocaron el brazo y luego la suave risa de Esme llenó sus oídos. —¿Qué sabroso bocado ha captado tu interés esta noche, querida? Te hablé tres veces y no respondiste.

Iris se acercó más a su amiga, lista con una nueva mentira para coincidir con su conversación anterior sobre convertirse en amante. —¿Soy invisible?

Sin embargo, esa invisibilidad le permitía moverse entre los miembros más ricos de la alta sociedad sin ser detectada para aprender dónde guardaban sus objetos de valor.

El ceño de Esme se frunció. —Te aseguro que ese no podría ser el caso, y te lo demostraré.

Enlazó sus brazos y la guio por la sala. Era cierto que muchos hombres dirigían su atención hacia ellas, incluso el oficial naval les hizo una reverencia, pero no le sorprendió en absoluto que la mayor parte del interés se centrara en la esbelta figura de Esme en lugar de la suya.

Sacudió la cabeza e intentó adoptar un tono amargo lo mejor que pudo. —Soy simplemente un punto de referencia para alguien que espera verte. Simplemente no tengo el mismo atractivo para ese tipo de hombre y probablemente debería comenzar mi búsqueda de un protector fuera de la alta sociedad. Probablemente estés perdiendo el tiempo tratando de ayudarme, ¿sabes?

El ceño de Esme se arrugó, pero saludó a sus amigos y continuó su camino entre la multitud para llegar a un lugar más tranquilo. —¿Qué tipo de hombre esperas que se fije en ti?

Asombrada de que Esme aún imaginara que había algo más que discutir sobre el plan de convertirse en amante, titubeó pero recurrió a sus viejos temores sobre encontrar marido como inspiración. —Alguien... —Reunió su valor—. Alguien a quien no le importe un comino mis conexiones, de las cuales tengo pocas, o mi experiencia, que precisamente es nula. Alguien amable.

—Alguien perverso —rebatió Esme.

Un hombre perverso nunca consideraría a una inocente, pero podría haber algo en esta nueva dirección que no había considerado. Iris siempre había sido una buena mujer, si no contabas su naturaleza falsa, y desde que había comenzado a vivir con Esme, sus ojos se habían abierto a las posibilidades a su alrededor. Esme y sus amigas disfrutaban de las atenciones de los hombres y vivían según sus propias reglas. Iris quería hacer eso también, pero debido a su padre y a Talbot, se le había negado. Necesitaba estar bien y verdaderamente arruinada.

Para llegar a ese punto, requeriría ayuda.

Iris miró ansiosamente por la sala. —¿Cómo puedes saber que un hombre es perverso solo con mirarlo?

—Hay muchas formas, querida, y podemos discutirlas mañana —Esme sonrió—. Déjame preguntarte esto: ¿Qué harías si un hombre rico, a quien no le importan las conexiones ni la experiencia, se enamorara locamente de ti?

—Sugeriría a sus amigos que lo internaran en Bedlam inmediatamente —respondió sin dudar. El amor solo llevaría a problemas.

—¿Qué voy a hacer contigo, señorita Hedley? Dices que deseas ser audaz y valerte por ti misma, pero constantemente te menosprecias. Quieres un caballero de mente abierta, no uno de estos tipos que se preocupan constantemente por cómo los ve la sociedad. Un caballero con un saludable desprecio por las reglas de la sociedad es justo el lugar para empezar, creo yo.

Iris conocía a Esme lo suficiente como para creerla sincera, y eso era un problema. —Puede que tengas razón.

—Por supuesto que tengo razón —Esme le apretó el brazo con afecto—. Lo que necesitas es un hombre que movería cielo y tierra para darte lo que necesitas, y eso, querida, es una boda.

Esme sugería un cuento de hadas y hacía mucho que Iris había dejado atrás tales fantasías. —¿Qué tal un protector primero, y luego puedo perseguir el sueño?

—Si por mí fuera, tendrías ambos y más —Esme se detuvo cuando Lord Avery se acercó—. Señor Hill. Buenas noches.

—Justo estaba pensando en usted —murmuró él con una voz profunda y seductora generalmente reservada para Lady Ames. El hecho de que Iris entendiera la intención detrás de su tono cálido y que nadie pensara dos veces en su presencia solo demostraba que realmente era invisible. Retrocedió, dejándolos esgrimir entre ellos. Esme no aprobaba realmente la vida privada de Lord Avery Hill. Perverso parecía una descripción insuficiente para él.

Para asegurar la entrada de los hombres de Talbot a la casa de los Hazelton más tarde esa noche, se deslizó hacia el pasillo. Tomó un respiro calmante cuando se encontró sola y alisó su vestido. Como la caja fuerte y las joyas estaban ubicadas en la biblioteca, tenía que desbloquear una ventana en esa habitación y regresar al salón de baile sin ser detectada.

Había visitado la encantadora casa de Lord y Lady Hazelton a menudo con Esme en el último año, así que conocía el camino. Podría terminar en unos momentos. Incluso se le había dado permiso para tomar prestado ocasionalmente un libro de la biblioteca de Lord Hazelton, lo que más tarde justificaría su presencia en la biblioteca si alguien cuestionaba su estancia allí.

Tan pronto como dobló hacia el pasillo, divisó a Lord Hazelton y su esposa discutiendo justo

dentro de las puertas de la biblioteca. A menudo discutían, generalmente sobre sus tardanzas, pero Iris se estremeció cuando su esposa lo reprendió con más intensidad de lo habitual.

No deseando revelarse, huyó por un pasillo oscuro para esconderse antes de que notaran su presencia. Si recordaba correctamente, había un pequeño nicho más allá de la puerta de la sala de música donde podría esperar a que terminara su discusión sin ser vista, y luego podría regresar y completar su tarea sin ser notada.

La oscura sala de música y el nicho apartado estaban a solo unos pasos cuando chocó con una gran figura que cruzaba el pasillo oscurecido y cayó de espaldas sobre la alfombra.

—Maldición —murmuró infelizmente.

Un caballero, a juzgar por el suave gruñido, se apresuró a su lado y tanteó, tratando de encontrar sus dedos. Sus manos se deslizaron sobre sus muslos y hacia arriba hasta que casi no pudo respirar por las impactantes sensaciones que despertó en ella. —Perdóneme —murmuró.

Finalmente atrapó sus manos y con un pequeño tirón, la puso de pie una vez más.

—Gracias, señor —dijo mientras se sacudía las faldas y se deslizaba hacia el pequeño nicho iluminado por la luna al que se dirigía para evaluar si su vestido estaba dañado y controlar su corazón acelerado. Nunca había reaccionado así ante un hombre antes y estaba bastante desconcertada por no haberlo detenido antes de tocarla.

Puso su mano en el pestillo de la ventana más cercana y, por costumbre, lo desbloqueó.

—Completamente mi culpa —le aseguró el hombre mientras se apretujaba en el pequeño espacio con ella—. Debería haber sido mucho más cuidadoso. Lo siento mucho.

Ella se dio la vuelta, rezando para que no hubiera visto su acción de desbloquear la ventana. Su mirada subió lentamente por su cuerpo, y dada su falta de altura y el exceso de él, tuvo que estirar el cuello para mirar su rostro. —Por mi parte, no puedo imaginar cómo no lo vi a tiempo para apartarme de su camino. Buenas noches, Lord Louth.

Él hizo una mueca. —¿Señorita Hedley? Lo siento mucho. ¿Ha sufrido algún daño duradero?

Su sonrisa se ensanchó ante su sincera preocupación. —Solo mi dignidad, y eso se recupera fácilmente —le aseguró. Él siempre era tan considerado y siempre la invitaba a bailar cuando se encontraban en los bailes. Era una lástima que su amabilidad fuera en vano. Ella no era digna de sus sonrisas.

Sin embargo, su respiración se detuvo ante dos hechos interesantes.

Louth no estaba casado y, a pesar de su amabilidad, muchos lo consideraban un pícaro.

Si no estaba casado y tal vez nunca organizaría un baile, no tenía que preocuparse por averiguar la ubicación de su caja fuerte. Incluso podría contemplar la idea de asegurar su ayuda para su propia ruina.

Él le tomó el codo, su agarre firme, y el calor de sus manos enguantadas se filtró en su piel desnuda. —¿Está segura de que se encuentra bien? Una caída puede ser peligrosa para su salud.

Incluso le agradaba lo suficiente como para que la idea de convertirse en su amante no fuera en absoluto intimidante. Él sería el hombre perfecto para atrapar como protector, ya que su propiedad estaba lejos, en Lincolnshire. ¿Podría persuadirlo para que instalara a una amante en el campo?

Dejó caer la mirada hacia su ancho pecho e imaginó que la presionaba contra él. Nunca lo había imaginado a él ni a nadie de esta manera y parecía un buen momento para empezar. Puso su mano contra su pecho para estabilizarse mientras sus piernas se volvían mantequilla ante la idea de ser suya.

Esme le había dicho que buscara a un hombre perverso. Nunca había mencionado que también podría tener pensamientos perversos sobre él. —Sí, por supuesto que lo estoy. Estoy

perfectamente bien. De hecho, estoy muy contenta de verlo esta noche.

Él sonrió cálidamente. —¿Y por qué es eso?

No podía declarar abiertamente su intención de arruinarse, así que eligió algo menos impactante hasta que encontrara el valor para presionar por más. —Me pregunto si podría molestarle con un baile.

Las damas nunca pedían tal cosa a los caballeros a menos que fueran atrevidas, y era consciente de que él ya podría estar comprometido para bailar con otra mujer en el siguiente set. También necesitaba llevarlo de vuelta a la parte más concurrida de la casa para informar a Talbot que se había abierto una ventana diferente.

Sin embargo, él sonrió. —Estaré encantado, señorita Hedley.

Le ofreció su brazo y ella envolvió el suyo alrededor. Era bastante alto y los músculos que se flexionaban bajo sus dedos eran gruesos y fuertes. ¿Sería así en todas partes?

Un rubor llenó sus mejillas mientras volvían a entrar en el salón de baile y se unían al set que se estaba formando. Desafortunadamente, el baile era una cuadrilla, lo que significaba que estarían demasiado separados para continuar una conversación impropia. Pero podía mirarlo todo lo que quisiera e imaginar estar con él. Para ser un hombre grande, era un bailarín consumado. Su toque era ligero, sus pasos precisos. Sus ojos nunca dejaron los de ella y escalofríos recorrieron su piel cuando él sonrió. Tendría que encontrar una manera de mantenerlo a su lado después del baile y ser lo suficientemente valiente para perseguirlo por lo que quería.

Cuando terminó el set, Louth tomó sus dedos ligeramente y colocó su mano en su brazo. —Gracias por el encantador baile, señorita Hedley.

—Gracias a usted, milord. Yo también lo disfruté.

—La llevaré de vuelta con Lady Heathcote ahora.

Bueno, eso no servirá. Necesitaba pasar unos momentos más con Louth para hacer sus preguntas. —Oh, por favor, ¿podría tomar un poco de ponche primero?

—Sí, por supuesto. Bailar da sed. —La guió suavemente a través de la multitud, su mayor tamaño despejando inmediatamente un camino, y por eso ella estaba agradecida. Normalmente tenía que pedir a los invitados que se movieran varias veces o escabullirse entre ellos. Sin embargo, unos pasos más adelante, Talbot se materializó ante ella, tartamudeando una falsa disculpa por pisar sus pies.

Lord Louth la soltó y retrocedió unos pasos.

—Pasillo este, ventana del nicho. La biblioteca estaba ocupada —susurró ella y luego se apresuró tras Louth.

Una vez asegurado el ponche, Iris se movió a un rincón tranquilo de la sala que aún estaba a la vista de todos los presentes e intentó controlar su corazón acelerado. Se sentía mal por los Hazelton. Mañana la familia estaría en un alboroto por el robo. No había nada que pudiera hacer para detener estos terribles acontecimientos. Era tan culpable como los ladrones que se llevaban las joyas.

Bebió un sorbo de su ponche y luego miró a Louth. —¿Está disfrutando de la velada?

Él gruñó. —Mi prima está aquí, así que no.

Iris divisó a la señorita Crewe al otro lado de la sala en compañía de la misteriosa Lady Taverham y otros conocidos. La señorita Crewe llevaba el vestido de seda rosa más hermoso e Iris suspiró con nostalgia por los días pasados, cuando podría haber usado algo similar. El collar de perlas de semillas alrededor de su cuello la sorprendió. Nunca había notado que esa dama llevara joyas verdaderamente valiosas antes de esta noche. También estaba rodeada por un grupo de jóvenes caballeros que claramente estaban totalmente embelesados por lo que fuera que

estuviera hablando. —Parece ser popular.

—Si solo pudiera durar —murmuró Louth—. Mi prima nunca deja de demostrar que es una original, como probablemente ya ha oído. Se asustarán como el resto para mañana por la tarde a más tardar.

Ella sonrió y agitó su abanico frente a su rostro. —Sugiere que lo hace a propósito, pero nunca he visto ninguna prueba.

—Una vez sugirió pintar a un pretendiente y luego enumeró todas las formas en que podría suavizar el impacto de sus papadas. —Rio suavemente—. Diez minutos en mi casa escuchando ese tipo de conversación y no dudaría de mi creencia de que ha decidido nunca casarse.

—Me encantaría visitarlo en su casa, milord. —Su corazón se detuvo. ¿Había sido demasiado atrevida?

Él pareció ahogarse un poco, pero luego sonrió ampliamente. —¿Su grupo irá a otro entretenimiento esta noche?

Ella frunció el ceño, sintiendo que el cambio de tema le había robado la oportunidad de sondear la profundidad de su interés en ella. —Creo que Lady Heathcote tiene otros planes para más tarde que involucran al señor Meriwether, así que me quedaré a mi suerte durante varias horas.

—Ah —murmuró Louth y no dijo nada más sobre el tema.

—Son amigos íntimos y pasan gran parte de las noches a solas —entregó su copa de ponche vacía a un camarero que pasaba. No podía dejar escapar esta oportunidad sin intentar causar una mejor impresión—. Debe ser agradable tener a alguien con quien abrazarse por la noche.

Louth se quedó paralizado con la copa casi en los labios.

—Puede serlo —murmuró antes de vaciar la copa de un trago y hacer una mueca por el sabor empalagosamente dulce.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Cuando él asintió, ella tomó aire profundamente—. ¿Cómo es tener una amante?

Él parpadeó lentamente e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Acaso su pregunta es parte de algún reto que mi prima la engañó para que hiciera esta noche, señorita Hedley?

—En absoluto —le aseguró—. Quiero saberlo por mi propio interés. Jamás hablaría con su prima sobre un asunto tan personal.

—Entonces, perdóneme por ser franco, pero ¿qué interés podría tener usted en tal conversación? —Su ceño se frunció aún más—. Quizás debería haberla devuelto con Lady Heathcote, después de todo. Me temo que su caída ha trastornado su buen juicio.

Ella agarró su abanico con fuerza hasta que las varillas se doblaron bajo la presión.

—Si prefiere no explicármelo, simplemente tendré que preguntarle a alguien más.

Su tono irritado pareció sobresaltarlo porque se acercó más.

—No puede ir por un baile haciendo ese tipo de preguntas.

Louth se cernía sobre ella y aquellas sensaciones que había despertado en ella cuando se tocaron antes volvieron con toda su fuerza. Su pulso se aceleró ante la idea de estar atrapada en sus fuertes brazos, de ser sostenida por él. Besada hasta perder el sentido.

Miró al otro lado de la sala donde estaba el señor Talbot. Los observaba con una expresión curiosa en el rostro. Su corazón latió un poco más rápido.

—¿Me respondería en privado entonces? Me gustaría mucho discutir el tema con mayor detalle.

Louth la miró con los ojos marrones muy abiertos. Se movió para pararse justo delante de

ella.

—La llevaré de vuelta con Lady Heathcote ahora.

Era tan alto y ancho; sus hombros bloqueaban completamente a Talbot y por eso ella estaba agradecida. Un atisbo de satisfacción la invadió, incluso cuando él le cogió el codo con un agarre ligero. Se arriesgó a hacer una pregunta más, la más importante.

—¿Qué tipo de talentos busca en una amante?

Él le apretó el codo con firmeza y luego la arrastró de vuelta en dirección a Lady Heathcote y sus amigas. Aunque ella clavó los talones discretamente con la vana esperanza de frenarlo, no era rival para su fuerza o determinación de devolverla a su acompañante. Al ver que era inútil resistirse, se rindió y se puso una sonrisa en la cara. Tendría que preguntarle a alguien menos pudoroso la próxima vez, si quería una respuesta honesta.

CAPÍTULO CUATRO

MARTIN LE ENTREGÓ su tarjeta al mayordomo de la casa de Lady Heathcote y se paseó por el corto pasillo mientras esperaba a ser anunciado. Lamentaba su encargo, verdaderamente lo hacía, pero lo estaba haciendo por el bien de Iris Hedley. Apenas había pegado ojo la noche anterior, preocupado por las preguntas que la inocente mujer había pronunciado en el abarrotado salón de baile de los Hazelton. No podía preguntarles a los hombres qué querían en sus amantes sin arriesgar su reputación y ser tachada de escandalosamente atrevida.

Cualquier sinvergüenza podría haber escuchado sus comentarios desprevenidos y aprovecharse de su error. Tenía suerte de que él no fuera del tipo que se aprovecha o difunde chismes dañinos, como tantos en la sociedad eran propensos a hacer estos días. Desafortunadamente, sospechaba que quizás no tendría tanta suerte la próxima vez que se atreviera a hacerle a un hombre una pregunta tan impertinente si él mismo no lo evitaba.

Cuando el mayordomo lo condujo al salón, descubrió a Lady Heathcote e Iris solas junto a la chimenea crepitante y la visión era tan encantadora y cálida que titubeó. La diminuta Iris llevaba su cabello oscuro suavemente recogido en la parte posterior de su cabeza en un moño suelto, y el vestido de día azul profundo se ajustaba cómodamente alrededor de sus amplias curvas, acentuando la palidez de su piel. Sería una tentación para cualquier hombre que pensara que podría tenerla en su cama. Dadas sus preguntas, incluso un hombre cuerdo podría pensar que tenía derecho a tenerla donde y cuando le diera la maldita gana.

Lady Heathcote sonrió ampliamente.

—Ah, Lord Louth. Qué amable de su parte visitarnos.

—Lady Heathcote, señorita Hedley, el placer es todo mío, se lo aseguro —dijo mientras tomaba asiento en una delicada silla frente a ellas y charlaba como se esperaba de cualquier visitante normal. Sin embargo, cuando las cortesías terminaron, se le cerró la garganta. Había planeado lo que diría, pero ahora, enfrentado al momento de dar la advertencia, se volvió inseguro de si proceder. Perjudicaría la posición de Iris a los ojos de Lady Heathcote si revelara sus escandalosas preguntas de la noche anterior.

Lady Heathcote sonrió y miró entre ellos.

—Iris mencionó esta mañana que le preguntó sobre sus requisitos para una amante, y debo decir que aprecio su temprana visita más de lo que puede imaginar. ¿Ha venido a ofrecerle su protección?

—¿Usted sabía lo que ella estaba tramando? —Su temperamento se encendió y espetó—: Por supuesto que no lo haría.

Iris negó con la cabeza.

—Intenté decirle que estaba equivocada sobre el motivo de la visita de Lord Louth, Lady

Heathcote. Él solo está siendo tan educado como siempre lo ha sido.

—Absolutamente —insistió Martin—. Vine a detener esta tontería.

—Qué lástima. —La franca mirada de Lady Heathcote lo recorrió de pies a cabeza y apretó la mano de Iris—. Debería haberte escuchado, pero no puedes regañarme por esperar que un espécimen de hombre tan fino te admirara. Ciertamente hay otros que querrían a alguien tan encantadora como tú en su cama.

Martin miró a Lady Heathcote con incredulidad. La mujer sabía sobre las preguntas impertinentes de Iris y ni siquiera estaba ofendida por la idea de que Iris Hedley se uniera a las filas del demimonde.

—¿No va a impedir que siga con este tema ridículo?

Iris se estremeció y él se reprendió por haber alzado la voz lo suficiente como para asustarla. No pretendía bramar como un toro, pero estaba horrorizado. Había pensado que Iris era amiga de Lady Heathcote, pero claramente su amistad solo llegaba hasta cierto punto y no alcanzaba a prevenir decisiones que podrían destruir su reputación.

Lady Heathcote lo miró con curiosidad.

—Iris es una mujer hermosa e inteligente. Conoce su propia mente, milord. No es una dirección que haya elegido a la ligera, pero como siente que no tiene otra opción, he tenido que aceptar su decisión y así deben hacerlo todos sus verdaderos amigos. Ciertamente abrigo la esperanza de que se case bien en su lugar algún día. Quizás incluso se enamore. Sin embargo, hemos pasado toda la mañana discutiendo el tema y está decidida a emprender su propio camino y pronto, con o sin mi ayuda. Encontrará un protector y dejará mi hogar por los deleites de su cama. Había esperado que ese hombre fuera usted.

—Haga que se quede con usted. —Martin se puso de pie de un salto y comenzó a pasearse. La idea de ofrecer su protección era una broma. Solo la perjudicaría.

—No puedo obligarla a hacer lo que yo quiera. Es mi invitada y no una niña. Puede quedarse todo el tiempo que desee y tomarse el tiempo que necesite para encontrar al hombre perfecto como su primer protector. —Lady Heathcote se puso de pie—. Todo lo que puedo hacer es guiarla hacia un hombre gentil que la cuide adecuadamente, especialmente dada su experiencia pasada.

—¿Qué experiencia pasada? —Un calor ardiente recorrió su piel ante la idea de que Iris Hedley hubiera entregado su cuerpo a otro sin el beneficio del matrimonio—. Si su antiguo prometido o algún otro sinvergüenza se ha aprovechado, debería decírmelo.

Lady Heathcote negó con la cabeza.

—¿Y entonces qué? ¿Planea retarlos a duelo? Eso causaría un escándalo aún mayor.

Miró a Iris y la encontró mirándolo fijamente, con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados bajo sus abundantes senos.

—Si ustedes dos han terminado de discutir mi futuro y mi pasado como si ni siquiera estuviera en la habitación, me gustaría que ambos se calmaran.

—Perdóname —murmuró Esme y, en efecto, parecía arrepentida—. Simplemente quería que Lord Louth se diera cuenta de lo que estaba en juego y que no tuviera dudas sobre tu determinación.

—Creo que has logrado transmitir eso. Mi decisión está tomada y no cambiará, milord.

Él cerró los ojos.

—Una decisión miope que solo te traerá arrepentimiento.

Lady Heathcote murmuró:

—Discúlpenme un momento.

Martin abrió los ojos a tiempo para verla salir de la habitación y cerrar firmemente la puerta del salón detrás de ella.

Iris hizo un gesto hacia una silla, su piel brillando rosada por la vergüenza.

—Perdone a mi amiga, está decidida a que debo abordar mi elección con honestidad y total convicción o no hacerlo en absoluto. No esperaba que lo importunara en mi nombre. Por favor, siéntese, milord, o si está demasiado decepcionado conmigo, puedo entender si prefiere irse.

Él volvió a su silla.

—¿Por qué esta tontería de ser amante? ¿Por qué no simplemente casarse?

Ella lo miró con consternación.

—No soy exactamente material para el matrimonio, milord, sin una dote.

Cierto. Y sin embargo... "Eso desalentaría a muchos hombres, pero ciertamente no a todos. Nunca te faltaron admiradores en el pasado".

—Admiraban más el dinero y las conexiones de mi padre que a mí.

Él hizo una mueca de dolor. —¿Ha oído usted cuándo podría volver su padre a la sociedad?

La atención de ella se dirigió a sus manos y él recordó que sus preguntas anteriores siempre habían producido la misma respuesta tímida. —No espero que mi padre vuelva nunca.

Sus palabras estaban tan llenas de pesar por el hecho de que su padre la había abandonado junto con sus responsabilidades financieras, que él se inclinó hacia adelante para tomar su mano entre las suyas. —Seguramente aún hay lugar para la esperanza de que vuelva y arregle las cosas de nuevo.

Ella se mordió el labio inferior y luego negó con la cabeza. —No hay ninguna y ya es hora de que empiece a ganarme la vida en este mundo. No puedo vivir de la caridad de Esme por el resto de mi vida. Quiero algo propio de nuevo y alejarme de Londres. —Se puso de pie y se alejó, abandonando el consuelo que él le ofrecía—. Esme ha sido todo lo amable y acogedora que se puede ser, pero siempre soy consciente de que mi presencia en su casa es una imposición. Mi única esperanza de un futuro seguro es convertirme en una amante. Al menos estaría fuera del camino de Esme. Ojalá no hubiera venido usted hoy. Es fácil ver que duda de mi atractivo.

Martin se alegró de haber venido y no dudaba ni por un momento de su atractivo como mujer. Mientras ella estaba distraída con la vista del exterior, Martin dejó que su mirada recorriera discretamente su figura. Siempre había tenido debilidad por Iris Hedley, especialmente desde que su padre había huido al continente para evitar a sus acreedores. El hecho de que viviera con Lady Heathcote en Londres aseguraba que estuviera bien cuidada y él siempre se aseguraba de bailar con ella cuando sus caminos se cruzaban. Muchos en la sociedad la habían desdeñado por su pobreza y eso lo enfurecía. ¿Cómo podía ella ser culpable de algo que había sucedido?

Sin embargo, por muy atractiva que pudiera ser, las criaturas pequeñas y delicadas como esta estaban estrictamente prohibidas para un hombre de sus proporciones. Desde su separación de Vivian, mirar a una mujer era a menudo el único placer que se permitía. No podía ofrecerle nada, aunque no pensara que fuera la idea más espantosa. —Por supuesto que vendría, aunque solo fuera para advertirle que nunca más haga tales preguntas a los caballeros. Otros hombres habrían asumido que estaba usted decidida a seducirlos y se habrían abalanzado sobre usted inmediatamente.

Su mirada se dirigió tímidamente hacia él. —Seré más discreta la próxima vez y se lo preguntaré a alguien a quien le guste lo que ve.

A Martin le gustaba mucho lo que veía, pero ella nunca podría ser más que esto para él. Podía ser su amigo y ofrecerle algo de orientación. Tal vez si respondía a sus preguntas, ella

cambiaría de opinión sobre todo el asunto y consideraría la alternativa: el matrimonio con el hombre adecuado. —No permitiré que se lo pregunte a nadie más. El riesgo de censura es demasiado grande. ¿Qué quiere saber?

Sus ojos se abrieron de par en par y luego sonrió cálidamente y se acercó. —¿Con qué frecuencia se esperaría que fuera íntima con mi protector?

Él consideró cuidadosamente el asunto, ganando tiempo con la esperanza de que Lady Heathcote regresara. Iris era hermosa de una manera que sospechaba que ella no entendía. Un hombre de tamaño normal probablemente la querría a diario. Podía decirle la verdad, pero ser tan honesto podría asustarla del matrimonio por completo y ese no era su objetivo. No quería alejarla de todos los hombres, así que eligió una respuesta menor. —Al menos un puñado de noches cada semana.

Ella extendió la mano y flexionó los dedos. —Entonces, cuando usted veía a su amante, ¿eran íntimos al menos cinco veces?

Él hizo una mueca. En realidad, había sido íntimo con Vivian menos que eso. Siempre se había asegurado de su placer primero y a menudo. —No estamos hablando de mis deseos sino de los de un hombre común.

Ella frunció el ceño. —¿Cuál es la diferencia?

Él se pasó una mano por el pelo corto. No podía ser tan honesto con Iris Hedley. —¿Cuál es su siguiente pregunta?

Su mirada cayó sobre sus labios y un intenso rubor llenó sus mejillas. —¿Cómo es besar a alguien tan profundamente que uno se pierde en su abrazo?

La miró de cerca, notó el rápido subir y bajar de sus pechos y sintió los imprudentes despertares de la excitación en sí mismo. ¿Qué tan experimentada era Iris con los hombres? Si no sabía que un buen beso podía devastar los sentidos, entonces la "experiencia pasada" a la que aludía Lady Heathcote podría no ser tan ruinosa como él había temido al principio. —Es maravilloso.

—¿Podría mostrarme?

Él retrocedió sorprendido. —¿Cómo dice?

Ella juntó las manos en la cintura y las retorció. —Como mencionó Lady Heathcote, tengo experiencia limitada en estos asuntos.

Él se desplomó aliviado. La elección de palabras de Lady Heathcote le había llevado a imaginar lo peor y ese no era el caso. —Esas son buenas noticias.

—¿Cómo puede creer eso? —Suspiró—. No tengo más remedio que seguir adelante si quiero tener algún tipo de vida propia. Quiero saber qué se esperaría que hiciera con los hombres y me gustaría ayuda para adquirir algunas habilidades para prepararme para ese día.

¿Quería lecciones? Su mente daba vueltas ante la idea de que pudiera haber pedido a alguien más esa educación impropia. Sería expulsada de toda buena sociedad si alguna vez se descubriera. —¿Exactamente cuánta experiencia tiene?

—Tres besos —respondió inmediatamente—. Sé que hay varios grados de experiencia para una dama, pero Esme me asegura que una mujer debería poder decir que el hombre con el que está tiene las habilidades necesarias para merecer su afecto por la pericia de su beso.

—Es usted completamente inocente —dijo ahogadamente. Dioses, tres besos no eran nada. Estaba contemplando una vida mucho más allá de lo aceptable y no tenía idea de los cambios que vendrían en su vida como amante.

—Sí. —Levantó la barbilla con orgullo—. Pero me gustaría no ser ignorante también.

Él se frotó la mandíbula, pensando intensamente en una forma de aprovechar su

inexperiencia. Si pudiera distraerla de su plan de encontrar un protector, aún podría encontrar un hombre para casarse. Unos pocos besos mal ejecutados no le harían mucho daño mientras nadie se enterara de ellos. —Muy bien.

Su boca se abrió de par en par.

Él sonrió ante su sorpresa. —Seré yo quien responda a sus preguntas sobre la intimidad con la condición de que no le diga a nadie que desea ser una amante, por el momento. Debo tener su promesa de que esto será nuestro secreto. No seré partícipe de su ruina.

—¿Y me enseñará también lo que necesito saber?

Hizo una pausa. Se esperaba que una novia inocente supiera muy poco en su noche de bodas. Tendría cuidado con lo que le enseñara. —Sí.

—Lo prometo —se acercó más—. Muéstrame.

—¿Quieres que te bese ahora? ¿Aquí? —Miró alrededor frenéticamente, esperando que Lady Heathcote estuviera a punto de volver con ellos. Sin embargo, no escuchó ni un solo sonido más allá de la respiración agitada de Iris. Cuando había imaginado su educación, no había previsto llevarla a cabo en el salón de Lady Heathcote, donde cualquiera podría entrar.

Iris, sin embargo, lo miró seriamente. —Bueno, ¿qué otro lugar podría ser tan privado como este? Si nos escabulléramos en un baile, alguien podría vernos. Si nos encontráramos en una residencia privada de su propiedad, eso también estaría lleno de riesgos de ser descubiertos. Esme no nos habría dejado solos si no hubiera querido que continuara mis indagaciones con usted bajo su techo.

—Entiendo su punto —Ciertamente, ahora era el momento perfecto. Podría besar a Iris y nadie lo sabría, y luego mañana por la noche ella esperaba que olvidara todo sobre estas ridículas lecciones y volviera a buscar un marido adecuado.

Tomada la decisión, la agarró por los hombros y presionó sus labios contra los de ella en un beso sonoro que terminó antes de que realmente comenzara.

Cuando la soltó y se apartó, ella lo miró con desaprobación. —Pensé que besaría mejor que eso.

Adiós a sus buenas intenciones. Apretó los dientes. —¿Por qué las mujeres siempre quieren algo más de mí de lo que ofrezco?

—No lo sé —Ladeó un poco la cabeza mientras lo estudiaba—. Nunca le he pedido que me muestre más de lo que implica un beso apropiado, pero si es demasiado inconveniente...

A pesar de la situación, estaba impresionado por su valentía. El desafío que presentaba le intrigaba. La pequeña Iris Hedley era notablemente testaruda y nunca antes había notado ese rasgo. Sin embargo, ¿cuánto podría enseñarle sin ir demasiado lejos? Tendría que pisar con cuidado.

Dado que la disparidad en sus alturas era demasiado grande para besarse cómodamente de pie, tomó su mano y llevó a Iris hacia el asiento de la ventana en la parte trasera de la habitación. Se sentó y la dejó de pie frente a él. —¿Qué tal si tú me besas, ya que claramente tienes alguna idea de lo que constituye un beso apropiado?

Su frente se arrugó con consternación. —¿Las amantes hacen eso? ¿Besar a sus protectores primero, y pueden hacerlo también sin su aliento?

Las suyas ciertamente lo habían hecho antes. Nada le excitaba más que una mujer impaciente. Asintió lentamente. —A un hombre le gusta una mujer que sabe lo que quiere cuando se trata de pasión.

—Ya veo. Entonces tenía razón en que debo aprender todo lo que pueda —Puso sus manos sobre sus hombros y bajó su rostro hacia el de él. Él miró fijamente sus ojos verde pálido,

esperando que cambiara de opinión hasta el último minuto cuando ella rozó suavemente sus labios contra los suyos.

Fue un beso suave, pero el corazón de Martin comenzó a latir con fuerza contra sus costillas inmediatamente. Sus manos se deslizaron lentamente por su cuello y cuando tocó su mandíbula, sus pequeños dedos estaban cálidos y distraían. Levantó su rostro un momento y luego lo besó de nuevo como si tuviera todo el tiempo del mundo para experimentar con él. Aprendía rápido. Era valiente y audaz aunque sus ojos estuvieran fuertemente cerrados, y se entusiasmó con la oportunidad de besarlo hasta dejarlo sin sentido.

Podría ser un error alentarla, pero Martin le tomó la cabeza y la atrajo hacia su regazo, su pequeño peso equilibrado sobre un muslo, sus faldas enredadas entre sus piernas. Envolvió su brazo alrededor de su cadera y con el otro acarició firmemente su hombro. Cerró los ojos también y descubrió que el beso de una inocente era diez veces más excitante que la cortesana más experimentada que jamás hubiera tenido sobre su rodilla.

Sus labios se separaron sin necesidad de aliento y su lengua bailó sobre su labio inferior. Martin la apretó firmemente contra su cuerpo y empujó su boca con avidez con su propia lengua, perdido en el momento de exploración que nunca había esperado. Cuando ella lo acarició tentativamente en respuesta, presionó su cadera con más fuerza contra su creciente erección y saqueó el dulce sabor de su boca.

Iris gimió suavemente y el sonido frenó su urgencia. Retrocedió, mirando hacia un rostro que se había sonrojado y aturdido por la excitación. Gruñó por lo bajo. Tal vez educar a la inocente no había sido la mejor manera de convencerla de que se casara, pero no podía decir que se arrepintiera de ese beso o de la sensación de su pequeño cuerpo en sus brazos.

La depositó en un cojín adyacente y esperó mientras ella recuperaba el aliento. Probablemente eso era más de lo que debería haberle "enseñado", pero ella lo había pedido con audacia y él había respondido de la misma manera. Con suerte, sus acciones le demostrarían que la pasión pertenecía a un marido y no a algún casi desconocido que la usaría y luego se iría cada mañana, dejando dinero o joyas al lado de la cama y ninguna certeza de cuándo lo volvería a ver. La mera idea le ofendía. —¿Lo ves?

—Creo que entiendo —dijo al fin después de aclararse la garganta varias veces—. Así que es posible recibir un beso así cuando el hombre ni siquiera quiere a la dama.

Negó con la cabeza. Cuán equivocada estaba. Sí la deseaba, y como prueba solo tenía que mirar el creciente bulto en sus pantalones, pero siendo una inocente, no tenía idea de la condición en la que sus besos lo habían dejado. Sin embargo, dado que Martin no era el adecuado para Iris Hedley, no dijo nada para convencerla de que su interés era genuino. Se sentó un momento, esperando que su excitación disminuyera. —Prométeme que limitarás tus indagaciones a este lugar y a mí.

Su rostro se volvió hacia él y pudo ver su lucha por mantener la compostura después de un beso tan embriagador. La forma en que lo miraba, con ojos vidriosos y sin aliento, significaba que la primera lección probablemente había sido un éxito descarado a sus ojos. Sus dedos se elevaron para cubrir sus labios sonrojados y finalmente asintió. —Estaría muy feliz de recibir más lecciones de usted, mi lord. En cualquier momento.

Las puertas se abrieron de golpe y Lady Heathcote entró corriendo, sosteniendo una nota en alto. —No lo creerán, pero Lord Hazelton fue robado anoche durante el baile y derribado por los villanos.

Iris se puso de pie de un salto, pálida y temblorosa. —¿Está muerto?

—Sobrevive, pero parece que todos son sospechosos —la tranquilizó Lady Heathcote—.

Meriwether está en camino.

Iris asintió. —Estoy segura de que será un consuelo para usted.

—Sí, será agradable verlo. Sin embargo, viene a entrevistarnos sobre lo de anoche. Por fin lo han ascendido para dirigir las investigaciones sobre la oleada de robos que ha afectado a la alta sociedad estos últimos meses.

Cuando Iris rompió en llanto, Martin esperó un instante antes de estrecharla entre sus brazos, a pesar de la expresión comprensiblemente conmocionada de Lady Heathcote. Evidentemente, sus nervios estaban alterados por el beso y su descarada petición. Iris no entendía que tal entrevista era una mera formalidad. Meriwether haría sus preguntas y se marcharía, porque nadie en su sano juicio podría imaginar que una dama respetable se rebajara a robar.

CAPÍTULO CINCO

—¡TE quiero, papá! —Iris se aferró a su padre y hundió el rostro en su cuello. Necesitaba el consuelo de sus brazos después de la angustia de ser interrogada por el señor Meriwether sobre sus movimientos en el baile de los Hazelton la noche anterior. Se había sentido inmensamente aliviada de que Louth no hubiera mencionado su agradable interludio a solas en el nicho. El mismo nicho que los ladrones habían utilizado para acceder a la biblioteca de los Hazelton y que podría haber llevado al inquisitivo señor Meriwether a considerarla una sospechosa principal en su investigación si lo hubiera sabido.

Se apartó para mirar el rostro de su padre, desesperada por el consuelo de su amor. Las arrugas alrededor de sus ojos parecían más profundas y oscuras hoy, sus ojos verdes, antes brillantes, estaban apagados y cansados.

Él la apartó suavemente.

—Cuida tu bonita ropa.

—No me importa mi ropa —le aseguró ella, pero se conformó con tomarle la mano—. ¿Estás bien?

Él asintió y la llevó hacia la única silla de la habitación, situada cerca de la ventana. Durante la noche habían metido otra cama en la celda, pero estaban solos en ese momento, pues los otros hombres se habían excusado al llegar ella.

—Tuvimos un altercado aquí anoche, unos tipos peleando por tonterías, pero al final todos se calmaron sin que hubiera daños.

Iris miró hacia el patio. Un puñado de hombres holgazaneaba afuera, apoyados contra las paredes y charlando en pequeños grupos. No había notado nada extraño en su estado de ánimo al llegar, pero los ánimos siempre se encendían rápidamente en este lugar. La última pelea que había estallado en Marshalsea había terminado en derramamiento de sangre. Uno de los compañeros de su padre había sido apuñalado. Afortunadamente no de manera fatal, pero era un aspecto de la vida en prisión que la aterrorizaba. Su padre no estaba acostumbrado a la dureza de este mundo sombrío.

Su padre le dio unas palmaditas en la mano.

—Me alegro de que no estuvieras aquí cuando sucedió. Al menos con tu ausencia, no tengo que preocuparme por tu seguridad.

Ella no estaba segura en ningún sitio y su corazón volvió a doler.

—Estoy a salvo con Esme —prometió.

Su padre asintió.

—Ha sido una buena amiga. Muy cuidadosa en observar las normas de decoro.

Bueno, no todo el tiempo. Esme la había dejado a solas con Louth con la esperanza de que

fuera seducida, e Iris había fracasado en experimentar algo más que un beso. No era un comienzo muy prometedor para su nueva carrera, pero perseveraría. Miró a su padre y la tristeza la invadió.

—Ella aún habla de ti con cariño.

—Si tan solo pudiera encontrarte un marido, entonces no me preocuparía tanto.

—Padre, por favor. —Extendió la mano para tomar la suya de nuevo—. No te preocupes por eso.

—Bueno, es lo que se espera que haga una mujer, encontrar pareja. Solo te digo lo que todos saben. —Se pasó los dedos por el pelo—. Debes considerar cómo se ve ante los demás. Lady Forsythe es particularmente mordaz con las mujeres que se demoran en llegar al altar. Puede que nunca más nos inviten a cenar, y ya sabes cómo se siente tu madrastra acerca de causar una buena impresión.

Iris le apretó la mano para detener el flujo de sus palabras. Le dolía el corazón al ver que había olvidado que lo que Lady Forsythe y su madrastra pensaran ya no importaba. La segunda esposa de su padre había huido a Bath tan pronto como se acabó el dinero, y buen viaje; y Lady Forsythe se había negado a reconocer su existencia durante algún tiempo.

—Yo también lamento no haberme casado aún, papá —le prometió con sinceridad. Un buen marido con una gran fortuna podría haberlos salvado a ambos, pero esas posibilidades habían quedado muy atrás. Un protector y una residencia fuera de Londres era todo lo que podía esperar ahora—. Lord Louth preguntó por ti ayer.

Su padre pareció sorprendido.

—¿Lo conozco?

—Sí, papá. Venía a cenar con frecuencia y pensabas que poseía un intelecto agudo.

Frunció el ceño mirando su mano y luego asintió.

—Oh, sí. Sí que lo consideraba muy inteligente. ¿Por qué no pensaste en conquistarlo?

Ella había estado comprometida en ese momento, pero no mencionaría a Grindlewood hoy. Si lo hacía, sin duda desencadenaría una serie de conversaciones que lo dejarían confundido sobre por qué su dote se había utilizado para pagar al último casero. En cuanto a Louth, no estaba interesado en ella ni en el matrimonio.

—Lord Louth es un amigo, señor, y solo me presta atención por respeto a usted.

Su padre se sentó en el borde de su cama con un gemido.

—Tonterías. Sería un excelente marido.

Iris apretó los labios. También podría ser un excelente amante, excepto por su falta de disposición.

—No ha expresado ningún interés en el matrimonio.

—Suenas como la joven que crié. —Su padre la miró con los ojos entrecerrados—. Sedúcelo y al final ganarás su título.

—Padre. —Ella rio y le acunó el rostro. Cuando se le metía una idea en la cabeza, era imposiblemente obstinado—. Eso no es lo que haré. No voy a lanzarme al único hombre que aún me saca a bailar.

Su padre descartó eso con un gesto de la mano.

—¿Su apariencia te ofende de alguna manera?

Sus ojos se abrieron de asombro.

—No, por supuesto que no. Es un hombre muy agradable y gentil. —Y atractivo. Pensar en su beso le había hecho perder varias horas de precioso sueño la noche anterior. Se había revuelto tanto que había tenido que arreglar su propia cama esta mañana antes de que llegaran las criadas.

Él se alisó el chaleco, uno que había conocido días mejores, con una mano.

—Oh, bueno. Olvida que mencioné al hombre.

Ahora eso era imposible de hacer, especialmente después de haberlo besado a fondo ayer. Aún podía sentir sus grandes manos presionando su cuerpo contra el suyo, su sabor en su boca. La ligera aspereza de su barba incipiente había sido una deliciosa sorpresa que también había disfrutado. Casi olvidaría los problemas de su vida solo por tener la oportunidad de besarlo de nuevo.

—¿Qué hay de Lord Ettington? Conozco a su tío.

Y había ofendido bastante al tío del marqués, el Duque de Exeter, también.

—Ettington está casado, papá. ¿No recuerdas que te conté sobre sus muestras públicas de afecto hacia su esposa? —Le dio unas palmaditas en la mano de nuevo—. En fin, no te preocupes por tus intentos de casamentera. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Su padre metió la mano en su baúl y sacó una camisa arrugada de la pequeña pila de ropa que había dentro.

—He perdido un botón.

Iris sacudió la camisa y la extendió sobre su regazo. —Esto solo tomará un minuto. ¿Por qué no me cuentas tus novedades mientras trabajo?

Buscó en su bolso las tijeras, aguja e hilo, y un botón de repuesto que llevaba consigo en caso de necesidad, mientras su padre le relataba los detalles de los acontecimientos recientes en la prisión de Marshalsea. Su relato, como siempre, incluía noticias de semanas atrás también. Cosas que ella ya sabía. Él hablaba de ellas como si acabaran de suceder y ella no quería molestarlo recordándole el paso del tiempo entre entonces y ahora. Solo quería escuchar su voz y terminó con la camisa antes de que él acabara. Dobló la prenda cuidadosamente y la guardó en su baúl. —Perfecta de nuevo.

Su padre se aclaró la garganta. —Iris, hay algo de lo que quiero hablarte.

—Por supuesto, papá.

Él tomó sus manos y la miró fijamente. —Cuando te vayas hoy, no quiero que vuelvas. Es demasiado peligroso aquí para alguien tan hermosa como tú.

Iris negó con la cabeza violentamente. —No puedes hablar en serio.

—Pero lo digo en serio. —Le apretó las manos aún más fuerte—. Hija mía, te amo más que a nada en el mundo y nunca deseé arrastrarte tan bajo. Tienes una buena situación con Lady Heathcote. Vives cómodamente y tienes el respeto de quienes te rodean. Deberías hacer todo lo posible por proteger tu reputación.

Ella asintió aturdida, habiendo escuchado todo esto antes y sabiendo que tenía sentido de alguna manera. Sin embargo, no podía hacer lo que él le pedía. Estaba tan hundida en el fango que aún no tenía salida. —No te dejaré, y nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

Él se apartó como si ella no hubiera hablado. —Mientras puedas, debes aprovechar esta oportunidad para encontrar un marido con medios y salvarte.

—Padre, no voy a abandonarte. Ya hablamos de esto. Podemos recuperarnos y encontrar un pequeño lugar para alquilar en el campo. ¿No sería un bonito cambio de Londres? —Hurgó en su bolso y sacó las monedas que Esme le había dado esta mañana. Las puso en su mano y le cerró los dedos sobre ellas—. Tendré más, y pronto.

Su padre no rechazó el dinero, pero su expresión le dijo que no estaba feliz de recibir de ella nuevamente. —Mi querida niña, tu corazón es tan grande, pero debes darte cuenta de que nunca tendrás suficiente para cubrir las deudas a menos que te cases excepcionalmente bien.

—Otra vez con esto no. Por favor, papá. No quisiera discutir contigo hoy sobre esto. Nos queda tan poco tiempo antes de que deba volver con Esme.

Él tocó la manga de su vestido y frotó la fina tela entre sus dedos. —Piénsalo bien, querida. Verte así, con vestidos tan finos y elegantes, tiene sentido. Perteneces a la alta sociedad.

Ella encontró su mirada. —Pertenecemos donde elegimos. ¿No es eso lo que siempre me has dicho?

—Entonces trabaja para hacer un buen matrimonio. Te mereces ser feliz.

—Seré feliz cuando estés libre —le aseguró. Iris besó su mejilla mientras las lágrimas llenaban sus ojos. Sí, un buen matrimonio resolvería muchos problemas, pero ningún hombre querría casarse con la cómplice de un ladrón. Ser amante era completamente diferente. Al menos la situación sería honesta y solo se trataría de un poco de pasión. Estaba segura de que no le pasaría nada a su futuro protector si la acusaban de un delito cometido antes de que comenzara su acuerdo.

Besó la mejilla de su padre de nuevo, lo mimó hasta que fue hora de partir para el viaje de tres millas de vuelta a la casa de Esme, y cuando se despidió, prometiendo regresar al día siguiente, pensó que su padre podría llorar. Él esperaba que ella obedeciera y nunca regresara. Ella siempre lo haría.

A mitad de camino por las destartaladas escaleras, se encontró cara a cara con el carcelero. —¿Cómo se atreven sus hombres a atacar a un lord?

—El caballero debería haberse apartado —gruñó Fitzhugh, pero parecía visiblemente incómodo.

Iris puso las manos en sus caderas y lo fulminó con la mirada. —Me niego a ser cómplice de un asesinato.

—Quejarse no te servirá de nada. Él nunca te dejará ir. Tú haz tu parte y yo haré la mía.

Miró hacia la puerta del cuartel donde el rostro triste de su padre los observaba y saludó con la mano. —Todos pagaremos al final.

—Tienes que salvar a mi padre —susurró ella—. Tienes que sacarlo de aquí. Por favor.

—Ni siquiera puedo salvarme a mí mismo. No hay salvación para los caídos. No hay dinero suficiente para silenciar las lenguas y esconderlo, no con la forma en que se comporta algunos días. —Subió pesadamente las escaleras, pasó junto a su padre y desapareció en la habitación.

Si Fitzhugh alguna vez escapara de la influencia de Talbot, ¿qué sería entonces de su padre si lo dejaran aquí solo?

Padre podría no durar ni un día.

Se apresuró a bajar las escaleras, asintió educadamente al corpulento asistente de Fitzhugh mientras este forcejeaba con la cerradura y salió por la puerta de la prisión de Marshalsea tan rápido como pudo con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Nadie había muerto aún, pero eso no significaba que tendrían tanta suerte la próxima vez.

Una vez que llegó a la esquina más cercana, llamó a un coche de alquiler y dio instrucciones para la casa del Lord Louth en Golden Square. Iba a visitar a la señorita Crewe como pretexto para ver al conde y acordar cuándo tendría lugar su próxima lección. Podría ser su amante si lograba alentarlo de la manera correcta; experimentar el placer con el que Lord Louth la había tentado ayer, y estar protegida de Talbot.

El viaje en el carruaje tomó significativamente menos tiempo que la larga caminata a pie, pero aun así su ansiedad se disparó. Nunca antes había hecho deliberadamente una visita social a un hombre. Siempre existía la posibilidad de que Louth no estuviera en casa, no quisiera ofrecerle nada, no deseara verla.

Cuando el carruaje se detuvo frente a su casa y ella usó la aldaba, el mayordomo de rostro amable la recibió con cálidas sonrisas y disculpas porque la señorita Crewe aún no se había

levantado. —¿Desea dejar una tarjeta?

Ella se mordió el labio con incertidumbre. Era una lástima desperdiciar todo el viaje cuando en realidad era al conde a quien había venido a ver. Era un riesgo, pero podría no tener otra oportunidad de verlo en días. —¿Quizás Lord Louth esté en casa?

—Sí, señorita Hedley —el mayordomo señaló hacia una habitación cercana—. Si desea esperar un momento, veré si tiene tiempo para atenderla hoy.

Iris entró en un salón tan elegante que le cortó la respiración. Una fina lámpara de araña colgaba sobre una exquisita alfombra oriental. Sillas con cojines profundos rodeaban una pantalla de chimenea confeccionada al estilo oriental. El escenario le quitó el aliento. No tenía idea de que el conde poseyera un gusto tan extraordinario.

Talbot también se frotaría las manos de alegría por los jarrones gemelos de jade que flanqueaban la chimenea.

Lord Louth entró apresuradamente en la habitación, ajustándose su elegante chaqueta.

—¿Señorita Hedley? Lamento mucho haberla hecho esperar.

—Milord. La espera no fue nada —hizo una reverencia para ocultar el desconcertante rubor que se extendía por su piel como una caricia de amante—. Gracias por recibirme con tan poca antelación.

—Siempre —se volvió hacia el mayordomo y lo despidió. Louth cerró la puerta—. Confío en que todo esté bien en casa y que se haya recuperado de las preguntas terriblemente groseras del señor Meriwether.

—Sí, así es —su corazón se agitó contra su pecho mientras él se acercaba. El hombre se había ofendido tanto por el interrogatorio de Meriwether que temió que ambos llegaran a los golpes—. En realidad, vine a verlo para hablar sobre mis lecciones. Usted se fue apresuradamente ayer sin decidir cuándo sería la siguiente.

—Esperaba que hubieras dejado eso atrás —cruzó los brazos sobre el pecho, presentando una fachada intimidante—. ¿No quedaste lo suficientemente satisfecha con la primera lección?

Ella asintió rápidamente. A Louth no le había gustado la idea de que pudiera acercarse a otro caballero en su búsqueda por convertirse en amante. Esperaba provocar aún más sus instintos protectores hoy.

—Oh, sí. Pero ahora que lo veo de nuevo, no puedo evitar pensar que quizás preferiría que le pidiera a alguien más y terminara con esta tarea.

Sus brazos cayeron a los costados y dio un paso más cerca.

—Señorita Hedley, debo dejar algo perfectamente claro. Sé exactamente qué lección necesita a continuación.

Se abalanzó sobre ella, arrastrándola a sus brazos y la besó firmemente. Con los pies colgando del suelo, ella rodeó su cuello con los brazos puramente por autopreservación. Sin embargo, una vez en sus brazos nuevamente, sus sentidos se apoderaron de ella.

Había estado pensando en sus besos cada dos por tres, pero temía que el deseo que él había despertado en ella no pudiera repetirse. Claramente sí podía. Él la presionó contra una pared mientras sus lenguas se enredaban en una danza frenética. Si él podía hacerla sentir así, disfrutaría su vida como amante, pero aún tenía que convencerlo de que se ofreciera por ella.

Él se apartó, jadeando con fuerza.

—El deseo solo tarda un momento en descontrolarse, y no, no quiero ser reemplazado.

Los ojos de ella se abrieron mientras se deslizaba por la pared y aterrizaba sobre sus pies. Desafortunadamente, o quizás afortunadamente, sus piernas se habían convertido en mantequilla, por lo que no tuvo más remedio que aferrarse a su chaqueta para mantenerse erguida. Él se

erguía sobre ella con una chaqueta de lana azul marino y pantalones color ante, el epítome del buen gusto y la crianza, y ella deseaba volver a trepar a sus brazos y continuar besándolo. Se lamió los labios.

—¿Es normal sentirse así? ¿Tan viva?

—Sí —frunció el ceño y la besó de nuevo, sus manos deslizándose por sus costados y de vuelta a sus hombros. Se apartó un poco para susurrar—. ¿En qué estabas pensando al venir aquí a verme?

Iris enredó sus dedos en su cabello corto y encontró su mirada.

—Primero pregunté por su prima, para que nadie sospechara que mis verdaderos motivos eran verlo a usted.

Él la miró fijamente y luego asintió.

—Al menos en eso fuiste sensata. Te hice una visita esta mañana, solo para que me dijeran que habías salido por un asunto privado. ¿A dónde fuiste?

Su corazón se aceleró.

—A comprar encaje —dijo rápidamente, aferrándose al recado más aburrido que se le ocurrió. Era la respuesta de una tonta sin cerebro. No quería que Louth supiera que visitaba a su padre en Marshalsea cada vez que podía. Retiró su mano de su pecho y miró alrededor.

—Whitney bajará pronto —murmuró mientras se enderezaba. Tomó su codo y la guió por la habitación hasta un cómodo sofá—. Envié a tres doncellas para apartarla de su arte. Si no está aquí en exactamente los próximos cinco minutos, entraré con pistolas.

Iris no pudo evitar reír ante la imagen.

—Realmente tiene una opinión terriblemente baja de su prima.

Él extendió la mano y acarició suavemente su mejilla con el pulgar.

—Recuerde que mis comentarios se basan en años de experiencia viviendo con la mocosa.

Iris se sentó en el borde del cojín, preocupada por él.

—Ella lo tiene bajo asedio.

—Algo así. Tengo dificultades para entender lo que quiere la mayoría de las veces —él también se inclinó hacia adelante, mirándola fijamente con tanta atención que ella se estremeció —. Me alegro de que hayas venido.

Ella lo estudió abiertamente, gustándole mucho lo que veía. Le gustaba su honestidad y su manera directa.

—¿Por qué es eso?

Él apretó los labios por un momento.

—Pediste lecciones, pero quiero asegurarte que no cometeré el error de ir más allá de lo necesario.

Ella se quedó quieta, consciente de que había disfrutado mucho de sus atenciones y preferiría que las continuara y la convirtiera en su amante.

—No estaba preocupada por eso.

—Deberías estarlo —su sonrisa se desvaneció—. No soy de los que toman lo que debería pertenecer a otro.

Ella sonrió. No sería un problema para él. Si no quería ser su protector, aceptaría su decisión.

—Creo, milord, que nos entendemos. Le aseguro que no tendré expectativas más allá de cada lección.

Él asintió y estaba a punto de decir más, pero Whitney abrió las puertas de par en par.

—Ni un momento demasiado pronto —murmuró Louth.

Whitney cruzó la habitación vistiendo otro vestido rosa, de muselina esta vez, y un spencer

con puños moteados de violeta.

—Señorita Hedley, qué agradable sorpresa verla aquí.

Sin embargo, al examinarla más de cerca, Iris determinó que las manchas eran en realidad salpicaduras de pintura. En cualquier otra persona, el vestido habría provocado risas por su descuido. Iris, sin embargo, pensó que Whitney Crewe era muy original. Un rasgo que admiraba mucho a pesar de las ocasionales quejas de Lord Louth. Hizo una reverencia.

—Buenos días, señorita Crewe. Qué encantadora se ve hoy.

Whitney extendió el brazo y mostró lo que parecían ser mariposas finamente dibujadas en los puños.

—Me inspiré en mi vista matutina del jardín.

Iris sonrió maravillada por la paciencia requerida para la tarea, pero su atención se desvió hacia el brazalete de oro alrededor de su muñeca. Apartó la mirada.

—Fascinante.

—¿Te gustaría acompañarme a dar un paseo? —preguntó mientras se ponía los guantes, ocultando completamente el brazalete—. Justo iba al parque en busca de más inspiración.

—Con nosotros. No irás sola a ninguna parte —corrigió Louth a su prima.

La señorita Crewe sonrió.

—¿Qué daño podría haber en un corto paseo por el parque? Es bastante seguro a esta hora del día. No creo que pueda pegar ojo preocupándome por quién podría colarse en nuestra casa. Estos robos son realmente aterradores.

—No permitiría que eso sucediera. Personalmente me aseguro de que todas las ventanas y puertas de los pisos inferiores estén cerradas y aseguradas cada noche.

La señorita Crewe le sonrió dulcemente.

—Eso es un alivio. Es reconfortante vivir en una casa con un primo tan grande para protegerme. Estoy lista para ir si la señorita Hedley está lista para acompañarme. Podemos empezar sin usted si lo prefiere.

—Me esperarán —salió refunfuñando—. No permitiré que ambas anden galopando por el parque sin escolta.

Whitney suspiró.

—Malhumorado en momentos extraños, pero le aseguro que Lord Louth es un caballero perfectamente racional en todos los demás aspectos.

—Perfectamente amable —coincidió rápidamente.

La señorita Crewe comenzó a reír.

—Oh, no diga cosas tan horriblemente insulsas sobre mi primo. Seguramente merece una mejor descripción.

Iris miró rápidamente a la prima de Louth con confusión y la encontró sonriendo.

—¿Perdón?

La joven se arregló el vestido.

—Vamos, habría esperado más tiempo afuera para que usted y mi primo pudieran continuar su fascinante conversación sobre por qué no se acostará con usted, pero Gibbs me miraba de manera extraña, así que no tuve más remedio que irrumpir y fingir que no había oído ni una palabra. Me disculpo si interrumpí precipitadamente, y prometo que me esforzaré por proporcionar más oportunidades de privacidad en otra ocasión. Debe gustarle mucho o nunca se habría reunido con usted sin una carabina presente.

Un rubor le subió por el rostro.

—¿Lo escuchó todo?

La señorita Crewe le guiñó un ojo.

—Pero nunca diría ni una palabra. Solo quiero que sepa que no necesita fingir indiferencia hacia mi primo delante de mí. Es un hombre generoso pero, como todos los hombres, puede ser ridículamente obtuso.

Iris no sabía qué decir a eso, pero se sintió aliviada de que la señorita Crewe no estuviera en absoluto escandalizada por lo que había escuchado. Pero no sería tan amistosa si supiera lo que había hecho a otros en la sociedad.

—Gracias —susurró.

Cuando oyó que Lord Louth regresaba, se sintió enormemente aliviada. La señorita Crewe notaba demasiado para su comodidad.

—El carruaje tardará un momento o dos más —les aseguró.

—¿Un viaje lento en carruaje? —La señorita Crewe le lanzó una expresión de dolor, pero luego se volvió y le guiñó un ojo a Iris de nuevo—. Martin, estás siendo innecesariamente correcto, pero al menos tendremos la presencia de la señorita Hedley para añadir algo de emoción al día. Deberíamos haberla invitado a visitarnos mucho antes para no aburrirnos con la compañía del otro, como solemos hacer.

La sugerencia sonaba tan razonable al salir de la boca de la señorita Crewe, pero dado que la joven había escuchado su conversación con Louth, no había forma de que pudiera descartar el calculado potencial de flirteo. Iris lo consideró una bendición.

CAPÍTULO SEIS

LA EMPERATRIZ, como Marin había apodado en privado a Iris años atrás cuando su padre tenía fondos, estaba en su elemento paseando por Hyde Park en su carruaje. En su opinión, parecía imposible que ella perteneciera a cualquier otro lugar que no fuera la alta sociedad. Sin embargo, con Whitney a su lado sonriendo como una tonta, no estaba seguro de si su decisión de acompañarlas era lo mejor para él. Las dos parecían estar convirtiéndose rápidamente en amigas durante este paseo, pero temía, dadas las miradas furtivas en su dirección, que Whitney también estuviera tramando algo.

Esperaba que no estuviera llevando a Iris a creer que podría haber algo más entre ellos. No podía soportar ver a Iris herida. No podía cortejarla ni casarse con ella. Tampoco podía ser su protector. Solo quería ser su amigo y disuadirla de la locura que estaba cometiendo.

Se acomodó más cómodamente contra los cojines de su barouche y dejó caer su mirada sobre Iris, como lo había hecho constantemente desde que salieron de su casa. Iris volvió a juguetear con sus guantes gris pálido que hacían juego con su vestido de paseo. Hermosa, recatada e increíblemente deseable. El beso anterior lo había afectado más de lo que debería y maldijo su insensatez por complacerse en la lección innecesaria. Se sentía inquieto. Seguro de que estaba cometiendo un error al ceder a esta atracción. Se había sentido muy bien en sus brazos.

Desafortunadamente, no podía alejarse y dejar que otro hombre se hiciera cargo de su educación. La mera idea hacía que su temperamento se disparara.

—¿Estás disfrutando? —le preguntó en voz baja, cuando la atención de Whitney se desvió hacia un carruaje que pasaba con amigos artistas suyos.

—Sí, milord. Un paseo en carruaje por el parque siempre es una salida agradable —su sonrisa genuina alentó la suya. Sus miradas se encontraron y los inicios de un deseo imprudente calentaron sus ojos, volviéndolos redondos y luminosos. Desafortunadamente, si Iris continuaba mirándolo con lujuria descarada, tendría que hacer algo que realmente preferiría no hacer. Un beso siempre llevaba a otro, y a otro. Complacerse de nuevo estaba fuera de cuestión a menos que quisiera arruinar su vida.

Su sonrisa se volvió vacilante. —Los Ettington nos han invitado a Esme y a mí a cenar el jueves de la próxima semana. ¿Por casualidad asistirás?

Si cualquier otra mujer soltera hubiera hecho esa pregunta con tanta esperanza en su voz, él habría eludido una respuesta y no se habría atrevido a comprometerse de ninguna manera. Sin embargo, siempre había esperado ver a Iris en sociedad y asegurarse de que estuviera cómoda, así que asintió. —Sí, asistiré. Son grandes amigos. Encontrarás a la marquesa un poco poco convencional, pero también es muy divertida —añadió.

—Me gusta mucho lo que he oído de ella. Y he tenido la suerte de ser testigo de primera

mano de lo feliz que ha hecho al marqués.

—Así es, aunque muchos sugirieron que él había elegido precipitadamente en su momento —se encogió de hombros. Ettington se había casado por amor. Al igual que todos sus amigos. No les envidiaba su felicidad, pero estar atrapado en una habitación llena de cónyuges sonrientes hacía que un soltero anhelara la salida más cercana.

Whitney golpeó repentinamente la puerta del carruaje. —Acabo de recordar. El duque está en la ciudad y seguramente estará en la cena de los Ettington, ¿no?

Iris frunció el ceño. —¿Qué duque?

—Pues el Duque de Exeter, por supuesto. El tío recluso de Lord Ettington —Whitney suspiró soñadoramente—. Además de determinar si el parecido es tan fuerte como todos afirman, estoy ansiosa por conocerlo.

—Whitney —advirtió Martin. Dudaba que su prima pusiera sus ojos en un hombre tres veces mayor que ella, lo que probablemente significaba que quería una introducción por otras razones. Exeter estaría furioso si Whitney incluso intentara causarle problemas. Podía ver el desastre social acercándose si no ponía fin a sus planes—. El duque no es un hombre para provocar con conversaciones descuidadas, como haces con todos los demás.

En lugar de sentirse reprendida, sonrió con suficiencia. —Bueno, todo el mundo insiste en que debo conocer al hombre y por fin ha llegado ese día.

—Conócelo, pero no avergüences a la familia en el proceso. Si te pones de su lado malo, podrías descubrir que tus excentricidades son motivo de su diversión. No encontrarás la experiencia agradable. No habrá nadie a quien apelar por la paz. Ettington se pondrá del lado de su tío, como siempre.

—Tu primo tiene razón —coincidió Iris suavemente—. Exeter no es un hombre con quien cruzarse.

Él sonrió agradecido por su apoyo, pero Iris se retorcía las manos y miraba hacia abajo. —¿Conoces a Su Gracia?

Ella levantó la barbilla. —Hace mucho tiempo. Estoy segura de que no me recordará.

Solo un hombre ciego no recordaría tal belleza dulce y gentil. En su lugar, dijo: —Él no olvida nada.

Iris se estremeció y volvió su atención al parque.

Whitney agarró la mano de Iris al momento siguiente mientras sus ojos se ensanchaban. —Mira allí. Veo que el señor Talbot se ha aventurado al parque hoy.

Sorprendido por la mención de Whitney de un hombre de poca moda o distinción, Martin también se volvió para mirar. Rico pero no particularmente bien calzado. Habían tenido poco que ver el uno con el otro en sociedad. Normalmente el tipo se movía en un círculo social completamente diferente, pero debido a la reciente inclusión por parte de algunas anfitrionas que deberían saber mejor, había comenzado a ascender en la escala social y se le había visto en todas partes.

Iris mantuvo sus manos apretadas en su regazo. —Hay muchas otras personas de interés en el parque hoy.

La decepción de Whitney ante el desinterés de Iris fue rápida y curiosa. Lo miró con una segunda sonrisa altiva. —Bueno, debemos saludarlo de todos modos.

¿Qué estaba tratando de hacer su prima, propiciar un conocimiento más profundo entre Talbot e Iris? Debía saber lo incorrecto que era eso. Iris Hedley merecía lo mejor en un marido.

Para su considerable sorpresa, Whitney se volvió y saludó frenéticamente al señor Talbot, sin darle al hombre otra opción que reconocerla. Cuando sus cocheros disminuyeron la velocidad

hasta detenerse, Talbot dejó a sus compañeros y se dirigió hacia ellos.

Martin contuvo la respiración cuando el hombre notó a Iris por primera vez. Los ojos del hombre brillaron de felicidad. Entusiasmo. Se detuvo junto al carruaje y susurró su nombre... Iris.

—Señor Talbot —un lento rubor se extendió por sus mejillas—. Es un placer verlo, señor.

—Y es un placer verla a usted —el hombre lo miró y la sonrisa de Talbot se apagó un poco —. Y con Lord Louth, nada menos. Qué sorpresa tan inesperada.

—Talbot —reconoció, pero estaba ansioso por ver la espalda del hombre. Iris, a pesar de su cálido saludo, parecía poco impresionada con él.

Iris suspiró y señaló a Whitney.

—¿Conoce a mi amiga, la señorita Whitney Crewe?

Whitney extendió su mano, sin guante y brillando con oro en la muñeca. Talbot tomó sus dedos con un agarre suave y sonrió.

—Aún no. Encantado de conocerla, querida dama.

—Señor. Es un placer conocerlo también.

Su atención volvió inmediatamente a Iris.

—¿Alguna noticia de su padre?

Iris hizo una mueca.

—No.

Talbot asintió y luego cuadró los hombros.

—Uno espera que siga con buena salud.

Los ojos de Martin se entrecerraron cuando Iris palideció. Le dolía que ella fuera tan reacia a hablar de su padre con los conocidos. Mantuvo la mirada desviada.

—Yo también lo espero.

Talbot sonrió y estaba a punto de hablar de nuevo cuando Martin inclinó la cabeza hacia el grupo que el hombre había dejado recientemente.

—Creo que su grupo se está marchando sin usted.

La molestia, rápidamente enmascarada, cruzó el rostro de Talbot, pero sonrió y se despidió, con la promesa de ver a Iris pronto.

Whitney frunció el ceño mientras lo veía alejarse.

—Bueno, debo decir que tiene una presencia distintiva, pero bastante abrupta en su manera de irse.

Iris hizo una mueca.

—Estoy segura de que tiene muchas exigencias en su tiempo.

El ceño fruncido y las palabras combinadas no le dieron a Martin la impresión de que ella hubiera querido elogiar al hombre.

—¿Lo conoces bien?

—No realmente. Era un conocido de mi padre hace algunos años y siempre habla de él cuando nuestros caminos se cruzan.

Whitney palmeó la mano de Iris consoladoramente.

—Entonces pasaré por alto su prisa solo para hacerte feliz.

¿De qué diablos estaba balbuceando Whitney? Según su propio relato, Talbot apenas conocía a Iris Hedley. ¿Qué importaba si no le caía bien?

—No me importa de una forma u otra, pero sería grosero ignorarlo —Iris encontró su mirada y la comisura de su boca se elevó en una sonrisa tentativa. A pesar del extraño comportamiento de Whitney, un temblor de anticipación, de propósito compartido, lo llenó. Cambió su posición

en el asiento del banco mientras la sonrisa de ella se ensanchaba. Se inclinó hacia Whitney—. No puedes decir que nadie interesante viene al parque, señorita Crewe. Lord Acton se dirige hacia aquí, y es muy apuesto.

El asombro y luego una aguda sensación de pérdida llenaron a Martin al escuchar el sincero elogio de Iris hacia otro hombre. Se giró. Sentado sobre un semental gris moteado, Lord Acton presentaba una buena figura y probablemente inspiraba pasión en muchas mujeres. Escuchar a Iris hablar tan bien de otro lo hirió profundamente.

Acton se acercó al trote al carruaje y los saludó calurosamente.

—Buenas tardes, Louth, y señoras. Es un buen día para esto.

La boca de Whitney se torció en un gesto de desagrado.

—¿Ha estado merodeando por Rotten Row mucho tiempo, milord, en busca de una víctima para su próxima diversión?

—No particularmente —el conde acarició el cuello de su caballo mientras el animal se encabritaba—. Estaba a punto de salir del parque y pensé en presentar mis respetos cuando los vi esperando aquí.

Whitney sonrió con sarcasmo.

—¿Va a visitar a su hermana entonces? Llegó a la ciudad la semana pasada. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que habló con ella?

Martin se quedó helado. El reciente distanciamiento del conde con su hermana no era un tema para discutir abiertamente. Whitney no aprobaba a Acton. El daño que su hermana había hecho al matrimonio del Marqués de Taverham les había costado a la pareja una década de tiempo y confianza perdidos. Whitney, que aún insistía en que Acton debía haber jugado un papel en el distanciamiento, no ocultaba que sus lealtades estaban con la pareja.

Acton ignoró sus comentarios y dirigió su atención a Iris, asintiendo.

—Un placer verla de nuevo, señorita Hedley. Louth. Que tengan un buen día.

Espoleó a su montura y los dejó sin mirar atrás ni dirigir una palabra a Whitney.

—Avance —gritó Whitney al cochero y se pusieron en marcha.

—Deténgase —contradijo Martin y fue obedecido inmediatamente. Intercambió una mirada preocupada con Iris y luego se enfrentó a su prima—. ¿Estabas tratando de ser inexcusablemente grosera?

—Fuiste descortés —coincidió Iris suavemente.

—Bueno, se lo merecía —protestó Whitney.

Antes de que Martin pudiera decir otra palabra sobre el tema, Iris se giró para enfrentar a Whitney con una expresión sombría.

—Según entiendo el asunto por Lady Heathcote, el único crimen del conde fue la ignorancia. Lord Acton depositó su fe en su hermana y ella lo traicionó. Eso debe ser lo suficientemente doloroso sin que otras personas echen sal en la herida.

Los ojos de Whitney se abrieron de par en par.

—¿Te atreves a ponerte de su lado?

Iris negó con la cabeza.

—No es justo que lo culpes por las acciones de su hermana. Créeme, sé lo que duele haber sido tan ignorante. Mi padre tomó muchas malas decisiones sobre las que no tuve control, y sigo pagando el precio.

Por fin, Whitney pareció avergonzada.

—No lo había pensado de esa manera. Sabes que fue cruel con ella.

—Y ha estado tratando de enmendarlo por todos los medios posibles desde entonces, según

dicen —insistió Iris.

Un cálido resplandor llenó el pecho de Martin. Cuando se quedara a solas con Iris, la besaría en agradecimiento por intentar hacer entrar en razón a su prima. Él había intentado muchas veces calmar su ira, pero sin efecto alguno. —Miranda está a gusto con Acton y eso es lo único que importa —añadió.

Whitney se encogió de hombros. —Entonces debería dejar de molestarnos.

Martin frunció el ceño. —A mí no me molesta en absoluto. Habría sido de mala educación no hablarnos.

Whitney volvió a encogerse de hombros y él estudió su expresión malhumorada.

—Al parecer, a ti te molesta mucho. ¿Por qué?

Whitney sonrió y se dio la vuelta. —No seas ridículo. Me importa un bledo lo que haga ese sinvergüenza.

Cuando abrió la boca para continuar con su interrogatorio, captó la mirada de advertencia de Iris sugiriéndole que no lo hiciera. ¿Qué había hecho Acton, más allá de lo que ya sabía, para provocar tal desprecio en su prima? En realidad, habían tenido muy poco que ver el uno con el otro, aunque cualquier encuentro reciente entre la pareja siempre había tenido un toque de hostilidad. El soltero nunca había invitado a Whitney a bailar, pero quizás ella se sentía ofendida por haber sido pasada por alto como pareja. Tendría que averiguar qué estaba pasando, pero Hyde Park no era el lugar para tal conversación.

—Quizás podríamos salir a dar un paseo —sugirió Iris en voz baja.

Él miró su rostro y notó su palidez. —Una excelente idea. El ejercicio es justo lo que se necesita para apartar la mente de las cosas desagradables.

Martin hizo a un lado a los mozos y ayudó a las damas a bajar del carruaje. Mientras paseaban juntos por los senderos, Martin iba detrás, pero constantemente se veía obligado a apartar la mirada del contoneo de las caderas de Iris. Le encantaba la sensación de sus curvas bajo sus manos, aunque ella fuera tan pequeña. Sin embargo, él no era el hombre para cortejarla, así que volvió su mente al verdadero problema: cómo convencer a Iris de que encontrara un marido en lugar de buscar un protector.

A pesar de algunas conversaciones prometedoras y entusiastas con varios solteros a lo largo del camino, no pudo detectar ninguna señal evidente de su interés por otros hombres.

Aunque estaba su anterior elogio efusivo de Acton. Él, al menos, había sido amable con ella.

Martin apartó la mirada mientras lo invadía el desagrado. Él no era un casamentero y no tenía derecho a elegir un marido para Iris Hedley. No sabía nada sobre lo que Iris buscaba en un hombre, pero podía guiarla en la dirección de todos los solteros decentes que conocía, y lo haría. Acton, a pesar de todos sus errores pasados, no era un completo sinvergüenza cuando se trataba de mujeres y era lo suficientemente rico, sospechaba, como para casarse con una mujer sin un centavo a su nombre.

Dejó que su atención se adelantara y se posó en una dama que empujaba un cochecito de mimbre por el sendero hacia ellos. Un hombre alto y mayor caminaba lentamente a su lado y parecían bastante cómodos juntos. Se le cortó la respiración al reconocer a la mujer.

Era el ama de llaves de su hija que se acercaba hacia él.

Su mirada cayó sobre el artilugio con ruedas que ella empujaba. Dios mío, ¿estaba su hija en Hyde Park, o tenía un hijo? Nunca se le había ocurrido preguntar.

Miró a su alrededor discretamente, esperando evitar un encuentro, pero el sendero más cercano estaba demasiado lejos. Preferiría evitar un encuentro sin llamar demasiado la atención, pero parecía que no podía evitar el encuentro.

Cuando la señora Hughes finalmente lo vio, su paso vaciló al ver a su grupo. Él la saludó cortésmente con la cabeza y se hizo a un lado para que pudiera pasar, esperando que siguiera su camino sin detenerse. El hombre a su lado, un desconocido para él, sonrió con cariño al cochecito mientras el niño gorjeaba. Captó un breve vistazo de su hija y su aprensión creció.

—¡Espere! —exclamó Iris y se agachó para recoger un paño blanco que yacía inadvertido sobre el camino—. ¿Es suyo, por casualidad?

Se apresuró hacia la señora Hughes, echando un vistazo a su hija que yacía bien envuelta y protegida de coger frío. Mientras Iris miraba a su hija, una suave sonrisa jugueteó en sus labios. —Qué niña tan hermosa.

—Es un angelito, de verdad —afirmó la señora Hughes con tanto orgullo como cualquier madre, lanzando una mirada nerviosa en su dirección.

La señora Hughes metió el trozo de tela con más firmeza al final de la cesta de mimbre mientras Iris se inclinaba para acariciar la mejilla de la niña. —Es muy pequeña.

—Así es —convino el caballero—. Me temo que perdió a su pobre madre al nacer.

—Oh, lo siento mucho —murmuró Iris—. ¿Hay algo que pueda hacer?

Los ojos de la señora Hughes se desorbitaron. —No. No se necesita nada para la niña. Tiene todo lo que necesita y ahora está bien cuidada.

—Eso es un alivio —Iris juntó las manos en la cintura, y él percibió que se estaba conteniendo—. ¿Puedo preguntar su nombre?

Ante la pregunta, el ama de llaves palideció. —Yo solo la llamo "mi angelito".

Iris la miró con curiosidad, pero aceptó la respuesta. Cuando abrió la boca para hablar de nuevo, Martin la llamó. —¿Señorita Hedley?

Iris se despidió rápidamente, tocó la mejilla de la bebé y se apresuró hacia él.

—Perdóneme —Un rubor llenó las mejillas de Iris mientras lo miraba—. Adoro a los niños de esa edad.

—No pasa nada —le aseguró, inclinando el sombrero hacia la señora Hughes. Ciertamente no le importaba que admirara a su descendencia, pero si Iris supiera que él era el padre, ¿se sentiría diferente? ¿Lo condenaría como un sinvergüenza descuidado y despreciaría a la niña por la naturaleza irregular de su nacimiento, como harían muchos en la sociedad?

Whitney divisó a una conocida y se adelantó, dejando a Iris a solas con él.

Iris le agarró el brazo. —¿No te parece extraño que la mujer no compartiera el nombre de pila de la niña o sus conexiones?

—No demasiado —dijo con cuidado, alarmado por su continuo interés en la identidad de la niña. No sabía qué nombre ponerle y eso también lo confundía. No debería ser tan difícil nombrar a un bebé.

—Nunca he conocido a nadie que no compartiera el nombre de un bebé cuando se le pregunta. Me pregunto de quién será ese niño. Quizás no debería haberle hablado, pero no pude evitarlo.

—¿Por qué dices eso?

Iris se mordió el labio un momento.

—Es tan pequeña y normalmente la mantendrían en casa, protegida de los elementos y las enfermedades hasta que sea mucho mayor.

Su corazón dio un vuelco al mencionar el riesgo para la niña.

—Estoy seguro de que la mujer sabe lo que hace.

—Eso espero —Iris no parecía convencida, a juzgar por el creciente ceño en su rostro.

Él se inclinó hacia su oído y bajó la voz, ansioso por cambiar el tema de conversación.

—¿Has pensado qué harías si quedaras embarazada de un protector?

—Me quedaría con el niño —dijo ella inmediatamente. Frunció el ceño y miró por encima del hombro hacia la espalda de la señora Hughes que se alejaba—. No tengo idea si es lo que se acostumbra o no, pero esa es mi respuesta.

—¿Permitirías que tu hijo sufriera un nacimiento irregular?

Ella se lamió los labios.

—No me gustaría verlo sufrir, por supuesto, pero es probable que eso suceda, ¿no es así?

—Muy cierto, y sin embargo hay algunos caballeros que harían lo correcto —Martin se habría casado con Vivian si le hubieran dado la opción—. ¿Qué pasaría si tu protector te propusiera matrimonio solo para darle su apellido al niño? ¿Podrías casarte con el hombre si no lo amaras?

—Muchas mujeres se casan por un título más que por afecto —Una pequeña sonrisa torció sus labios—. Tendría que considerar el asunto en ese momento, por supuesto.

Él se detuvo.

—¿Dudarías en vivir una vida respetable?

—Bueno, no puedo decir con certeza qué haría en este momento. Ni siquiera he empezado a ser una amante —Sonrió con descaro—. Tal vez se hurga los dedos de los pies en la mesa de la cena y bebe natillas con sus chuletas de cerdo.

Qué absurdo.

—Estos son asuntos serios, Iris. No puedes tomarlos a la ligera. Las amantes quedan embarazadas todos los días y son los niños quienes sufren por los errores de sus padres.

Ella pareció desconcertada por su fervor.

—¿Por qué estás tan preocupado?

¿Por qué, en efecto? Él calmó su temperamento.

—No quiero verte herida.

Ella miró hacia atrás, hacia la figura de la señora Hughes y el bebé que se alejaban una vez más, pero ya habían salido del parque, su expresión nostálgica y triste.

—Si tuviera un hijo, probablemente me casaría con el padre si él se dignara a pedirlo, pero entonces no tendría ninguna otra opción en mi vida. Nunca podría ganar mi propio dinero, como puede hacerlo una amante.

—Si te casaras, no necesitarías ser una amante que se gana la vida. Tu marido te mantendría.

—Aun así, no puedo decir qué haría hasta que me encuentre en esa situación —Lo miró fijamente—. Sin embargo, como tú no estás interesado en ser mi protector, y ciertamente nunca has mostrado interés en ofrecerme matrimonio, creo que esta conversación debe terminar. Decidiré qué hacer si y cuando llegue el momento.

—Pero...

—Ya basta —Cerró los ojos con fuerza y luego los abrió—. Estás llamando la atención. Me gustaría volver a casa de Lady Heathcote.

Se apresuró tras Whitney y le susurró al oído. Whitney le lanzó una mirada de disgusto, se despidió y, ignorándolo, llevó a Iris de vuelta hacia su carruaje.

El viaje en carruaje hasta la residencia de Lady Heathcote fue el trayecto más incómodo que jamás había experimentado porque Iris ni siquiera lo miró una sola vez. Se había acostumbrado a sus sonrisas y su fácil bienvenida. Como hombre grande, nunca se había sentido invisible antes y tenía que decir que no disfrutaba en absoluto de la sensación.

CAPÍTULO SIETE

A IRIS LE encantaba todo sobre la casa de Esme. Desde los suaves cojines en cada silla, las flores frescas que llenaban cada habitación, hasta las risas escandalosas que provenían del salón privado donde Esme entretenía a sus amigas más cercanas. Era muy diferente a la decoración destartalada de Marshalsea de la que acababa de regresar, y este era exactamente el tipo de hogar que ella crearía una vez que se convirtiera en amante. Un lugar donde pudiera ser ella misma y que se condenara cualquiera que no estuviera de acuerdo.

Arrojó un mullido cojín de vuelta a su cama con un profundo suspiro y comenzó a quitarse el vestido práctico de color marrón apagado que llevaba puesto para ir a Marshalsea para no llamar la atención. A pesar de lo bien que había progresado su educación como amante hasta ahora, estaba enojada, y eso era raro en ella. La costumbre del conde de señalar su ignorancia sobre ciertos aspectos de la vida de una amante la había avergonzado. Ni siquiera había disfrutado mucho su visita con su padre hoy, siendo demasiado consciente de que la decisión que tomara terminaría con su respetabilidad a los ojos de él. Le quedaba una opción para librarse de las exigencias de Talbot.

También le molestaba que el conde tuviera razón en un aspecto en particular. No tenía la menor idea de lo que podría hacer si quedaba embarazada del hijo de su protector. Su padre bien podría no volver a mirarla si eso sucediera, pero tampoco le hablaría si se revelara como cómplice de un ladrón y la enviaran a Nueva Gales del Sur por el crimen. Ciertamente no esperaba que sus sentimientos importaran tanto a Lord Louth, pero él parecía empeñado en hacerla cambiar de opinión señalando todos los defectos de sus decisiones.

—Hombre horrible que ve mi mayor deseo y lo usa en mi contra —refunfuñó. En efecto, amaba a los niños pequeños con todo su corazón y siempre había deseado tener una familia propia. Louth ciertamente había sido testigo de su interés en ellos en Hyde Park ayer y se había centrado en su mayor pesar. Cuando había sido debutante, había esperado tener un par de hijos a su edad actual. Incluso había llegado tan lejos como para elegir sus nombres favoritos entre las flores. Violet sería el nombre de su hija mayor si tuviera algo que decir en nombrarlos, pero ese deseo permanecería incumplido para siempre a este ritmo.

Colocó el vestido que había usado para ir a Marshalsea sobre el respaldo de una silla de damasco y echó un vistazo a su elegante habitación. Otra hermosa habitación en la casa de otra persona, y más a menudo que no extremadamente reconfortante, excepto hoy que se sentía como una prisión. Talbot no tenía idea de las riquezas que la rodeaban a diario y planeaba mantenerlo así para proteger a Esme durante el mayor tiempo posible. Se frotó la cara, cansada hasta la médula de fingir que todo estaba bien.

Iris se cambió y se puso el elegante vestido de muselina gris paloma que Esme había

ordenado que le prepararan para una tarde de visitas. Esme era una viuda popular y entretenía lujosamente en su casa a todas horas, y había insistido desde el principio en que Iris luciera apropiada a pesar de su pobreza. También había colocado un collar de cuentas de ámbar junto al vestido. Iris no podía usarlo. Mientras devolvía el collar de gemas de ámbar a un cajón y lo ocultaba de la vista, se vio reflejada en el espejo. ¿Era realmente lo suficientemente bonita como para ser una amante que los hombres desearan? ¿Era posible besar a un hombre y no sentir absolutamente nada por el resto de su vida?

Se rio suavemente, sabiendo la respuesta de inmediato. Bastaba un buen beso y se derretía en manos de un hombre. Cuando Louth la había besado, se había dejado llevar por la experiencia. Sin embargo, él estaba decidido a no ser su protector. Tenía que dejar de pensar en él e imaginar a alguien más besándola.

No era fácil cuando él era la única presencia masculina reconfortante en su vida.

Una vez vestida adecuadamente, se dirigió al salón privado de Esme y golpeó suavemente la robusta puerta de roble, decidida a olvidar a Louth y seguir adelante. Ante la invitación de Esme, se deslizó en la habitación y examinó a los ocupantes con una cálida sonrisa. Había otras dos damas en la habitación y dos caballeros, todos susurrando furiosamente.

—Es el diablo en forma humana —aseguró Lady Matilda James con una sonrisa encantada que contradecía sus duras palabras. Miró a su alrededor a sus compañeros y asintió sabiamente, haciendo que su tocado de plumas se balanceara. La mujer también brillaba con una fortuna en gemas raras e Iris apartó la mirada de ellas—. Esa es una joven dama que se dirige a la ruina, recuerden mis palabras.

A pesar de su incomodidad, Iris sonrió. Uno de los pasatiempos más frívolos de las amigas de Esme era predecir qué nueva cara en el mercado matrimonial pronto se arriesgaría a hacer el ridículo por algún apuesto sinvergüenza. Sin duda habían especulado sobre su carácter alguna vez también, pero sabía por experiencia que sus corazones siempre estarían del lado de las damas en cualquier situación.

—Lady Ames, Lady James. Qué encantador verlas a ambas de nuevo.

—Querida —exclamó Lady James, y palmeó el espacio cercano—. Justo empezábamos a preocuparnos por cuándo regresarías.

Solo Esme y Lady Ames sabían a dónde había ido y el tiempo que llevaba visitar Southwark y regresar. Lady Ames no había ocultado su desaprobación de que Iris visitara a su padre en Marshalsea y pusiera en riesgo su reputación. Aunque estaba involucrada en un tumultuoso romance con Lord Avery Hill, Iris temía que cuando la mujer se enterara de que Iris pretendía convertirse en amante, Lady Ames podría desmoronarse por completo.

Se volvió hacia Esme.

—Madame du Clair tendrá todo lo que usted encargó listo y entregado para el viernes por la mañana.

—Gracias, querida —Esme sonrió cálidamente y sirvió una taza de té, añadió leche y se la pasó—. Casi llegas tarde.

—¿Para qué? —Iris miró a los caballeros reunidos en el diván. Uno de ellos le resultaba muy familiar y estaba segura de haberlo visto recientemente. Si la memoria no le fallaba, este era el alto caballero naval que la había mirado como si no hubiera estado de pie en el salón de baile de Hazelton. Hoy estaba vestido para montar, un caballero apuesto de ojos azul pálido y una cicatriz apenas visible sobre la ceja—. Si alguien fuera tan amable de presentarme.

Esme sonrió.

—Sí, por supuesto. Olvido que quizás no conozcas a Lord Somerset, que ha regresado

recientemente a la ciudad, y este, por supuesto, es el Capitán Hastings. Caballeros, ¿puedo presentarles a mi gran amiga la señorita Iris Hedley?

Ella hizo una reverencia ante ellos.

—Un placer, caballeros.

Somerset era viudo con un pasado algo escandaloso, pero el capitán Hastings se había distinguido en batalla, aunque era prácticamente un desconocido en la sociedad londinense.

Hastings asintió, pero sus ojos volvieron inmediatamente a Esme.

—Me temo que debo irme. Me esperan en el almirantazgo esta noche.

Esme sonrió ampliamente.

—Dé nuestro cariño al Lord Almirante Ford. Es un pícaro tan dulce y querido.

—Dulce y querido son las últimas dos descripciones que le daría a mi superior —dijo Hastings con cierta amargura—. Si se presenta la oportunidad, ciertamente le transmitiré el mensaje.

Se excusó, dejando a Lord Somerset como el único hombre en la habitación.

—Vaya, qué afortunado es esto. Cuatro encantadoras damas solo para mí —se frotó las manos—. ¿Por qué brindaremos?

Iris miró alrededor. Nadie estaba bebiendo realmente algo por lo que se brindara, así que asumió que su pregunta era retórica.

—Brindemos por la pasión —declaró Lady Ames.

—Y por todos los placeres que se encuentran en los reencuentros —insistió Lady James con un aleteo de sus pestañas hacia Lord Somerset.

—Por la felicidad —contrarrestó Lady Heathcote—. La pasión está muy bien, pero una vida satisfecha hace que el día a día valga la pena vivirlo.

—La felicidad es una excelente idea. ¿Puedo ver qué puede conseguir su encantador mayordomo para un refrigerio, Lady Heathcote? —Ante el asentimiento de Esme, se levantó y corrió hacia la puerta—. Volveré en un momento.

Iris miró rápidamente a Esme y la vio ocultar una sonrisa. Como Esme usualmente no permitía que ni siquiera sus amantes dieran órdenes a sus sirvientes, rápidamente concluyó que el brindis improvisado de Lord Somerset estaba preestablecido.

Lady James sonrió cálidamente tras la figura que se alejaba de Somerset y cuando realmente se había ido, suspiró y se dejó caer contra los cojines.

—Sé que pensarán que soy tonta, pero no creo que pueda soportar separarme de él otra vez.

—Estoy segura de que él siente lo mismo —le aseguró Esme—. Te siguió hasta aquí después de todo, aunque no fue específicamente invitado a mi casa hoy. Según me han dicho, insistió mucho en verte.

—Querida, eres la romántica más ridícula de la sociedad —regañó Lady Ames a Esme—. Te has enamorado tanto del amor que apenas te reconozco como la mujer despreocupada de años atrás.

Lady Heathcote miró hacia Iris.

—No prestes atención a mi querida amiga. Está de mal humor hoy y se niega a que la animen.

Lady Ames se puso de pie de un salto.

—Como lo estarías tú también.

—Pero la diferencia es que yo nunca esperaría que Avery Hill cambiara sus costumbres —suspiró Esme—. Por favor, sonríe hoy.

La expresión de Lady Ames se agrió aún más mientras se dirigía a una ventana. Lady James

se unió a ella allí y le puso un brazo reconfortante alrededor de los hombros. Claramente algo andaba mal, pero Iris no se atrevió a pedir detalles. Si necesitaba saberlo, la incluirían en sus confidencias.

—¿Hiciste el pedido para ese nuevo vestido que te sugerí? —preguntó Esme a Iris, desviando su atención de Lady Ames.

—No lo hice.

Lady James volvió al canapé y la miró seriamente.

—Te notarán por todas las razones equivocadas si usas los harapos de la temporada pasada una y otra vez.

—Algunos de mis vestidos son favoritos —murmuró. Algunos de ellos tampoco lo eran, pero no quería gastar más fondos de Esme en su guardarropa si podía evitarlo—. Lo que tengo debe ser suficiente. La gente o me acepta como soy o paga para mejorarme ellos mismos.

Iris se relajó cuando Lord Somerset regresó, con el mayordomo pisándole los talones llevando una pesada bandeja de refrigerios y dulces. A juzgar por la cantidad, esta se convertiría en una de las reuniones más animadas de Esme.

Somerset miró alrededor.

—¿Oí una sugerencia de que alguien necesita mejorar?

Todas las miradas se dirigieron hacia ella. Iris tuvo un momento de indecisión y luego encontró la mirada de Lord Somerset.

—Sugieren que yo lo necesito.

Somerset repartió copas llenas de champán a los demás.

—Tonterías. Harás una esposa perfecta para algún joven galán —Admiró su champán un momento y luego se acercó a Lady James. Se sentó a su lado—. Como seguramente lo hará esta dama si se cumple el deseo de mi corazón.

Dejó a un lado su champán y tomó la mano enjoyada de Lady James entre las suyas.

—Mi amor más querido, ya no puedo contenerme más. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Iris jadeó, pero notó que ni Esme ni Lady Ames parecían sorprendidas por su petición.

Lady James se quedó paralizada y luego se arrojó a los brazos de Somerset con un grito incoherente. Esme rescató rápidamente la copa de champán de Lady James mientras la pareja se besaba apasionadamente. Somerset incluso atrajo a la mujer a su regazo para poder abrazarla apropiadamente. Se separaron después de un rato, riendo.

—¿Entonces eso fue un sí a casarte conmigo?

Lady James envolvió sus brazos alrededor de los hombros de Somerset y enterró su rostro en su corbatín.

—Temía que tu luto por Abigail nunca terminara —susurró.

Abigail había sido la primera esposa de Lord Somerset, y apreciada por todos.

—Era una buena mujer y tuvimos muchos años felices juntos —le dijo Somerset—. Los niños estaban inconsolables.

—Era su madre.

La comprensión de Lady James estaba fuera de lugar en opinión de Iris. Los niños de los que Somerset hablaba eran mujeres casadas con familias propias. Mujeres adultas que no deberían haber forzado un luto de dos años a su padre.

La pareja se besó de nuevo y después de un rato quedó claro que se habían olvidado de que no estaban solos. Iris miró con anhelo hacia la puerta buscando una razón para escabullirse.

Esme y Lady Ames se aclararon la garganta ruidosamente.

Somerset se echó hacia atrás y miró alrededor con una sonrisa de disculpa. —Perdónennos. Pero me resulta imposible contener mi felicidad de que esta mujer extraordinaria haya tenido la paciencia de esperarme.

—Es completamente comprensible —dijo Esme cálidamente—. Estamos muy felices por ustedes dos.

Iris sonrió y levantó su copa. —Un brindis. Por el amor, la pasión y la felicidad. Que puedan tener los tres entre ustedes por siempre.

—Bien dicho, señorita Hedley. Bien dicho —Somerset limpió una lágrima de la mejilla de su futura novia—. Lady James me ha convertido, sin duda, en el hombre más feliz de Londres.

—¿Dónde establecerán su hogar? —preguntó Esme, y la conversación pronto giró hacia los aspectos prácticos de combinar el contenido sustancial de dos ávidos coleccionistas bajo un mismo techo. Parecía seguro que las decisiones no se tomarían rápidamente, aunque Somerset estaba ansioso por proteger a Lady James del ladrón de la sociedad lo antes posible.

Durante todo esto, Lady Ames permaneció en silencio. Se encontró con la mirada de Iris con una ceja levantada.

Iris se puso de pie y se acercó a la dama. —¿Está todo bien?

Lady Ames sonrió irónicamente. —A medida que envejeces, la esperanza puede parecer cosa del pasado.

Miró a la feliz pareja, que se tomaba de las manos con ojos solo para el otro. —Es evidente que él la ama.

—El amor está muy bien —Bebió su champán e hizo una mueca—. Es el resto de la relación lo que importa mucho más.

—No entiendo.

Lady Ames le acarició la mejilla. —Y espero que nunca lo entiendas. Mujeres como yo, y Esme hasta cierto punto, seguimos con nuestras vidas sin atrevernos a creer que tal felicidad nos pertenece a todas. Las pocas afortunadas como Lady James logran el deseo de su corazón de casarse por amor y nos alegramos por ellas. Pero no creo que yo tenga la suerte de enamorarme por segunda vez.

El marido de Lady Ames había muerto hace mucho tiempo, pero Iris no creía que Lady Ames se refiriera a él. Según todos los informes, el matrimonio no había sido feliz. —¡Por supuesto que lo hará!

Una fugaz sonrisa cruzó los labios de la condesa. —El primer hombre con el que hice el amor me rompió el corazón. Toma mi consejo y nunca te enamores, señorita Hedley, si puedes evitarlo.

La agradable máscara que llevaba Lady Ames se deslizó, revelando a una mujer devastada por el dolor. La expresión fue fugaz, pero tan clara que Iris contuvo la respiración.

—El amor es un asunto doloroso y complicado sin otro final a la vista que el corazón roto —continuó Lady Ames antes de alejarse, para volver a felicitar a la pareja pronto a casarse y ofrecer su opinión sobre la necesidad de apresurarse en el asunto de la mudanza.

Iris se quedó aturdida. Siempre había admirado a Lady Ames y nunca había sospechado que tuviera el corazón roto. Si una mujer como Lady Ames no había logrado encontrar el amor por segunda vez, ¿qué esperanza tenía Iris de lograr tal hazaña cuando las probabilidades estaban en su contra?

CAPÍTULO OCHO

MARTIN ENTREABRIÓ LA puerta y negó firmemente con la cabeza. Dentro del pequeño salón, la señora Hughes suspiró y sonrió a la mujer sentada de espaldas a la puerta. La otra mujer, la señora Battle, continuaba parloteando sin pausa sobre su experiencia pasada y ni siquiera notó que la marea se había vuelto en su contra. Él no contrataría a esa mujer para cuidar a su hija. Nadie debería hablar tanto de una sola vez.

Finalmente, la señora Hughes se deshizo de la señora Battle y se sirvió una taza de té. —Si rechazas a todas las mujeres que envía la agencia de empleo, pronto tendrás que cuidar de la niña tú mismo —le advirtió.

Martin salió de la habitación contigua. —No quiero que me asalten los oídos sin cesar de esa manera en cada una de mis visitas. Todavía me zumban.

—Solo recuerda que no te estás casando con la próxima ama de llaves. No tiene que ser exactamente lo que prefieres en una mujer —la señora Hughes sonrió con ironía—. Pero en cuanto a esa mujer en particular, realmente no puedo culparte por decir que no esta vez. Si tú no la hubieras rechazado, ciertamente yo no te habría presionado para que la contrataras.

Desde la habitación contigua, la bebé empezó a llorar y él corrió ansiosamente hacia el sonido. A juzgar por la expresión de su rostro, la pequeña estaba a punto de estallar, así que rápidamente la tomó en brazos y apoyó su cabeza contra su hombro.

La meció de un lado a otro y le dio palmaditas en el trasero como le había enseñado la señora Hughes, recibiendo un suave eructo como recompensa. Sonrió mirando el rostro de la niña. —¿Está mejor así?

—No le hace daño llorar, milord. La malcriarás y arruinarás su temperamento si no la haces esperar aunque sea un poco por tu atención —le reprendió la señora Hughes mientras entraba en la habitación y le quitaba a su hija. Atendió las necesidades de la niña y la vistió con ropa limpia antes de devolverla a sus brazos expectantes—. Deberías ponerle un nombre.

—Lo sé —pero aún estaba indeciso. Tenía tres nombres en mente pero no podía elegir entre ellos. Regina, Penélope o Audrey—. Lo haré.

La señora Hughes recogió la ropa sucia y le sonrió. —La nodriza debería llegar muy pronto para calmar su hambre.

La señora Hughes se fue a ocuparse de sus tareas mientras Martin llevaba a su hija de vuelta al salón acunada en sus brazos, como se había convertido en su costumbre durante la última semana. Había logrado pasar unas horas aquí cada día, mayormente viendo dormir a la niña o hablándole tonterías sobre lo que podría depararle el futuro. Ni siquiera eso podía decidir.

Se había acostumbrado a verla todos los días y la idea de vivir aún más lejos ya no le sentaba bien. Se acomodó en su sillón favorito y apoyó a la niña sobre su rodilla. Era saludable y curiosa,

más atenta a los sonidos y voces nuevos de lo que jamás hubiera imaginado que un niño pudiera ser. También se había vuelto profundamente protector con ella y observaba cuidadosamente cómo la trataban los sirvientes cuando creían que él no estaba mirando o escuchando. La nodriza era una mujer amable; sus pechos siempre llenos de leche para la niña. Pero a veces tenía una manera tosca de hablar que no le agradaba particularmente. Una vez terminada la alimentación, se apresuraba a enviarla de vuelta a casa con su propia familia y preocupaciones, con suficientes monedas en el puño para asegurar su regreso.

La señora Hughes era quien mejor trataba a la niña y eso le dolía. Había conocido a su futuro esposo esa misma mañana y era evidente que el hombre amaba profundamente a la señora Hughes. Pronto se casarían y entonces la niña no tendría a nadie más que a él para amarla. Temía no ser suficiente para la bebé.

Daría cualquier cosa porque Vivian Rose hubiera vivido para ser la madre de la niña.

Tocó suavemente la mejilla de la niña, y luego se arrepintió cuando ella buscó un pecho para succionar. —Pronto, mi pequeña. No falta mucho, espero.

Ella gimoteó un poco y él meció sus piernas de un lado a otro. —Cuando hayas crecido un poco, ¿qué te parece si tu papá te compra un buen poni para montar? Una pequeña yegua blanca con una larga cola y crin para agitar. ¿Qué te parecería?

La niña podría montar fácilmente por todo Holly Park, pero especialmente por el campo oeste, que se había mantenido como pista de equitación para principiantes desde antes de la época de su abuelo. Él podría atar la yegua y seguirlas, asegurándose de que nunca tuviera miedo y nunca pudiera alejarse demasiado para perderse en el bosque cercano. Era un bonito sueño imaginar llevársela a casa con él.

—No me importaría tener un poni yo misma para que me llevara —comentó de repente la señora Blake—. Pero me conformaré con un poco de alivio.

Él estudió el rostro de la nodriza y notó que la expresión de hoy era tan infeliz como la de ayer. —¿Ocurre algo?

—No, milord —extendió sus brazos—. ¿Puedo tomarla?

Preocupado porque no había respondido a su pregunta, le entregó a la bebé. Cuando ella cruzó el pasillo y entró en otra habitación, la siguió a cierta distancia. Había aprendido poco sobre la vida de la mujer antes de que entrara a su servicio y sentía una intensa curiosidad por ella.

La señora Hughes se unió a él. —No habrá más entrevistas para el puesto de ama de llaves hoy, milord.

—Oh —frunció el ceño—. Creí que su nota mencionaba que vendrían tres candidatas.

—Sí, pero una encontró otro puesto esta mañana, así que no se espera a nadie más en su lugar. La señora Godwin estaba muy apenada y prometió enviar otra candidata mañana.

Martin suspiró, sin saber qué hacer. Necesitaba desesperadamente a alguien que cuidara de la niña y se le estaban acabando el tiempo y las opciones. —Maldita sea esta espera.

La señora Hughes sonrió disculpándose. —Normalmente no es tan difícil encontrar buena ayuda.

Un suave canto llegó hasta ellos. La señora Blake estaba tarareando suavemente a su hija como solía hacer, pero el tono era triste. —¿Hay algo más que deba saber sobre ella, señora Hughes?

Ella asintió y apartó a Martin. —Es su marido. Ha enviado a sus hijos a casa de su hermana sin avisarle. Está bastante disgustada con él por eso.

—Ya veo.

—¿De verdad? —La señora Hughes hizo una mueca—. Leyendo entre líneas, supongo que tiene una amante y la está llenando de regalos pagados por su esposa. Yo estaría furiosa, pero ella parece resignada.

—Por el amor de Dios, ¿por qué aguantaría una mujer semejante tontería?

—No tiene adónde ir —La señora Hughes se deslizó en la habitación con su hija y la nodriza, donde la mujer había comenzado a cantar con fervor sobre amores perdidos y corazones rotos. Martin estaba indeciso sobre quedarse, pero nunca se había atrevido a observar a la mujer trabajar. Su situación le incomodaba, pero no era asunto suyo interferir. Tenía suficientes problemas propios que resolver, principalmente, evitar la ruina de Iris Hedley.

Después del desacuerdo de ayer sobre el tema de su futuro, estaba aún más seguro de que ella estaba cometiendo un error colosal. Todos sus instintos le decían que ella necesitaba su protección, no como amante sino como amigo. Si es que ella accedía a verlo de nuevo.

En un abrir y cerrar de ojos estaba en su puerta, solicitando una audiencia con ella.

Unas risas masculinas se filtraron desde una habitación sobre su cabeza. Su ansiedad se disparó ante la posibilidad de que ya estuviera entreteniendo a otros hombres en su búsqueda de convertirse en amante.

Una puerta se abrió y cerró, y el sonido de pasos se acercó. Iris apareció en el rellano y descendió lentamente hasta el vestíbulo con el ceño fruncido.

A pesar de la fría bienvenida, su corazón dio un vuelco al ver lo fresca y encantadora que estaba. Hizo una reverencia. —Señorita Hedley.

La mujer mantuvo las distancias. —Lord Louth, qué sorpresa inesperada.

No debería sorprenderse. Ella lo había envuelto hábilmente en sus preocupaciones hasta que no podía soportar imaginarla en brazos de otro. —¿Podríamos hablar en algún lugar que no sea el vestíbulo?

Su expresión se volvió recelosa. —No puedo imaginar que le quede algo por decirme. Creo que ha sido muy minucioso al expresar sus opiniones.

Otra explosión de risas masculinas sonó desde arriba y ella miró hacia arriba, formándose una sonrisa en sus labios.

¿Serían esos también sus invitados? ¿Hombres que venían a convertirla en su amante? No permitiría que ella echara a perder su vida por una cara bonita con bolsillos profundos. Apretó los dientes y miró hacia una puerta cercana, notando un comedor más allá. —Hay mucho más que decirnos. Por favor.

Ella arqueó una ceja ante su tono exigente, pero se deslizó en la habitación delante de él. —Solo por un momento. ¿Ha venido a disculparse?

—No —Cerró y bloqueó las puertas detrás de él y se apoyó contra ellas. Mantuvo la llave oculta en su palma—. He venido a darle su siguiente lección.

—Eso no es necesario, milord —Negó con la cabeza—. Creo que he aprendido todo lo que puedo de usted.

—¿Eso cree? —Se apartó de la puerta, pasando junto a Iris con una sonrisa y probando la mesa para comprobar su resistencia. Sin duda suficiente para la lección de hoy. Deslizó la llave en el bolsillo de su chaleco—. Una vez me preguntó con qué frecuencia un protector querría compartir su cama, y debo admitir que le di una respuesta a medias.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, empujando sus senos hacia arriba. —Un pequeño detalle.

Él dejó que su mirada se demorara allí en sus senos el tiempo suficiente para verla inquietarse. —Cuando un hombre considera tomar una amante, la mayoría de las veces solo está

interesado en satisfacer su propio placer. Y lo tomará tan a menudo como pueda, incluso varias veces al día, hasta que se aburra.

Ella pareció sobresaltada por el aumento en el número, como él había esperado, pero rápidamente cuadró los hombros. —Me aseguraré de tener una cama resistente.

Él se acercó a ella, miró hacia abajo a su rostro obstinado y sonrió. —No hay necesidad de esperar por una cama cuando cualquier situación servirá.

Antes de que pudiera reaccionar, la agarró por debajo de los brazos y la depositó sobre la mesa de caoba. Se acercó tanto que la incomodó con su proximidad. —¿Está preparada para ser asaltada y tomada en cualquier momento porque el sinvergüenza pagó generosamente por su cuerpo?

Sus ojos se agrandaron, su respiración se aceleró.

Él acarició con sus dedos su mejilla, a lo largo de su garganta y hasta su pecho. Lo ahuecó firmemente y acarició el pezón con el pulgar. —Porque le aseguro que estar a solas con usted el mayor tiempo posible es definitivamente lo primero en mi mente en este momento.

Su boca se abrió. —¡Pero si son solo las once!

Realmente no tenía idea de lo que le esperaba, pero él sí. —Cualquier hora del día es perfecta para un encuentro.

La idea de tenerla tendida sobre la mesa era demasiada tentación para resistirse. Pero a diferencia de los sinvergüenzas de los que había estado tratando de advertirle, Martin estaba decidido a mostrarle lo que faltaría en esos fríos encuentros. La besó con hambre y se regocijó cuando sus brazos se enroscaron alrededor de su cuello. Sin embargo, la lección de hoy no era sobre besos. Había planeado algo completamente más impactante. Rompió el beso y se complació ante su quejido de protesta.

Agarró una silla, se sentó en ella y separó las piernas de ella para quedar sentado entre ellas. —Nunca es seguro que un protector considere sus necesidades antes de satisfacer las suyas propias, pero es todo en lo que puedo pensar.

Una extraña sonrisa parpadeó en sus labios. —¿Entonces sí me desea?

¿Es que esta mujer no entendía nada sobre la pasión? Un deseo como este no podía fingirse. —Insoportablemente.

Su sonrisa fue radiante mientras se inclinaba para besarlo de nuevo. Acunó su rostro y trazó la comisura de sus labios con su lengua antes de retroceder. —Demuéstremelo.

Colocó una mano detrás de sus nalgas y la arrastró al borde de la mesa antes de agarrarle los tobillos. Le subió ambos pies para que descansaran sobre sus muslos separados. Iris se aferró al borde de la mesa, con los ojos muy abiertos y el labio atrapado provocativamente entre los dientes. Él le quitó un zapato y luego le colocó el pie cerca de la cadera para que la rodilla permaneciera doblada. —Déjalo ahí.

Tomó el otro pie y repitió el procedimiento, pero luego lo llevó a su boca y depositó tiernos besos en su tobillo mientras le quitaba la media y revelaba su piel desnuda.

Un suave gemido escapó de sus labios. —¿Puedo hacer preguntas?

—Por supuesto.

—¿Por qué me besas ahí?

—¿Por qué no? Me gustaría besarte por todas partes. —Le besó la espinilla, subiendo poco a poco el vestido y la enagua. Cuando la tela se deslizó hasta sus caderas, revelando su sexo desnudo, su miembro dolió. Le besó la parte interna de la rodilla y encontró su mirada. Colocó sus dedos suavemente en los muslos internos de ella y los deslizó por su pierna temblorosa—. Tu cuello, tu espalda, tus pechos, tus nalgas. Me gustaría mucho hundir mi lengua en tu sexo para

poder saborearte.

Sus ojos se agrandaron y él acarició ligeramente su sexo con los pulgares. Iris no dijo nada ante su declaración, pero sus nudillos se pusieron blancos en el borde de la mesa. Él jugueteó con sus rizos nuevamente, y luego pellizcó suavemente ambos labios.

—Sí —gimió ella mientras sus ojos se cerraban.

Él sonrió ante su reacción provocativa. Podría ser inocente, pero la mujer ciertamente no era en absoluto pudorosa. Esperaba que lo que le ofrecía fuera suficiente. —Entonces recuéstate y te daré la mejor lección de todas. Te mostraré cuán placentero debe ser hacer el amor.

Iris se desplomó sobre la dura mesa de madera, obediente, dócil y suya.

Él miró hacia abajo su sexo y acarició sus labios nuevamente, escuchando un suave gemido escapar de su garganta. Con mucho cuidado separó sus pliegues y sopló suavemente sobre el área sensible. Sus caderas se elevaron de la mesa hacia su boca.

Apoyó un brazo sobre sus caderas, sujetándola con una ligera presión mientras trazaba su entrada con suavidad, inhalando el aroma de su excitación mientras sus dedos avivaban sus pasiones. Al acercarse a su entrada, encontró mayor humedad. Iris, por su parte, parecía no poder dejar de moverse. Él agarró firmemente sus caderas y se inclinó para besar su sexo.

Iris se sacudió y jadeó cuando Martin pasó su lengua por su abertura. Sus manos aterrizaron en el brazo de él que descansaba sobre su estómago. Sus dedos se clavaron cuando él encontró su clítoris y succionó suavemente el sensible botón.

Ella se retorció, arqueándose sobre la mesa de manera tan provocativa que lo desplazó. Él ahogó una risa y besó su muslo, volviendo a besar su sexo con avidez tan pronto como ella se calmó. Iris jadeó y se sacudió, pero él estaba preparado para su reacción ahora.

De repente, su cuerpo se convulsionó bajo su boca y ella sollozó en voz alta.

Martin giró a Iris de costado, juntando sus rodillas mientras ella se calmaba. Su respiración era áspera y rápida, y él le acarició la espalda de manera reconfortante. Sin embargo, sus blancas nalgas quedaron frente a él y no pudo resistirse a besar su suave carne al menos una vez.

La levantó de la mesa y la sentó en su regazo, arreglando sus faldas. Cuando estuvo satisfecho de haberla puesto en orden, deslizó su mano por su torso y le acunó el pecho. El suave orbe llenó su mano perfectamente.

Le besó la frente y la acurrucó contra él. —Así es como deberías sentirte siempre después del toque de un amante. Saciada, sin fuerzas, exhausta por demasiado placer.

—Debo ser malvada también, porque debo insistir en que me hagas eso de nuevo. —Suspiró —. No tenía idea.

Él se tensó. —No debería.

—¿Por qué dices eso? Tú mismo dijiste que me deseas.

—No lo entiendes. Hay muy buenas razones por las que no seríamos compatibles.

Ella guardó silencio durante un largo tiempo, pero sus dedos jugaban con su corbatín. —No puedo aceptar esa decisión hasta que te expliques. ¿Ya tienes una amante?

Él le besó la frente y relajó su agarre. —No, no desde hace mucho tiempo.

Ella se alejó de él, pero no abandonó su posición en sus rodillas. Bajó la mirada hacia donde sus dedos jugaban con su corbatín. —¿Estás comprometido para casarte? Esme sugirió que evitara tomar un amante cuando han formado un vínculo en otro lugar. Creo que es una idea muy sensata. Los sentimientos de nadie deberían resultar heridos si me eligieras a mí.

Él sonrió ante su persistencia. Claramente le gustaba cómo la hacía sentir y no podía negar que hacer el amor, incluso de manera limitada, satisfacía sus sentidos. Trazó su labio inferior con el pulgar. —No tengo ningún vínculo.

Ella arqueó una ceja. —¿Entonces qué? ¿No soy lo suficientemente bonita para tu gusto?

—Eres hermosa, pero...

Su frente se arrugó. Claramente no tenía idea de cuál era el problema.

—Eres tan pequeña —dijo al final. Comparó el tamaño de sus manos. La suya empequeñecía la de ella—. Demasiado pequeña para un bruto como yo.

Ella entrelazó sus dedos. —Difícilmente te describiría de esa manera. En mi primera temporada sufrí dedos magullados muchas noches. Ni una sola vez fuiste responsable de mi incomodidad.

Martin acarició la piel de su cuello, incapaz de dejar de tocarla aunque debiera hacerlo. —¿Y si te dejara encinta? ¿Qué pasaría entonces?

Ella parpadeó ante eso. —Entonces tendríamos un hijo.

—No. Cualquier hijo mío probablemente te mataría. —La arrojó de su regazo y se puso de pie, temblando de pánico ante la idea de que ella estuviera en peligro—. No permitiré que te ocurra ningún daño si puedo evitarlo.

Hubo un largo silencio a sus espaldas. —Así que la única razón por la que te resistes es por preocupación por mi salud.

—Por supuesto que sí —abrió los brazos y se dio la vuelta—. Mírame.

—Lo estoy haciendo. Lo he estado haciendo —se acercó y posó las manos sobre su abdomen —. Me he dado cuenta de que me gustan los hombres grandes. Tú, específicamente.

Su apreciación envió una oleada de sangre a su miembro y él le agarró la muñeca. —Todo en mí es grande. Demasiado grande.

Colocó la palma de ella sobre su dolorosa longitud.

Los ojos de ella se abrieron de par en par y luego bajó la mirada. —Vaya.

Él esperó que ella balbuceara y se retirara. En cambio, sus dedos se curvaron alrededor de su longitud, aún contenida por sus pantalones, y apretó. —Ya veo —su voz salió inestable y luego lo acarició a lo largo con el borde de su pulgar y de vuelta hacia arriba.

Una virgen debería estar bastante aterrorizada de su condición. De joven, lo habían comparado con un toro y era cierto. Iris, sin embargo, continuó explorando sus proporciones a través de la barrera de su ropa sin mostrar demasiada conmoción o preocupación. Su miembro se volvió más pesado con cada movimiento de su mano hasta que él estaba jadeando, duro y desesperado por aliviar el dolor de su confinamiento. —Para. Por favor.

La mirada de ella se dirigió a la suya y luego presionó la cabeza contra su pecho. —Tocarte me hace doler de nuevo.

Su admisión de renovada excitación lo dejó atónito. No había muchas mujeres que expresaran su deseo tan honestamente. Se quedó inmóvil por un momento y luego la levantó de nuevo en sus brazos y la llevó a la silla. Esta vez la sostuvo en sus brazos y trabajó para darle placer. La besó y la provocó y deslizó la punta de un dedo dentro de su entrada. Cielo e infierno. Iris estaba apretada pero húmeda por la excitación. Sus labios se separaron mientras sus paredes internas apretaban su dígito y ella levantó el rostro para ser besada.

Como había sucedido antes, Martin se perdió en el beso, su dedo acariciándola suavemente hasta que ella llegó al clímax, sollozando contra sus labios sin ningún indicio de vergüenza o interés fingido.

En cuanto a él, estaba a punto de explotar al menor estímulo. Le besó la frente y le bajó las faldas sobre las rodillas durante unos largos minutos hasta que recuperó el control y aceptó que solo tenía una opción.

No la convertiría en su amante, no podía faltarle el respeto de esa manera, pero le daría más

de lo que nadie más quería darle. Se casaría con ella. —Haré que redacten los contratos de inmediato.

CAPÍTULO NUEVE

CUANDO IRIS ENTRÓ en la casa de Lord Windermere al lado de Esme, se preguntó si realmente podría evitar cumplir los deseos de Talbot de ayudarlo esa noche. Ella era una amante, o lo sería si el contrato de Lord Louth hubiera sido entregado como se prometió. No lo había visto durante varios días, pero él le había enviado flores cada mañana y había prometido encontrarse con ella aquí más tarde esa noche.

—Te romperás el cuello buscándolo —bromeó Esme. Aunque su amiga no estaba contenta con la desaparición de Louth, no le sorprendía su arreglo. Esme ni siquiera la había reprendido por pasar tiempo a solas con él en el comedor, aunque esperaba que su amiga no tuviera idea de lo que habían hecho juntos allí sobre la mesa de caoba.

Agitó su abanico para remover el aire mientras sus mejillas se sonrojaban. —Dijo que vendría, pero no lo veo por ninguna parte.

Esme resopló. —Bueno, estoy segura de que vendrá tan pronto como pueda. Busquemos a Lady Ames y luego consigamos un vaso de ponche para ambas.

Iris miró a Esme rápidamente. —¿Ponche?

—Oh, cállate. No me siento de muy buen humor esta noche. Estos robos son un infierno para mis nervios y me preocupo por Meriwether.

También preocupada, Iris entrelazó sus brazos. No podía esperar a ser la amante de Louth y poner fin a este peligroso juego. Tenía tantas preguntas que hacerle más tarde. ¿Dónde viviría, cuán pronto podría dejar Londres por una vida más segura lejos de Talbot? —Lady Ames está de pie a la izquierda de la chimenea con nuestro anfitrión y Lady Bartlett.

Una mueca pasó por el rostro de Esme al mencionar a Lady Bartlett y escaneó la habitación. —Quizás deberíamos tomar champán para suavizar el impacto de la jactancia de esa mujer —murmuró Esme, cambiando de opinión sobre los refrescos.

Iris miró hacia adelante. Lady Bartlett estaba de pie al lado de Lord Windermere. —¿Se ha propuesto?

—Espero que no.

Volvió a mirarlos pero no vio nada inusual. —Pensé que te caía bien.

—Así era, pero eso fue antes de descubrir que mi sentido del juego limpio se extiende en direcciones inesperadas. —Esme cogió una copa de champán de un camarero y bebió lentamente. Miró el vaso en su mano, volviendo su ceño fruncido—. Siempre se puede esperar lo mejor de Windermere. Es una lástima que tales sentimientos no sean correspondidos.

—Esme, realmente no entiendo, y si sigues lanzando indirectas sin respuestas me enfadaré contigo. —Iris miró fijamente a su amiga—. ¿Sabes algo escandaloso sobre nuestro anfitrión?

Esme devolvió su copa a un sirviente y luego acunó la mejilla de Iris. —Me preocupa cierta

información delicada que cayó en mis manos hoy temprano. Sin embargo, este no es el lugar para discutir lo que no debe ser escuchado. Perdóname.

Curiosa sobre cuál podría ser la información de Esme y lo que no diría, Iris la siguió y observó de cerca a Lady Bartlett mientras se encontraban. No era propio de Esme alterarse tanto por un chisme que no le concernía. Debía ser realmente horrible. Lady Bartlett le sonrió a Esme y habló cálidamente con todos, aunque Esme y Lady Ames se mostraron reservadas en sus respuestas. Windermere dijo poco, pero sus ojos se detenían a menudo en Lady Bartlett mientras ella hablaba, así que quizás Esme se preocupaba sin razón.

Lady Ames se volvió hacia Esme. —Estaba a punto de contarle a Lady Bartlett sobre un escándalo en ciernes. Un plan de lo más peligroso e imprudente, sin duda. Como todos saben, el ladrón de la sociedad está dejando un rastro de terror a su paso, pero me enteré de otro plan para reemplazar la estatua de mármol en la plaza con una réplica de pino pintado.

Iris frunció el ceño. —¿Por qué alguien haría eso?

—Por el dinero, por supuesto —murmuró Esme—. Hay mucho dinero que ganar con las falsificaciones, al igual que con las gemas.

Windermere intervino: —Para aquellos que eligen mirar solo la superficie, podrían no haber detectado el plan. Sin embargo, se necesitaría mucho para engañar a aquellos con buen gusto. Uno solo tendría que poner su mano sobre la superficie para saber lo que hay debajo.

—Creo que eres sabio —asintió Esme con una cálida sonrisa para Windermere—. Un hombre debería asegurarse de saber lo que está obteniendo en cualquier trato.

Windermere pareció sobresaltado por el acuerdo de Esme, pero luego su atención se desvió hacia un punto más allá de Lady Ames. —Disculpadme, me necesitan en otro lugar.

Besó la mano de Lady Bartlett y se apresuró a marcharse. La vizcondesa lo observó alejarse con una pequeña sonrisa tirando de sus labios. Sin embargo, cuando Iris miró a Lady Ames y Esme, ellas no estaban sonriendo. De hecho, ambas parecían furiosas.

Iris tocó el brazo de Lady Ames, ansiosa por saber más. —¿Cómo se llegó a descubrir el plan?

—Una excelente pregunta, querida —dijo ella—. Parece que cuando rascas bajo la superficie, levantas las barreras por así decirlo, la falta de calidad es claramente evidente. Solo se necesitó la más mínima investigación para que el plan se desmoronara.

—¿Qué pasó con la estatua?

Esme sonrió tristemente. —He sugerido que se la envíen a Windermere.

—¿Qué querría él con una imitación? —preguntó Lady Bartlett, frunciendo el ceño.

—Mis pensamientos exactamente. —Esme hizo una mueca—. Quizás encuentre la situación pertinente, considerando el plan que estás intentando llevar a cabo con él. Sabes que él esperaría que cumplieras.

Lady Bartlett se congeló como un ciervo herido en la mira de un cazador. —Oh, disculpadme, veo que Lady Hazelton ha llegado y debo preguntar por su salud.

La vizcondesa se apresuró a marcharse mientras Lady Ames sonreía radiante. —Creo que eso salió bastante bien. Sabe que estamos al tanto de su juego.

—¿Al tanto de qué?

—Una estatua falsa es tan fácil de descubrir como un embarazo falso.

—Oh —susurró Iris, finalmente entendiendo—. ¡Oh!

—Ojalá fuera tan inteligente como tú —Esme frunció el ceño—. Me temo que habrá que decírselo directamente antes de que se deje arrastrar por todo esto.

—Hombre insensato —Lady Ames suspiró profundamente y tomó del brazo a Iris—. Nunca

he conocido a un Hill que supiera lo que le convenía.

Iris permitió que Lady Ames la alejara de Esme y guardó sus preguntas para más tarde. Lady Ames la condujo hacia un grupo de jóvenes más cercanas a su edad.

—Señoritas —comenzó—. ¿Conocen a mi querida amiga, la señorita Hedley?

Varias asintieron y se hicieron las presentaciones con el resto. Algunas la miraron con un ligero ceño fruncido, pero ella ignoró su bienvenida vacilante. Muy pronto la charla giró hacia los robos.

—Simplemente no puedo creer que haya asistido a todos los bailes donde ha ocurrido un robo —dijo la señorita Beasley con los ojos muy abiertos. Presionó su mano enguantada sobre el collar que llevaba—. Es casi seguro que debo haberme cruzado con el ladrón.

—Como todos los demás —les recordó Lady Ames con una sonrisa—. Intenten no preocuparse. Los culpables solo van tras las joyas guardadas bajo llave, no las que se llevan a la vista.

—Pero lo que quiero saber es, ¿cómo averiguan dónde se guardan las joyas? —exclamó la señorita Beasley en voz alta—. Deben caminar entre nosotros.

—O emplear espías —añadió en voz baja Alice Quartermane, una joven tímida. Su mirada se posó en Iris—. ¿Qué opina usted, señorita Hedley?

Aunque temerosa de delatarse, Iris asintió.

—Esa es una posibilidad.

Todas las miradas se volvieron para observar a los demás invitados.

—Tendremos que vigilar a todos —decidió la señorita Beasley, entrecerrando los ojos al pasar un caballero—. Mañana, nos reuniremos en mi casa para comparar notas. Usted también vendrá, por supuesto, señorita Hedley.

Iris no podía asistir por mucho que lo deseara. No podía sentarse entre estas jóvenes mientras sospechaban de otros por sus propias fechorías. Además, las amantes no eran bien vistas en la alta sociedad. Por muy amablemente que la invitaran, les haría un flaco favor a todas socializando con ellas. Pero, ¿cómo salir del paso con gracia?

—Oh, cielos, está aquí —balbuceó la señorita Beasley y se escondió detrás de la señorita Quartermane.

Iris se giró a tiempo para ver a Lord Louth acercándose a su grupo. Un calor instantáneo inundó su rostro cuando él sonrió y tomó su mano para apretarla.

—Perdonen mi tardanza. ¿Es este nuestro baile?

Su tarjeta estaba tan vacía que la había guardado hacía tiempo. Un murmullo bajo comenzó a sus espaldas y ella odió el sonido de las especulaciones.

—En efecto, milord.

—Discúlpennos, señoritas —Louth colocó la mano de ella en su brazo y la condujo al borde de la pista de baile—. Te ves hermosa esta noche. Realmente apetecible, de hecho.

Ella lo miró mientras su cuerpo temblaba.

—¿Se espera que dé las gracias por eso o debería sugerir que nos saltemos el baile por un lugar más privado?

—La privacidad puede esperar. Primero quiero bailar contigo.

Sus brazos la rodearon cuando comenzaron los acordes de un vals lento. Iris se mordió el labio mientras reaccionaba fuertemente a su presencia. Él había conocido íntimamente su cuerpo, su boca y sus manos la habían llevado al éxtasis, y ella anhelaba su atención aún más de lo que jamás hubiera imaginado posible. Sin embargo, la estaban observando. La señorita Beasley los miraba a ella y a Lord Louth con la boca abierta. En la otra dirección, el señor Talbot los

observaba con una hostilidad apenas disimulada.

Obligó a sus pies a seguir el ritmo de Lord Louth, pero tropezó cuando su mente divagó hacia lo que sucedería cuando se descubriera su participación en los robos. Humillación era una palabra demasiado suave para lo que Lord Louth diría de ella. Se alegró mucho cuando terminó el baile y se reunieron con sus amigos y la seguridad de la conversación.

CAPÍTULO DIEZ

DESDE SU POSICIÓN ligeramente elevada en el salón de baile de los Windermere, Martin llegó a la conclusión de que Iris ya no se sentía cómoda con él. Habían pasado varios días desde la última vez que la había visto y esperaba que ella lo hubiera echado de menos durante su separación. Sin embargo, su pie derecho marcaba un ritmo constante bajo su vestido y apenas había hecho contacto visual con él desde que bailaron. Era como si no pudiera esperar a que se alejara de su lado.

Lady Heathcote también miraba al otro lado de la sala con el ceño constantemente fruncido, lo que le preocupaba. La condesa inicialmente se había mostrado muy feliz de acordar encontrarse en el baile de esta noche, pero su atención claramente estaba en otra parte. Sus intenciones eran honorables. Tan pronto como diera con Alexander Hedley y le pidiera permiso para casarse con su hija, planeaba la celebración más grande que Londres hubiera visto en muchos años.

Miró a Iris, solo para encontrar que su mirada se desviaba nuevamente.

¿La habría escandalizado el otro día cuando le dio placer sobre la mesa del comedor en la casa de su carabina, y de nuevo sobre su regazo? ¿Habría cambiado de opinión sobre él? Martin no tenía idea de qué lo había poseído para dejarse llevar tanto por la lujuria que casi la había tomado encima de la mesa del comedor de Lady Heathcote, pero no se había arrepentido hasta ahora. Era evidente que ella ya no encontraba alegría en su atención o presencia.

Whitney se unió a él, habiendo terminado un baile con el joven señor Easton. Por primera vez, había protestado poco por asistir al baile de Lord Windermere. Agitó un abanico frente a su rostro.

—Qué fiesta tan animada, primo.

Martin hizo una seña a un lacayo que llevaba una bandeja de ponche y consiguió suficiente para ella y todos los demás.

—Me alegra ver que por fin te estás divirtiendo —le dijo.

—Disfruté verte con una mujer hermosa del brazo y haciéndola sonrojar —Whitney suspiró —. Lo apruebo.

—¿Qué cosa?

—La inminente adición a la familia —Le dio un golpecito en el brazo con sabiduría—. Sé lo que te propones.

Él sostuvo la mirada de Whitney. Ella esperaba que se casara con Iris y preparara su cuarto de niños, pero había otras formas de evitar la concepción y planeaba usarlas todas con Iris.

—No pongas el carro delante de los bueyes.

—Por supuesto que no —Ella le guiñó un ojo—. Me agrada demasiado como para arruinar

tus posibilidades.

—Bueno, eso es un alivio —Y lo era. Whitney frecuentemente detestaba a las mujeres con facilidad por su falta de inteligencia y autodominio.

Pero él podría haber arruinado sus propias posibilidades. Actuar siguiendo sus instintos más básicos sin pensar adecuadamente en la probable incomodidad posterior nunca se le había ocurrido, pero entonces, solo había coqueteado con mujeres experimentadas antes. Debería haber esperado hasta tener el permiso de su padre y que se hubieran leído las amonestaciones al menos, antes de continuar con las lecciones. Ese día le había parecido que lo mejor era demostrar sus intenciones.

Apartó la mirada de su prima. Iris finalmente encontró su mirada mientras bebía su ponche, pero su expresión era preocupada. Anhelaba el dulce sonido de su pasión y sus sonrisas fáciles. También era muy difícil olvidar esa mirada en sus ojos cuando su deseo llegaba al clímax, y había esperado verla deshacerse una y otra vez en sus brazos. Se disculpó con Whitney y se movió alrededor del grupo hasta su lado.

—¿No estás disfrutando la velada?

—Un ligero dolor de cabeza. Nada de qué preocuparse.

—¿Te gustaría sentarte? Podríamos encontrar un lugar tranquilo para descansar un rato.

Ella lo miró.

—Me gustaría mucho, pero entonces realmente correrían rumores si permanecemos demasiado tiempo en compañía del otro.

—Cierto, desafortunadamente —No le gustaría nada más que estar a solas con ella, pero tenerla sobre su rodilla en un baile probablemente no preservaría su reputación.

Iris suspiró.

—De todos modos hablarán sobre ti distinguiéndome, dada mi situación. Deberías pedirle a la señorita Quartermane o a la señorita Beasley que bailen para que los chismosos no tengan nada que considerar.

Martin negó con la cabeza mientras la irritación lo invadía. Al diablo con la propiedad. Después de hacer algunas discretas averiguaciones, había aprendido un poco más sobre la vida de Iris. Sus supuestas amigas más cercanas habían dejado de frecuentarla tan rápido como les fue posible después de que se revelara el endeudamiento de su padre. Una vez que su compromiso con Lord Grindlewood también había terminado, había sido groseramente desairada. No era de extrañar que se hubiera creído una mala candidata para el matrimonio. No iba a dejar su lado esta noche para bailar con alguien que no le interesaba en lo más mínimo.

—De ahora en adelante, solo bailo contigo.

El deseo de besarla hasta ponerla de mejor humor creció y se acercó más a su lado hasta que su brazo tocó el suyo. Era un consuelo estar al lado de una mujer y saber que mañana, o al día siguiente, o el siguiente, ella siempre podría estar allí.

Al otro lado de la sala, una mujer mayor de cabello plateado agitó los dedos en su dirección. Martin no la reconoció y miró a Iris en busca de información.

—Lady Catherine Berry —informó Iris—. Es muy divertida y nada estirada.

—Ah —dijo Martin, asintiendo hacia Lady Berry—. Tiene una hija, si mal no recuerdo.

—Angela. Fue una buena amiga mía una vez.

—¿Fue?

—No todo puede permanecer como esperaríamos. Ahora solo su madre me reconoce —Iris agitó su abanico frente a su rostro—. Esas molestas consecuencias de las que le hablé a Whitney tienen la costumbre de terminar amistades.

Martin miró nuevamente al otro lado de la sala, frunciendo el ceño. Cuando se casara con Iris, se aseguraría de que se corrigieran muchos de los errores cometidos contra ella.

Mientras permanecían juntos, Iris mantenía su flujo de información. Parecía conocer a todos los que él no conocía y eso le complacía. Su matrimonio les reportaría mucho si tan solo pudiera ocultar la existencia de su hija. Le preocupaba cómo podría tomarse la noticia y aún no tenía idea de qué hacer con la niña. Siempre había creído que la honestidad total tenía su lugar, pero quizás no antes de casarse. Consiguió dos copas de champán de un camarero que pasaba para Iris y para él.

Iris rechazó la suya.

—No es prudente que me distinga.

—Posiblemente, pero odio negarte el placer. Tómala, por favor.

Ella aceptó, pero a regañadientes.

—¿Vas a ser también un protector mandón?

—¿Qué? —La miró atónito. Seguramente se daba cuenta de que le había ofrecido matrimonio en lugar de la falta de respeto de una relación escandalosa.

—Aquí está usted al fin —exclamó una mujer a su izquierda, y Martin se volvió rápidamente para ver quién había interrumpido.

—¿Señora Ward? —Fue un alivio ver a Helena Ward y no a otra persona. Tomó la mano que ella le ofrecía y le apretó los dedos—. Qué sorpresa tan asombrosa verla de vuelta en Londres.

—Ha pasado demasiado tiempo desde que te vi por última vez. —Se acercó y se lamió los labios de una manera que una vez le había torturado cuando fueron amantes años atrás. Ahora, sin embargo, solo despertó un agradable recuerdo—. Llegué a la ciudad la semana pasada. La casa ha estado patas arriba. Pero siempre abriría mis puertas para ti.

Sus ojos se desviaron por encima de su hombro.

—¿Nos conocemos, señora?

Martin se volvió para encontrar a Iris observando su conversación con Helena con los ojos entrecerrados.

—No. Soy amiga de Lady Heathcote.

—Y mía —intervino Whitney, deslizando su brazo afectuosamente por el de Iris—. Discúlpennos. Veo a unos amigos a los que quiero presentarle a Iris.

Martin se sintió agradecido, aunque Whitney le lanzó una mirada severa.

La vergüenza invadió a Martin. Si ya hubiera encontrado a Alexander Hedley, Iris se habría descrito como su prometida.

—La señorita Hedley también es una muy buena amiga mía.

—Bueno, tienes muchos amigos, así que no me sorprende. Esa es tu prima, supongo —comentó Helena, pasando por alto la importancia de Iris para él—. La reconozco por el pelo rojo y la mirada hostil que describiste tan bien cuando estábamos juntos, pero es mucho más bonita de lo que me hiciste creer —dijo Helena con una divertida sacudida de cabeza.

—Esa es. —Martin hizo una mueca—. ¿Qué te trae de vuelta a Londres?

—Tú. —Se rio con un toque de nerviosismo antes de entrelazar su brazo con el de él y obligarle a caminar con ella—. Tengo una proposición para ti.

—¿Oh? —No podía imaginar qué podría sugerir. Había pasado mucho tiempo desde que tuvieron algo que ver el uno con el otro. Helena se había casado bien, se había mudado a la costa y había seguido con su vida. Él no había añorado su compañía.

Ella le sonrió cálidamente.

—Me encuentro en necesidad de un protector.

Martin se apartó de ella sorprendido.

—Me siento halagado, señora, pero no puedo complacerla.

Ella pareció abatida.

—Wardie no me dejó casi nada para vivir. Tan pronto como regresé a Londres, aparecieron hombres extraños exigiendo pagos. No puedo permitirme estas deudas, así que...

Alarmado, le cogió del brazo y empezó a recorrer la sala con ella de nuevo.

—El señor Ward debe haber muerto hace tres años. ¿Qué clase de individuos están apareciendo?

—Tenderos en su mayoría. Simplemente no tienen paciencia para escuchar razones.

Martin suspiró.

—Las deudas no tienen nada que ver con los gastos incurridos mientras el señor Ward vivía, ¿verdad?

Ella tuvo la sensatez de parecer avergonzada.

—Si él me hubiera provisto mejor, no tendría esta preocupación.

—Vivir por encima de tus posibilidades no es excusa. —Sin embargo, no podía abandonar a una amiga—. Enviaré a mi hombre de negocios para que evalúe el problema e interceda ante estos hombres en tu nombre.

Ella le apretó la mano con fuerza.

—Oh, sabía que aún me amarías después de todo este tiempo.

Martin retiró rápidamente su mano. Helena era una criatura exuberante, pero ciertamente él no la amaba.

—El señor Barker será quien te ayude a resolver este lío esta vez, pero debes prometer controlar tus hábitos impulsivos.

—Lo haré. Lo prometo.

Algo aliviado, Martin buscó a Iris y la encontró rodeada de caballeros que reían, incluido el señor Charles Talbot. A Martin no le gustaba Talbot más esta noche que en el parque. El tipo estaba demasiado cerca de su Iris para el gusto de Martin. Su sonrisa apreciativa hizo que los puños de Martin se apretaran. Miró a la señora Ward una última vez.

—Discúlpeme.

Se apresuró hacia Iris.

Talbot se acercó aún más.

—¿Señorita Hedley? ¿Podría reclamar un baile si tiene uno libre?

—Creo que la señorita Hedley acordó dar una vuelta por la sala conmigo —interrumpió Martin groseramente. Cogió la mano de Iris y la atrajo hacia su lado—. Lamento haberte hecho esperar, querida. Vamos.

El color llenó su rostro y ella clavó los talones a corta distancia.

—Me duele la cabeza.

Martin frunció el ceño ante su mentira descarada.

—El dolor no puede ser tan grande o no te habrías estado riendo tan alegremente con ese sinvergüenza.

—Pero ahora sí lo es —se liberó de su agarre—. Me gustaría encontrar a Esme e irme a casa.

La negativa irritó a Martin.

—Tenía la intención de bailar contigo de nuevo esta noche.

Iris jadeó y luego se escondió detrás de él, usándolo como escudo.

Martin escaneó rápidamente la multitud para ver qué la había sobresaltado, y su mirada se enganchó en una figura familiar al otro lado de la sala. Lord Grindlewood había llegado,

sonriendo y saludando a sus amigos. El mismo hombre con quien Iris había estado comprometida años atrás. Y estaba en compañía de Lady Heathcote. Inclinó la cabeza hacia la condesa mientras ella le susurraba al oído. Su cabeza se levantó de golpe y Grindlewood escudriñó la multitud. Martin se ganó un ceño fruncido, pero luego la atención del hombre siguió moviéndose inquietamente. ¿Estaba buscando a Iris?

Martin miró discretamente detrás de él solo para descubrir que Iris había desaparecido, abandonándolo al ver a su antiguo prometido.

Ese no era un buen comienzo para su vida juntos.

CAPÍTULO ONCE

LOS PERIÓDICOS DE chismes de la sociedad habían descrito una vez a Iris como incomparable. Un diamante. Lo mejor que la temporada podía haber ofrecido si no estuviera ya comprometida para casarse con un vizconde.

El resto de la sociedad la había llamado inmerecedora a sus espaldas, y hubo una alegría silenciosa en muchos hogares cuando rompió su compromiso con Lord Grindlewood debido a la pérdida de su dote. En el momento de su debut, no había entendido que el dinero de su padre era todo el atractivo que poseía. Había reído y sonreído, creyendo que su futuro estaba asegurado. Una vez que la fortuna de su padre se esfumó, su dote utilizada para otro propósito, había caído en desgracia ante la sociedad. Había asumido que ese era el peor tipo de dolor imaginable. Una caída que nunca había anticipado y sobre la que no podía hacer nada.

Esta noche había redescubierto un nuevo tipo de dolor.

Celos demenciales.

Le quedaba muy claro que la mujer que había capturado la atención de Lord Louth en el salón de baile tenía una historia romántica con él. Por la forma en que sus ojos devoraban al conde, estaba segura de que habían sido íntimos. Mucho más íntimos de lo que a ella se le había permitido hasta ahora, y no era justo. Ella le había dado al conde todas las oportunidades.

Iris se apoyó contra el muro de piedra de la casa de Lord Windermere, ocultando sus sentimientos en la oscuridad, y golpeó ligeramente su cabeza contra el edificio detrás de ella. Siempre había sentido lástima por las mujeres poseídas por un odio irracional hacia las mujeres que admiraban sus hombres. Si tuviera algo de dignidad, no habría huido de Lord Louth a la primera señal de competencia. Era débil, cobarde, y despreciaba esas cualidades en sí misma.

Se presionó los dedos en la sien para aliviar el dolor de cabeza que se intensificaba. Se había enfermado de preocupación pensando si Louth se arrepentiría de su decisión de convertirse en su protector. Incluso más que el miedo a que alguien adivinara que era la espía del ladrón en la sociedad. Iris había sido una invitada en cada una de las casas de las víctimas, y era pobre. Incluso ella sospecharía de sí misma. La señorita Quartermane era demasiado astuta para su comodidad y temía adónde llevaría la especulación de la chica a continuación. Si la señorita Quartermane y sus amigas la observaban de cerca, sin duda sería expuesta como cómplice.

Ver a Lord Grindlewood de nuevo fue la gota que colmó el vaso. Su estómago se había retorcido en nudos dolorosos al ver la cara sonriente de Ethan. Él sabía demasiado sobre su verdadera situación con su padre para estar cómoda. Su respiración se volvió difícil, así que en lugar de arriesgarse a desmayarse en el salón de baile y llamar la atención, había huido en busca de aire más fresco en la terraza.

Esos temores inquietantes habían pasado en el momento en que ya no estaba en la misma

habitación que Grindlewood, Louth o esa arpía exageradamente vestida que manoseaba a su amante. Se tapó la boca con la mano, sorprendida por sus pensamientos mezquinos hacia una mujer de la que no sabía nada.

—¿Te estás escondiendo de mí?

Ethan Hoganmire, Vizconde de Grindlewood, emergió lentamente de la penumbra, con una expresión de enojo creciendo en su rostro. Casarse con este hombre había sido una vez el deseo de su corazón, pero ahora se sentía incómoda a su alrededor. Habían hablado de tener hijos juntos, de visitar su finca del sur durante los largos veranos, pero esa vida nunca sería.

Miró su apuesto rostro con toda la calma que pudo reunir.

—No, Ethan. Nunca te haría eso.

—Te conozco lo suficiente como para ver que estás alterada —se detuvo a su alcance y escrutó su rostro—. No lo niegues. ¿Alguien ha sido cruel contigo de nuevo?

Iris se estremeció al ver cuán lejos de la verdad había caído. Él la había conocido una vez, pero no entendía que ella jugaba un papel en los robos que plagaban a la sociedad. Ella era la parte cruel en este asunto, fingiendo ser una amiga mientras secretamente lastimaba a los anfitriones preparándolos para ser robados más tarde esa noche.

—Todos han sido perfectamente agradables esta noche. No hay nada de qué preocuparse.

—Pero huiste en el momento en que llegué. ¿Temías que arruinara tus posibilidades haciendo una escena y recordando a la sociedad que una vez fuimos pareja? —Desvió la mirada brevemente—. Si es así, seré breve y te dejaré sola antes de que me noten. ¿Estás bien por lo demás, Iris? ¿Cómo está tu padre?

—Estamos más o menos igual.

Él se pasó una mano por el pelo.

—Lady Heathcote me dice que Lord Louth se ha vuelto bastante atento y ha insinuado que hay un entendimiento secreto entre ustedes.

—No es así —la desesperación la invadió porque realmente era así. Le había prometido a Louth mantener su relación en secreto, pero no permanecería así para siempre. Simplemente no había imaginado tener que explicar su eventual caída al hombre con quien casi se había casado. Louth, con todo su atractivo físico, era un medio para un fin. Una forma de liberarse de las exigencias de Talbot—. Siempre ha sido un amigo mío y de mi padre.

Ethan se acercó más.

—Todavía no hay noticias de nuestro barco. No lo entiendo y lo siento mucho que mi situación no haya cambiado.

Hace unos años, antes de la ruina de su padre, Ethan y su padre se habían convertido en inversores de la misma naviera. Se informó que el buque insignia se había perdido en el mar, aunque ambos dudaban de la veracidad de esa afirmación. Ambos seguían sufriendo por esa carga perdida y aún esperaban que su barco pudiera llegar a puerto algún día. Hubo otras pérdidas que afectaron las finanzas de su padre, pero ese barco y su carga eran de mayor valor.

—Difícilmente es tu culpa y no tienes motivos para preocuparte —forzó una sonrisa en sus labios—. Todo sucede por una razón.

—¿En serio? —retrocedió con un movimiento de cabeza—. Tu padre y yo discutimos sobre el barco y su carga mucho antes de que supiera que él invertiría. Dado todo lo demás, temo que solo traigo mala suerte a ti y a todos los que me rodean.

Ella extendió la mano hacia él.

—No tienes la culpa de las decisiones de mi padre. Él no estaba bien en ese momento.

—Creo que estoy maldito, Iris —Ethan asintió y se apartó—. Tal vez te equivocaste. Si un

hombre como Lord Louth tiene la previsión de pedir tu mano, deberías aceptar. Estás mejor sin mí en tu vida.

Eso no era del todo cierto. Si se hubiera casado con Ethan, probablemente nunca habría caído en el esquema de Talbot para obtener riquezas rápidas y tal vez nunca habría estado al borde de la desgracia. Podría haber sido pobre, pero habría estado libre de culpa de cualquier delito. Ethan podría haberla hecho feliz. Al menos lo habría intentado.

Lo siguió unos pasos y luego vaciló cuando vio que la esperanza brillaba en sus ojos. ¿Qué estaba haciendo, persiguiendo a un hombre por el que apenas sentía algo? No lo amaba ni tenía un futuro con él. Ciertamente, esta no era la manera de comenzar su nueva vida como amante de Lord Louth.

—Sé inteligente, Iris, y acepta a Lord Louth cuando te pida matrimonio —Ethan retrocedió —. Yo solo te haría daño.

Desapareció en la oscuridad tan completamente que ni siquiera pudo oír sus pasos mientras huía de ella. Y ella solo le haría daño a él, y a todos los demás, si lo perseguía fuera del baile para asegurarse de que entendiera que lo sucedido con la fortuna de su padre nunca había sido su culpa.

—¿Iris?

Iris se giró lentamente. La imponente figura de Lord Louth se cernía sobre ella. La miraba con ojos cautelosos, una pregunta en ellos. Sin importarle la falta de decoro, puso su mano en el pecho de él y se aferró. Cualquier angustia restante se desvaneció ante su reconfortante presencia. Pero, ¿cuánto había escuchado? Esperaba que no la hubiera oído hablar sobre la salud de su padre con Ethan—. Me encuentro mejor ahora.

—¿Estabas realmente indispuesta? —Tomó su brazo y la guio hasta un banco de piedra—. Aquí, siéntate un momento.

Iris se sintió bastante tonta ante su tierna preocupación. Sus reacciones al ver a Louth admirado por otras mujeres era algo que nunca podría admitir, pero tendría que aceptar. Suponía que era el destino de una amante sentirse excluida. Quizás si pudiera persuadirlo de instalarla en el campo, no le importaría lo que hiciera en Londres porque nunca lo vería mostrar afecto a otra —. No es nada más que nervios y pasará rápidamente, estoy segura.

—No es nada si te escabulles para estar con Grindlewood —frunció el ceño—. No lo permitiré.

Ella parpadeó ante el dolor en su voz—. No me escabullí a ninguna parte —Una huida a ciegas sería una descripción más acertada.

Sus ojos se entornaron—. Estabas hablando con el vizconde.

—Sí. Pero no es lo que sugieres. Solo hablamos, mi lord. Nada más escandaloso que eso, y por favor recuerda que aún no te pertenezco.

—Aún no. Pero lo harás —Sus fosas nasales se dilataron mientras inhalaba bruscamente—. Un caballero siempre debe proteger la reputación de una dama y te protegeré incluso de ti misma.

—Vaya, cualquiera pensaría que estaba a punto de ser seducida aquí en la terraza —Acarició su muslo y suspiró—. Te aseguro que ese no era el caso. Ethan fue un perfecto caballero.

Sus ojos se entornaron, así que ella volvió a deslizar sus dedos por su muslo. Una deliciosa ola de anticipación la recorrió. ¿Sería todo músculo bajo sus finas ropas? Se inclinó hacia él y se arriesgó a darle un rápido beso en la mejilla—. ¿Podríamos hablar de él más tarde?

—Sí, definitivamente lo haremos —Louth acunó su rostro en su gran mano y acarició su mejilla con el pulgar—. ¿Tienes curiosidad sobre la mujer con la que estaba hablando antes de

que te fueras corriendo?

Su placer en el momento se desvaneció—. Supongo.

Dolorosamente curiosa, pero seguramente nunca le gustaría que fuera posesiva o revelara sus verdaderos pensamientos sobre la mujer.

—Fuimos cercanos hace años, poco después de que heredé el título —confesó con un movimiento de cabeza. Rozó sus labios suavemente y luego se aclaró la garganta—. Desafortunadamente, se ha metido en problemas, la tonta.

Bajó la mano y miró fijamente la oscuridad.

—Ya veo —En el momento en que la mujer le había hablado a Louth, Iris se había sentido insanamente desagradable hacia ella y parecía que sus instintos eran correctos. Escuchar a la mujer descrita como una "tonta" alivió considerablemente la opresión en su corazón. Cuando la dama había tocado su brazo, Iris quiso arañarle los ojos. Había estado agradecida con Whitney por alejarla, pero ahora sentía aún más curiosidad por su conversación—. ¿Qué tipo de problemas?

—Al igual que tu padre, vivió por encima de sus posibilidades y busca evitar sus responsabilidades —confió Louth.

Un escalofrío recorrió su piel por la forma en que Louth insinuaba que su padre había sido imprudente. En su mayor parte, había sido un hombre muy frugal hasta los años inmediatamente anteriores a su encarcelamiento. Las pérdidas no habían sido intencionales. Sin embargo, Iris tenía suficientes problemas propios como para no querer oír hablar de las deudas de otras personas—. Deberíamos volver adentro antes de que alguien note nuestra larga ausencia.

Lord Louth la ayudó a ponerse de pie y mientras estaba a su lado, aumentó el impulso de tomar su brazo. Era un pensamiento posesivo, y rápidamente ignoró el deseo de reclamarlo como suyo. Se dirigió hacia el salón de baile sin ayuda, pero su corazón estaba pesado. Solo un poco más y podría dejar de fingir ser una de ellos.

Una vez dentro, Louth la condujo hacia la señorita Crewe, que conversaba con Lady Taverham junto a la pista de baile. Por una vez, el marido de la marquesa no estaba a la vista.

—Querida, es un placer volver a verte —Lady Taverham sonrió radiante y extendió su mano —. La señorita Crewe y Lord Louth no tienen más que los mayores elogios para tu carácter.

Iris sonrió, pero cuando su mirada se posó en la ex amante de Louth observándolo desde el otro lado de la sala con ojos de cierva, no se sintió una persona de buen carácter. Había detestado a la mujer a primera vista, y ahora que sabía que había conocido a alguien con quien él se había acostado, con quien había sido íntimo, estaba aún más ansiosa por la falta de contrato entre ellos. Tendría que abordar ese tema pronto—. Es usted muy amable, mi lady.

Cuando Iris miró a Louth para invitarlo a visitar mañana, él estaba estudiando a la señora Ward como si ya se hubiera olvidado de la existencia de Iris.

Bajó la mirada, ocultando los celos que no podía suprimir. Esto no podía continuar así. Tenía que aprender a ignorar la forma en que él podría mirar a otras mujeres, y cómo ellas lo miraban como si fuera su próxima aventura.

Levantó la barbilla, encontrándose directamente con la mirada amable de Lady Taverham. La marquesa inclinó la cabeza y atrajo a Iris a su lado—. ¿Me harías el honor de presentarme a Lady Heathcote? Creo que aún no he tenido el placer.

—Por supuesto. Discúlpenos, mi lord —No se encontró con la mirada de Louth antes de escoltar a Lady Taverham al otro lado de la sala. Pasaron junto a Talbot en el camino. Él no se acercó, pero por la forma en que se le erizó la piel, supo que seguía su progreso.

Se detuvo al lado de Esme y esperó a que la notaran. Después de que se completaron las

presentaciones, Esme le dirigió una sonrisa. —Creo que ya no puedes decir que eres invisible. Un pícaro bastante distinguido aún te está observando.

Lady Taverham miró hacia atrás donde Lord Louth estaba de pie observándolas y sonrió ampliamente. —No es un pícaro sino el mejor de los hombres. Nunca lo había visto tan abiertamente apreciativo de una mujer antes. Me divertiré mucho burlándome de su caída más tarde.

Eso podría ser desastroso. Lady Taverham debía pensar que él tenía intenciones honorables. —Oh, por favor no lo avergüence. Solo es un amigo.

—Después de todo lo que ha hecho por mí a lo largo de los años, jamás soñaría con avergonzarlo. Burlarme de él en privado es otro asunto completamente diferente. Pero debo corregirte en un punto. Yo soy su amiga, y debo decirte que normalmente no mira así ni a mí ni a ninguna otra mujer que considere una amiga. Tú eres verdaderamente especial para él.

Un rubor llenó sus mejillas mientras las damas intercambiaban sonrisas conspiratorias y ella miró al otro lado del salón de baile, llenándose de pánico. Esto era terrible. Ambas mujeres iban a arruinar todo entre ella y Louth. Lady Taverham se sentiría decepcionada cuando supiera la verdad de su arreglo.

Pero protestar requeriría que aclarara en qué consistía realmente su arreglo.

Aún no era tan audaz.

Levantó la barbilla, aceptando que aquí había una mujer a quien podría lamentar decepcionar.

Talbot rondaba al borde de su campo visual, esperando que ella le pasara información sobre su medio de acceso para robar a Lord Windermere. Ella era cómplice de un ladrón y ahora una mujer caída. Nunca había querido lastimar a nadie, pero parecía inevitable sin importar lo que hiciera.

Lady Taverham se disculpó después de un corto tiempo para reunirse con su esposo, y luego Lady Ames reclamó su compañía. Más tarde Esme la encontró de nuevo, y así dio vueltas y vueltas por la sala, aparentemente indispensable en cada conversación. Nunca logró tener un momento a solas otra vez esa noche. La ventana que se esperaba que abriera en el estudio de Lord Windermere permaneció cerrada al final de la noche cuando se fue al lado de Esme y subió a su carruaje que la esperaba. —Qué noche tan agotadora.

Talbot estaría furioso, pero por una vez a Iris no le importaba. —Lo fue, pero también fue muy divertida.

Iris se había sentido incluida por primera vez desde la ruina de su familia y quería aferrarse a esa sensación de aceptación el mayor tiempo posible.

CAPÍTULO DOCE

MARTIN CAMINABA DE un lado a otro en el sombrío salón de Lady Heathcote, sin saber si calificar la velada como un desastre o un éxito. Whitney había bailado cuatro piezas más de las dos habituales y, por lo que pudo observar, había sido muy admirada. Sin embargo, su alivio se veía empañado por la exasperación. Quería saber por qué Iris se escabullía para encontrarse con su antiguo prometido. Si aún albergaba sentimientos por ese hombre, debería haberse casado con él hace años.

Aunque fuera inexcusablemente tarde para visitar a su prometida, quería asegurarse de que no hubiera impedimentos para su alianza con Iris. Vivian Rose le había enseñado el valor de cuestionar directamente todo lo que daba por sentado sobre el pensamiento femenino.

La puerta se cerró suavemente y él se volvió hacia el sonido.

—Ya era hora.

—Perdóname. No me había dado cuenta de que ibas a visitarme esta noche —Iris contuvo un bostezo—. ¿Ocurre algo? ¿Hay algo que quieras?

Se frotó los brazos con vigor, lo que solo atrajo la atención de él hacia su cuerpo y al hecho de que no llevaba el vestido de noche rosa pálido que había lucido en el baile, sino algo mucho más íntimo. Una bata de seda de tonos oscuros se ceñía a sus curvas y a Martin se le cortó la respiración. Ella había acudido a su encuentro como una amante lo haría con su protector, y eso no podía estar más lejos de la realidad.

—Sí. A ti —intentó relajarse, luchando contra el impulso de tocarla—. Pero primero quiero saber sobre Lord Grindlewood. Escuché parte de vuestra conversación.

Ella arqueó una ceja ante su confesión de haberla espiado.

—¿Escuchando a escondidas?

Él se encogió de hombros y no se disculpó por espiarla. Había sido incapaz de apartar su atención de ella durante toda la noche. Pronto todos, incluida Iris, sabrían lo que ella significaba para él. Como el último hombre que la besaría jamás, sus razones para preguntar sobre Grindlewood eran justas en su opinión.

Ella golpeó suavemente el respaldo de una silla varias veces y luego hizo una mueca.

—¿Esa mujer realmente solo te pedía dinero?

Él miró fijamente a Iris al escuchar el tono de desaprobación hacia Helena, una mujer de la que ella no podía saber nada más que lo que él le había contado esa noche. No había necesidad de que Iris se sintiera ofendida porque no las hubiera presentado. Helena era solo una amiga y siempre lo sería.

—Para ser completamente honesto, inicialmente me pidió mi protección, lo que por supuesto rechacé de inmediato por consideración a ti.

—¿Por qué por supuesto? —Iris se dio la vuelta, cruzando los brazos sobre su pecho—. Lord Gandy tenía tres amantes a la vez el año pasado, si mal no recuerdo las peores acusaciones que su esposa lanzó contra él.

—Y murió en la cama de una de ellas, también —rio y giró a Iris para que lo mirara de frente —. Una circunstancia feliz para él, estoy seguro, pero eso no viene al caso. ¿Aún lo amas?

—¿A Lord Gandy? —Iris frunció el ceño—. No, nunca conocí al hombre.

Él apretó los dientes, odiando no poder dejar de imaginar a Iris y Grindlewood a solas en esa maldita terraza. Pero después de su ignorancia sobre el interés de Vivian Rose en otro hombre, no quería arriesgarse a ser utilizado.

—Me refería a tu vizconde. Si tiene intención de casarse contigo, por supuesto me haré a un lado.

—Ethan no tiene los medios para una esposa pobre. Por eso rompí con él, para que pudiera casarse con alguien con dote.

Él tomó su rostro y levantó su mirada hacia la suya.

—Ya veo, pero ¿lo amas?

—No. No lo amo.

—Bien —Martin asintió, consciente de cómo sus palabras lo habían inundado de optimismo —. Hubo algo que dijiste esta noche que me hizo darme cuenta de que habías malinterpretado mis intenciones contigo.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Has cambiado de opinión sobre pedirme en matrimonio ahora?

Él llevó su otra mano al rostro de ella y acarició suavemente su línea del cabello. Estaba tan hermosa así, tan honesta en sus emociones que eran tan claras como si las hubiera expresado en voz alta. Estaba celosa de la fugaz atención que él había prestado a una antigua amante esa noche e insegura de nuevo de su propio atractivo cuando no había necesidad de preocuparse.

—En absoluto, pero temo no haber sido claro sobre lo que realmente quiero en una esposa.

Los ojos de ella se abrieron de par en par.

—¿Esposa?

Él asintió y le sonrió cálidamente.

—Tan pronto como pueda obtener el permiso de tu padre, me casaré contigo.

Ella se apartó de su contacto, mirándolo con asombro como si nunca lo hubiera considerado como su marido.

—No puedes querer casarte conmigo.

—Pero quiero —tomó su pequeña mano entre las suyas y acarició sus nudillos con el pulgar —. ¿Por qué crees que odiaba tanto la idea de que tomaras lecciones de pasión de otro hombre? Me pertenecerás, Iris, en todos los sentidos de la palabra.

—Oh. Oh, ya veo —se frotó el cuello y se dio la vuelta.

Martin la observó confundido. Había esperado algo más en respuesta a su promesa de darle su nombre junto con su protección.

—¿Iris? ¿Qué sucede? No me digas que ahora no quieres casarte conmigo. No después de todo lo que hemos hecho juntos.

—Te deseo. De verdad. Pero nunca me atreví a soñar con más —bajó la mirada—. Tú estabas tan en contra de todo lo que yo quería.

Él le tocó el brazo.

—Tus sueños no eran lo suficientemente altos. Prometo hacer todo lo que pueda para hacerte feliz.

—Eso es muy amable de tu parte —se volvió y levantó su rostro hacia él. Él se sorprendió al ver el inicio de lágrimas en sus ojos—. Estoy empezando a preocuparme. Ethan se ha metido en la cabeza que está maldito, pero ¿y si yo soy la fuente de la mala suerte?

Martin puso sus manos sobre los hombros de ella, asombrado por sus descabelladas imaginaciones.

—¿Maldita? Eso no es posible. Eres la mujer más perfecta de todo Londres. Nunca he conocido a una dama que me haya impresionado más.

—Nadie es nunca lo que parece —dejó caer las manos a los costados y luego apoyó la cabeza en su pecho—. No creo que sea la primera vez que Ethan alude a esos sentimientos.

Martin le acarició la curva de la espalda. Bajo la bata de seda, ella se estremeció.

—Seguramente tiene familia que lo cuide, y tú también la tendrás. Ya no tienes por qué preocuparte.

Ella se apartó de su alcance y se encogió de hombros.

—Él es, o más bien era, un amigo también. No puedo evitar preocuparme por mis amigos, aunque no pueda ayudarlos más de lo que puedo ayudarme a mí misma.

Martin se vio invadido por el deseo de arrastrar a Iris a sus brazos y cesar su preocupación por los demás. Un buen beso la haría olvidar que había hablado con Grindlewood esta noche. Mudarse a Holly Park y dejar Londres atrás una vez que se casaran los mantendría separados. Sin embargo, no quería adelantarse, así que se contuvo de hablar sobre su vida después del matrimonio.

—Pero fuiste tú quien rompió el compromiso, ¿no es así?

—Así fue. Él estaba muy molesto conmigo en ese momento y juró que el dinero no importaba. Pero siempre importa —se hundió en una silla y colocó las manos en su regazo—. Pensé que había hecho lo más sensato, pero ahora no estoy tan segura. Él sigue soltero.

—Eventualmente encontrará a otra mujer —Grindlewood no carecía de admiradoras, por lo que Martin podía ver.

Ella apretó los labios en una línea tensa.

—¿Estás seguro de que deberías casarte conmigo? Me habría contentado con ser tu amante. Todo lo que quiero es una pequeña casa en el campo y verte.

—Casarnos es lo correcto y ciertamente podemos mudarnos a Holly Park tan pronto como quieras, si estás cansada de Londres —se acercó a ella y se arrodilló a sus pies—. Sobre lo que pasó en el comedor. Si te he hecho sentir incómoda, me disculpo. Me aproveché de tu inexperiencia para demostrar mi punto de que no habíamos terminado el uno con el otro. Nunca lo haremos ahora, pero no me impondré hasta que intercambiemos votos.

Ella tragó saliva y encontró su mirada.

—¿No lo harás?

—He estado célibe durante tanto tiempo, un mes más o menos no me hará daño —Maldición, odiaba mentir, incluso a sí mismo. Su cuerpo dolía con solo verla así. Bajo la bata, Iris probablemente llevaba un fino camisón blanco y nada más. Un tentador lazo en el escote cerraba la prenda. La bata atada era lo suficientemente delgada como para que pudiera ver su figura si se parara frente a la luz de las velas—. A menos que digas que quieres más.

Su lengua salió para humedecer sus labios y los de él hormiguearon. Su mirada se suavizó, y luego se inclinó hacia adelante y presionó audazmente sus labios contra los de él. Se apartó después de un beso prolongado.

—Sí quiero más de ti.

Alentado, la atrajo hacia sí, rodeó su espalda con un brazo y la levantó en sus brazos para que

sus piernas se envolvieran alrededor de su cintura.

Su pequeño cuerpo se amoldó perfectamente al suyo después de un pequeño movimiento y luego ella acomodó sus brazos alrededor de su cuello y procedió a besarlo hasta dejarlo sin sentido. Sería un milagro si duraba hasta el día de su boda antes de llevarla a la cama con él. Ella lo volvía completamente loco. Su lengua bailaba en su boca, coqueteando con la suya. Él gimió y se hundió en el suelo con ella, moviendo a Iris debajo de él mientras mantenía su peso suspendido sobre sus brazos y rodillas.

Ella frotó sus manos sobre su pecho y luego tiró de su corbata, una chispa de picardía iluminando sus hermosos ojos y desafiándolo a ser audaz también. Él no podía permitirse perder la cabeza. No era tan sinvergüenza, pero darle placer era una posibilidad definitiva.

Sus labios se separaron y ambos jadearon.

—No sé lo que estoy haciendo, así que deberías detenerme.

—No, no te detengas —susurró ella, encontrando su mirada tímidamente—. Me estás volviendo loca de deseo. He estado pensando en ti toda la noche y me gustaría poner fin a esta tortura.

El alivio lo llenó.

—¿Era por eso que no podías sostener mi mirada por mucho tiempo?

Ella asintió y le quitó el alfiler de la corbata, dejándolo a un lado con cuidado.

Así que eso explicaba su distracción. Él sonrió maliciosamente. Había estado luchando contra los mismos pensamientos también. Martin deslizó su mano lentamente por su cuerpo y cubrió su monte a través del camisón y la bata.

—¿Pensabas en mí tocándote aquí?

Un jadeo entrecortado salió de su pecho y ella se aferró a sus hombros.

—Tenía miedo de que todos supieran que estaba pensando en tu boca sobre mí esta noche.

Él levantó su camisón por las piernas hasta que pudo tocar la piel desnuda por encima de sus rodillas.

—¿Debo poner fin a tu sufrimiento rápida o lentamente?

—Rápidamente. Por favor —se cubrió el rostro con una mano—. No puedo soportarlo.

Él se movió hacia un lado y la atrajo para que lo mirara. Acarició su trasero desnudo con una mano antes de deslizarse alrededor de su cadera y abrirse camino hacia sus rizos. El toque gentil parecía exactamente lo que ella quería porque enganchó una pierna sobre su muslo y le permitió un mayor acceso a su cuerpo. Él acarició la abertura de su sexo, encontrándola húmeda y tan cálida que se le cortó la respiración.

Separó sus pliegues lentamente, tocándola delicadamente hasta que ella gimió en respuesta. Se dio cuenta de su toque en su abdomen un momento antes de que ella forcejeara con los cierres de sus pantalones, apartara su camisa y liberara su miembro.

No podía respirar por la anticipación que corría por sus venas.

—Cielos —susurró ella en tono asombrado mientras lo tomaba en su mano. Martin había escuchado algo similar antes con respecto a su tamaño, pero experimentó más satisfacción de la que esperaba al escucharlo de Iris. Ella no era tímida al explorar sus proporciones.

Mientras él deslizaba su dedo a lo largo de su sexo, jugando con su calor húmedo, el toque tentativo de Iris se volvió más audaz. En su palma, su longitud parecía obscenamente grande, y él tembló cuando ella superó su timidez y lo tomó con ambas manos. Con un poco de instrucción susurrada en su oído, ella acarició su longitud firmemente; largos y deliciosos tirones que encendieron su deseo a niveles peligrosos.

Él inclinó la cabeza.

—Iris, quiero estar dentro de ti.

Ella asintió rápidamente y con ese aliento, él introdujo un dedo en su vaina. Iris lo soltó y gimió. Él lo retiró, deslizándose por su humedad y provocando su clítoris. Cuando repitió la acción, ella se restregó contra su dígito y luego se estremeció salvajemente. Él aplicó presión sobre su clítoris mientras ella se rendía completamente al deseo. Se aferró a sus hombros mientras alcanzaba el clímax, enterró su rostro en su cuello y ahogó el sonido de su jadeo. A medida que su cuerpo se relajaba, su agarre sobre él se aflojó.

Él se apartó hacia atrás, con la intención de terminar las cosas allí, pero ella lo siguió y se sentó sobre sus muslos, atrapándolo debajo de ella. Su camisón se arremolinaba alto en sus muslos, su bata medio caída. Cuando ella envolvió sus dedos alrededor de su longitud y lo acarició, él arqueó la espalda.

Iris recorrió su cuerpo con la mirada y sonrió.

—Me gusta verte así.

—No lo necesito.

Sus ojos se estrecharon.

—Sí lo necesitas. De lo contrario, no sería justo. No podría pegar ojo esta noche si te decepcionara.

—Nunca lo has hecho —sonrió él—. Me has impactado, sorprendido y tentado insoportablemente a cada momento, sí, pero no decepcionado. No sé en qué estaba pensando al decirte que no.

Su expresión se volvió seria mientras lo acariciaba y él se recostó para disfrutar del placer que su toque le brindaba. Colocó ambas manos en sus muslos y cerró los ojos para saborear la sensación de sus manos brindándole alivio. No tenía idea de que ella tuviera tal talento o interés, pero no le negaría su deseo de complacerlo. Estaba demasiado cerca para detenerse de todos modos.

Martin buscó en su bolsillo un pañuelo y cuando estuvo listo, a punto de estallar, cubrió la cabeza de su miembro con él, cubrió la mano de Iris, y juntos lo llevaron al clímax. Cuando su mente se aclaró, miró hacia abajo al suave bulto de curvas que lo cubría. Iris se había desplomado hacia adelante, su cabeza descansaba sobre su corazón, sus piernas extendidas a cada lado de sus muslos. Lo abrazaba con firmeza. Posesivamente.

Era agradable ser abrazado por una amante. Especialmente una mujer de la honestidad de Iris. Acarició la piel de su cuello y sonrió en la oscuridad. Pensar que se había resistido a reclamar a la mujer como suya por las razones más débiles. Nunca había imaginado que tal deseo honesto podría ser suyo y haría todo lo posible para protegerla de cualquier daño.

Rodó a Iris sobre su espalda, acomodó sus caderas desnudas entre sus piernas y rozó sus labios con un beso ligero. Inhaló el dulce aroma de su piel y suspiró profundamente, contento al fin de que todo estuviera resuelto entre ellos.

—Seré el hombre más afortunado de Londres al tenerte como mi esposa.

—Eso espero —susurró ella con somnolencia—. Espero nunca darte motivos para arrepentirte.

CAPÍTULO TRECE

—NO TUVE LA OPORTUNIDAD, lo juro —sollozó Iris mientras el señor Talbot le apretaba la mano con tanta fuerza que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Mentirosa —siseó Talbot.

Ella gimió cuando los tendones y huesos de su mano fueron aplastados casi hasta el punto de romperse. Había subestimado la furia de Talbot por el fracaso de anoche al no permitir que sus hombres accedieran a la casa de Lord Windermere. En realidad, no había intentado escabullirse y abrir la ventana esperada. Era su culpa que ahora sufriera. Había estado demasiado preocupada pensando que Louth estaba a punto de serle arrebatado por su antigua amante.

Talbot la arrojó a un lado como si fuera una muñeca de trapo e Iris se estrelló contra la pared con tanta fuerza que le castañetearon los dientes. Rápidamente recuperó el equilibrio, acercándose a la puerta cerrada de Marshalsea, pero no había esperanza de escape. Talbot seguía bloqueando su salida de la prisión.

Pensar que había cruzado esa puerta esta mañana con esperanza en su corazón porque algún día se convertiría en la esposa de Lord Louth en lugar de una amante fácilmente descartable. Solo había sido una felicidad de corta duración. En el momento en que dejó el lado de su padre, Talbot se había abalanzado sobre ella para pedirle una explicación.

Miró desesperadamente hacia el patio desierto de la prisión. El señor Fitzhugh se estaba haciendo útil y evitaba que alguien en los barracones se acercara a la puerta de la prisión. No podía ser vista desde las habitaciones de los barracones en este lugar. Nadie vendría en su ayuda. Ni siquiera su padre sería rival para Talbot, si descubriera lo que le estaba pasando.

—Tenía planes para las joyas de Windermere —gruñó Talbot de manera amenazante—. Los compradores estaban esperando y ahora no tengo nada que venderles.

Ella inclinó la cabeza fingiendo vergüenza y arrepentimiento. Había estado muy contenta de evitar el robo al conde hasta ahora. —Lo siento. No pude escaparme.

Él se movió sobre ella, recordándole su fragilidad. —No me fallarás de nuevo.

El terror la invadió mientras susurraba: —Lady Heathcote no tiene planes de asistir a ningún gran entretenimiento en la próxima semana.

—¿Entonces a qué más ha sido invitada? —le gritó directamente al oído.

Ella retrocedió contra la pared más cercana y se arriesgó a mirarlo. Sus ojos negros eran fríos e implacables y ella se estremeció. —No puedes robar en las reuniones más pequeñas a las que asisto. Seré una sospechosa inmediata en cualquier investigación. No sé dónde está ubicada cada caja fuerte.

Su palma golpeó contra su mejilla y con esfuerzo contuvo un segundo golpe. —Entonces elige mejores objetivos.

Ella presionó su palma contra su mejilla ardiente y miró la cara roja de Talbot mientras la comprensión la invadía. Nunca terminaría este pacto loco sin ir a prisión. Ya era demasiado tarde. Tenía que hacerle entrar en razón. —No puedo hacer más por ti de lo que ya he hecho.

Él la agarró por la garganta y la empujó con fuerza contra la pared. Su cráneo explotó de dolor, pero aun así escuchó su amenaza. —Harás lo que yo diga o él pagará el precio. Sabes lo que quiero escuchar a continuación, ¿no es así?

—Sí, señor —tembló y clavó sus dedos en los ladrillos detrás de ella, buscando apoyo donde no había ninguno. Talbot lastimaría a su padre si ella no cumplía.

Solo había una reunión que conocía. Una cena privada en la residencia londinense del Marqués de Ettington. No quería poner a los Ettington en peligro si podía evitarlo, pero no había otra opción a menos que quisiera morir aquí y ahora.

Metió los dedos bajo los de Talbot alrededor de su cuello y él aflojó un poco su agarre. —Asistiremos a una pequeña cena en casa de Lord Ettington el viernes —graznó—, pero ese es el único compromiso que sé que Lady Heathcote asistirá en este momento. Es muy impredecible.

Talbot le apretó la garganta de nuevo y un pánico desesperado la invadió.

—Juro que es la verdad —se retorció para liberarse de su agarre, sin éxito—. Si... No puedes matarme... me necesitas para entrar en la casa de los Ettington.

Talbot la soltó con una sacudida que le hizo castañetear los dientes y ella cayó de rodillas sobre los adoquines, jadeando en busca de aire.

—Levántate —ladró.

Iris se puso de pie rápidamente a pesar de que le ardían las rodillas, manteniendo los ojos bajos para no provocar más ira. Cuando el silencio se alargó, se arriesgó a mirar. Talbot levantó la mano. —Enviarás noticias de cualquier otra invitación aceptada o, por Dios, lo haré sufrir por tu desobediencia. No creas que no te seguiré vigilando. Uno de mis chicos me traerá tu mensaje sobre el próximo baile. Solo agita un pedazo de papel mientras caminas y luego déjalo caer. Estaré esperando.

Dio un paso atrás y, tomando eso como una señal de que era libre de irse, Iris salió disparada por la puerta y corrió tan rápido como sus piernas se lo permitieron hacia el callejón detrás de su antiguo hogar. Encontró un rincón tranquilo y luchó por controlar sus emociones.

Estaba condenada. Se cubrió el rostro mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Nunca se libraría de Talbot y pronto todos sabrían lo que había hecho. Sus amigos restantes la despreciarían. Louth la odiaría por enredarlo en sus problemas.

Se llevó la mano a la garganta, frotando los puntos sensibles a lo largo de su piel. Si la había magullado, no tendría esperanza de ocultar las marcas. Al menos entonces tal vez tendría que parar. Rendirse y permitir que el destino siguiera su curso.

Pero eso dejaría a su padre vulnerable.

Sus ojos le escocieron ante el dolor de abandonarlo a un futuro horrible. Talbot lo mataría, y desde hace tiempo sospechaba que solo era cuestión de tiempo antes de que cumpliera sus amenazas. Probablemente los mataría a ambos si ella se entregaba a la justicia. Pero ya no podía vivir así, asustada y odiándose a sí misma en cada momento de vigilia.

No lo haría.

Detendría a Talbot de una forma u otra.

Iris se secó los ojos y rápidamente pasó los dedos por su cabello, volviendo a sujetar lo que se había caído. Debía verse horrible. Cualquiera vería su culpa cuando la mirara, pero sospechaba que ya estaba más allá de toda esperanza.

Una vez que recuperó el aliento, volvió a la calle como si nada hubiera cambiado. Sin

embargo, su mente bullía pensando en cómo lograr su objetivo de detener a Talbot. Era hora de que tomara el control de su vida y dejara de ser tan lastimosa y débil. Tenía que enfrentar el problema de frente y sin omitir nada.

Primero tenía que contárselo a Esme.

En lugar de usar la entrada de servicio para que nadie notara su regreso con esas ropas andrajosas, llamó a la puerta principal de la casa de Esme.

Los ojos del mayordomo se abrieron de sorpresa al verla en los escalones de entrada. —Bienvenida de nuevo, señorita Hedley —susurró Higgins—. Mi señora y el señor Meriwether están en la sala. Si es silenciosa, podría subir sin ser vista y cambiarse.

La advertencia era innecesaria. El señor Meriwether era exactamente el hombre con quien tenía que hablar antes de perder el valor. El hombre que investigaba los robos necesitaba saber la verdad antes de que fuera demasiado tarde. —¿Podría anunciarme, Higgins? Necesito hablar con ambos.

Higgins se ausentó unos momentos y luego abrió la puerta para dejarla pasar. Esme y su amante estaban cómodamente instalados en el sofá, sin embargo, las zapatillas de Esme yacían al otro lado de la habitación y los botones del chaleco de Meriwether estaban mal abrochados.

—Querida —exclamó Esme cálidamente.

Iris se estremeció por dentro al pensar cuánto le dolería a su amiga después de esta incómoda confesión. —Lady Heathcote. Señor Meriwether.

Se paró frente a ellos y apretó las manos mientras Higgins cerraba la puerta.

Meriwether ladeó la cabeza. —¿Ocurre algo malo?

Iris tragó el nudo que tenía en la garganta y asintió. —Sí. He venido a confesar.

—¿Confesar? —dijo Esme con una risita—. ¿Has pasado la mañana con Lord Louth otra vez? Juro que debo presionar para que la boda sea antes de que termine la semana a este paso. Harás que las lenguas empiecen a moverse.

Iris negó rápidamente con la cabeza. —No. Quiero decir que soy responsable del ataque a Lord Hazelton en su casa.

Hubo un momento de silencio y luego Meriwether se levantó de un movimiento fluido. Su mirada era fría como el hielo. —¿Cómo es posible?

—Yo abrí la ventana en su casa. Y en muchas otras antes de esa noche.

Él la agarró del brazo, uno que ya había sido maltratado por Talbot. —¿Qué otras?

Después de sufrir las amenazas y el trato de Talbot, no tenía el menor miedo a este hombre. —Todas ellas. No tuve elección.

Esme cruzó la habitación y la liberó del agarre de Meriwether. —No digas ni una palabra más.

—Tengo que hacerlo. No terminará a menos que haga algo para detenerlo. Si no fuera por mi padre...

—Sí, tu padre —reflexionó Meriwether, sin apartar la mirada de ella—. ¿Está él detrás de todo esto? ¿Intenta cubrir sus pérdidas robando a quienes difamaron su nombre?

Iris parpadeó sorprendida, nunca consideró que alguien pudiera creer eso de su gentil padre. —Por supuesto que no. Mi padre apenas recuerda dónde está, mucho menos tiene el ingenio para planear una venganza contra sus detractores. Esto es obra de Talbot. El señor Charles Talbot.

—Esa es una acusación muy grave, jovencita. Espero que tenga pruebas.

No tenía más prueba que su palabra. —Amenaza la vida de mi padre si no le ayudo a acceder a las casas de la sociedad y le digo dónde podría estar una caja fuerte. No tengo otra opción más que ayudarle.

Esme jadeó y rodeó los hombros de Iris con un brazo. —Quizás deberíamos sentarnos —murmuró—. Y discutir esto con calma.

Iris se apoyó en el consuelo, temiendo que fuera el último que tendría jamás.

Meriwether frunció el ceño y negó con la cabeza. —Sería mejor si nos dejara a solas, Lady Heathcote. Si se espera que dé sentido a la acusación de la señorita Hedley, entonces ella tiene muchas preguntas que responder.

Esme ignoró la despedida y sonrió en su lugar. —Entonces pediré que traigan té, pero por el bien de la propiedad, me quedaré como carabina de mi querida Iris.

Meriwether puso los ojos en blanco ante la idea, pero las siguió cuando Esme acomodó a Iris en el sofá con un suave empujón. Pidió té, tomó asiento junto a Iris, y cuando Meriwether movió una silla para sentarse directamente frente a ellas, le tomó la mano a Iris. Su sonrisa alentadora la ayudó a desahogarse de todo.

Le contó a Meriwether cómo había empezado todo, nombrando a las víctimas, la mayoría de las cuales él conocía, y cuando confesó quién sería el próximo objetivo, sus cejas se alzaron. —Buena elección.

Iris se sobresaltó. —¿Cómo puede decir eso? Hazelton fue agredido en su propia casa. Ettington podría correr la misma suerte.

Meriwether se encogió de hombros. —Ettington es un hombre relativamente fácil de tratar. Con suerte, se le podrá persuadir para que nos ayude a atrapar a estos criminales.

—Pero solo atrapará a los hombres que trabajan para él, no al propio Talbot, que está detrás de todo. Él es quien necesita ser atrapado. Estoy segura de que Ettington no lo ha invitado a cenar.

—No es de su clase —murmuró Esme en acuerdo—. Y seguramente no ha sido invitado ya. La lista de invitados es modesta, como es habitual en el estilo del marqués. Presionarlo para que invite a Talbot a estas alturas levantaría considerables sospechas.

Meriwether frunció el ceño. —Entonces debemos preparar una mejor trampa.

Ambos se sumieron en el silencio. Esme con el pulgar en los labios, Meriwether frunciendo los suyos.

—Lo que necesitamos es otro baile —dijo de repente.

Esme frunció el ceño y lo miró con agudeza. —Y una buena razón para ello, para evitar cualquier sospecha de una trampa. Tal vez el desayuno de bodas de Iris podría ser un evento más grandioso de lo que había imaginado inicialmente.

—No puedo casarme con Lord Louth ahora. —Iris negó con la cabeza—. Dado lo que les he contado, lo justo es romper el compromiso y evitarle la vergüenza de estar asociado con una criminal. Espero pagar plenamente por mis acciones. Sabía que estaba mal desde el principio. Solo quería proteger a mi padre.

El brazo de Esme la rodeó protectoramente. —Ella nunca le robó a nadie, ni aceptó un chelín como pago. Simplemente abrió una ventana y olvidó cerrarla bien. Seguramente estará de acuerdo, señor Meriwether, en que debería evitar el castigo.

—¿Y qué hay de revelar la ubicación de las cajas fuertes? —Frunció el ceño—. Registrar las casas de otras personas buscando la ubicación de sus objetos de valor no es algo que pueda pasar por alto, sin importar quién sea.

—Nunca tuve que buscar ninguna caja fuerte —admitió Iris rápidamente—. Las víctimas me lo dijeron ellas mismas, y a muchas otras personas de hecho al mismo tiempo, varias semanas antes de que ocurrieran los robos. Luego era simplemente cuestión de esperar una invitación para entrar en sus casas y un evento lo suficientemente grande para ocultar lo que hacía. Cuando

organizaban un baile, nadie se daba cuenta de que yo admiraba la vista desde sus ventanas.

—¿Y por eso creías que eras invisible? Oh, mi querida. Qué pesadilla has vivido bajo mis propias narices. —Esme acercó la cabeza de Iris a la suya, tan protectora como una madre con su cría—. Debes ayudarla, Meriwether.

Meriwether permaneció en silencio durante un buen rato mientras consideraba su destino. Entrecerró los ojos y se puso de pie. Se inclinó sobre ellas y tocó la piel del cuello de Iris, una ligera caricia justo sobre el lugar donde Talbot la había agarrado para sacudirla. —¿Cómo te hiciste esa herida?

Iris cubrió las marcas. —Talbot quería el contenido de la caja fuerte de Windermere con mucha urgencia. Había hecho promesas y yo no había logrado abrir la ventana para sus hombres anoche. Estaba muy descontento conmigo porque sus compradores iban a quedar decepcionados.

Meriwether la miró fijamente. —¿Qué tan grave es tu herida?

—No es nada más serio que algunas zonas sensibles. —Iris se tocó la parte posterior de la cabeza e hizo una mueca—. Quizás un rasguño.

Esme jadeó y revisó cuidadosamente la parte posterior de su cabeza. —¡Dios mío, ha sangrado! ¡Esa bestia! Haré que pague caro por esto.

Meriwether hizo callar a Esme. —¿Talbot mencionó alguna vez quién se encargaba de las joyas después de que se llevara a cabo el robo?

—No, ni una sola vez. Lo siento, no sé nada más que pueda ayudar a recuperar lo que ha sido robado.

Meriwether volvió a sentarse con un suspiro. —Considérese bajo extrema sospecha, señorita Hedley. No debe apartarse del lado de Esme ni por un momento.

—Tengo que ver a mi padre mañana. Siempre voy. Si no lo hago, Talbot sospechará y podría hacerle daño. Él no está en condiciones de protegerse.

—Y no olvides que debía ser vigilada —intervino Esme rápidamente—. Debe transmitir información sobre nuestros compromisos a esas figuras sombrías que la siguen. No puede simplemente esconderse y abandonar su rutina habitual de salir.

—Muy bien. —Meriwether se mordió el labio y luego asintió—. Esto es lo que haremos, señorita Hedley. Seguirá con sus asuntos habituales y le comunicará directamente a Talbot cualquier excursión adicional con Lady Heathcote, teniendo cuidado de no provocar su ira nuevamente. No omita nada y haga lo que él le dijo que hiciera. Estará en peligro, pero es imperativo que no haga nada que asuste a Talbot y revele el plan. Su compromiso con Lord Louth, cuando se anuncie, sin duda provocará una avalancha de invitaciones que serán ventajosas para nosotros.

—No quiero mentirle más. —Louth estaría en peligro en el momento en que se anunciara su compromiso—. Necesita saber que no se espera que se case con una criminal.

—Le explicaré tanto de la situación como sea necesario. —Meriwether se frotó la mandíbula —. Si se puede organizar con tan poco tiempo, se tenderá una trampa en la casa de Lord Ettington y nos aseguraremos de que se lleve a cabo un robo exitoso. No piense en ello y continúe con su compromiso de manera normal, compras y visitas, etcétera. Las actividades frívolas que cualquier joven emprendería antes de su matrimonio. Los objetos de valor robados serán joyas de imitación, con un buen engaste pero de menor valor que las auténticas. Para cuando se anuncie el baile, Talbot estará bastante desesperado. Allí es donde lo atraparemos.

Esme se inclinó hacia adelante. —¿Y si no recibe una invitación para ese evento?

—Oh, puedo predecir con seguridad que la recibirá. —Meriwether alzó una ceja, sugiriendo que Esme debería saberlo mejor—. Voy a cobrar un favor.

CAPÍTULO CATORCE

EL SEÑOR RICHARD Barker esperaba en la puerta abierta del carruaje y no perdió tiempo en hablar una vez que los pies de Martin tocaron la acera.

—Gracias por venir con tan poca antelación, milord.

Martin echó un vistazo a la fachada de la casa de la señora Ward mientras su carruaje se alejaba.

—Dijo que era urgente. ¿Cuál parece ser el problema?

El hombre de negocios, habitualmente imperturbable, se pasó la mano por el cabello pelirrojo como si estuviera al borde de la desesperación.

—Le dijo a su mayordomo que me echara, diciendo que mis servicios ya no eran necesarios. Ayer, cuando le sugerí una modesta reducción en sus gastos en la modista, me arrojó un jarrón y luego se derrumbó. No pude detener sus lágrimas y me suplicó que me fuera.

Martin negó con la cabeza y observó la calle.

—Parece que la señora Ward no ha cambiado. Una vez le arrojó todo un postre a su difunto marido, si no recuerdo mal, porque mencionó en términos elogiosos a una mujer que la había desairado. El pobre hombre tampoco sabía qué hacer.

Barker se quedó boquiabierto.

—¿Y usted sí?

—Oh, sí.

Subió corriendo el corto tramo de escaleras y llamó a la puerta. El mayordomo le era desconocido y claramente desconfiaba de un extraño en la puerta, así que le entregó su tarjeta.

—Si fuera tan amable de preguntarle a la señora Ward si podría recibirme un momento.

La puerta se cerró en su cara y Martin se volvió hacia su hombre de negocios. Maldita Helena por ser difícil. La razón por la que había enviado a Barker era para reducir las demandas de su tiempo. Ya hacía malabares con tres mujeres: Whitney, Iris y la bebé. No necesitaba una cuarta. Tenía una cena que organizar esta noche y dejar la responsabilidad a Whitney no había sido su intención.

—Aparte de las dificultades actuales con la señora Ward, ¿se encuentra bien, supongo?

—Sí, milord —hizo una mueca—. Mi hermana recientemente tuvo un bebé, así que parece que ahora soy tío de una niña.

—Bueno, felicidades.

Barker frunció el ceño.

—Se supone que debo estar impresionado, por supuesto, pero es difícil emocionarse por algo lo suficientemente pequeño como para caber en el cajón de un escritorio.

Sonrió ante la agradable fantasía de colocar a su hija en el cajón de su escritorio de estudio en

Holly Park mientras trabajaba. Ella podría dormir mientras él gestionaba los asuntos de la finca.

—Te sentirías diferente si estuvieras hablando de tu propio hijo.

—No sé si eso es cierto —Barker frunció el ceño y se acercó—. Dada la forma en que mi hermana ha seguido quejándose de estar indispuesta, estoy pensando en saltarme el matrimonio, y las mujeres, por completo.

El mayordomo los invitó a entrar y tomó su sombrero. Martin se enfrentó a su compañero.

—Señor Barker, ¿le importaría esperar aquí un momento? Veré a la señora Ward a solas primero e intentaré suavizar su temperamento.

—Gracias —Barker se dejó caer en una silla cercana y se puso cómodo.

Martin fue conducido a una habitación que recordaba bien, una sala de estar tan acolchada que incluso los suelos podían ser muy agradables para un revolcón vespertino. Helena se movió para saludarlo, su vestido susurrando alrededor de sus piernas. La diáfana creación revelaba sus curvas e insinuaba la abundancia que yacía debajo. Se había vestido para la seducción.

Martin aceptó la mano ofrecida y besó sus nudillos de manera rutinaria.

—Querida, te ves hermosa.

—Gracias por venir, milord —batió las pestañas ante el cumplido—. ¿Te sientas?

Ella indicó un lugar junto al suyo y él lo tomó.

—Gracias. ¿Estás contenta de estar en Londres de nuevo?

—Oh, sí. El torbellino social me tiene completamente atrapada. ¿No es terrible lo de estos robos? —agarró su brazo—. Hace que una mujer anhele tener un hombre a su lado para ofrecerle su protección.

Él se sacudió su toque.

—Creo que estás a salvo. En todos los casos, las víctimas organizaron grandes reuniones la misma noche que ocurrieron los robos.

Su sonrisa se ensanchó.

—Sí, pero tengo una caja fuerte.

—Como muchos hogares, estoy seguro —la estudió. Sus temores eran comprensibles pero enteramente por nada más que atención en este momento—. ¿Qué juego estás jugando con el pobre señor Barker?

—Ese hombre —se estremeció—. Te digo que nunca he encontrado a un tipo tan bestial en mi vida.

—Le arrojaste un jarrón.

Ella agarró un abanico y lo agitó frente a su rostro.

—¿Qué más puede hacer una pobre viuda para defenderse?

Barker era un hombre de temperamento equilibrado. La mayor agitación que había mostrado había sido afuera. No podía creer su descripción de él.

—¿Entonces estás diciendo que él provocó tal ataque?

Ella resopló y apartó la cara.

—Ya pasó y está olvidado.

—Bien, porque está esperando en el pasillo para continuar la discusión sobre tus finanzas.

Ella giró bruscamente.

—¿Trajiste a tu hombre de negocios a mi casa después de que le dije expresamente a Peters que lo rechazara? Es tan malo como los tenderos exigiendo dinero. Querrá sangre después. No lo tendré en mi casa diciéndome lo que debo hacer o no hacer. No soy una niña.

Martin descubrió entonces que no había extrañado mucho a Helena en absoluto, especialmente su hábito de exagerar una confrontación fuera de toda proporción razonable.

—Pero la razón por la que fue enviado a ti es para asegurarse de que pudieras mantener el techo sobre tu cabeza que tanto amas. Viniste a mí y me pediste ayuda. Él es el alcance de mi oferta.

—Olvida el pasado —se movió hacia él—. Esperaba que vinieras a hablar como solíamos hacerlo.

—Barker es la única razón por la que estoy aquí. Me mandó llamar porque no le dejabas hacer su trabajo —Martin frunció el ceño—. Helena no está por encima de hacerse la víctima para salirse con la suya y ambos lo sabemos. No está acostumbrado a sufrir los teatros de una dama, así que debo pedirte que lo trates con justicia.

El labio inferior de Helena tembló y levantó las manos para cubrirse el rostro.

—¿Cómo puedes hablarme con tanta crueldad?

—La verdad no es cruel, al igual que esas lágrimas no son ni un poco reales. Deja esta tontería o me verás por última vez.

Sus manos cayeron.

—Éramos tan buenos juntos. Podríamos estar juntos de nuevo, y prometo que aprenderé a controlar mis gastos para hacerte feliz.

Se inclinó aún más hacia adelante, ofreciéndole una vista directa de las cimas de su exuberante pecho.

Martin permaneció impasible.

—Lo que quieres no es posible.

Helena se deslizó el vestido de los hombros y se apretó contra él, aprisionándolo contra el lado del sofá hasta que su pecho quedó bastante aplastado contra el de él.

—Puedo hacerte sentir muy bien. Sé que recuerdas cómo era entre nosotros.

Lo recordaba, pero eso no venía al caso.

—No estoy de acuerdo en que los hombres casados deban tener amantes, como tampoco lo estás tú.

Su mirada se volvió un poco incierta.

—Bueno, ninguno de los dos está casado ahora.

No había planeado contarle a nadie sobre Iris hasta que estuviera seguro de que su padre aceptaría el matrimonio, pero claramente tenía que decir algo para convencer a Helena de su desinterés de una manera que ella entendiera.

—Pero voy a casarme pronto, así que una aventura está totalmente fuera de cuestión.

Los ojos de Helena se estrecharon hasta convertirse en rendijas.

—¿Quién es ella?

—Alguien a quien admiro mucho —la apartó suavemente—. Nuestra unión aún no es de conocimiento público, así que agradecería tu discreción en el asunto.

—Ya veo.

—Para ser sincero, me siento incómodo incluso estando aquí. Le dije que Barker manejaría tu embrollo financiero sin mi intervención en el asunto. El comportamiento de mi futura esposa sugiere que no es del tipo que comparte.

Helena bajó la mirada, con una sonrisa curvando sus labios.

—Tu secreto está a salvo conmigo, milord.

—Gracias —se frotó las manos—. A lo largo de los años he aprendido a confiar implícitamente en los consejos de Barker. No te lo habría enviado si no pensara que podría ser de ayuda. ¿Puedo llamarlo ahora para escuchar por mí mismo sus terribles sugerencias?

Ella sonrió, pero no era la sonrisa genuina que él había esperado.

—Si insistes.

—Insisto —se puso de pie y regresó donde estaba Barker, quien esperaba en el pasillo—. Helena y yo hemos tenido una discusión sobre su situación. Si fueras tan amable de seguirme y mostrarme lo que has sugerido, podré irme. No deseo llegar tarde cuando estoy organizando mi propia cena esta noche.

Barker asintió, pero en el momento en que cruzó la puerta del salón, se quedó paralizado, mirando boquiabierto a Helena como un hombre hambriento miraría un banquete. Su mirada recorrió a la exuberante mujer y dos manchas brillantes tiñeron sus mejillas. Adivinando, Helena no se había vestido así para su visita anterior.

Martin chasqueó los dedos frente a su rostro.

—Barker, presta atención, hombre —siseó.

—Si hubiera estado vestida así cuando arrojó el jarrón, habría recibido el dolor con gusto —tragó saliva con dificultad, se ajustó la corbata y luego se movió para colocar sus papeles sobre una mesa cercana.

Martin encontró la mirada de Helena y vio que ahora una sonrisa satisfecha adornaba sus labios. Ella conocía el efecto que tenía sobre los hombres, incluso si había fallado en funcionar con él. Si alguna vez dirigía sus habilidades seductoras hacia Barker, él sería arcilla en sus manos.

Martin tomó el primero de sus papeles y examinó la hoja. Las notas de Barker eran minuciosas y directas. Helena estaba viviendo muy por encima de sus posibilidades y la única manera de retrasar a los acreedores era frenar todos los gastos impulsivos. Miró a su hombre de negocios para mostrar su aprobación por los hallazgos del tipo, pero la atención de Barker estaba nuevamente pegada a la exuberante figura de Helena Ward.

Tosió para llamar su atención.

—Barker, ¿recuerdas lo que me dijiste afuera sobre evitar a las mujeres? Mantenlo firmemente en mente cuando trates con ella o podrías terminar pagando sus cuentas de tu propio bolsillo.

CAPÍTULO QUINCE

—¿TE he dicho lo encantadora que te ves, Iris? —susurró Louth mientras tomaba asiento a su lado en el sofá después de la cena.

—Sí —respondió ella—. Varias veces, creo.

—Bueno, sigue siendo tan cierto como la primera vez —insistió Louth—. Me alegro de que hayas podido venir con tan poca antelación.

Habían disfrutado de una cena encantadora, pero lo único en lo que Iris podía pensar era en los hombres de Talbot al acecho en la calle. Los había visto. Estaban esperando a que ella abriera una ventana de la casa de Lord Louth para que Talbot pudiera robarle también.

Echó un vistazo a la exquisita sala de estar. Esme estaba enfrascada en una conversación con Whitney, continuando una acalorada discusión que había comenzado durante la cena. Las dos no se ponían de acuerdo sobre quién era el caballero más elegante de Londres en ese momento: Lord Ettington o Lord Acton.

Se mordió el labio mientras esperaba que él mencionara el problema en el que estaba metida por culpa de Talbot. Meriwether había prometido hablar con él para evitarle el dolor de la confesión, pero hasta ahora Louth no había dicho nada sobre el asunto. —Eres muy amable.

Él se acercó. —¿Te estoy aburriendo esta noche?

Ella abrió los ojos como platos y se giró para mirarlo. —Por supuesto que no. Es un poco difícil prestar atención hoy dadas las circunstancias.

Él pareció desconcertado. —¿Cómo es eso?

Su expresión era abierta y amistosa. No parecía un hombre que acabara de enterarse de una desagradable verdad sobre su futura esposa. Su corazón se hundió. Había disfrutado de una maravillosa velada creyendo que había sido perdonada por su participación en los robos, pero Meriwether debía no haber encontrado el momento de mencionar sus problemas al conde todavía. Buscó rápidamente una respuesta adecuada que tuviera sentido. —Eres un hombre atractivo, y las cosas que hemos hecho juntos. Yo...

—¿Estás avergonzada?

—No, pero ¿no debería estarlo? —Negó con la cabeza—. Ya no me entiendo a mí misma.

—No hay nada de qué preocuparse. El mejor placer es el mutuo. —Sonrió cálidamente—. Si se me hubiera dado la oportunidad, ya te habría arrastrado a mis brazos. Quería besarte cuando llegaste.

—Yo también pensé en eso. Eres muy distractivo. —Su tensión se alivió un poco. Si ambos estaban igualmente afectados por el deseo, entonces su situación no era tan mala, pero sus problemas con Talbot siempre estaban en su mente.

Daría cualquier cosa por sentir los brazos de Lord Louth rodeándola y oír que todo estaría

bien. ¿Entendería él lo conflictuada que estaba? El breve interludio sobre la alfombra en casa de Esme ayer había demostrado lo perversa que podía ser. Quería experimentar más de esa sensación.

Louth sonrió y un calor se extendió por todo su cuerpo en una desconcertante oleada. —Ese fichú que cubre tu pecho es demasiado modesto para mi gusto y voy a insistir en que te deshagas de ellos en el momento en que nos casemos.

Ella bajó la mirada hacia el pequeño trozo de encaje blanco que cubría la parte superior de su pecho mientras sus senos se volvían pesados ante la mención de ellos. Había prendido el encaje tan alto como pudo para cubrir un moretón que resultaba difícil de ocultar con cosméticos. —Pensé que lo aprobarías.

La mirada que le dirigió sugería que debería saber que no era así. —No solías usar uno hasta hace poco.

—Bueno, ahora seré una esposa en lugar de una amante. —Se sonrojó y se llevó una mano a la cara al sentir que su piel se calentaba—. Pensé que debería parecer una.

—Así que se me va a negar una vista deliciosa solo para que puedas ser una esposa innecesariamente modesta. —Miró de reojo—. Realmente no me importa lo que uses, siempre y cuando yo sea el único que disfrute de las partes ocultas.

Ella se aferró al cojín del sofá mientras su rubor se volvía lo suficientemente intenso como para desear un abanico. Aunque había sido íntima con él, nunca habían hablado realmente de ello cuando había otros alrededor. Mantuvo la mirada en sus amigas mientras respondía: —Yo también preferiría ser la única que vea tus partes privadas.

—Puedo estar de acuerdo con eso muy fácilmente. —Su piel se oscureció—. De hecho, puedo asegurarte que seré el marido más fiel. En casa antes de mi hora de dormir todas las noches.

Ella frunció el ceño, escéptica ante tal afirmación. Ningún caballero se atenía a una hora de dormir. Londres era para el placer. —¿Me estás tomando el pelo?

—Un poco sobre la hora de dormir, pero nunca te seré infiel, lo prometo. Demasiadas personas nunca cumplen sus promesas. —Se acercó más—. Presiona tus manos un poco más abajo en tu regazo, hasta que sientas que tu cuerpo se agita.

—¿Agitarse?

—Hasta que tu sexo se contraiga ante la anticipación de mi toque entre tus piernas.

Sus labios se entreabrieron por la sorpresa ante su sugerencia, pero su cuerpo reaccionó con una oleada de humedad entre sus piernas. No podía pretender hacerlo aquí y ahora. —Pero hay otras personas en la habitación con nosotros.

—Un poco de peligro puede aumentar la excitación y elevar el placer a mayores alturas, especialmente en una habitación llena de gente. Imagina alcanzar el clímax en un salón de baile sin que nadie se dé cuenta. Presiona ahora.

Iris tragó saliva. Rara vez se tocaba a sí misma, y solo en la privacidad de su dormitorio se había atrevido a explorar verdaderamente su cuerpo. La idea de que Louth supiera lo que hacía a solas la excitaba, pero también tenía miedo. ¿Y si la descubrían? Oh, cómo se sonrojaría entonces.

Ajustó sus manos un poco más arriba en su regazo y presionó sobre su sexo como él le pidió. Un pequeño temblor de deseo revoloteó entre sus piernas y ella jadeó. Ahí, eso debería ser suficiente. —¿Satisfecho?

—Todavía no, pero tú lo estarás primero. —Alcanzó algo al lado de su silla y ella se sorprendió al verlo sostener un bastidor de bordado frente a él—. ¿Qué opinas del trabajo de

Whitney?

Ella hizo una mueca. El trabajo estaba mal hecho, con puntadas desiguales y abultadas, pero realmente no debería decirlo en voz alta ni a él. —Estaba bordando un cojín para Esme con colores similares.

—Ella empezó esto cuando llegó para pasar el tiempo, creo, pero realmente no le pone el corazón. Le encanta pintar por encima de todo. —Sostuvo la pieza sobre su regazo y ella agarró el lado izquierdo mientras él sostenía el otro.

El aro tocó sus muslos. —Presiona de nuevo entre tus piernas y frótate. Nadie puede ver lo que haces ahora. Quiero que estés bien mojada para más tarde.

Un calor brotó de ella ante sus descaradas palabras. Presionó un poco más fuerte, empujando sus faldas entre sus muslos y frotando sus dedos de manera torpe para estimularse. No era mucho, pero su comportamiento y el escrutinio de él la excitaban insoportablemente.

—Eso es —murmuró Louth con evidente aprobación. Señaló el diseño—. ¿Esto es cardo y acebo, verdad?

¿Cómo podía hablar de bordado en un momento como este? —Sí, creo que el acebo es muy apropiado, dado el nombre de la casa.

Guardó silencio por un largo momento, pero su mirada se desvió hacia su actividad secreta entre sus piernas. —Dudo que esto esté destinado a ser un regalo.

Ella asintió hacia Whitney, agradecida por la distracción. —Quizás sea una pequeña muestra de aprecio por todo lo que has hecho por ella.

Él sonrió maliciosamente. —Voy a mantenerte en mi cama toda la noche cuando seas mi esposa.

Ella tembló ante la idea, deseando la privacidad de una alcoba ahora. Todo lo que habían hecho hasta ahora había sido en habitaciones más apropiadas para la conversación que para el placer. No le gustaría nada más que pasar toda la noche a solas con él. Estaba aprendiendo tanto sobre el deseo y la necesidad de estimulación de su cuerpo.

Deslizó sus dedos por el bordado y detrás del escudo del aro; tocó su muslo y luego cubrió sus dedos.

Bajo la presión de su mano, la emoción se volvió tortuosa. De no ser por la presencia de su amiga y Whitney, se subiría a su regazo y le suplicaría que se deslizara dentro de su cuerpo. Sus ojos se cerraron mientras su sexo se contraía ante la mera idea. La anticipación hizo que su respiración se agitara, que su cuerpo palpitara. Deseaba abrir las piernas aquí y ahora y que los dedos de Louth la llevaran al clímax. Solo su toque en su sexo desnudo calmaría la ansiedad en su corazón de que pudiera mantener su interés después de que se supiera la verdad.

—Todavía no —murmuró él—. Vuelve a mí.

Su toque se alejó mientras Esme y Whitney reían juntas. Iris abrió los ojos de golpe y retiró la mano de donde había estado presionando. Había estado al borde de explotar sin pensar en las consecuencias de ser descubierta.

Esme se volvió hacia ella un momento después. —Discúlpanos, querida. Simplemente debo inspeccionar la última obra de arte de la señorita Crewe y creo que está arriba. No tardaré mucho.

La pareja partió de inmediato, dejándola con las mejillas ardiendo y una necesidad insatisfecha.

Louth se levantó, cruzó hacia la puerta y cerró silenciosamente la habitación. Negó con la cabeza y sonrió. —Continúa —susurró.

Ella se estremeció ante el calor en sus ojos. —¿Sin ti?

Seguramente esta noche él quería su cuerpo para aliviar sus propias pasiones. Podría ser la

última oportunidad que tuviera.

Él se arrodilló a sus pies y la atrajo al borde del sofá. Cuando levantó lentamente sus faldas por sus piernas, su cuerpo tembló en anticipación a su toque. Él arqueó una ceja cuando sus manos revolotearon en su cintura, pero cuando ella audazmente las bajó a su sexo desnudo, él sonrió ampliamente. —Sí.

Ella empujó sus dedos más abajo y dentro de sus rizos.

Su sexo estaba tan húmedo que se sintió avergonzada, pero cuando Lord Louth desabrochó sus pantalones y se tomó en la mano, perdió toda timidez al respecto. Ella acarició el dolorido botón en el ápice de sus muslos, y deslizó sus dedos hacia abajo de nuevo en su húmedo calor. Él se acercó más y colocó la punta de su erección contra su hendidura, tan cálida y dura que le quitó el aliento. Mientras ella se acariciaba, él la provocaba. La fricción de su erección contra su cuerpo la inquietó y la hizo sentir aún más necesitada.

—Hazme el amor —susurró mientras estiraba los dedos para acariciarlo una vez.

—Lo estoy haciendo. Lo estamos haciendo. Hay tantas formas de hacer el amor como días en el año, pero tenemos poco tiempo a solas así que este momento debe bastar. —Empujó contra ella, sin penetrarla pero haciéndola anticipar la sensación de tenerlo dentro. La presión de su tamaño aceleró su toque en su sexo y antes de mucho, sus piernas estaban muy separadas y ella estaba perdida.

Se arqueó ante la extrañeza y el agudo anhelo de ser uno con él. Mientras se deslizaba a lo largo de su sexo húmedo, su mano cayó a un lado. Su miembro era suave como la seda contra su botón y ella comenzó a temblar incontrolablemente. Él le tapó la boca con una mano mientras su cuerpo se estremecía y ella se deshacía solo de imaginar que finalmente la penetraba.

Luchó por respirar y fracasó, mirando al maravilloso hombre que la había reclamado como su novia y había traído tal sentimiento a su vida. Él había tenido razón. Nunca había entendido cómo sería realmente hacer el amor. Nunca había imaginado que podría ansiar tanto su atención. Podría amarlo tan fácilmente por brindarle alivio sin tomar.

Y mañana tendría que herirlo diciéndole la verdad.

Ella lo alcanzó cuando él llegó al clímax. Su semilla salpicó su palma mientras él gemía profundamente. Inclinó la cabeza y respiró pesada e irregularmente. Iris examinó su mano, pero él la agarró y limpió su semilla. —Me disculpo por el desastre. —Su expresión se volvió preocupada.

—No lo hagas —susurró ella—. Me gusta demasiado lo que hacemos juntos como para protestar por un poco de suciedad. Además, es agradable tener prueba de que te afecto tanto como tú a mí.

Él bajó su rostro y lamió a lo largo de su hendidura, saboreándola con entusiasmo pausado. —Más —susurró y luego la besó allí.

El toque de su boca después de tal liberación la sobresaltó, pero mientras la lamía, se acostumbró a las sensaciones y se encontró calentándose de nuevo. —Si todos los días de matrimonio pueden ser tan placenteros como este, sería una tonta si te rechazara.

Él presionó un beso prolongado en su sexo y luego tiró de sus faldas sobre sus rodillas. —¿Alguna vez me has negado algo?

Ella sonrió. —Bueno, aún no me has pedido matrimonio apropiadamente, así que ¿cómo podría?

Su cabeza se levantó de golpe y parpadeó hacia ella. —Dime si tienes alguna idea de dónde puedo encontrar a tu padre para poder hacerlo.

Ella tocó su rostro suavemente y se preparó para la mentira que tenía que decir. —No sé

dónde está ahora mismo.

Louth se puso de pie lentamente, se adecentó y, tras echarle un vistazo rápido para asegurarse de que estaba relativamente decente, volvió a abrir la puerta del salón.

—No debería ser tan difícil encontrar a un hombre.

Iris se levantó, se ajustó las faldas y luego se acercó al espejo sobre la chimenea para comprobar su reflejo. No tenía ni un pelo fuera de lugar, pero sí un ligero rubor en las mejillas. Apenas parecía una muchacha lasciva, pero tampoco tenía el aspecto de ser cómplice de ladrones.

—¿Te apetece un jerez?

—No, gracias.

En cuanto Louth se dio la vuelta para dejar la licorera, ella se deslizó hacia un lado, asomándose por la ventana descubierta más cercana. Todo parecía tranquilo fuera, pero no tenía duda de que los hombres de Talbot seguían vigilando cada ventana de la casa. No podía permitir que un hombre inocente resultara herido. La ventana ya estaba cerrada con llave, y la cabeza de un clavo nuevo revelaba que ambos marcos habían sido unidos. Respiró aliviada al ver que Louth había tomado precauciones extra para proteger su hogar. A menos que rompieran los cristales, la ventana no podría abrirse fácilmente. Volvió a examinar el exótico biombo. —Es precioso.

—Me alegro de que te guste. —Se acercó y se pegó a su espalda, con la cabeza cerca de la suya. Su voz se convirtió en una seductora provocación—. ¿Te gustaría hacer un recorrido por el resto de la casa antes de buscar a mi primo y a Lady Heathcote?

—Me encantaría. —Entrelazó su brazo con el de él y pasearon por las habitaciones de la planta baja, mientras ella memorizaba la distribución para sus futuros sueños. Sin importar lo que Meriwether prometiera, siempre quedaba la preocupación latente de que acabara en prisión junto con Talbot. Pasara lo que pasase, siempre recordaría esta casa y al hombre que había intentado protegerla.

CAPÍTULO DIECISÉIS

WHITNEY AÚN ESTABA desayunando cuando Martin la encontró a la mañana siguiente, con la cabeza inclinada sobre el periódico y la punta del tenedor presionada contra sus labios. Por una vez, no tenía pintura al óleo bajo las uñas. Parecía tan fascinada por lo que estaba leyendo que al principio no notó su presencia.

—¿Alguna novedad?

—Nada hasta ahora sobre más robos —dijo mientras pasaba la página. Señaló su lugar en la mesa y un par de cartas—. Sin embargo, hay varias cartas personales que requieren tu atención.

Tomó la primera y reconoció la letra inmediatamente. Helena. Como habían hablado ayer mismo, no tenía idea de por qué le estaría escribiendo. Pensó que el asunto de Barker ya se había resuelto. La otra también era de ella.

—Primo, ¿hay alguna razón por la que estés recibiendo cartas de amor de una mujer que no sea la que obviamente estás cortejando? —Le lanzó una mirada de desaprobación—. Porque estoy casi segura de que tú y la señorita Hedley hicieron el amor anoche en el salón.

—No son cartas de amor —frunció el ceño. Le molestaba que Whitney fuera tan observadora y franca sobre sus instintos incómodamente acertados—. Solo estoy ayudando a la señora Ward con un problema.

Abrió una de las cartas para demostrarlo y pétalos de rosa cayeron sobre su plato. La nota contenía una invitación elocuentemente redactada para una cena tardía esa noche. Metió la nota y la otra que quedaba sin abrir en el bolsillo de su abrigo y recogió los pétalos de rosa en su mano. Los depositó en un florero cercano. Martin estaba asombrado de que ella no hubiera creído que estaba involucrado con otra mujer y aún así lo persiguiera para tener una aventura. Rechazaría su invitación y cualquier otra similar.

—Eres igual que todos los hombres —Whitney suspiró—. Qué trágico. Pensé que eras diferente a los demás.

Él levantó la vista de su plato, frunciendo el ceño.

—¿Con quién me estás comparando?

—Pues, con los hombres que juguetean con mujeres decentes y luego corren a encontrarse con, digamos, una mujer de menor delicadeza. Estoy segura de que la señorita Hedley ahora cree que tienes intenciones honorables hacia ella. Como lo creímos yo y su chaperona, Lady Heathcote, anoche, cuando los dejamos solos para que pudieras avanzar en tu cortejo.

Apretó los dientes ante las preocupaciones de Whitney. Ahora estaba comprometido con Iris y con nadie más. De hecho, después de recibir y rechazar la seducción de Helena ayer, se había sentido bastante aliviado de que los días de coqueteo casual quedaran muy atrás. Sabía lo que obtendría con Iris. Una mujer que no tenía miedo de pedir lo que más deseaba.

—El señor Lynton Manning está en la ciudad —Whitney sorbió su té, observándolo por encima del borde de la taza—. Me lo crucé en Bond Street ayer mismo y fue tan amable y dulce como siempre. Es una lástima que haya dejado la iglesia. Podrías haberle pedido que oficiara tu ceremonia de boda cuando te cases.

—Siempre tuve la intención de hacerlo —Martin encontró la mirada de su prima y renunció a intentar ocultarle su decisión—. Deja de pescar. Has ganado.

Ella arqueó una ceja.

—Sí, le he pedido a la señorita Hedley que se case conmigo, y sí, ella ha aceptado. Tan pronto como obtenga la aprobación de su padre, haremos un anuncio y nos casaremos.

La sonrisa de Whitney era radiante.

—Mi querido primo, no podría estar más complacida contigo que si hubieras desafiado las convenciones y huido a Escocia.

—Te gustaría un toque de escándalo, ¿verdad?

Ella presionó su mano contra su pecho, con los dedos extendidos en un gesto de horror fingido.

—Me ofende tu acusación.

Él se sentó a la mesa y consideró a su prima. Era absolutamente incorregible. Sin duda, ella se fugaría a Escocia para casarse por diversión.

—Me alegro de que te agrade Iris.

—A ella le gustas tú, y eso es todo lo que esperaba ver de tu esposa. Una vez que estén casados, me gustaría mucho pintar sus retratos. Ya es hora de que se reemplace el que cubre tu caja fuerte. La expresión de nuestra abuela me pone de los nervios cada vez que la miro.

Él se rio.

—Solo porque parece saber que estás pensando en usar sus joyas. Me gustaría tener un retrato más pequeño de Iris para mi reloj de bolsillo algún día, si me haces el favor.

Y un retrato de su hija también. Pero no podía pedirle a Whitney que lo pintara. Las dos nunca se conocerían si podía evitarlo.

Whitney frunció el ceño.

—Si prefieres contratar a un caballero para la tarea, con buena mano para los detalles, puedo recomendarte varios.

—¿Después de todo el dinero que he gastado en pinturas y lienzos? —Resopló y le arrebató el periódico de las manos—. Debería obtener algo a cambio de aguantarte, marimacho.

Whitney puso las manos debajo de sus piernas en la silla.

—Sobre la señorita Hedley. ¿Te gustaría que volviera a Holly Park cuando te cases o que me quede en Londres para que puedan tener tiempo a solas? Entiendo si prefieres que me mantenga alejada.

Él miró por encima del periódico, asombrado por su amable oferta.

—No hay necesidad de separarnos cuando nos casemos, aunque... Miranda mencionó la semana pasada que estaba pensando en invitarte a quedarte con ella en el campo.

Whitney se quedó inmóvil.

—¿Ir a Twilit Hill?

Él asintió.

—Podrías pintar a gusto. Es muy hermoso allí y estaré encantado de enviarte con todos los suministros que puedas necesitar para una estancia cómoda.

—¿Así que sí quieres deshacerte de mí? —Suspiró—. Por mucho que me gustaría complacerla, Acton vive cerca, así que eso es un punto en contra de la idea de una visita

prolongada.

—Pero no su hermana, y por eso deberías estar agradecida —Dejó el periódico a un lado sin haber leído nada—. Dime, ¿qué es exactamente lo que te molesta de Acton?

Whitney puso los ojos en blanco.

—¿Quieres que haga una lista?

—Sí —asintió él—. Me encuentro inseguro sobre si esto tiene algo que ver con sus desacuerdos pasados con Miranda o si es algo completamente diferente. ¿Ha sido grosero contigo?

Whitney tomó una larga bocanada de aire.

—Parece ignorar tus comentarios mordaces con facilidad —se inclinó hacia ella—. Y aun así, sigues picándolo cada vez que os encontráis.

Whitney se rio.

—Tienes una imaginación muy fantasiosa. ¿Vas a ver a la señorita Hedley hoy?

—No cambies de tema —tomó la mano de su prima entre las suyas. Como rara vez se tocaban sin el beneficio de los guantes, se sorprendió al encontrar su mano helada. Bajó la voz —. ¿Ha hecho algo peor?

Ella se estremeció y se soltó de su agarre.

—¿Por qué pensarías que yo alentaría a ese hombre?

—No lo sé, pero si alguna vez te ha molestado, te prometo que me encargaré de él.

—Ni se te ocurra —negó con la cabeza—. Además, no hay nada de qué ocuparse. Es un hombre desagradable con una noción exageradamente inflada de su atractivo.

No le gustó su respuesta, pero no podía obligarla a ser honesta con él.

—Muy bien, quizás la visita a Miranda no sea factible, pero piénsalo. Con el aniversario de su boda acercándose, está ansiosa por tener compañía. Y en cuanto a tu pregunta anterior, veré a la señorita Hedley en la cena de esta noche. Recuerda ser puntual para que no lleguemos tarde a lo de los Ettington.

—Sí, sobre eso. Dados los robos que están ocurriendo, ¿no debería uno de nosotros quedarse en casa solo para asegurarnos de que no seamos un objetivo? Me ofrezco voluntaria para quedarme y mantener las lámparas encendidas.

—¿Qué harías? ¿Atraparlos y pintarles la cara hasta que confiesen? —Se rio—. No nos acobardaremos en casa. No le daré al bastardo ladrón la satisfacción de impedirnos salir.

CAPÍTULO DIECISIETE

IRIS SE ACERCÓ más a lord Louth mientras entraban juntos al comedor de los Ettington, algo temerosa de su entorno. Después de la elegancia del salón, estaba bastante asombrada por lo que veía. —¿Hay alguna razón detrás de la colección de lord Ettington?

Echó un vistazo a las paredes de la mansión de Grosvenor Square e hizo lo posible por ocultar su consternación. Espadas y cabezas de animales disecados cubrían las paredes del comedor que, considerando la distinción del marqués, debería haber sido elegante, pero ciertamente no lo era.

Louth rio suavemente mientras le ofrecía una silla para que se sentara. Las puntas de sus dedos se deslizaron por su espalda mientras ella se acomodaba. —Una distracción que quedó de sus días de soltero. Nunca quiso que las invitadas femeninas se sintieran demasiado cómodas en su casa. A su esposa tampoco le gustan, pero no ha insistido en que las quiten. Al menos no todavía.

Eran positivamente espantosas. Ella bajó aún más la voz. —Estoy segura de que su plan funcionó de maravilla.

Y seguía funcionando. No estaba segura de cómo lograría comer un bocado con las miradas vacías y acusadoras de esas criaturas sobre ella mientras comía a sus congéneres. Sin embargo, no sabía qué era peor: las cabezas disecadas o la fría mirada del marqués. Su bienvenida a su llegada había sido decididamente gélida, por decir lo menos. Él sabía lo que ella había hecho y lo que estaba aquí para hacer.

Ettington había accedido a dejar una ventana del salón este sin cerrar esta noche.

Hasta ahora, había estado demasiado aterrorizada para moverse en esa dirección y ya había perdido una oportunidad obvia de abrir el pestillo. No quería hacerle esto a Ettington. Nunca había querido que le robaran a nadie ni que lo pusieran en peligro. Pero por la seguridad de su padre, para atrapar a Talbot en el acto y poder detenerlo, no tenía más remedio que seguir el plan de Meriwether.

Su estómago se revolvió y lord Louth se acercó. —Intenta ignorarlas.

Ella asintió y miró a Esme. Su amiga le ofreció una sonrisa alentadora desde su lugar al otro lado de la mesa, pero no consoló a Iris en lo más mínimo.

Miró a lord Louth y forzó una sonrisa. Meriwether había decidido no confiar en lord Louth después de todo. Meriwether insistía en que cuantas menos personas conocieran sus asuntos, mayores serían las posibilidades de éxito. Su prometido aún no tenía idea de lo que ella estaba a punto de hacerle a su amigo. Así que seguía mintiéndole a Louth y odiándose aún más.

Echó un vistazo al hombre sentado a su izquierda.

Sus anfitriones la habían sentado entre Louth y lord Acton alrededor de una gran mesa de

caoba cubierta de relucientes cubiertos y cristalería. Un palacio de ladrones. Aunque había cenado muchas veces en medio de tal elegancia cuando su padre estaba en la cúspide de su popularidad, se sentía bastante abrumada por este despliegue extravagante. Solo la platería probablemente podría pagar las deudas de su padre.

Había algo en la actitud de lord Acton esta noche que la ponía de los nervios. La observaba pero decía poco, con un ceño fruncido que aparecía y desaparecía en su rostro. Iris se sentiría un poco más cómoda con él si dijera lo que pensaba en lugar de guardárselo. Ya estaba bastante tensa.

Louth se inclinó cerca. —¿En qué diablos estaba pensando Pixie al colocar a mi prima tan cerca del duque? Exeter ya parece estar de mal humor y apenas nos hemos sentado a cenar.

Iris se arriesgó a echar un vistazo en esa dirección, al igual que Acton, y rápidamente volvió a mirar su plato. El duque no le había hablado directamente. Y se había mostrado muy sorprendido al verla. El momento de reconocimiento rápidamente se había convertido en desaprobación. Estaba muy contenta de estar sentada lejos de él. —Estoy segura de que la marquesa sabe lo que es mejor.

—Estoy seguro de que, en este caso, está jugando con fuego —refunfuñó Louth.

Iris optó por pensar lo mejor de lady Ettington. Whitney estaba sentada en el otro extremo de la mesa, cerca del duque de Exeter pero no directamente a su lado. Su anfitriona parecía una mujer burbujeante y no en absoluto la marquesa que la sociedad alguna vez esperó que Ettington tuviera. Lady Ettington carecía de la reserva que a menudo favorecían los nobles de nacimiento e incluso le había guiñado un ojo a su esposo cuando se anunció la cena. El marqués apenas podía dejar de sonreír cuando su esposa estaba cerca.

Dejó que su mirada vagara por la mesa mientras escuchaba risas sinceras. Esta gente era tan afortunada. Tan feliz. Y ella estaba a punto de arruinarlo todo.

El hombro de Louth rozó el suyo mientras se inclinaba de nuevo. —Intenta no mirar hacia arriba con demasiada frecuencia. He oído que eso ayuda muchísimo.

Ella sonrió brillantemente y atrapó la servilleta que el lacayo intentaba colocar en su regazo. —Haré lo mejor que pueda.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y ella tembló. Un futuro con Louth parecía tan lejano en este momento. Negó con la cabeza. Debería haber confesado sus problemas tan pronto como tuvo la oportunidad.

Lord Acton se aclaró la garganta varias veces antes de dirigirse a ella. —¿Cómo está disfrutando la temporada, señorita Hedley?

—La estoy disfrutando mucho, gracias.

Él bebió un sorbo de vino y dejó la copa con cuidado. —¿Ha asistido a muchos eventos este año? No creo que nuestros caminos se hayan cruzado.

—A varios. —Ella lo había visto en muchos, pero claramente su mente estaba en otra parte cuando se habían encontrado. No se molestó en informarle sobre la cantidad de veces que él había mirado por encima de su cabeza en busca de alguien más.

Él giró su copa en el mismo lugar. —¿Asistió por casualidad al baile de los Fairmont?

Se le secó la boca. Ese había sido el primer robo en el que había ayudado a Talbot. —Sí, pero me fui temprano con dolor de cabeza.

Un dolor de cabeza provocado por el pánico absoluto y el disgusto por lo que había hecho.

Su mirada se clavó en su rostro. —¿Temprano, dices?

Ella asintió. Atormentada por el remordimiento, Iris había leído posteriormente cada palabra impresa sobre el baile de máscaras y escuchado cada fragmento de chisme. Había estado

aterrorizada de que su nombre fuera vinculado al robo del parure Fairmont, un conjunto de cinco piezas perfectamente combinadas de esmeraldas y diamantes. Las joyas no habían sido recuperadas. —Sí. Pero no recuerdo haberlo visto —tragó saliva mientras el miedo que había experimentado aquella noche regresaba—. Esme me acompañó a casa y me acostó a las once. Volvió al baile sin mí una vez que estuve instalada. Aunque he oído que fue muy divertido y verdaderamente escandaloso. ¿Es cierto que un pobre hombre perdió sus pantalones esa noche?

Él observó a los invitados a su alrededor y, después de un largo momento, le habló en voz baja. —Sí.

Ella lo miró rápidamente. —No. ¿Lo conocía?

—Tenemos una leve relación, aunque he jurado guardar el secreto sobre su identidad —frunció el ceño ante su sopa blanca e hizo una mueca—. Me han encargado ayudar al pobre hombre a recuperar sus pertenencias. Sin embargo, es un tema difícil de abordar.

—Estoy segura de que debe serlo. Pobre hombre —Iris suspiró mientras la tensión la abandonaba. Había habido especulaciones salvajes de que quien hubiera robado los pantalones del caballero lo había hecho por una apuesta, aunque cómo habían llegado a estar fuera de la parte inferior del caballero para poder ser robados desconcertaba la mente. Los pantalones nunca fueron recuperados, y el caballero no fue identificado salvo por su trasero blanco huyendo del baile de máscaras a pie en la noche—. He oído que muchos escándalos han comenzado en ese baile. Su conocido no tiene nada de qué avergonzarse —prometió.

Miró a Acton y detectó una aguda vergüenza. ¿Realmente estaba investigando el asunto para un amigo o había sido Lord Acton el hombre que perdió sus pantalones? —He oído que muchos escándalos han comenzado en ese baile. Su conocido no tiene nada de qué avergonzarse —prometió.

Iris volvió rápidamente su atención a su sopa, desconcertada por qué alguien querría avergonzar a Lord Acton entre todas las personas. Era apuesto, muchas mujeres lo admiraban. ¿Habría intentado seducir a una dama en el baile y salido mal parado en el intercambio?

Lord Louth posó su mano en la espalda de ella. —¿Hay algún problema, Acton?

—Una pregunta inofensiva, nada más —dijo Acton con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Iris estuvo de acuerdo, decidida a no aumentar la incomodidad del hombre.

—¿Era un caballo nuevo el que montabas en el parque el otro día? —preguntó Louth a Acton.

Acton frunció los labios y exhaló lentamente. —No exactamente.

Miró a lo largo de la mesa cuando Whitney estalló en carcajadas. Apretó la mandíbula y sacudió la cabeza. —Estoy entrenando al bruto para el tráfico de Londres para un amigo.

Louth asintió. —¿Cómo va? Parecía un animal de buena estampa.

—La bestia fue difícil al principio, pero finalmente está haciendo lo que debe mientras sea firme. Espero poder devolver el caballo a su dueño en unas semanas más —los hombres continuaron hablando sobre su cabeza acerca del entrenamiento de caballos y cuando terminó su sopa, se recostó en su silla y simplemente escuchó. Louth parecía muy interesado en el tema y cómodo con Lord Acton. Iris deseaba poder sentirse igual. Podría no ser el centro de atención esta noche, pero con cada palabra o movimiento que hacía, sentía como si la estuvieran juzgando.

Louth le acarició la pierna antes de alejarse y reanudar su comida. A Iris le costaba respirar con normalidad. Extrañaría cómo su toque la hacía sentir poderosa, hermosa y, sobre todo, deseada.

Al otro lado de la mesa, Lady Hallam y Lord Daventry comenzaron a susurrar, lanzando

miradas ocasionales en su dirección. Iris ajustó la servilleta en su regazo y fingió no darse cuenta de que hablaban de ella.

Lanzó una mirada especulativa a lo largo de la mesa a sus compañeros comensales mientras la cena avanzaba. Esme y Lord Windermere estaban enfrascados en una animada discusión que no podía descifrar. Para una pareja que constantemente discutía, nunca les faltaban temas de conversación y podían hacerlo durante horas. Sin embargo, el hombre mayor parecía bien entretenido por la conversación de Esme, así que todo parecía estar bien por el momento.

Sorprendió a Whitney observando a Acton una vez. La comisura de su boca se torció hacia abajo y luego dirigió su atención a encantar al duque para hacerlo reír.

Cuando media docena de lacayos entraron en la habitación para retirar el último plato, Iris recibió su llegada con considerable alivio. No podía permanecer en esta habitación ni un momento más.

El salón de Ettington era un espacio amplio que le sentaba mucho mejor a la marquesa que el comedor. Lleno de sillas cómodas y flores de invernadero, Iris se sintió instantáneamente a gusto. Se deslizó entre los invitados y tomó una taza de té de un sirviente que esperaba.

—Mi querida, debo agradecerte.

Se volvió para encontrar a Lady Taverham sonriéndole. —Oh, ¿por qué?

—Me has demostrado que tenía razón, y últimamente eso ha sido muy raro —sonrió—. Sé que no se ha anunciado y mi oportunidad siempre es terrible, pero solo quiero que sepas que siempre eres bienvenida a visitarnos.

—Gracias.

Enlazó su brazo con el de Iris y la guió a un sofá apartado de todos. —Conozco a Martin desde antes de casarme y su evidente felicidad me alegra mucho que finalmente esté listo para sentar cabeza. Muchas han intentado captar su atención antes.

Iris hizo una mueca ante la mención de antiguas rivales.

—Ahí está —exclamó triunfante Lady Taverham—. Así es como supe que lo amabas. Es una sensación horrible, ¿no es así?

Iris se quedó inmóvil. —¿Qué cosa?

—Amar a alguien que otra persona también desea tener. —La marquesa aceptó una taza de té de un lacayo. Cuando este se alejó, continuó—: He pasado la mayor parte de mi matrimonio sintiendo lo mismo.

Ella miró fijamente a la mujer a su lado. —¿Cómo lo soporta?

—No lo hice. —Hizo una mueca—. Huí de la situación, lo que ahora sé que fue un error. Nunca puedo cambiar el pasado, pero puedo ayudarte. No dudes de él. Si Martin te ha hecho una propuesta, lo dice en serio. Si escuchas chismes y empiezas a preguntarte cuán profunda es nuestra amistad, te prometo que nuestra admiración no es más fuerte que la de un hermano o una hermana. Él se ha enamorado de ti.

Esa era la peor noticia que había escuchado jamás. Él estaría aún más herido por su traición si la amaba. —Oh, mi señora.

—Y llámame Miranda cuando estemos a solas. Por favor. A veces encuentro que mi título es un estorbo para formar amistades honestas a mi edad.

—¿Intentando evitar las convenciones de nuevo, Merry? —Lady Ettington se unió a ellas con una risa. Meneó el dedo—. Como mi cuñada siempre nos advierte: nunca podrás pertenecer realmente a la sociedad a menos que adoptes tus modales más altivos con todos los que conozcas, y Dios no permita que muestres algún indicio de amistad verdadera.

Miranda puso los ojos en blanco de una manera muy poco femenina y se rió. —Siempre

fuiste una niña rebelde, Pixie, y me alegra el corazón que las tontas advertencias de Virginia hayan caído en oídos sordos. Además, todas necesitamos a alguien con quien rebelarnos contra las convenciones.

Iris se sintió incómoda mientras las dos discutían sobre sus naturalezas con fingida ferocidad. Eran amigas, y a juzgar por los temas discutidos, parecía que se habían olvidado de su presencia. Dejó su taza a un lado y se excusó para ir al tocador. Necesitaba un momento a solas antes de llevar a cabo el plan de esta noche. Cuando regresara al salón, permanecería de pie, circularía entre la multitud y abriría la ventana.

Luego, mañana rompería con Louth y lloraría hasta quedarse sin voz.

Podría sentirse cómoda con él, pero nunca formó parte de su futuro.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MARTIN HABÍA COMIDO mucho más de lo que se consideraba bueno para él, pero estaba tan sumamente feliz con la velada y su vida que, por una vez, no le importaba. Las mujeres se habían retirado al salón para tomar el té y solo los hombres permanecían en el comedor, bebiendo oporto y fumando puros. Estaba seguro de que Iris lo estaba pasando bien esta noche, a pesar del impacto inicial por la decoración del comedor de su anfitrión. —Excelente cena, Ettington. Pero ¿cuándo vas a deshacerte de esas horribles bestias que tienes encima?

—Nunca —sonrió—. Mi esposa opina que deben quedarse exactamente donde están, y por la misma razón por la que las coloqué en las paredes en primer lugar.

Martin negó con la cabeza ante la noticia. —También disuaden a las mujeres sin ninguna intención de pensar bien de ti —le advirtió.

El marqués sirvió las copas y levantó la suya. —Por mi esposa.

—¡Por Pixie! —acordaron los caballeros al unísono, riendo de buen humor. La esposa del marqués, conocida como Pixie entre sus amigos íntimos, había traído muchos cambios a la vida del marqués. No menos importante era la mayor frecuencia de fiestas con amigos cuando estaban en Londres.

Lord Acton se unió a ellos. —He querido preguntar, ¿por qué Pixie?

Ettington se inclinó hacia adelante, frotándose las manos. —Los problemas siempre parecían seguir a mi esposa cuando era más joven y el nombre se le quedó. Me imagino que está planeando llevar a la señorita Crewe a otro de sus locos planes de los que seguramente me arrepentiré de no haber detenido después.

Martin apuró su oporto. —Mi prima no necesita ayuda. Puede meterse en problemas por sí sola.

—Estoy seguro de que tiene razón —concordó Exeter, uniéndose a ellos después de rellenar su copa—. Bastante franca para alguien tan joven.

Martin hizo una mueca. Había estado observando a su prima durante la cena y había intentado no gemir cada vez que se dirigía directamente al duque. Había esperado que se comportara, pero quizás lo había engañado. —Le pido disculpas si le ha ofendido, Excelencia.

El duque hizo un gesto con la mano. —No es necesario. No todos los días una joven dama es lo suficientemente descarada como para sugerir que ya es hora de que deje de perder el tiempo y me busque una esposa.

Sus amigos rieron con diversos grados de diversión ante la idea de que el duque tomara esposa. El duque era soltero, bien pasados los cincuenta, y había estado firmemente alejado del matrimonio toda su vida. Martin no podía imaginarlo casado, ni siquiera cortejando a una mujer. ¿Acaso Whitney iba tras el duque como marido?

Apenas podía creer que ella considerara a alguien tan mayor, pero quién sabía con esa chica. Tendría que vigilar de cerca a su prima. Un escándalo que involucrara al duque y que no terminara en matrimonio podría asegurar que nunca se la quitaría de encima.

—Estoy maldito —murmuró al duque.

Exeter sonrió con benevolencia. —Vamos, vamos. ¿Por qué tan sombrío cuando tienes la atención indivisa de una bella mujer pendiente de cada palabra tuya durante la cena?

Le gustaba mucho la idea de que Iris anhelara su atención, pero trató de mantener su sonrisa dentro de lo razonable. —¿Lo hizo?

El duque dejó a un lado su oporto. —Ciertamente lo hizo. Su padre y yo nos conocimos en la escuela, ¿sabes? Recuerdo que pasó un verano en mi finca porque no tenía otro lugar adonde ir. Desafortunadamente, no tenía más familia. Un tipo agradable. Brillante en su momento. Una lástima lo que le sucedió.

Martin miró a su alrededor con cuidado para ver quién estaba cerca. Acton se había retirado mientras hablaban de Whitney, y Ettington estaba sirviendo más bebidas a sus amigos. Martin se moría por saber qué había causado que Alexander Hedley desapareciera de la sociedad tan completamente. Había empezado a temer que el hombre estuviera muerto. —¿Qué le pasó además de quedarse sin blanca?

—Lo perdió todo. Su casa. Su segunda esposa volvió con su familia. Una serie de malas inversiones lo arruinó todo.

Martin asintió. Eso ya lo sabía. —¿Así que huyó de sus acreedores?

—Mi querido señor, Alexander es un hombre de palabra, o lo era en su momento. —El duque rechazó otro oporto y esperó hasta que su sobrino se hubiera alejado antes de hablar de nuevo—. Es amable que se haya interesado por la hija de Alexander, pero recuerde que es usted un soltero con medios, y debe proteger su riqueza y reputación. Alexander fue particularmente obstinado en cuanto a aceptar ayuda cuando sucedió, y me avergüenza decir que lo tomé por su palabra cuando dijo que se recuperaría por sí mismo. Su situación se me fue de la mente hasta que la vi esta noche, pero un hombre rara vez se aventura a tal lugar para que se lo recuerden.

Martin se quedó inmóvil mientras una sensación de hundimiento superaba su felicidad. —¿Qué lugar?

—Buen hombre. ¿No lo sabe? —El duque retrocedió sorprendido. Luego negó con la cabeza —. Dios mío, no debe saberlo o no preguntaría. Me temo decirle que Alexander Hedley es huésped de la prisión de Marshalsea. Lleva allí un año o más, creo que debe ser ahora.

—Eso no puede ser. Ella nunca dijo una palabra sobre que su padre estuviera en Inglaterra. —Negó con la cabeza para rechazar la afirmación—. ¿Por qué Iris no me diría la verdad sobre su padre?

—No es nada sorprendente, cuando debe haber parecido que había una oportunidad de hacer un buen partido con usted. —El duque hizo una mueca—. Ahora, sin embargo, estoy seguro de que ha entrado en razón y puede escapar de cualquier compromiso que pueda existir. No tengo idea de cómo se vio mezclada en todo esto, pero seguramente es lo mejor. Alexander se avergonzará de que su hija se haya juntado con malas compañías, a pesar de los mejores esfuerzos de Lady Heathcote por protegerla.

Martin se tambaleó. —¿A qué malas compañías podría referirse?

El duque inclinó la cabeza. —Pues a los robos que han plagado a la sociedad esta temporada. Seguramente Meriwether le alertó de que ella estaba en connivencia con ellos, actuando como cómplice dentro de la alta sociedad. Por eso está aquí esta noche. Estoy en contra de la trampa que se está tendiendo, pero mi sobrino está decidido a prestar su apoyo para evitar que alguien

más resulte herido.

La rabia lo invadió. Furia. Dio un paso hacia el duque, apretando los puños. Dios mío, la mujer con la que quería casarse, la mujer de la que se había enamorado, era considerada una delincuente. No podía creerlo.

—Nada podría haber inducido a Iris a aceptar tal situación, salvo la presión más extrema. Es demasiado buena para participar en un robo. Debe estar equivocado. No puedo imaginar a Iris accediendo a robar a nadie —protestó.

—Cálmate, hombre, pronto llamarás la atención —advirtió el duque.

Ettington golpeó la mesa.

—¿Creo que es hora de que nos reunamos con las damas?

Maldita sea, claro que sí.

Iris estaba sentada en la parte trasera de la sala cuando las puertas se abrieron para admitirlos. Se encontraba entre las Ladies Hallam y Daventry, y parecía extremadamente incómoda.

Cuando las condesas se levantaron para saludar a sus maridos, Iris permaneció atrás. Sus hombros se tensaron. Él le hizo un gesto con la cabeza, pero mantuvo la distancia, sin confiar en sí mismo por el momento para no soltar sus preguntas delante de sus amigos.

—Es encantadora —murmuró Miranda a su lado.

Martin se removió inquieto. ¿Encantadora, pero ladrona?

—Estoy de acuerdo.

—Y tengo entendido que has estado visitándola a diario.

—No todos los días —corrigió. Había estado en una misión inútil buscando a Alexander Hedley toda la semana. El hombre estaba en Marshalsea, un lugar donde nunca pensó encontrarlo. ¿Por qué había dejado que la sociedad pensara que su padre la había abandonado? Arriesgó una mirada a Iris. ¿Visitaba a su padre? ¿Hablaban?

—Por supuesto que lo hace —murmuró en voz alta. Salía todos los días y él había aceptado sus tontas explicaciones de hacer recados para Lady Heathcote sin cuestionarlas.

Miranda le sonrió.

—Mírate, apenas puedes apartar los ojos de ella incluso en compañía. Un hallazgo afortunado, sin duda, amigo mío. Por cierto, las otras esposas están firmemente convencidas de que no deberías dejarla escapar. Si no tienes cuidado, te encontrarás atado antes de que termine la semana.

—No es así. —Martin ya no estaba seguro de qué pensar sobre Iris, pero de ninguna manera podía casarse con una delincuente. En cierto modo, podía entender por qué le habría mentido sobre su padre. Vergüenza. Preocupación de que él se alejara, como tantos habían hecho antes—. ¿Cómo puedes conocer lo suficiente a una persona para estar seguro de que no estás cometiendo un error?

—Confía en ese sentimiento en tu corazón. La voz que no te deja dormir por la noche, preguntándote dónde están y qué están haciendo. Nunca he conocido a un hombre, o mujer para el caso, que no tuviera miedo de cometer un error hasta el último momento de renunciar a su libertad, y estoy segura de que tú no eres diferente. —Miranda suspiró—. Así que es el altar y la vida comienza de nuevo.

—No sé si puedo —advirtió Martin, mirando alrededor—. Ahora realmente no es un buen momento para esta conversación. Necesito pensar.

Su amiga se rio suavemente.

—Solo no tardes demasiado. Creo que ella está tan insegura de ti como tú de ella. Está claro que le gustas mucho, y no niegues que a ti también te gusta.

A él le había gustado. Se había enamorado de su dignidad y su honesto deseo de una vida mejor. Solo que ahora, después de hablar con Exeter, no estaba seguro de haberla conocido realmente. Mientras hablaba con Miranda, Iris se había levantado y se movía inquieta por la habitación, sin detenerse a conversar con nadie por mucho tiempo. Nadie más que él parecía notar a dónde iba. Se detuvo para mirar por la ventana del este, donde la lluvia golpeaba contra el cristal, perdida en sus propios pensamientos.

Era encantadora, pero no sabía si podría casarse con ella si las afirmaciones de Exeter eran ciertas. Había pensado que la existencia de su hija podría manchar el nombre de la familia. Casarse con una delincuente sería sin duda un escándalo peor si alguna vez se exponía su doble vida.

Se acercó a ella.

—¿Es notable la vista?

Ella se giró para enfrentarlo y se llevó las manos al pecho con un suave grito.

—Oh, me has asustado.

Él miró fijamente la ventana y su corazón se detuvo. El pestillo estaba abierto. Había estado cerrado antes en la noche. Lo había visto él mismo. Su boca sabía a cenizas al darse cuenta de que las afirmaciones de Exeter eran demasiado ciertas. Ella era la ladrona entre ellos.

—Me disculpo.

Ella pareció confundida por su breve respuesta, pero luego sonrió.

—Me agradan tus amigos.

—A mí también me agradan. Me preocuparía mucho si algo o alguien intentara hacerles daño.

Sus mejillas perdieron el color y miró hacia el marqués al otro lado de la habitación.

—A mí también. Son personas muy amables, en verdad.

No podía decirlo en serio, dado lo que acababa de hacer.

—Deberías volver con Lady Heathcote. Creo que estaba a punto de marcharse.

—Sí, por supuesto. —Hizo una reverencia, con el ceño fruncido—. Buenas noches, milord. Espero verte pronto.

—Lo harás. —No quería hablar con ella esta noche, pero mañana era otro asunto. Quería que se fuera para poder ordenar sus sentimientos contradictorios. No le gustaba que le mintieran.

Ella huyó al lado de Esme y, después de una ráfaga de susurros, la pareja finalmente se marchó. Eso lo dejó de pie cerca de la ventana desbloqueada que aseguraría que su amigo más cercano fuera robado.

Una mano le agarró el brazo.

—Necesitamos hablar —siseó Ettington, y lo arrastró hacia la puerta más cercana y por el pasillo oscuro antes de que pudiera cerrarla de nuevo.

Cuando la puerta del estudio se cerró tras ellos, el marqués juró.

—¡Que el diablo te lleve! ¿Quieres que la maten?

—¿Perdón?

—La señorita Hedley, idiota. —Ettington agitó el puño—. Si hubieras cerrado esa ventana después de que finalmente hubiera reunido el valor para lograr su objetivo, podrías haber puesto su vida en peligro. Y la de su padre.

El marqués se pasó los dedos por el pelo y se dirigió al aparador para servirse una copa. —Maldito asunto espantoso, no me importa decírtelo. Nunca he sido muy bueno ocultándole cosas

a mi esposa.

—Te van a robar.

El marqués extendió los brazos. —Necesito que me roben esta noche.

—¿Qué? —Su corazón se hundió—. ¿Por qué?

—Estos robos se están saliendo de control. Se han vuelto aún más atrevidos y peligrosos después de cada éxito. Esta noche alguien va a robar unas gemas de imitación muy buenas de mi caja fuerte. Gemas plantadas allí para desviar las sospechas de la señorita Hedley antes de la verdadera trampa que se está preparando para el próximo baile. Mientras tanto, la señorita Hedley debe interpretar su papel sin ninguna interferencia, por mucho que a todos nos desagrade la situación. Ella es la espía interna, encontrando objetivos y asegurando el acceso a las mejores casas, y todo para que no le corten el cuello a su padre. Casi echaste a perder nuestra única oportunidad de poner todo en marcha.

Martin se hundió en una silla, conmocionado. —¿Quiénes son "nosotros"?

—Meriwether. Lady Heathcote. La señorita Hedley les confesó hace unos días después de ser atacada. —El marqués negó con la cabeza—. A pesar del riesgo potencial para ella y su padre si sospechan de su duplicidad, quiere que todo esto termine.

Martin se puso de pie. Dios mío, ¿qué había hecho? La había alejado sin dejarla explicarse. —Debería ir con ella.

Ettington lo empujó bruscamente de vuelta a la silla. —Siéntate. No puedes hacer nada para detener esto ahora. Y ciertamente no puedes ayudarla sin revelar el juego.

—Ella no tiene idea de lo que está haciendo o diciendo. —Martin se cubrió el rostro. La había juzgado y encontrado deficiente, igual que todos los demás desde la ruina de su padre—. La enviarán a prisión —susurró.

—Lo más probable. La mujer ha tenido tiempo suficiente para considerar las consecuencias de sus acciones, pero se presentó casi demasiado tarde. El ataque a Hazelton la asustó y la hizo dudar en la siguiente oportunidad, y fue amenazada muy gravemente. —El marqués apretó los labios en una línea tensa, su expresión llena de compasión—. No sé si podrá escapar del juicio, pero si no, esperemos que prevalezcan las cabezas sensatas en la sentencia.

—A los ladrones los deportan. Dios mío, no puedo perderla. —Martin cerró los ojos mientras el horror y la culpa le provocaban lágrimas. Se las secó con el dorso de la mano—. Puede que nunca la vuelva a ver.

La mano de Ettington se posó en su hombro. —Está más preocupada por su padre que por su propio futuro, según me han dicho. Él es vulnerable y ella sabe que podría no durar mucho en Marshalsea sin ella.

Martin se puso de pie. —Entonces eso es lo que puedo hacer. Lo único que puedo hacer. He estado buscándolo desde hace tiempo para pedirle permiso para casarme con ella y ahora sé dónde está.

—No puedes casarte con ella. No ahora.

—Ya he prometido hacerlo, y una vez que Alexander Hedley esté libre y dé su consentimiento, nos casaremos por licencia especial. Todo el mundo espera que nos casemos de todos modos, y si no lo hago, habrá demasiadas especulaciones sobre por qué no lo hice.

—Arruinarás a tu familia por nada cuando se sepa la verdad.

—No, no lo haré. —Martin sonrió—. Estoy haciendo esto por la razón correcta. La amo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

EN LA PUERTA de la casa londinense de Lady Heathcote, Iris estuvo a punto de romper en llanto. Su visita a su padre ese día había sido horrible y le había roto el corazón. Cuando habló por primera vez, él la miró con expresión vacía e Iris tuvo que recordarle su nombre. Él restó importancia al incidente, pero al despedirse, la miró de nuevo de manera tan extraña y solo le dio un beso cortés en la mano en lugar del habitual beso en la mejilla.

Golpeó la aldaba y casi se cayó al entrar cuando Higgins le abrió.

—Señorita Hedley, ¿se encuentra bien?

Ella asintió, deseosa de ocultar su angustia al sirviente.

—Simplemente estoy agotada después de mi larga caminata.

Higgins sabía adónde iba, pero nunca hablaban de su destino. Hoy parecía preocupado.

—No debería ir tan lejos a pie la próxima vez.

No tenía más remedio que mantener la farsa. El mayordomo de Esme era un hombre amable y le caía muy bien, pero no quería incomodar al personal, y no podía cambiar su método de viaje sin que Talbot lo notara. Todo dependía de que mantuviera la charada un poco más. Se quitó el sombrero y se lo entregó.

—¿Está Lady Heathcote en casa?

—Sí —echó un vistazo alrededor—, y algo impaciente por su regreso.

—Oh. —Iris asintió. ¿Acaso Esme había tomado en serio los temores de Meriwether y creía que huiría de las consecuencias de sus acciones?—. Entonces no debería hacerla esperar.

—No, realmente no deberías —dijo Esme con irritación a sus espaldas.

Iris se dio la vuelta.

—Buenos días, mi lady.

—Ahora lo son. —Lady Heathcote miró al mayordomo—. Tomaremos el té en el salón tan pronto como sea conveniente.

—Más rápido que eso. —Higgins asintió y se apresuró a cumplir las órdenes de su señora. Esme la abrazó y la condujo al salón un piso más arriba. En este dominio privado donde Esme siempre llevaba a sus amigas más cercanas, Iris se sentía más segura.

Una vez que la puerta se cerró, Esme le tomó la barbilla y la miró a los ojos.

—No te ves muy bien hoy.

—No pude pegar ojo, preocupada de que alguien resultara herido. —Respiró hondo—. ¿Hay alguna noticia sobre lo de anoche en los periódicos?

—El robo tuvo lugar y los periódicos dicen que el marqués está furioso. Los hombres de Meriwether siguieron a los ladrones, pero él no diría a dónde. —Esme las condujo a un par de sillones acogedores y la hizo sentarse—. ¿Cómo está tu padre hoy?

Iris agachó la cabeza mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Oh, Esme, no me reconoció cuando llegué. Tuve que recordarle que era su hija.

Esme la abrazó y la meció.

—Duele tanto verlo así. ¿Qué voy a hacer? Siento como si me estuviera desgarrando.

Esme le acarició la espalda.

—Tu padre te ama.

—Ya no es él mismo. —Contuvo las lágrimas y se secó los ojos—. Ha cambiado tanto que no creo que vuelva a ser el hombre que recuerdo. Incluso si estuviera libre de nuevo, si puedo escapar del encarcelamiento y de Talbot, no podría moverse por la sociedad como lo hacía antes.

—Oh, mi querida niña. Ahora no es el momento de preocuparse por el futuro. Hay poco que podamos hacer más que esperar. Sospechaba que Alexander se dirigía a Bedlam hace mucho tiempo. ¿Por qué crees que te he presionado para que encuentres pareja? Louth es un buen hombre, sensato, y no te juzgará por el comportamiento extraño de tu padre.

—¿El conde llamó hoy?

—¿Aún no?

Iris cerró los ojos, recordando sus últimas palabras con Lord Louth.

—Debe odiarme.

Esme le besó la frente.

—Él lo entenderá.

—No, no lo hará. —Iris estalló en nuevas lágrimas y dejó que Esme la consolara como a una niña pequeña—. Vi la decepción en sus ojos cuando vio la prueba de mi participación. Vio que la ventana estaba abierta. ¿Por qué otra razón sugeriría que abandonáramos la fiesta tan abruptamente?

—¿Para asegurarse de que estuvieras a salvo antes de que comenzara cualquier problema? —La sugerencia de Esme sonaba tan razonable, pero Iris no podía creer del todo que esa fuera la razón. Deseaba que él hubiera dicho algo más anoche. Abandonada a su imaginación, había conjurado todo tipo de horribles finales para su relación.

Se oyó un golpe en la puerta e Iris se recompuso, agradecida por la interrupción que la obligó a pensar en algo más que sus propios problemas. Higgins trajo el té y no dijo nada sobre su rostro manchado de lágrimas antes de retirarse de nuevo.

El tiempo que llevó servir el té fue suficiente para que perdiera su ánimo deprimido e intentara sonreír mientras aceptaba su taza.

Esme se mordió el labio.

—¿Has decidido una fecha para convertirte en la esposa de Lord Louth?

La taza de Iris tintineó en su mano y la dejó a un lado antes de derramar el líquido caliente.

—No. Quería el permiso de mi padre primero. Por supuesto, no me he atrevido a revelar su ubicación. También odiará que le haya ocultado eso.

—Todo el mundo tiene secretos. —Esme sopló ligeramente sobre su té.

—Louth no. Es el hombre más abierto que he conocido.

—Hmm, ojalá fuera cierto. —Dejó su taza—. Querida, he descubierto una situación desagradable sobre la que debo advertirte con respecto a los asuntos de Lord Louth. Yo...

Debajo de ellas, en el piso inferior, se elevaron voces masculinas en una discusión que llegó desde el vestíbulo. Iris frunció el ceño ante el sonido y cuando la puerta del salón se abrió de golpe, Lord Windermere apareció enmarcado en el umbral.

—¿Qué demonios quisiste decir con ese comentario anoche?

Iris se encogió en su silla, pero Esme se levantó con calma y se acercó al hombre enfurecido

sin ningún temor aparente a su temperamento.

—Deberíamos hablar en privado. Discúlpenos, señorita Hedley. Esto podría llevar un rato.

Esme sacó a Lord Windermere de la habitación tirando de su brazo. Aunque Esme cerró la puerta tras de sí, no se enganchó y se volvió a abrir lentamente. Unos momentos después, la voz de Windermere resonó por la casa con tanta claridad como el día.

—¿Esperas que te crea, precisamente a ti?

Lo que Esme pudo haber respondido fue demasiado bajo para ser escuchado, pero las siguientes palabras de Lord Windermere fueron dolorosamente fuertes.

—Me importa un bledo lo que hayas oído, entrometida. ¿Cómo te atreves a interferir en mi vida?

Una pausa.

—Te equivocas —bramó de nuevo—. Y te lo demostraré.

La puerta principal se cerró de golpe y la casa volvió a quedar en silencio.

Iris se puso de pie de un salto y se asomó entre las cortinas delanteras justo a tiempo para ver a Lord Windermere alejarse furioso de la casa, agitando salvajemente su fusta junto a la pierna. Higgins lo perseguía, llevando un hermoso caballo sin jinete. Dejó caer la cortina cuando los perdió de vista. Esme tenía un don para descubrir cosas desagradables. Debía de ser un secreto muy importante para que el conde se comportara de manera tan brutal.

Pasó un rato antes de que Esme regresara, y durante la espera, Iris tuvo tiempo de servirse otra taza de té.

Su amiga sonrió débilmente cuando volvió, pero tenía los ojos enrojecidos. —Es lo mejor.

Las palabras fueron dichas con ligereza, pero no era difícil ver que Esme estaba perturbada por su encuentro con Lord Windermere. Iris le tomó la mano y se la apretó. —Lo siento mucho por su desagradable comportamiento.

—Es culpa mía, pero no podía soportar verlo hacer el ridículo.

La curiosidad pudo más que ella. —No pude oír lo que le dijiste para que estallara de esa manera.

—Intenté ser sutil con él y darle suficientes pistas, pero simplemente no quería escuchar. Windermere estaba a punto de ser engañado para casarse con una mujer porque ella afirmaba estar embarazada. Pero no hay ningún niño. Nunca lo hubo. Entiendo que esté enfadado conmigo, pero espero que pronto descubra que dije la verdad. —Tomó aire bruscamente y miró a su alrededor—. Ahora que ese desagradable asunto ha quedado atrás, se me ha ocurrido dar un paseo contigo. Por mucho que me duela, hoy debemos revelar otro secreto.

Iris se quedó boquiabierta. No entendía cuál podía ser el otro secreto, y cuando Esme entró en la habitación contigua para buscar sus cosas, tuvo que admitir que sentía curiosidad. Se apresuró a ir a su habitación para cambiarse y luego siguió a la mujer escaleras abajo. El carruaje de Esme ya estaba listo frente a la casa cuando salieron.

También había una multitud evidente mirándolas desde la acera y las ventanas cercanas, o más bien mirando a Esme. ¿Acaso el arrebato de Lord Windermere se había escuchado fuera de la casa? Se acercó a Esme para brindarle apoyo si ese era el caso.

La condesa ignoró a los mirones con la barbilla orgullosamente alzada y entró en su carruaje. Iris, no tan segura de lo que estaba pasando ni de cómo reaccionar, la siguió un poco más lentamente y alcanzó a oír un susurro que decía que Esme debía de haber rechazado una propuesta de matrimonio para haber enfurecido tanto a Windermere.

Iris cerró firmemente la puerta del carruaje para acallar los susurros y se volvió hacia Esme para ver su reacción. La dama había cerrado los ojos e Iris le tomó la mano y se la apretó. Esa

historia circularía por toda la sociedad al caer la noche, y en tales circunstancias, siempre era la reputación de la dama la que se destrozaba injustamente.

Sin embargo, una vez que el carruaje se puso en marcha, Esme estalló en carcajadas y continuó así durante un buen rato. Al final, las lágrimas corrían por sus mejillas e Iris solo podía mirarla con asombro.

Esme sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el rostro húmedo. —Oh, necesitaba esto hoy. La imaginación de algunas personas nunca deja de sorprenderme. Como si alguna vez quisiéramos al otro en nuestra cama.

—¿Entonces Lord Windermere no te propuso matrimonio?

—Oh, por favor, tú no. No podría soportarlo. —Extendió la mano pidiendo silencio—. Ese hombre nunca será mi amante, y mucho menos mi marido. Es demasiado seguro de sí mismo y demasiado seguro sobre mí.

A Iris le gustaban los hombres seguros de sí mismos, personalmente, pero suponía que otra mujer podría tener una opinión diferente sobre ellos. Una viuda con la experiencia y el temperamento de Esme podría tener un conjunto completamente diferente de estándares con los que medir a los hombres. —Esme, ¿adónde me llevas?

Su amiga le apretó la mano. —Como acabo de descubrir en el caso de Lord Windermere, ver es a menudo una necesidad para creer. No está lejos.

—Estás siendo muy críptica de nuevo. No me gusta ese rasgo en ti.

Esme le dio unas palmaditas en la mano. —Con el tiempo, estoy segura de que confiaré en ti más a menudo, pero quiero dejar claro que esta situación no me gusta nada. Ah, ya hemos llegado.

El cochero había detenido el carruaje en Pollen Street, en una zona con la que Iris no estaba muy familiarizada. Un mozo se apresuró a bajar el estribo y, una vez en la calle, Iris miró a su alrededor. Por lo que recordaba, Esme no tenía conocidos que vivieran cerca. En realidad, estaba a solo unas pocas manzanas de la casa de Lord Louth. Podría caminar fácilmente la distancia en unos minutos.

—Iris, por aquí. —Esme la agarró del brazo con fuerza y susurró—: Pase lo que pase, sigue la corriente. Debemos entrar sin alboroto ni demora por tu propio bien.

Las llevó apresuradamente por los pocos escalones de una casa de ciudad poco excepcional y llamó a la puerta con fuerza y persistencia. Después de unos minutos, la puerta se abrió una rendija y un ojo las observó a través del hueco.

—Por favor, mi amiga necesita ayuda desesperadamente —suplicó Esme, retorciéndose las manos de manera ineficaz.

La puerta se abrió de par en par y una mujer mayor de rostro amable apareció en el umbral. —Soy la señora Hughes. ¿En qué puedo ayudarla, señora?

Esme entró bruscamente, arrastrando a Iris con ella antes de que pudiera protestar. Cuando Iris miró hacia atrás, entrecerró los ojos al ver a la mujer que había abierto la puerta. Si la memoria no le fallaba, era la amable mujer que había conocido en el parque cuando paseaba con Lord Louth y su prima. La que llevaba un bebé diminuto en un lujoso cochecito de mimbre que Iris se había detenido a admirar. —Lamentamos mucho molestarla.

Esme finalmente se detuvo y miró a su alrededor. —¿Podría mi amiga tomar un vaso de agua, tal vez? Le ha dado un mareo y estoy muy preocupada.

—Por supuesto. —La mujer se apresuró hacia la parte trasera de la casa.

Iris no perdió tiempo en inclinarse hacia Esme. —¿Qué crees que estás haciendo, irrumpiendo así en la casa de un desconocido? ¿Estás loca? La casa está de luto.

Ella le guiñó un ojo. —No es su casa.

—Bueno, no importa de quién sea la casa, estás siendo muy grosera. —Iris se cruzó de brazos—. Tendrás que disculparte por tu comportamiento. ¿Acaso conoces a la familia que vive aquí?

—Aquí no vive ninguna familia. Hasta hace poco, este era el hogar de Vivian Rose. Su protector le proporcionó alojamiento durante su acuerdo.

Iris frunció el ceño ante eso. Muchos hombres mantenían amantes en Londres. No necesitaba invadir sus hogares para saberlo.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotras o con nada?

—Podría importarte mucho en el futuro —Esme recorrió la sala inferior y luego sonrió—. ¿Te sorprendería saber que Lord Louth es el dueño de esta casa?

Ella miró alrededor rápidamente, conmocionada.

—¡No!

—Oh, sí. Él es la razón por la que estamos aquí. No permitiré que una amiga se decepcione cruelmente si puedo evitarlo. Especialmente ahora, con el estrés que te causa tu padre.

Las palmas de Iris se humedecieron. ¿Louth había mantenido a su amante tan cerca de su casa incluso después de que terminaran las cosas? Una bola apretada de decepción llenó su pecho. Él había prometido que no tenía ataduras.

—Deberíamos irnos.

—No hasta que veas lo que te está ocultando. Lo has puesto en un pedestal y a ti misma en el arroyo cuando ninguno de los dos es exactamente un modelo de decencia. Puedes decidir por ti misma si tienes un futuro con él después de esto —Esme se acercó a una pared y golpeó la superficie empapelada tres veces con la palma de su mano. Muy fuerte. Luego, tan tranquila como si nada, tomó asiento.

La sirvienta regresó apresuradamente, con un vaso de agua derramándose sobre el borde y empapando su mano, sus ojos desorbitados.

—¿Qué fue ese ruido?

Sus palabras se apagaron cuando un niño comenzó a llorar cerca.

Esme sonrió tensamente.

—No tengo idea.

El llanto continuó mientras la mujer vacilaba. Iris tomó el vaso y lo dejó a un lado.

—Quizás debería atender a la niña.

Los ojos de Esme se agrandaron.

—¿Sabes sobre ella?

—Sí. Nos conocimos en el parque, cuando estaba con Lord Louth y su prima. Es la señora Hughes, ¿verdad? La niña que cuida es muy hermosa.

Los ojos de Esme se entrecerraron y luego se puso de pie y se enfrentó a la otra mujer.

—Ya veo. Entonces, ¿quizás podrías presentármela también?

—No sé si debería —La señora Hughes se retorcía las manos mientras el llanto de la niña se intensificaba.

—Bueno, yo sí —insistió Esme—. No soy una autoridad en la crianza de los jóvenes, pero no puedo imaginar que sea bueno para ningún niño llorar de esa manera por mucho más tiempo.

La señora Hughes asintió lentamente y luego salió apresuradamente de la habitación. Esme la siguió e Iris también, desconcertada por la insistencia de Esme en ver a un bebé. La otra mujer recogió el bulto que protestaba e intentó calmarlo.

Ojos oscuros, cabello oscuro.

Y entonces la golpeó, tan fuerte que tuvo que agarrarse al borde de la cuna para sostenerse. Esta era propiedad de Lord Louth. Él mantenía a una amante aquí. ¿Y la niña?

Debía ser suya.

Iris había juzgado mal a Lord Louth, sin duda. Miró a Esme con furia.

—Te habría creído. No había necesidad de arrastrarme hasta aquí.

Que tuviera que alzar un poco la voz al final porque la niña parecía inconsolable era un testimonio del temperamento de la pequeña.

Los intentos de la señora Hughes por animar a la niña tampoco estaban funcionando, desafortunadamente. Palmeaba el trasero del bebé sin efecto.

—Lo siento mucho —dijo finalmente en voz alta—. La muerte de mi señora ha sido un momento difícil. Yo nunca tuve hijos. Solo soy el ama de llaves.

Todo el aire salió de los pulmones de Iris. ¿La amante había muerto? Dios mío. La bebé no solo era ilegítima sino también huérfana. Su pecho se apretó dolorosamente ante las injusticias que a menudo se sirven a quienes son demasiado inocentes para protegerse a sí mismos.

Cuadró los hombros y extendió las manos. Estaba lo suficientemente familiarizada con los niños como para sentirse segura de que podría ser útil.

—Dénmela.

La señora Hughes se quedó boquiabierta y Esme jadeó en voz alta.

—No es tu problema.

—Es una niña y está molesta por nuestra llegada —Cuando la señora Hughes dudó, Iris tomó a la niña y acercó el bulto que se retorcía a su pecho. Tardó un rato, pero finalmente la niña se calmó lo suficiente como para hipar.

Iris la acomodó más cómodamente en su hombro y la niña eructó fuertemente en su oído.

—Ah, así que ese era el problema, cariño. Ya está, seguro que te sientes mejor.

Ahora que la casa ya no resonaba con los gritos de la niña, un silencio tan completo la envolvió. Miró a Esme.

—¿Qué estamos haciendo realmente aquí?

—Visitando a la hija de Lord Louth —respondió suavemente.

Iris bajó la mirada hacia la niña en sus brazos. Oscura como su prometido, rostro redondeado tan dulce una vez que ya no lloraba. El parecido era bastante obvio para Iris ahora y su corazón se rompió. Él ya tenía una hija. Pero, ¿por qué estaba tan en contra de que ella llevara a sus hijos?

Palideció, recordando sus preocupaciones anteriores sobre convertirse en su amante. Él había afirmado que su tamaño era un problema y ella no creía que solo tuviera preocupaciones sobre la intimidad. Se enfrentó al ama de llaves.

—¿Por qué murió la madre de la niña?

La señora Hughes suspiró.

—El parto fue demasiado para su delicada constitución. La niña era demasiado grande para que ella la diera a luz.

Iris sostuvo a la bebé un poco más cerca contra su pecho y pasó sus dedos por el suave cabello oscuro. No era de extrañar que Louth creyera que no encajarían al principio. También explicaba por qué no quería que ella quedara embarazada de su hijo. Temía que no sobreviviera al parto. Él se culpaba por esta situación.

—Nunca sospeché que tuviera una razón válida para su vacilación.

La señora Hughes se retorció las manos.

—Ha estado muy preocupado por cómo esta situación afectaría las posibilidades de su prima

de hacer un buen matrimonio.

—Sí, por supuesto —Pero eso no era lo que ella había querido decir. Él había dicho que no quería perderla.

—Sin mencionar proteger su propia reputación, supongo —Esme extendió la mano hacia la niña—. Bueno, creo que eso lo resuelve todo.

La señora Hughes parecía avergonzada.

—No fue su culpa. Mi señora le ocultó el embarazo. Creo que él se habría casado con ella.

Eso explicaba gran parte de su comportamiento, especialmente su desagrado por sus intenciones de convertirse en amante. Él conocía de primera mano los problemas a los que ella podría haberse enfrentado. Estaba sosteniendo la única complicación sobre la que él tanto había insistido. —Te equivocas, Esme. Esto no cambia nada en lo que a mí respecta.

Esme se encontró con la mirada de Iris, su expresión sobresaltada. —Sabes mejor que nadie lo que dirá la sociedad sobre la existencia de la niña. Si pensabas que las malas decisiones de tu padre hicieron difícil tu vida, imagina la de ella cuando sea lo suficientemente mayor para entender.

—Sí —suspiró Iris y meció a la niña, notando que se estaba quedando dormida en sus brazos —. Será una paria, objeto de burlas a sus espaldas.

La señora Hughes chasqueó la lengua y extendió los brazos para coger a la bebé. —Su padre cuidará de ella. Debería devolverla a la cama. Prefiere una rutina.

—Gracias, señora Hughes. —Acarició la mejilla de la niña con la punta del dedo antes de entregársela a regañadientes a la ama de llaves—. No pretendo hacerle daño, pero creo que sería mejor si no mencionara mi visita a Lord Louth por el momento.

La ama de llaves la miró con suspicacia. —¿Por qué? ¿Por qué no debería saberlo?

Suspiró. —Debería haber seguido siendo su secreto para contármelo cuando estuviera listo, si es que alguna vez quería hacerlo.

Cuando se encontró con la mirada de Esme, su amiga se encogió de hombros. —Quería protegerte.

Sonrió con tristeza. Esme no quería que la engañaran, pero ya era demasiado tarde para evitarlo. —Te quiero por ello, pero esta no es la manera.

La señora Hughes miró entre ellas y asintió lentamente. —Ocultaré su visita por el momento.

—Se lo agradezco. —Iris vio partir a la niña con el corazón apesadumbrado. Nunca había sospechado que Louth tuviera una hija. De hecho, había empezado a preguntarse si le disgustaban los niños. De cualquier manera, la niña sufriría. Los niños siempre lo hacían.

Se dirigió a ciegas hacia la puerta mientras las lágrimas llenaban sus ojos. —Me gustaría irme, si no te importa. Tengo que pensar.

CAPÍTULO VEINTE

DESPUÉS DE SOLO cinco minutos de espera dentro de la prisión de Marshalsea, a Martin se le erizó la piel. Este no era un lugar para que ningún hombre, mujer o niño permaneciera por mucho tiempo. Estaba horrorizado de que Iris hubiera venido aquí todos los días para ver a su padre. También estaba furioso porque Alexander Hedley lo había permitido.

A pesar de la probabilidad de ruina social, no había podido alejarse de la mujer que amaba. No habían hablado desde la cena en casa de Ettington y aparentemente el robo se había llevado a cabo sin contratiempos. Cuando fue a visitarla la tarde siguiente con la esperanza de discutir su participación en las actividades ilegales, le informaron que estaba indispuesta para recibir visitas y le pidieron que volviera en unos días. El tiempo separados lo había vuelto impaciente e igualmente preocupado por cómo estaba ella.

Un tenue rastro de niebla y humo de leña se aferraba a los aleros de los barracones de ladrillo frente a él, donde los endeudados de Londres esperaban su penitencia por cometer el error de no tener fondos para pagar sus deudas. Un lugar mezquino, sin una pizca de elegancia o belleza en el patio empedrado por el que caminaba. Estaba seguro de haber tomado la decisión correcta al venir aquí. Le frustraba pensar que no se había enterado antes de esta tragedia.

Ignoró las miradas de los curiosos reclusos mientras esperaba que el carcelero trajera a Alexander Hedley de la habitación que compartía en lo alto del bloque de barracones. Le había llevado considerablemente más tiempo del que había anticipado inicialmente resolver las deudas del Sr. Hedley en su totalidad a satisfacción de todos. Cada acreedor tuvo que ser encontrado, negociado y apaciguado, y luego obligado a firmar cartas que extinguían la deuda del Sr. Hedley con ellos.

El último había resultado casi reacio a reunirse con él para discutir el asunto del acuerdo, y sin ninguna buena razón que Martin pudiera ver. Solo explicar su intención de casarse con Iris había asegurado el desordenado garabato del Sr. Talbot. El hombre parecía muy complacido de escuchar que ella se convertiría en condesa.

A su lado, un mozo se removía inquieto, claramente incómodo con su presencia en Marshalsea.

—¿Debo hacer que el carruaje dé otra vuelta, milord?

—No —quería asegurarse de que cuando Hedley finalmente viniera a él, pudiera sacar al pobre hombre de aquí lo antes posible.

Las voces se hicieron más fuertes mientras pasos apresurados resonaban en el edificio a su alrededor y aguzó la mirada hacia la escalera lejana. Martin no había intentado reunirse con el Sr. Hedley hasta este mismo momento. No había querido poner ansioso al hombre sobre su liberación en caso de que la resolución de las deudas resultara prolongada.

El Sr. Fitzhugh, el carcelero de la prisión, iba seguido por un hombre pequeño que Martin apenas reconoció como Alexander. Cabello gris demasiado largo, patillas sin recortar, ropa mal ajustada que denotaba que el hombre había perdido peso desde que vino a vivir aquí. Martin había imaginado que el encarcelamiento habría cambiado a Hedley, pero no que lo haría parecer mucho mayor. A pesar de su preocupación, sonrió ampliamente, dio un paso adelante y extendió su mano.

—Sr. Hedley. Qué bueno verlo de nuevo.

El hombrecillo levantó la vista mientras la estrechaba.

—¿Es usted? Pensé que el carcelero me estaba gastando una broma.

—En absoluto —miró alrededor buscando equipaje. El asistente del carcelero llevaba un único baúl de madera. Ni siquiera un sombrero en la cabeza de Hedley y no se veían guantes por ninguna parte. ¿Era eso todo lo que Hedley poseía? Temiendo que así fuera, hizo un gesto al mozo para que recogiera el baúl y el hombre lo equilibró fácilmente sobre su hombro como si no pesara nada. El mozo marchó rápidamente hacia la puerta y el carruaje que esperaba.

—Podemos irnos ahora.

Hedley miró al carcelero pidiendo permiso para irse.

—¿Le dará mis mejores deseos al comité cuando los vea la próxima vez?

El carcelero, un hombre que había parecido genuinamente desconcertado de deshacerse de Hedley cuando Martin llegó por primera vez, asintió lentamente.

—Adiós, Sr. Hedley. La conversación se volverá aburrida en su ausencia, pero eso es lo mejor ahora, estoy seguro. Despídase de su hermosa hija por mí. Dígale que se cuide mucho.

El asistente corrió hacia la puerta y dejó salir al mozo.

Cuando la puerta se abrió de par en par, Martin también se dirigió hacia la libertad. Tenía el abrumador impulso de volver a casa para bañarse. Su piel le picaba de una manera que no le gustaba.

Hedley pareció más lento en seguirlo y para cuando Martin estaba en la puerta del carruaje cerrado, el hombre apenas asomaba la cabeza por el portal. Sus ojos estaban un poco desenfocados mientras miraba alrededor del concurrido camino. Quizás la sorpresa no había sido una idea tan grandiosa después de todo.

Martin sonrió de nuevo.

—Vamos, Hedley. Su hija está esperando.

Al mencionar a Iris, el hombrecillo se apresuró.

—Sí, mi hija. ¿Está bien? Hace mucho que no la veo.

—Creo que sí, pero estará más feliz cuando sepa que usted está lejos de aquí —Hedley subió y Martin lo siguió—. Nunca mencioné mi encargo. Pensé que la sorpresa sería lo mejor para todos.

Hedley se lamió los labios y miró alrededor del interior del carruaje. Acarició cuidadosamente el asiento acolchado de terciopelo azul en el que estaba sentado.

—¿Por qué ha hecho esto? ¿Qué quiere?

—No quiero nada. Era lo correcto —Martin golpeó el techo e hizo que el cochero se pusiera en marcha. Colocó su sombrero sobre su rodilla—. No tenía idea de que usted estaba encarcelado hasta que el Duque de Exeter me explicó su situación.

El anciano se frotó el muslo.

—Le dije a mi hija que no me mencionara.

—Ojalá lo hubiera hecho. Pensé que algo andaba mal cuando ella no quería hablar de usted. Habría asegurado su liberación mucho antes si hubiera sabido la verdad.

Hedley bajó la mirada. Pareció encogerse aún más, y no fue hasta que sus hombros comenzaron a temblar que Martin se dio cuenta de que sus emociones lo habían superado. El hombre estaba llorando e intentaba ocultarlo. Martin miró por la ventana e hizo todo lo posible por no darse cuenta mientras Hedley se recomponía.

Unos cuantos sorbidos después, Martin buscó en su bolsillo, sacó un pañuelo y se lo pasó al otro hombre, ya que parecía no tener ninguno consigo. Junto a la camisa de lino amarillenta y las manos oscuras de Hedley, el pañuelo parecía sorprendentemente limpio y brillante.

Martin desvió la mirada. Hedley necesitaba la ayuda de un ayuda de cámara, y pronto. Un leve olor a humedad impregnaba el carruaje. El aroma del sudor rancio y el miedo. —Deberíamos hablar de su situación.

—Sí, por supuesto. Le devolveré el dinero, milord. Se lo prometo. Tan pronto como sea posible.

—No piense en eso por ahora —Martin se encogió de hombros—. Lo que más necesito es a su hija, señor.

El hombre mayor lo miró a través de sus ojos enrojecidos. —Iris es una buena chica.

—Y es mi intención casarme con ella —observó el rostro demacrado y los ojos llorosos de Hedley. Le ofrecería refugio en el futuro previsible. Hedley estaba demasiado débil para estar solo y desprotegido hasta que se resolviera el asunto del robo. Iris se preocuparía si su padre viviera en cualquier otro lugar que no fuera cerca de ella, y con razón. Necesitaba un mes de cuidados tiernos y más de unas cuantas comidas sólidas antes de volver a parecer saludable—. Me gustaría que fuera mi invitado por lo que resta de su vida, señor.

La boca de Hedley se abrió. —¿Un invitado?

Martin asintió. —Hay mucho espacio en Holly House, no será ningún problema. Sin duda, su hija querrá verlo todos los días, ahora que ha recuperado su libertad. Su felicidad significa todo para mí. Quedarse como mi invitado apenas causará un revuelo, se lo aseguro.

Hedley se alisó un chaleco marrón fangoso que había conocido días mejores y no se apresuró a aceptar. —Debería discutir el asunto con mi hija primero. Será extraño para nosotros que yo sea su invitado mientras ella vive en casa.

Frunció el ceño. —Iris hará su hogar conmigo cuando nos casemos.

—Sí, por supuesto. Iba a casarse con ella. Es cierto —Hedley asintió lentamente, pero parecía confundido—. Es joven, por supuesto, pero eso es lo de menos.

—Tendrá que quedarse en mi casa esta noche sin ella, por supuesto. Es demasiado tarde para molestar a un vicario para que realice la ceremonia de matrimonio, pero tengo una licencia. Pensé que podríamos discutir su acuerdo por la mañana, después de que haya descansado —miró por la ventana para comprobar su ubicación—. No falta mucho ahora. Envié a un sirviente por delante a Holly House para que preparara una habitación para su llegada. Su hija se sorprenderá completamente al verlo mañana.

Hedley tragó saliva. —Se toma demasiadas molestias.

—Tonterías. Simplemente estoy pagando mi deuda con usted. ¿Dónde estaría yo si no fuera por su sabiduría?

Ante eso, el hombre mayor hizo una mueca y bajó la mirada. —No tan sabio si terminé donde terminé y mi hija se vio obligada a vivir sin mí.

—Lady Heathcote fue una carabina adecuada, se lo aseguro —Holly House se alzaba ante ellos. Martin no vio ningún sentido en abordar el tema de los robos con Hedley. No tocaría el tema hasta que Iris fuera su esposa, y solo si ella estaba de acuerdo y presente para defenderse—. En cuanto a su hija, ha manejado sus circunstancias reducidas con una gracia que muchas damas

no logran en condiciones menos difíciles.

Hedley sonrió, pero a Martin le pareció un tanto receloso. Cuando el carruaje se detuvo, agradeció poder salir y escapar al aire más fresco.

La puerta principal se abrió y Martin apresuró al señor Hedley a entrar, pasando frente a Gibbs antes de que fuera visto en su estado actual en la calle. Un baño era esencial, y pronto. También habría que llamar a un sastre para que estuviera mejor vestido para la boda.

Gibbs tomó el sombrero de Martin y se dirigió a su invitado. —Bienvenido a Holly House, señor Hedley. Soy Gibbs, el mayordomo de Lord Louth en Londres. Se ha preparado una habitación para su llegada y, si no tiene objeciones, actuaré como su ayuda de cámara durante su estancia.

Confía en Gibbs para asumir un papel que requería un toque delicado. Probablemente Hedley no había tenido un sirviente en años y, dado el pequeño tamaño de su baúl, necesitaría que se reemplazaran muchas cosas. También se podía contar con Gibbs, de edad similar a Hedley, para que el hombre se sintiera como en casa sin ser obvio al respecto.

—Gracias —Hedley miró nerviosamente a su alrededor—. ¿Dónde está mi hija?

Martin sonrió. —Enviaré una nota a Lady Heathcote esta noche y me aseguraré de que Iris venga aquí por la mañana en lugar de ir a Marshalsea, como ha sido su costumbre.

—Gracias.

Gibbs sonrió radiante. —Por aquí, señor.

Martin siguió a la pareja mientras subían las escaleras. Por mucho que quisiera ver la cara de Iris cuando comprendiera que su padre había sido liberado de la prisión por deudas, estaba receloso. Algo en el comportamiento de Alexander Hedley le parecía fuera de lugar, y no era solo la conmoción de la libertad inesperada.

Cuando Hedley pasó a la habitación preparada para su uso, no hizo ningún comentario sobre su entorno, y cuando se entregó agua para lavarse, permaneció en silencio mientras Gibbs lo atendía. Nunca había visto a un hombre tan carente de animación. También estaba, de hecho, dolorosamente delgado una vez que se le quitó el abrigo, pero parecía no preocuparse por su condición. Ni siquiera protestó cuando le cortaron el pelo y lo vistieron con un camisón prestado, y luego lo acomodaron frente a la chimenea con una taza de té y galletas.

—Iris me estará esperando pronto —le dijo repentinamente a Gibbs.

—Tu hija estará aquí mañana, señor —le recordó Martin al hombre mayor mientras entraba en la habitación—. Una comida caliente, una buena noche de sueño y estarás fresco como una lechuga para recibirla.

Hedley asintió. —Es cierto. Mamá siempre dice que un buen descanso puede alejar tus preocupaciones.

Levantó la taza de té a sus labios con una suave sonrisa y bebió un sorbo. Sus manos temblaron ligeramente cuando la dejó y cogió una galleta. Sonrió y luego se quedó mirando al vacío como si estar fuera de la prisión no tuviera importancia. Ni siquiera había mirado por la ventana.

Martin cruzó una mirada con Gibbs y se dirigió hacia la puerta. Se detuvieron justo fuera del umbral para hablar en privado. —¿Te parece que está bien?

—Discúlpeme, pero no. No creo que haya estado bien —Gibbs se mordió el labio—. Me han dicho que es algo horrible para un caballero vivir en Marshalsea. Lo cuidaré bien esta noche y estoy seguro de que mañana volverá a ser él mismo.

—Gracias, Gibbs —echó un vistazo por el pasillo, desconcertado por el silencio—. ¿Está mi prima en casa?

—Sí, mi lord. Ella y Lady Ettington se retiraron a su estudio hace un rato.

Martin gimió, recordando la insinuación de Ettington de que su esposa descarriaría a su prima. Estaba seguro de que sería al revés. —Esperaba hablar con ella a solas, pero será mejor que comparta la noticia de nuestro invitado. Se pone tan estridente cuando se sorprende. De todos modos, la marquesa se enterará de lo que he hecho, así que no tiene sentido mantenerlo en secreto.

Se dirigió por el pasillo y llamó a la puerta de la habitación que Whitney había tomado para su arte. Hubo una oleada de actividad dentro antes de que Whitney respondiera. —¿Sí?

—Soy Martin. Tengo entendido que la marquesa está contigo —puso la mano en el pomo, anticipando una invitación a entrar. Cuando no la recibió, preguntó—: ¿Puedo pasar?

—No —chillaron ambas mujeres—. ¿Puedes volver más tarde? —suplicó Whitney.

—¿Más tarde? —Whitney nunca lo había echado de su estudio, así que se sorprendió por su negativa.

—Sí, bastante más tarde, en realidad —hubo un silencio tras la puerta durante un largo momento—. Unas horas como mínimo.

—Pero tengo noticias —escuchó atentamente—. Tenemos un invitado.

—¿Ha venido la señorita Hedley de visita?

—No. Su padre ha venido a quedarse como nuestro invitado.

Unos pasos suaves cruzaron la habitación antes de que Whitney descorriera el pestillo y abriera la puerta una rendija. Tenía una mancha de pintura en la mejilla y un intenso rubor en las mejillas. Sin duda había estado pintando de nuevo. —Eso es inesperado.

Whitney no solía esconder sus proyectos, así que empujó suavemente la puerta. No se movió y sospechó que su pie estaba detrás de la puerta impidiendo su acceso. —Sí. Se quedará con nosotros indefinidamente. Descansará esta noche y mañana mandaré a buscar a su hija.

—Espléndido —Whitney le cerró la puerta en las narices y echó el cerrojo—. Iré a verte más tarde para discutir el asunto más a fondo —prometió Whitney a través de la puerta.

Martin puso las manos en el marco de la puerta cuando una dama soltó una risita. —Pixie, ¿mi prima te ha secuestrado para que poses para uno de sus ridículos retratos? ¿Necesito rescatarte o debo mandar llamar a Ettington para que derribe otra puerta?

—¡No lo hagas! —chilló la marquesa—. Se supone que es una sorpresa para su cumpleaños y lo estropearás todo si siquiera mencionas que estuve aquí.

Dio un paso atrás, satisfecho de que la marquesa estuviera allí por su propia voluntad. No quería saber qué tipo de retrato estaba pintando Whitney, pero si Pixie había organizado la sesión privada, no interferiría. —Muy bien.

—Gracias, mi lord —Pixie soltó una risita—. Y felicidades también por su inminente matrimonio. La señorita Hedley es encantadora.

¿Acaso algo de lo que hacía era un secreto? —Gracias.

CAPÍTULO VEINTIUNO

IRIS RESPIRÓ HONDO mientras se acercaba a la puerta principal del conde de Louth. No podía creer el mensaje de la nota enviada a Lady Heathcote anoche y estaba aquí para comprobar por sí misma si era cierto.

A su lado, Esme todavía intentaba despertarse. —Más despacio, querida, Alexander aún estará en la cama si no te tomas un momento más para comportarte como una dama. ¿Qué diría si te viera corriendo así?

—Me daría esa mirada que tanto le gusta si estuviera en su sano juicio —Iris golpeó la madera, consciente de que su visita matutina podría no ser bienvenida.

Lord Louth abrió la puerta en persona. —Llegáis temprano, bien. Está terminando su segundo desayuno.

Ella lo miró fijamente, con el pecho agitado por la ansiedad. —¿Mi padre está realmente aquí?

El conde sonrió y asintió. —Oh, sí. Lo recogí yo mismo ayer por la tarde y me ha estado entreteniendo enormemente con historias de su infancia desde que despertó a toda la casa al amanecer.

El pánico la invadió. El pasado se había convertido en el lugar favorito de su padre. Más que el aquí y ahora. —¿Puedo verlo?

—Está en el comedor, que quizás recuerdes que está detrás de las escaleras.

Aunque era terriblemente descortés, Iris corrió a lo largo del pasillo e irrumpió en el comedor.

Su padre pinchó un filete y lo dejó caer en su plato. —La comida es realmente excelente.

Los ojos de Whitney brillaban de risa. —Lo es, de verdad. Solo lo mejor para los invitados de Lord Louth.

Se levantó y se unió a Iris en la puerta. —Tu padre insiste en que estamos en una posada y no acepta un no por respuesta. Es muy bueno haciendo bromas, ¿verdad? Juro que cree cada palabra que dice.

Iris se llevó una mano fría a la cara y luego rodeó la mesa. Tomó la silla junto a su padre y le cogió la mano. —Padre, ¿qué haces aquí?

—Comer —Apoyó su cabeza contra la de ella y luego apuñaló su filete—. Me han dicho que me sienta como en casa y así lo haré.

Engulló un bocado y, con las mejillas hinchadas, sonrió radiante mientras masticaba.

Esme se unió a ellos y pidió al mayordomo que le sirviera té y tostadas.

—Tú también podrías comer un filete, jovencita.

Esme le sonrió. —¿Y arruinar mi figura? No lo haré, señor.

—Señor, dice —Su padre se meció mientras reía, como si Esme hubiera contado el mejor chiste que jamás hubiera oído, y luego lanzó una salchicha a su plato.

Esme aceptó la carne sin comentarios, pero su sonrisa era sincera. —Me quedaré con él. Deberías hablar con tu prometido.

Tendría que explicarle sobre su padre. Sobre su enfermedad y que su obsesión con las noticias antiguas no era motivo de risa. —Gracias.

Se levantó y volvió al pasillo. Lord Louth esperaba, apoyado en la pared. —Está de muy buen humor esta mañana. Anoche no estaba ni la mitad de animado.

—Lo siento si ha causado algún problema.

—Ni un poco —Se enderezó—. Creo que deberíamos hablar en privado.

Iris asintió, pero su corazón latía con fuerza mientras lo seguía a otra habitación.

Se retorcía las manos, mirando alrededor del masculino estudio mientras la ansiedad la invadía. Louth realmente debía estar molesto si ni siquiera sonreía.

La puerta se cerró con un clic y luego la llave giró en la cerradura. —Me pones en una posición incómoda.

—Lo siento mucho.

Una expresión exasperada cruzó su rostro. —Cuando era joven, me dieron el consejo más valioso de mi vida. Ser capaz de pagar tus deudas inmediatamente o no comprometer los fondos. Mientras muchos de mis contemporáneos dilapidaban sus fortunas en las cartas y acumulaban deudas por toda la ciudad, yo mantuve mi mirada en el futuro y dinero en mi bolsillo.

—Una sabia decisión.

—¿Pero sabes por qué tomé ese consejo tan a pecho? —La miró fijamente y ella tembló—. Te diré por qué. Tu padre lo dijo. Gracias a él, tengo una fortuna para mantenerme a mí mismo y a mi familia, y mucho de sobra.

Iris se estremeció al mencionar el consejo de su padre. Muchos hombres podrían atribuir su éxito a un sabio consejo, pero era la primera vez que su padre era específicamente señalado. Lord Louth indudablemente no era el tipo de persona que repartía elogios falsos. —Me alegro de eso.

—Tu padre es uno de los pocos hombres que admiro tanto que me atrevería a citarlo —La rodeó. Sus ojos se entrecerraron—. Mi prima tiene una manera de decir las cosas que pueden sonar completamente honestas, pero de hecho carecen de ciertos detalles de honestidad completa. Nunca hablaste de tu padre, así que no tuviste que mentirme.

Iris cerró los ojos. Probablemente lo sabía todo, pero ¿la haría decir las palabras?

—La ubicación de tu padre no habría influido en mi decisión de casarme contigo —proclamó Louth, bajando la voz a un susurro tranquilizador—. Habría preferido que fueras honesta conmigo sobre tu situación desde el principio. Que el duque señale mi ingenuidad no es una experiencia agradable.

Mantuvo la mirada baja en lugar de revelar su miseria. —Lo siento mucho.

—Estoy seguro de que pensaste que tenías buenas razones —Suspiró—. En el momento en que tu padre perdió su fortuna, la sociedad les dio la espalda a ambos. Tu error fue imaginar que yo podría ser igual de cruel.

Iris se removió inquieta y alzó la mirada con culpabilidad.

El conde negó con la cabeza. —Por favor, no me mires así. No te estoy juzgando. Todos cometemos errores.

—Tantos en la sociedad lo han hecho.

—Tú lo perdiste todo.

—Todo lo que era importante. —Apretó sus manos hasta que sus nudillos se tornaron

blancos. Sus amigos, su vida, su futuro.

Él extendió una mano para que ella la tomara. —¿Debes haberlo echado terriblemente de menos?

Aunque temblaba, colocó su palma sobre la de él. Iris bajó la mirada hacia sus manos unidas e hizo un sonido que podría haber indicado su acuerdo.

Él le tomó el mentón y le alzó los ojos hacia los suyos. —¿Por qué no me dijiste desde el principio dónde estaba?

—Es mi padre —dijo ella—. No quería ver la lástima en tus ojos.

—Por Dios, mujer, ¿acaso no te he demostrado que puedes confiar en mí estas últimas semanas? —espetó el conde—. Pones tu reputación en riesgo a diario con solo ir a visitarlo sola.

Ella alzó el mentón desafiante y se encontró con Lord Louth mirándola con el ceño fruncido. Palideció. No había tenido otra opción que mentir sobre su vida durante el último año, particularmente los últimos meses. Se avergonzaba de que su padre hubiera acumulado tantas deudas. Se avergonzaba de sí misma.

—Alexander Hedley no tiene más deudas en este momento y prefiero que siga así —continuó Louth, acercándose tanto que ella podía sentir su aliento en el rostro.

Ella lo miró fijamente. —¿Cómo puede ser eso?

—Pagué cada una de las deudas en su contra. Ahora es un hombre libre.

El calor le quemó las mejillas. —Estoy segura de que él aceptará reducir sus gastos.

—Maldita sea, claro que lo hará. Permanecerá como mi invitado por el resto de su vida para que yo pueda tenerlo a mi manera.

—¿Lo mantendrías prisionero?

—Lo mantendría, si eso hiciera feliz a su hija. He tenido una larga conversación con tu padre esta mañana y los acuerdos están preparados. —Louth se arrodilló—. Señorita Iris Jane Hedley, ¿me haría el honor de convertirse en mi esposa?

Ella lo miró boquiabierta. —¿Cómo podrías casarte conmigo? No sabes lo que he hecho.

—Pero sí lo sé. Eres la espía entre la alta sociedad, organizando todos los robos.

La habitación giró y ella se desplomó en el suelo junto a él. —Tenía tanto miedo de decírtelo.

—Exeter pensó en advertirme durante la cena la otra noche. No estaba nada contento con el peligro en el que su sobrino se había puesto con la trampa que se estaba tendiendo. También fue lo suficientemente amable como para aclarar por qué estaba teniendo tantos problemas para localizar a tu padre.

Iris agachó la cabeza. —Él no me miró esa noche.

—Exeter lo superará eventualmente. Tengo entendido que Meriwether está muy decidido a que nada se interponga en su camino. Encontrará a quien esté moviendo los hilos.

—Talbot. —Cuadró los hombros—. Charles Talbot está detrás de todo y amenazó con lastimar a mi padre si no hacía lo que él quería.

—¿No me digas? Ese canalla asqueroso. Y actuaba tan preocupado por ti, además. —El conde la atrajo a su regazo y se acomodaron cómodamente en el suelo—. Señorita Hedley, sigo esperando una respuesta. Puedo proteger a mi esposa y a su padre.

Pero quién lo protegería a él. —Estoy segura de que lo intentarías.

—Entonces dame tu respuesta. ¿Nos casaremos hoy o no?

Ella se echó hacia atrás y escudriñó su rostro en busca de la seguridad de que lo había oído correctamente. —¿Hoy?

—Mejor que demasiado tarde —dijo él en voz baja—. Tu padre nunca volverá a pasar hambre y tú tendrás todos los lujos que pueda ofrecerte.

—¿Y siempre están mis lecciones para continuar?

Él se inclinó hacia adelante y le besó la mejilla. —Al diablo con las lecciones. Esta noche te gradúas.

Ella trató con mucho esfuerzo de contener una sonrisa, pero como había estado soñando con él durante tanto tiempo, no pudo reprimir su anticipación. —Sería un honor, mi lord.

Iris se puso de pie sin ayuda, pero sus rodillas estaban débiles por la vergüenza y la esperanza. El conde la atrajo a sus brazos y la estrechó fuertemente contra él. Su agarre seguro y firme disipó cualquier inquietud persistente de que estuviera realmente enojado con ella. Le acunó la cabeza y la mantuvo cerca. —¿No he hecho todo lo posible para que te sientas cómoda, Iris?

Ella volvió el rostro hacia su pecho. —Sí, mi lord.

—¿No nos hemos hecho buenos amigos estas últimas semanas? Puedes contarme cualquier cosa.

Pero, ¿le contaría él sobre el hijo que había engendrado? ¿Un niño al que ella anhelaba cuidar?

Colocó sus brazos alrededor de su cintura, insegura de si podría negarle algo a este hombre. Lo que había comenzado como una necesidad desesperada de un futuro independiente se había convertido en un deseo privado de pertenecer a él.

Él le besó la mejilla. —No dejaré que nada te pase.

—Mi padre prometió algo muy parecido. —Ella buscó la mirada del conde. Él le devolvió la mirada con una convicción inquebrantable. Creía cada palabra que decía. Sinceramente quería protegerla. Pero, ¿qué hay del creciente comportamiento extraño de su padre? ¿Conocía Louth a su padre lo suficientemente bien como para percibir el cambio en él?

Se puso de puntillas y buscó su boca para un beso para evitar esa discusión. El conde se inclinó para sellar sus labios juntos y al momento siguiente ella fue levantada en sus brazos.

No se besaron por mucho tiempo, pero Iris estaba temblando cuando terminó.

Louth le mordisqueó la piel del cuello y su pulso se aceleró. —Deberías volver con tu padre. Tengo que salir un rato, pero el vicario llegará a las dos para oficiar la ceremonia de matrimonio.

Ella esperaba que no se arrepintiera de su generosa oferta de hacerla su esposa. No era precisamente una buena elección. —Gracias.

Él se inclinó para besarla firmemente y luego le tomó la mano y la llevó hacia la puerta. Podían oír la risa de su padre en el salón, pero cuando llegaron a la entrada, se quedaron boquiabiertos de asombro. La boca de Louth también se abrió ante la escena.

Su padre estaba encaramado sobre una hermosa silla de brocado, agitando una fusta como si estuviera en una carrera.

—¡Alexander Hedley! —gritó Iris.

Él saltó de la silla. —Lo siento, madre.

Ella se apresuró hacia él, preocupada por ese desliz. —Pero soy Iris. Tu hija, ¿recuerdas?

Él la miró entornando los ojos. —Por supuesto que lo eres. ¿No tienes un saludo para tu viejo padre?

Ella se fundió en su abrazo, conteniendo las lágrimas. —Papá, ¿en qué estabas pensando? Los hombres adultos no se suben a los muebles de otras personas.

El hombre señaló a Lord Louth. —Lord Louth me dijo que me sintiera como en casa y eso he hecho.

—Pero aun así no deberías subirte a sus muebles. —Su futuro esposo simplemente sonrió ante la situación. Ella besó la mejilla de su padre, notando tardíamente que le habían cortado el

pelo, arreglado las uñas y llevaba un traje nuevo—. Te ves muy elegante hoy.

—Qué niña tan amable. —La abrazó con fuerza—. Me han dicho que mi hija se casa hoy, así que debo lucir lo mejor posible.

Las lágrimas le picaron los ojos. —Sí, se casa. Y es muy afortunada con su marido.

Cuando miró hacia la puerta, descubrió que Lord Louth se había escabullido. No podía culparlo. Las payasadas de su padre debían haberlo avergonzado.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

POR MUCHO QUE LO INTENTARA, Martin no podía esperar para estar a solas con su esposa, preferiblemente en la cama. Entendía que su padre la necesitaba. Demonios, todos la habían necesitado desde que pronunciaron sus votos ante un selecto grupo de amigos invitados a la boda organizada apresuradamente esa tarde.

Ella retiró las sábanas en la habitación de su padre y lo acomodó bajo el edredón. —¿Estás lo suficientemente abrigado, padre?

El hombre mayor sonrió como si estuviera algo ebrio. —Perfectamente y doblemente cansado. Fue un día muy largo. No vi a Fitzhugh por ningún lado.

—Por supuesto que no —Iris le lanzó una mirada de disculpa a Martin—. No fue invitado a la boda.

—¿Alguien se casó? —Su padre sonrió, pero Martin no creía que el hombre estuviera bromeando con su hija. A lo largo del día, había empezado a sospechar que Hedley no recordaba mucho de lo que se le decía, y esto era una prueba más.

Ella le acarició el cabello como si fuera un niño y no respondió a su pregunta. Iris había ignorado todas sus insinuaciones sobre el problema de olvido de Hedley hasta ahora, para su decepción. La discusión podría esperar hasta mañana, pero no mucho más que eso. Si sus sospechas eran correctas, habría que tomar medidas para su cuidado. Hedley casi se había orinado en la terraza trasera antes de que llegaran los invitados a la boda. De no ser por la rápida acción de Gibbs, Hedley habría mostrado su trasero a toda la sala.

Iris se inclinó para recoger un libro que su padre había tirado de la mesita de noche, revelando el contorno de sus exuberantes nalgas. Definitivamente era hora de ir a la cama.

Se disculpó y se retiró a esperar en el pasillo. Por mucho que deseara lo contrario, no podía contener sus pensamientos lujuriosos para siempre. Estaban casados. Estaba ansioso por esta noche y esperaba que Iris nunca se arrepintiera de haberse casado con él después de hacer el amor.

Justo cuando empezaba a temer que tendría que arrastrarla fuera de la habitación de su padre, ella apareció a su lado. —Se ha dormido.

—Se ha instruido a Gibbs para que permanezca como su ayuda de cámara en el futuro previsible, Iris.

Su rostro se iluminó con una sonrisa muy diferente a cualquiera que le hubiera dirigido antes al mencionar su título. Era como si mil velas la hubieran iluminado y la hubieran inundado con su suave resplandor. —Me gusta oír eso, mi lord.

—Martin bastará —La levantó en sus brazos y se dirigió a su dormitorio antes de que surgieran otras distracciones. Iris rodeó su cuello con los brazos con un suspiro y se aferró a él

como si nunca fuera a soltarlo. Y él tampoco la soltaría. Haría cualquier cosa para mantenerla feliz.

La habitación estaba iluminada con la cálida luz del hogar y poco más.

Bajó a su esposa hasta sus delicados pies y se arrodilló para quitarle los zapatos.

Cuando se puso de pie de nuevo, recordó lo pequeña que era Iris. Tragó su aprensión sobre la noche que se avecinaba y le dio un suave beso en los labios. Como siempre, su cuerpo vibró de lujuria en el momento en que la lengua de ella se deslizó entre sus labios para convertir un momento tierno en uno apasionado. Ella sabía tan dulce. Podría embriagarse con su sabor si no tuviera cuidado.

Cuando sus labios se separaron, él se apartó. —Esposa.

—Marido —Ella sonrió.

Lo besó de nuevo, enredando sus dedos en su pelo corto y apretándose contra él. No había nada que deseara más que estar dentro de ella, completar su educación en las artes sensuales como ella había planeado. Sin embargo, la paciencia la serviría mejor, así que pasó sus manos por su espalda, acariciando su delicioso trasero y torturándose con la sensación de ella.

La apretó firmemente contra su cuerpo, la cresta de su erección dura contra su vientre. Los dedos de ella se deslizaron bajo la cintura de sus pantalones y desabrochó los botones. Por mucho que apreciara la libertad, también la temía. Con muy poco pensamiento y consideración, podría lastimarla.

Martin llevó a Iris a su cama y se detuvo al borde. Aflojó su agarre, con la intención de dejarla. —No hay necesidad de apresurarse.

Ella negó con la cabeza y luego acunó el lado de su rostro. —No me niegues lo que quiero.

Él cerró los ojos brevemente y la depositó suavemente en el suave colchón. Iris le sonrió y su corazón saltó dolorosamente. Ella no tenía miedo. Extendió la mano hacia él, con la intención de jalarlo encima de ella inmediatamente. Él negó con la cabeza y se quitó primero la ropa superior.

Sus ojos se agrandaron cuando su pecho desnudo quedó a la vista. Se sentó y pasó sus pequeñas manos por su piel. —Eres hermoso y tan fuerte.

Como sus pantalones ya estaban desabrochados, se deslizaron solos, y él se los quitó rápidamente antes de volver a Iris.

Su sonrisa perezosa, fija en su entrepierna, le provocó un hormigueo cálido en la base de su columna. A instancias de ella, cubrió su cuerpo con el suyo. —¿Es eso lo que quieres? ¿Estar debajo de mí sin posibilidad de escape?

—Sí, pero más también —Examinó sus hombros mientras sus caderas se elevaban para rozar su erección—. Hazme el amor.

Él besó su frente. Era un hombre pesado y, después de un breve momento pegado a ella, se apoyó sobre sus codos y quitó su peso hasta que apenas se tocaban. —Lo haré. Pero lo haremos lentamente. Soy demasiado grande para ti.

—Por ahora quizás, pero me acostumbraré —Iris trazó su clavícula con la punta de un dedo, y luego bajó para rodear su pezón—. Supongo que tendremos que practicar a menudo.

—Unas pocas veces al mes.

—Varias veces a la semana sería mejor. Me han dicho que será más fácil con el tiempo.

Él se echó hacia atrás sorprendido. —¿Hablaste con Esme sobre mí?

—No, Esme habló conmigo. Pensó que dada la ausencia de una madre, debía explicarme la intimidad. Me alegro de que lo hiciera. No permitiré que me hagas dudar con tus propios miedos.

Martin dio la vuelta a Iris para poder alcanzar los botones en la espalda de su vestido. —Tengo razones para tener miedo.

Razones que aún no podía compartir. Se echó hacia atrás, hizo una pausa por un momento, y luego bajó sus labios a su cuello.

Iris suspiró profundamente mientras él mordisqueaba su piel. —Sí, justo así.

La cabeza de Martin se nubló de lujuria mientras Iris se volvía dócil entre sus brazos. La hizo girar sobre su espalda y le miró el rostro para encontrar sus ojos entornados, con una expresión de total confianza y expectación. Besó sus labios, asombrado por cómo lo conmovía. Nunca había planeado esto, pero le haría el amor. No se atrevía a decepcionarla cuando ella estaba tan decidida a convertirse en su esposa en todos los sentidos de la palabra. Él cuidaría de ella.

Trazó su piel con las yemas de los dedos, desde su esbelto cuello, pasando por su clavícula hasta su pecho. Era tan pequeña acostada a su lado. Tenía que ser cuidadoso. El modesto vestido que llevaba ocultaba sus senos, pero una rápida mirada confirmó que sus pezones eran puntos duros bajo la tela. Cubrió su seno con la palma de una mano y luego acarició suavemente su pezón a través del vestido. Iris arqueó la espalda hasta rozarse contra él.

La parte superior de su vestido se abrió y él lo deslizó hacia abajo, descubriendo sus hombros y la parte superior de sus senos llenos. La barrera de un corsé y una camisa permanecía entre ellos. Comprobó cuán apretada estaba en el corsé. La prenda se movió y él metió los dedos por debajo en cada lado de su cuerpo y lo empujó hacia abajo tanto como pudo. Iris jadeó suavemente.

La camisa había seguido al corsé y admiró a Iris en el más impropio de los estados.

Pálida y perfecta. Sus senos eran blancos y llenos. Las puntas rosadas de sus pezones se volvieron aún más evidentes mientras los miraba. Tocó uno con reverencia. Iris siseó y él cubrió su seno con la mano. Martin amasó su carne suavemente y luego pellizcó el pezón. Encontró la mirada de Iris y sonrió. —Ahora son míos.

Bajó la cabeza y succionó su seno. Iris se tensó entre sus brazos. Como era de esperar, pronto se acostumbró a las sensaciones que él evocaba e incluso le acunó la cabeza para mantenerlo contra ella.

Martin le subió las faldas hasta los muslos y empujó suavemente sus piernas para separarlas y poder acomodar su peso entre ellas.

Cuando reacomodó sus caderas en el ápice de sus muslos y presionó contra ella allí, un gemido bajo escapó de sus labios. Martin no podía succionar su seno y provocar su sexo al mismo tiempo, así que alternó entre succionar su seno y frotarse contra su sexo. Iris le clavaba las uñas en la cabeza y los hombros. Palabras incoherentes brotaban de sus labios.

El sonido de su aliento lo hizo doler de necesidad por estar dentro de ella. Sin embargo, Iris no podía estar lista para él. Tenía suficiente experiencia con mujeres para saber que ella necesitaba encontrar su propio alivio primero antes de que él pudiera siquiera pensar en unirse a ella.

Deslizó una mano bajo sus faldas, acarició su esbelto muslo hasta tocar sus rizos. Iris se sacudió de nuevo y un gemido profundo llenó sus oídos. Separó sus labios inferiores y rozó su sexo con un dedo, descubriendo un calor húmedo y abrasador y una excitación más allá de sus sueños.

Esta vez él gimió. Tocó su clítoris con presión constante y luego giró alrededor del duro botón hasta que Iris se estremeció y se deshizo.

Deslizó su dedo hacia abajo y presionó dentro de su cuerpo. Su sexo pulsaba alrededor de su dígito y la acarició, imitando el acto de hacer el amor. Cuando sus espasmos se calmaron, añadió otro dedo y descubrió que Iris no estaba tan apretada como temía.

Añadió un tercer dedo a su vaina y los mantuvo allí mientras se alejaba para ver su rostro.

Una suave sonrisa jugaba en sus labios, sus ojos soñolientos con lujuria saciada. Rápidamente le quitó el vestido y la enagua, el corsé resultó más complicado pero dominó los cordones y la dejó desnuda sobre su cama. Se cernió sobre ella y la provocó con sus dedos de nuevo. —Tendrás que levantar las piernas para que te enredes alrededor de mí cuando entre en ti.

Iris lanzó una pierna alrededor de él y la acción abrió su cuerpo. Él se deslizó fácilmente dentro y fuera de su vaina. Estaba lista. Pero aún las dudas lo llenaban. Era tan pequeña. Martin se retiró y se posicionó en su entrada.

Encontró su mirada y su respiración se detuvo ante la visión de Iris tan completamente abandonada al deseo. Sus senos se balanceaban con cada respiración, sus frescas piernas se elevaron más hacia su cintura y se apretaron alrededor de él. Iris lo miraba con obvia lujuria y lo atrajo hacia ella.

El calor de su piel húmeda contra su miembro amenazaba su paciencia. —Eres tan hermosa.

Besó su mejilla y ella se giró para capturar sus labios en un beso más profundo. Pasó su lengua por su labio inferior y luego lo atrapó suavemente entre sus dientes, sus ojos brillando con picardía.

Nunca había deseado tanto a una mujer.

Iris acunó su rostro con ambas manos. —¿Qué estás esperando? Estoy lista.

Las palabras calientes susurradas contra sus labios aplastaron su resistencia. Presionó hacia adelante.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

IRIS SE RETORCIÓ. Dios mío, era enorme. Si fuera cualquier otro hombre, estaría aterrada de encontrarse en esta situación, indefensa y empalada en la virilidad más grande que jamás hubiera imaginado. De no ser por su delicadeza y vacilación, nunca habría disfrutado tanto de su lenta posesión. La había penetrado con tanto cuidado que temió que se detuviera cada vez que se retiraba, pero ahora seguía dentro de ella y su pecho se agitaba por el esfuerzo de contenerse.

Deslizó sus manos por el torso que se cernía inmóvil sobre ella y se maravilló del autocontrol y la determinación de Martin de no lastimarla más de lo necesario. Su piel estaba resbaladiza y caliente, y su cuerpo tenso. Si no continuaba ahora, gritaría.

Después de un largo momento, él encontró su mirada.

—¿Estás bien?

Ella asintió rápidamente y movió sus caderas experimentalmente en un intento de hacerlo moverse. La había hecho esperar tanto por este momento que estaba ansiosa por que él estuviera complacido.

—Sí. ¿Y tú?

Él ahogó una risa contra su cabello y retiró sus caderas en un largo deslizamiento que la hizo gemir.

—Muy satisfecho.

Iris no poseía el conocimiento para decirle con palabras lo que quería, así que cubrió su pecho de besos, pasó sus manos por toda su piel caliente y se retorció debajo de él. Desearlo había sido fácil; hacer el amor con él era todo lo que quería por el resto de su vida.

Cuando se contuvo demasiado tiempo, temió que se detuviera por completo. Iris presionó los talones de sus pies contra sus nalgas y lo obligó a deslizarse dentro de ella nuevamente. Cuando llegó a su límite, él se retiró inmediatamente y luego repitió la corta embestida. Mantuvo un asalto constante sobre su cuerpo y ella amó cada una de las sensaciones que la inundaban.

Iris rodeó sus hombros con los brazos y se aferró, amando la sensación de tenerlo dentro. Mañana podría estar adolorida, pero por ahora estaba inquieta de necesidad. Enredó sus dedos en su cabello corto y llevó sus labios a los de ella nuevamente.

El empuje de su lengua fue recibido por la suya y ella rió suavemente contra su boca. ¿Había algo que él pudiera hacer para desagradarla?

El deslizamiento de su virilidad se aceleró y el golpeteo de sus muslos contra los de ella provocó un dolor donde se unían. ¿Experimentaría otro clímax tan pronto? Eso esperaba. Hacer el amor con él era celestial.

Martin se elevó sobre ella, con los puños presionados contra el colchón mientras la poseía con embestidas constantes. Había una pregunta en su mirada y ella la respondió con una sonrisa.

Podía continuar. Podía hacer suyo su cuerpo toda la noche y ella nunca se quejaría. Sus caderas rotaron en la siguiente embestida y su respiración se entrecortó cuando una lujuria innegable atravesó su cuerpo.

Inquieta e incapaz de abrazar a Martin cuando mantenía tal distancia, Iris dejó que sus manos se deslizaran por sus brazos musculosos y dejó caer una sobre su propio pecho. Él presionó más profundo y giró sus caderas, pero su atención siguió su mano. Iris acunó su propio seno como él lo había hecho y jugó con el pezón. Nunca había imaginado que sus pechos pudieran ser tan sensibles, pero con Martin duro dentro de ella y observando, gimió suavemente.

Él la agarró por detrás del cuello, se balanceó sobre sus rodillas en medio de una embestida y la llevó sobre su regazo. La nueva posición la hundió más profundamente en él y ella se estremeció. Su clímax estaba cerca.

—Ayúdame —susurró.

Martin se sacudió debajo de ella, arrebatándole la capacidad de pensar con sus embestidas salvajes. La tocó entre las piernas y ella se deshizo violentamente. Gritó y tembló en sus brazos, apretándolo en el calor de la pasión.

—Joder —su maldición le quemó los oídos y el hombre grande la apretó contra él, con el pecho agitado, el cuerpo resbaladizo y abrasadoramente caliente mientras su semilla explotaba dentro de ella. Iris se quedó allí, empalada y jadeando contra la piel cálida de su marido, tan abrumada que apenas podía moverse. No quería moverse nunca de sus brazos.

Por fin, la colocó a un lado sobre el colchón. Ella hizo una mueca cuando él se retiró de su cuerpo y abrazó sus piernas para aliviar la incomodidad, tal como Esme había sugerido que podría ayudar después.

—¿Iris?

Ella sonrió a su apuesto marido, le tocó el rostro.

—Tomé la decisión correcta.

Su expresión se oscureció.

—Tomaste una decisión tonta.

Iris frunció el ceño.

—¿Cómo es eso?

—Ahora que has compartido mi cama, y de manera tan completa, te desearé de nuevo.

Oh, hacer el amor así otra vez, siendo totalmente el centro de su atención y de la suya propia. Suspiró.

—Eso espero.

—No tengo excusa.

Iris se apresuró a sentarse, ignorando la incomodidad de su cuerpo frente a su impactante sugerencia.

—No quiero que haya dudas entre nosotros. Deseaba tanto hacer el amor contigo y no me harás sentir avergonzada por ello.

Él pareció sorprendido por su sugerencia.

—No podría soportar perderte.

Iris se envolvió alrededor de él.

—No lo harás.

Él se movió hacia el borde de la cama e Iris se esforzó por no mirar fijamente su virilidad, que no se había ablandado considerablemente. Había tanto de él, y todo deliciosamente desnudo.

Su cabeza cayó sobre el hombro de ella.

—Un caballero debería tener control y tú hiciste trizas el mío.

Iris sonrió. ¿Qué dama decente disfrutaría tanto de ser completamente corrompida por su marido que se ofrecería una y otra vez? Era malvada y pecadora, y totalmente impenitente.

Ella le levantó el mentón y se encontró con la mirada de su marido. Vio el miedo en sus ojos. ¿No podía entender que sin importar el resultado, ella quería ser su esposa en todos los sentidos posibles? Eso significaba tener a su hijo. Su heredero. Amarlos a todos. Incluso al que él aún no admitía. —Y tú te llevaste el mío el día que nos besamos. No tengo interés en ser puesta en un pedestal y que solo se me permita acercarme en ocasiones especiales.

Él la miró con el ceño fruncido.

—No, no digas una palabra más. Ha sido un día largo y prometiste pasar la noche conmigo —dijo ella, poniéndose de rodillas—. Vuelve a la cama o lo arruinarás todo.

Él la contempló por un largo momento y luego se deslizó bajo el edredón. Su mirada recorrió la desnudez de ella. Le tocó el muslo y luego levantó la mano para mostrarle la sangre. —Te he hecho daño.

Ella puso las manos en sus caderas, furiosa con él por señalar lo obvio. —Al menos tienes prueba de que era inocente.

Iris balanceó las piernas sobre el borde de la cama y se deslizó a su habitación contigua para atender sus necesidades. Cuando regresó, Martin parecía pensativo. —Nunca dudé de tu inocencia.

—Shh —susurró ella mientras se metía bajo el edredón junto a él—. Sé que no lo hiciste, pero estoy bien y la próxima vez será aún mejor.

Iris se acurrucó contra su calidez, apoyando la cabeza en su brazo y dejando que su mano superior se deslizara por su costado para luego caer y cubrir su erección. Jugó con él un momento, ganándose un gemido por sus caricias, y se maravilló de que aún estuviera tan obviamente necesitado. Una noche nunca sería suficiente para aplacar su hambre, y ciertamente no la de él. Se había contenido.

Con el tiempo suficiente, con suficiente insistencia, ella lo convencería, pero por ahora cerró los ojos. Estaba demasiado cansada para discutir sobre las profundidades del placer que él le había dado y lo que el futuro podría traer.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

IRIS SE HIZO a un lado mientras los lacayos se llevaban la gran bañera de cobre vacía de la habitación de su padre. Esperó en la puerta mientras él observaba su entorno nuevamente, con los ojos abiertos de sorpresa, como un niño transportado a un lugar que nunca había imaginado. Al igual que Iris, le costaba creer que esa mañana estuviera fuera de Marshalsea y viviendo una vez más en una casa elegante donde podía tener todo lo que quisiera. —¿Necesitas algo?

Él apretó los labios y negó con la cabeza. Cuando se frotó los brazos de la bata de brocado azul profundo que ahora lo vestía, una prenda comprada apresuradamente como todas sus nuevas posesiones, a Iris se le encogió el corazón.

Iris agarró el pomo de la puerta y la cerró para evitar que los sirvientes regresaran. Cuando se acercó a él y le tomó la mano, descubrió que estaba temblando. —Está bien.

Él asintió, mirándola con consternación. —Nunca esperé esto cuando me desperté.

Ella le apretó los dedos y tragó el nudo que se le formaba en la garganta. Cada día desde su llegada había sido igual para él. La sorpresa y la confusión lo invadían. —Padre, has sido un invitado aquí durante varios días. Puede que no lo recuerdes, pero debemos estar muy agradecidos con Lord Louth por pagar tus deudas.

—¿Mis deudas? Sí, ya veo, pero... —Se mordió el labio y luego la soltó para deambular por la habitación—. Teníamos tan poco trato como para que hiciera tanto.

—Pagó tus deudas como regalo de boda para mí, creo. —Había sacado a su padre de ese terrible lugar y lo había alejado del peligro que representaba Talbot. No había palabras para describir su alivio. Él nunca más tendría que aventurarse en la alta sociedad si no quería o si no era capaz de manejar la tarea por sí mismo. Podría dejar el pasado atrás y concentrarse en mejorar. Y ella también dejaría el pasado atrás, esperaba, pero solo si atrapaban a Talbot con las manos en la masa.

—¿Sois novios? —Su padre sonrió, sus ojos se abrieron con diversión ante la idea. Habló con voz burlona y le señaló con el dedo—. A mamá no le gustará eso.

Iris se quedó helada. —Lord Louth, Martin, es mi esposo. Me casé con él aquí en esta casa. Tú estuviste presente para verme casarme. Dijiste que estabas orgulloso de que me convirtiera en condesa. Ahora soy una dama.

—Oh, ya veo. Lady Louth, ¿no es así? —Hizo un ruido extraño, una burla que insinuaba que se estaba dando aires que no merecía. Se alejó para mirar por la ventana—. Bueno, supongo que solo un joven rico y bien relacionado será suficiente para ti, ¿no?

A Iris no le gustaba la forma en que su padre revertía a un comportamiento infantil estos últimos días. Nunca antes se había burlado de ella. No era correcto y seguramente sería notado. Iris se retorció las manos y luego se unió a él en la ventana para ver qué le interesaba tanto. —

También me hace muy feliz y lo quiero.

No había nada afuera más que el bullicio de la gente yendo y viniendo en sus vidas.

—¿Amor? —Su padre frunció el ceño y se estudió las uñas.

—Eso creo —confesó Iris.

—Tendrás un marido rico, si se hace a mi manera, ya que tales emociones no duran.

Su padre había amado a su madre y ella pensaba que también había querido a su segunda esposa. Iris nunca había sido particularmente cercana a la mujer, y especialmente no después de que dejara a su padre porque él no podía pagar la factura de su modista. No se había dado cuenta del alcance de su amargura. —¿Por qué dices eso?

—Experiencia. El amor es para los tontos.

Antes de que Iris pudiera responder, sonó un golpe en la puerta. Su padre dio permiso para entrar como si fuera él mismo de nuevo y no se hubiera burlado de ella como un niño mezquino hacía un momento. Dos lacayos esperaban en la puerta, uno sosteniendo una bandeja de té repleta. —El señor Gibbs nos envió, señor Hedley.

—Por supuesto, pasen, pasen. —Miró la bandeja con curiosidad—. ¿Qué tenemos aquí?

El lacayo dispuso en silencio la comida y las tazas de té sobre la mesa plegable junto a la ventana. Cumplido su deber, salieron de la habitación, dejando a su padre sonriendo. Gibbs, bendito sea, había enviado suficiente pastel para que durara varios días, a juzgar por la cantidad proporcionada. Iris se movió para servir. Vertió el té en las finas tazas de porcelana y luego eligió una gruesa rebanada de pastel de fresa para su padre y la colocó en el bonito plato a juego. —Ven a comer.

Él miró fijamente los platos y luego se estiró para alcanzar un cuenco cubierto. —Azúcar. —La palabra fue susurrada con reverencia y cogió el azucarero, apretándolo contra su pecho—. Esto es lo que más he echado de menos.

Iris rió suavemente y le quitó el azucarero. —Bueno, no hay escasez de dulces para complacer tu paladar hoy.

Le entregó una cucharilla de plata y mientras él echaba seis cucharaditas de azúcar en su taza, ella empezó a reír. No pudo evitarlo. No había echado de menos su reluciente carruaje negro, ni la docena de lacayos que empleaba para que le trajeran y llevaran cosas, ni a su segunda esposa o su hogar. Había echado de menos el azúcar.

Su cucharilla raspó contra la taza de porcelana mientras revolvía, una enorme y satisfecha sonrisa adornando sus labios. Cuando finalmente se detuvo, cogió su taza y sorbió el té ruidosamente. —Ah, esto es lo que más necesitaba. Disculpas por mis malos modales.

—No pasa nada. —Se inclinó hacia él, asombrada de lo diferente que podía sonar en tan poco tiempo—. Puede ser nuestro secreto.

Él agarró su rebanada de pastel de fresa y dio un generoso mordisco. Su sonrisa mientras comía era de asombro y de repente descubrió que su padre probablemente no había comido tan abundantemente en varios años. Cuando estaba a punto de terminar, ella le pasó el plato de tartaletas de limón. —¿Otra?

Él se apresuró a servirse dos y mientras masticaba y sorbía su té demasiado dulce, su animación disminuyó. —¿Cuándo traerá el posadero nuestro equipaje del carruaje?

Iris se pellizcó el puente de la nariz. —Padre, por favor. Estamos en casa, en Holly House, con Lord Louth. Él es tu yerno, no un posadero. ¿No puedes recordar referirte a él por su título como solías hacer? Lord Louth. Ese es su nombre.

Su padre se encogió de hombros y torció la boca. —¿Qué clase de hombre es ese que hace esperar tanto a otro?

—Ya ha hablado contigo hoy. Y te cae bien, papá. Es un buen hombre. Amable con su prima, la señorita Whitney Crewe. Tiene un excelente sentido del humor.

Un humor que se pondría a prueba si pasara tan solo diez minutos con su padre en su actual estado de confusión.

—Presumió de ser adinerado. —Su padre se sirvió otra taza de té y un trozo de pastel, y se quedó mirando al vacío mientras se llenaba la boca. La miró de reojo y se apresuró a terminar. Se puso de pie, dejando caer una avalancha de migas al suelo—. Estoy listo para irme.

—Pero si acabas de llegar.

—¿Ah, sí? Vaya, no lo recuerdo. —Se palmeó el estómago mientras bostezaba—. Comer cansa a un hombre. Creo que tomaré una siesta antes de la cena. Ha sido un día emocionante.

—Por supuesto —susurró ella con el corazón roto.

Apenas eran las diez de la mañana, pero ya había alcanzado su límite tratando de convencerlo de algo más. Iris se apresuró hacia la cama y retiró las sábanas para que su padre pudiera descansar cómodamente acostado—. Te despertaré con tiempo suficiente para que te prepares para la cena.

—Es una buena idea. —Se acostó con un gemido y se acurrucó de lado con las manos bajo la mejilla—. Estos lugares se vuelven incómodamente abarrotados a la hora de las comidas.

Iris salió sigilosamente de la habitación y, una vez sola en el pasillo, se cubrió el rostro. Su insistencia en que se alojaba en una posada era cada vez más difícil de soportar. No lograba sacarlo de su delirio de que estaba en un largo viaje, y el esfuerzo de corregirlo ya estaba poniendo a prueba sus nervios.

—¿Puedo hacer algo por usted, mi señora?

La pregunta cortés del mayordomo la hizo soltar un grito, pues no había oído su aproximación. Se volvió hacia él y notó que un lacayo se demoraba unos pasos atrás—. No, nada. Mi padre deseaba volver a la cama. Está muy cansado hoy.

—Muy bien, señora. —Gibbs echó un vistazo a la habitación y luego se deslizó dentro para recoger la bandeja del té. Los familiares sonidos de los ronquidos de su padre añadieron un consuelo que había echado de menos esa mañana. Gibbs cerró la puerta con cuidado y sonrió—. Ni siquiera me notó. ¿Necesita algo más?

Iris negó rápidamente con la cabeza.

Cuando el lacayo se alejó apresuradamente con la bandeja, Iris supuso que Gibbs lo seguiría. Sin embargo, abrió la puerta de una habitación contigua y entró. Curiosa por lo que hacía en un dormitorio a esa hora del día, echó un vistazo alrededor. Había una mesa redonda apilada con plata deslustrada. Cuando Gibbs tomó un paño de limpieza y sacó una silla para sentarse, ella frunció el ceño—. ¿No debería hacerse eso en el piso de abajo?

Gibbs asintió—. Normalmente se haría en otro lugar, sin embargo, su señoría me ha pedido que vigile a su padre durante el día, por si necesita alguna ayuda. Detesto la idea de quedarme sentado sin hacer nada. Brown ha sido ascendido para atender la puerta, según las instrucciones de Lord Louth. La señora Clayton espera su llamada para discutir los menús cuando usted lo considere conveniente.

—Oh, ya veo. Sí, por supuesto. —Se dio la vuelta para irse, pero cambió de opinión y volvió sobre sus pasos—. ¿Me traerá a mi padre cuando se canse de su habitación?

Gibbs asintió—. Estaré encantado de hacerlo, mi señora.

También debería visitar a la prima de su marido. Whitney se había hecho escasa después de que se pronunciaran sus votos y eso no podía ser. No quería que su matrimonio alejara a la joven —. ¿Y la señorita Crewe?

—Está en su estudio, como de costumbre a esta hora del día. —Gibbs gesticuló detrás de ella —. La habitación está al final del pasillo, a la izquierda.

Ella asintió, añadiendo la ubicación y los hábitos de Whitney a su memoria—. ¿Y mi esposo? ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

La mirada del mayordomo se volvió cautelosa—. Salió, mi señora.

—¿Salió? —No había mencionado ningún recado que tuviera que hacer esta mañana—. ¿Adónde? ¿O sabe cuándo volverá?

El mayordomo se irguió—. No lo dijo, y no me corresponde preguntar.

Iris asintió—. Por supuesto. Simplemente quería agradecerle el cuidado que está dando a mi padre. —Al menos con él fuera, tenía tiempo para armarse de valor para abordar el tema de la memoria dispersa de su padre. No debería posponerlo mucho más. Parecía estar peor hoy.

Gibbs asintió—. Le comunicaré su deseo de verlo cuando regrese.

—Se lo agradecería. Gracias.

Iris se dirigió hacia el estudio de Whitney, una habitación en la que nunca se había aventurado antes de su matrimonio, y llamó a la puerta. Al no recibir respuesta, entró y echó un vistazo alrededor. Whitney estaba de espaldas a la puerta, con el pincel en alto mientras contemplaba el retrato incompleto frente a ella.

—¿Señorita Crewe?

Su pincel se elevó y luego hizo una pequeña y delicada pincelada—. Nunca consigo los ojos como quiero al primer intento —murmuró y dejó a un lado su pincel—. Buenos días, querida prima. Te ves muy bien esta mañana.

—Gracias. —Iris miró alrededor de las paredes de la habitación para ocultar su sonrojo.

Aparte de su creciente preocupación por la mente deteriorada de su padre, se sentía maravillosa, llena de esperanza y optimismo sobre su matrimonio. La facilidad con la que se habían unido la llenaba de alivio. El conde había tenido dudas sobre su tamaño en comparación con el de ella. Que se hubiera arrepentido de retirarse para evitar un embarazo y no quisiera decir por qué la llenaba de inquietud, sin embargo. ¿Alguna vez le contaría sobre su hija? Si cerraba los ojos por un momento, aún podía recordar la sensación de la pequeña en sus brazos. Ella también necesitaba una madre y un padre que la amaran y protegieran, ¿no es así?

Había pocas obras de arte colgadas, pero muchos lienzos estaban apilados contra las paredes. —Así que es aquí donde prefieres pasar tu tiempo. Tu prima hablaba a menudo de tu interés por el arte, pero nunca tuve la oportunidad de ver nada antes de que nos casáramos.

—Y así es como debía ser —Whitney dejó caer su pincel en un frasco de cristal lleno de líquido y dio un paso atrás—. Solo tenías ojos para él, y eso me satisface mucho.

Ella ocultó una sonrisa. —¿Tan obvio era mi interés?

—Para quien se molestara en observar, oh sí, ciertamente lo era —Whitney cogió un paño de satén negro y limpió cuidadosamente el pincel con él—. Parecías embelesada. Me sentí tan aliviada de que mi primo hubiera encontrado a la mujer adecuada para casarse. Espero poder afirmar que mi cooperación jugó un pequeño papel en tu éxito con él.

Iris se enfrentó a la mujer, sorprendida de que intentara atribuirse el mérito de su matrimonio. La mayoría de las mujeres no eran tan atrevidas. —Nunca terminé de creer a mi esposo cuando hablaba de tu carácter, pero realmente no tienes miedo de expresar tus opiniones, ¿verdad?

Whitney se encogió de hombros. —Sé lo que me gusta y lo que no. La mayoría de las mujeres nunca te dirán lo que realmente sienten o piensan.

Eso era, desafortunadamente, demasiado cierto. —¿Qué harás hoy?

Whitney colocó cuidadosamente sus pinceles para que se secaran y luego sonrió. —Estoy a

tu disposición.

—Bien. Si no te importa, me gustaría tu compañía para otro recorrido por la casa, y quizás podrías recordarme los nombres y las tareas de los sirvientes mientras avanzamos.

Whitney hojeó algunos papeles en un cajón de la mesa lateral y se los entregó. —Esto debería ayudar. Empecé a tomar notas para ti cuando regresamos del parque el otro día.

Iris examinó la lista. Whitney había anotado el nombre de cada sirviente, detallado sus tareas y añadido pequeñas notas sobre su carácter también. Todo lo que la nueva señora de la casa pudiera necesitar en un momento dado.

La penúltima hoja contenía los nombres de miembros de la sociedad, incluyendo sus direcciones en Londres. Personas con las que suponía que su marido estaba más familiarizado. También había un boceto de la casa de la ciudad en Londres y de Holly Park, su finca campestre en Lincolnshire, y una breve lista de otras propiedades que poseía el conde, incluyendo la residencia de Pollen Street donde vivía su hija.

Iris dobló los papeles cuidadosamente sin comentar sobre la propiedad cercana. —Gracias por tu ayuda. Estas listas serán invaluables.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar en la transición —Whitney sonrió—. ¿Dónde se esconde ese primo mío hoy? No lo he visto en toda la mañana. ¿Lo dejaste en la cama?

—No. Salió solo más temprano.

—¿A pocos días de casarse? Espero que traiga a casa algo precioso como regalo de bodas.

El pulso de Iris se aceleró. No necesitaba nada más de lo que él le había dado además del matrimonio, pero no había considerado realmente lo que él hacía cuando no estaban juntos. ¿Había ido a Pollen Street para ver a la bebé o ignoraba por completo a la pequeña? ¿Cuánto tiempo ocultaría la señora Hughes sus visitas secretas a la bebé? —No tengo idea de lo que pueda estar haciendo, pero estoy segura de que me enteraré más tarde.

CAPÍTULO VEINTICINCO

—NO SÉ CÓMO agradecerte lo suficiente —comenzó el señor Hedley tan pronto como su hija salió de la habitación, camino a consultar con el ama de llaves sobre la posibilidad de servir la cena antes de lo planeado. Hedley apenas podía mantener los ojos abiertos y Martin estaba cada vez más preocupado.

—Ya me has agradecido bastante —Martin sonrió suavemente, admirando el color de su whisky—. Me alegro de haber tenido la oportunidad y los fondos para ayudar.

Al mencionar el dinero, Hedley tragó saliva con dificultad y se removió en su silla.

—Sabes que nunca podré pagarte.

—Lo sabía desde el principio, señor —El pobre Hedley estaba extremadamente incómodo, pero el hecho estaba consumado, el dinero gastado y la conciencia de Martin estaba tranquila. Hedley estaba en libertad e Iris era feliz.

En todos los aspectos menos uno, el señor Hedley ya no tenía preocupaciones.

—He estado queriendo preguntarte sobre tu esposa. Iris no ha mencionado a su madrastra, pero tengo entendido que la señora Hedley volvió con su familia poco después de que se conocieran sus pérdidas. ¿Deseas mandar a buscarla? Hay más que suficiente espacio.

Al mencionar a su esposa, el rostro de Hedley se oscureció de ira.

—Se casó conmigo solo por mi dinero; fue toda una sorpresa después de quince años creyéndome un marido feliz. Pero cuando no quedó nada más que yo, Jane huyó con su familia sin mirar atrás.

Martin nunca había conocido a la madre de Iris. Recordaba a la segunda señora Hedley como elegante pero un poco brusca. No le habría ido bien visitando la prisión de deudores.

—¿Por qué Iris no se fue con ella a quedarse con la familia?

—Mi esposa me acusó de arruinar su vida, como si nos hubiera arruinado solo para fastidiarla. El amor de mi hija es lo único que me ha mantenido en pie. Iris no quiso irse por más que intenté convencerla —Hedley se bebió su whisky de un trago.

Martin no tenía idea de que el matrimonio se hubiera deteriorado tanto, pero debería haberlo sospechado, dado que ni Hedley ni Iris habían mencionado a la esposa ausente.

—¿Te gustaría escribirle y darle tu dirección?

—¿Para que nos envíe sus facturas? —Hedley negó con la cabeza violentamente—. No. No te haré eso a ti ni a mi hija. Jane solo vendría a entrometerse y causar problemas.

Martin estudió a Alexander Hedley y dejó el tema.

—Muy bien.

Hedley frunció los labios un momento y luego se inclinó hacia adelante.

—Acepta un último consejo de mi parte si quieres antes de que me vaya: cuando estés

pensando en proponer matrimonio, piénsalo un poco más antes de hablar. Una esposa de buen tiempo no es para ningún hombre.

Martin hizo una mueca. ¿Acaso el hombre no podía mantener claro en su cabeza que Iris ahora estaba casada con él y que esta era ahora su casa? La única conclusión a la que podía llegar era que el hombre estaba perdiendo la cabeza, o la había perdido hace algún tiempo. Había momentos en que entendía, pero más a menudo estaba confundido.

—Estoy casado con su hija, señor. ¿No recuerda la ceremonia que tuvo lugar en la sala de estar?

Por mucho que quisiera a Alexander Hedley en su casa, la situación no era ideal cuando cuestionaba su estado civil todo el tiempo.

—Un hombre de tu edad —continuó Hedley, sin darse cuenta de que la mente de Martin se había desviado a preocupaciones por el futuro— debería tener una esposa rica con buenas conexiones. Mi Iris, para mi vergüenza, no tiene ninguna de esas ventajas.

—Tiene suficiente atractivo para mí —Se levantó rápidamente y rellenó sus vasos. Estaba muy satisfecho con su decisión de casarse con Iris y las discusiones como esta con Hedley empezaban a irritarle.

Hasta ahora, no había habido ninguna alteración en el funcionamiento de su hogar, ya que su esposa había asumido el papel. Se había hecho cargo sin problemas y, por lo que se decía, había ganado al personal en su primer día como condesa. El asunto de los robos, particularmente la parte de Iris en ellos, no había resurgido en la discusión, pero se estaban haciendo planes para poner fin a los hurtos de Talbot muy pronto.

Miró por la ventana hacia la calle mientras tapaba la licorera, soñando con un futuro placentero por delante. Podría tener a Iris en su cama, provocarla hasta que despertara del sueño como lo había hecho esa mañana. Y luego, más tarde, se escabulliría para visitar a su hija sin que nadie lo notara. No era ideal, pero no veía cómo reunir a su esposa y a su hija en el futuro inmediato.

Después de un momento, se dio cuenta de que había un hombre parado frente a su casa en Golden Square. El sujeto vestía pobremente en comparación con los que pasaban junto a él y destacaba por su falta de moda. Los que paseaban por la plaza le daban un amplio margen, pero su atención estaba en Holly House.

Miró más de cerca y por fin reconoció al hombre como el carcelero de Marshalsea.

Martin se dirigió hacia la puerta principal antes de darse cuenta por completo de lo que estaba haciendo. Ese hombre no tenía ningún asunto merodeando fuera de su casa.

Salió precipitadamente, cruzó la calle sin pensar mucho en el tráfico y clavó una mirada fría y dura en el carcelero. Para su crédito, Fitzhugh se mantuvo firme hasta que Martin se acercó. El hombre inclinó la cabeza con deferencia.

—Milord.

Fitzhugh era media cabeza más bajo, ligeramente redondeado en el medio y claramente vestía su mejor ropa.

—No tienes razón para venir aquí.

—Quería hablar con el señor Hedley, pero la aldaba ha desaparecido de la puerta.

—Sí, así es —No quería visitantes en absoluto hoy.

—Soy el señor Fitzhugh, si no me recuerda. De la prisión de Marshalsea —Sonrió ampliamente como si tal lugar fuera un crédito para él más que una desventaja, revelando dientes deformes y manchados.

Martin apretó los dientes. Este hombre había permitido que Talbot accediera a la prisión y

chantajeara a su esposa.

—Sé quién eres.

—¿Confío en que el señor Hedley y su hija se encuentran bien de salud?

Martin entrecerró los ojos y usó su corpulencia para intimidar. —La salud de mi esposa no es de su incumbencia, señor. Váyase de aquí.

—¿En verdad se casó con ella? —Fitzhugh parecía atónito. Metió la mano en su bolsillo y luego sacó un cuadrado de papel sucio y doblado—. Entonces debería tener esto.

Martin miró la nota con disgusto. —¿De qué se trata eso?

—Es un asunto privado, milord. Mejor no discutirlo en la calle.

El sobre solo podía contener una de dos cosas: una nota de chantaje o una amenaza contra su vida.

Martin arrebató la nota antes de que alguien lo notara y se la metió en el bolsillo. —Si vuelve por aquí, soltaré a mis perros sobre usted. —No tenía perros en Londres, demasiado alboroto y ruido, pero conseguiría algunos para la casa de la ciudad si el bastardo se atrevía a volver a este vecindario. Un perro con bonitos dientes afilados que pudiera asegurarse de que el hombre caminara con una cojera permanente de por vida.

El hombre se encogió de hombros. —Los perros solo son leales a quien les da su próxima comida. Los hombres son así también. Que tenga un buen día, milord.

Se dio la vuelta antes de que Martin pudiera responder, teniendo la última palabra y dejando a Martin hirviendo de rabia. Se dirigió a casa inmediatamente. Una vez dentro, echó un vistazo a la biblioteca para revisar al señor Hedley, pero lo encontró dormitando. El hombre tenía una habilidad asombrosa para quedarse dormido cada vez que se producía una pausa en la conversación durante más de unos minutos. Hoy estaba agradecido por ello, y se alejó del hombre antes de molestarlo.

Gibbs se unió a él en el pasillo, su mirada dirigiéndose hacia la puerta de la biblioteca. —¿Está todo bien, milord?

Instó a Gibbs a entrar en el salón. —¿Por casualidad notaste al hombre con quien estaba hablando en la plaza?

Gibbs asintió lentamente. —Sí, milord. Aunque no lo reconocí.

—No deberías haberlo hecho, pero recuerda su cara, ¿quieres? —Martin suspiró. Necesitaba la ayuda de Gibbs para que Iris permaneciera a salvo—. Mantén un ojo sobre él y hazme saber si el tipo vuelve. No se le debe permitir la entrada a Holly House, no es bienvenido, y asegúrate de que mi esposa no se entere de su visita en caso de que alguna vez se atreva a oscurecer nuestra puerta.

Gibbs asintió, pero luego frunció el ceño confundido. —¿Es un conocido de ella?

—Ese no es amigo de ninguna mujer decente.

—Oh. —Gibbs se movió hacia una ventana y echó un vistazo—. Ya se ha ido.

—Bien. —Martin tocó la nota en su bolsillo pero no la reveló—. No deseo que me molesten hasta la cena.

—Por supuesto. Me aseguraré de que el señor Hedley tenga todo lo que necesite.

Martin se detuvo un momento. —¿Es un huésped fácil?

—Sí, milord. El mayor problema que da a alguien hasta ahora es pedir segundas porciones de todo lo que le servimos.

Martin miró hacia la biblioteca. —Necesita comer.

—Y descansar también —murmuró Gibbs en total acuerdo—. No es más que piel y huesos.

—Se recuperará —insistió Martin, preguntándose en silencio si eso sería cierto o no. ¿Cómo

se curaba una mente que se negaba a recordar?

—Lo hará, milord, con usted cuidándolo. —Gibbs asintió en aprobación y se dirigió hacia la despensa del mayordomo.

Martin se retiró a su estudio y examinó el papel que había metido en su bolsillo de parte de Fitzhugh. No iba a entregarlo sin saber primero lo que contenía.

Escaneó la hoja, esperando leer los peores tipos de demandas de dinero. Sin embargo, la nota mal garabateada contenía una advertencia de Fitzhugh. Talbot estaba furioso por la salida de Hedley de Marshalsea y había prometido hacer que Iris pagara caro por lo que consideraba una traición a su acuerdo.

Metió la nota en su bolsillo cuando Iris golpeó su puerta abierta. —La señora Clayton accedió a adelantar la hora de la cena.

—Bien. Gracias.

Ella se acercó más. —¿Tuviste un día agradable?

—En cierto modo. Helena Ward sigue causando todo tipo de problemas a mi hombre de negocios.

La sonrisa desapareció del rostro de Iris. —¿La viste?

—No, vi al señor Barker en sus oficinas y eso fue suficiente. La describe como una derrochadora frívola sin ningún autocontrol. —Martin se rio al recordarlo—. El pobre hombre podría estar sobrepasado, pero estoy seguro de que la pondrá en orden eventualmente.

—Ya veo. —Se mordió el labio y se dio la vuelta—. ¿Fuiste a algún otro lugar?

—No. —Había ido a ver a su hija, pero no mencionaría ese hecho todavía. No hasta que el asunto de atrapar a Talbot con las manos en la masa hubiera terminado y el peligro que representaba hubiera pasado. La situación debía manejarse con mucho cuidado.

Se puso de pie y se acercó a un retrato de sus abuelos que fue hecho poco después de su matrimonio. —Hay algo que me gustaría que tuvieras.

Retiró la pintura y forcejeó con la cerradura de la caja fuerte oculta detrás, luego sacó una pesada caja de joyas. Sonrió ante el contenido. —Estas joyas pertenecieron a mi abuela y creo que pueden ser suficientes para el próximo baile. —Se dio la vuelta y sostuvo la caja abierta que, a primera vista, parecía contener una fortuna en rubíes y diamantes.

Desafortunadamente, su esposa se había cubierto la cara y no podía verlas.

—¿Iris?

Ella mantuvo su rostro cubierto. —No puedo usarlas.

Preocupado por el tono entrecortado de su voz, dejó la caja a un lado sobre su escritorio y atrajo a Iris hacia sus brazos. Ella enterró su rostro contra su pecho y tembló. —Talbot las querrá. Él desea todo lo que ve.

Acarició su espalda, comprendiendo perfectamente su preocupación. —No he tenido la oportunidad de contarte sobre mi abuela todavía, ¿verdad? Astuta vieja. Odiaba usar joyas finas por la envidia que causaban en los demás, así que mandó hacer copias de las joyas familiares reales. Estas son de imitación, una réplica exacta del conjunto que se ve en ese cuadro que retiré. Las usaba en todas partes, y no fue hasta que falleció que descubrimos el conjunto real escondido dentro de una vieja caja de sombreros en lo alto de su armario. Mi abuelo nunca estuvo seguro de cuándo encargó las copias.

Iris se apartó. —Eres sabio al no confiarme las joyas reales.

—Confío en ti —besó la parte superior de su cabeza—. Pero no confío en Talbot y no quería aumentar tu preocupación en caso de que intentara quitarte las joyas por la fuerza.

—Lo intentará —se estremeció—. Su ira es aterradora.

—Shh, amor —la abrazó con fuerza—. Estás a salvo ahora. No dejaré que te haga daño de nuevo. Todo lo que tienes que hacer es dejar una nota mañana cuando regreses de tu salida con Lady Heathcote y el resto sucederá sin ti, como siempre ha sido.

La soltó para recoger las joyas y colocó las pesadas piezas alrededor de su cuello y muñecas. Ella levantó la mano hacia la luz para ver mejor las piedras. —Son muy buenas. Nunca hubiera creído que fueran copias si no me lo hubieras dicho.

—La trampa se activará en Acton House.

Iris cubrió su muñeca como si temiera perder las joyas que adornaban su brazo. —¿Pensé que la invitación de Acton sería para un evento más pequeño?

—Eso era cierto al principio, pero como acaba de anunciar su compromiso con la señorita Quartermane, el evento será considerablemente más grandioso para celebrar la unión.

—¿La señorita Quartermane y Lord Acton? —frunció el ceño—. No tenía idea de que estuvieran involucrados.

—Yo tampoco. Es una pareja muy extraña, sin duda, pero es exactamente lo que necesitamos para atrapar a Talbot con las manos en la masa. Se dice que la lista de invitados es impresionante y su invitación está asegurada.

—Sí, por supuesto —se mordió el labio—. Esperemos que Talbot esté convencido de que no hay nada sospechoso.

—Lo estará —por el momento, a Martin no le importaba nada más que hacer feliz a su esposa, así que reclamó sus labios en un beso ardiente y la atrajo hacia el sillón más cercano para distraerla de sus problemas de la única manera que conocía.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

IRIS GOLPEÓ LA descolorida puerta azul de Pollen Street con determinación, con Esme a su lado. La niña que vivía allí sería su hija si ella se salía con la suya, y quería asegurarse de que todo lo necesario para su comodidad se hubiera atendido adecuadamente.

Un caballero mayor la recibió, el mismo hombre que había visto en aquel primer encuentro con la hija de Louth en el parque.

—Buenas tardes, señor. ¿Podríamos pasar?

Él reconoció a Iris y se hizo a un lado para permitirle la entrada. La casa estaba en silencio y él la condujo a una sala de estar antes de excusarse. Un momento después, la señora Hughes asomó la cabeza por la puerta con una sonrisa nerviosa.

—No esperaba volver a verla, señorita.

—Estoy segura de que parecía así, pero tenía que venir —extendió su mano—. Debería presentarme correctamente. Ahora soy Lady Louth y esta es mi amiga íntima, Lady Heathcote. Me casé con su empleador hace varios días.

—Sí, el señor mencionó que se había casado y nos preguntábamos si sería usted a quien había tomado por esposa —la señora Hughes se frotó las palmas en el vestido—. Él aún no sabe que usted visitó esta casa, ¿verdad?

—No. Pensé en darle a mi esposo la oportunidad de hacerlo por su cuenta, pero hasta ahora no ha mencionado a la niña en ninguna conversación.

—Ya debería haberlo hecho —murmuró Esme en voz baja.

—Shh —advirtió Iris. Esme solo estaba aquí porque había insistido en acompañarla de nuevo —. Lo prometiste.

—Ya veo —el ama de llaves frunció el ceño—. Entonces, ¿cómo puedo ayudarla? ¿Por qué ha vuelto?

—Me gustaría mucho saber sobre la dama que dio a luz a la hija de Lord Louth. Usted dijo que murió en el parto —se podían oír los pasos de un caballero alejándose de la puerta. No le gustaba la idea de que hubiera estado escuchando su conversación, pero podía entender su preocupación por su visita.

—No es apropiado hablar de los muertos. Mi señora era hermosa y Lord Louth es un buen hombre. Amable, tan gentil y comprensivo —la mirada de la señora Hughes bajó a sus manos y se estremeció—. Pero mi señora nunca apreció su generosidad. Le ocultó el embarazo deliberadamente, insistiendo en que el niño pertenecía a su nuevo protector.

Iris parpadeó ante la idea de que su esposo hubiera sido mantenido en la ignorancia sobre el embarazo. Tragó saliva nerviosamente.

—Ya veo. ¿Cuándo se enteró mi esposo de la existencia de la niña?

—No hasta después de la muerte de mi señora —la señora Hughes suspiró—. El otro caballero se encargó del entierro de mi señora y luego abandonó repentinamente a la niña a mi cuidado. No sabía qué hacer. No tuve más remedio que contactar al conde.

—Así que sin importar lo que él hubiera hecho si hubiera sabido del inminente nacimiento, la señora Rose le negó a la niña la oportunidad de llevar el apellido de su padre —la ira la invadió ante tal egoísmo evidente—. Ya veo. Señora Hughes, me encuentro en una posición difícil y necesito su ayuda. Lord Louth no está de acuerdo en que tengamos hijos. Temo que se culpe a sí mismo, y a su mayor envergadura, por la muerte de su señora.

—Ella murió justo después del parto, mi señora. Un momento estaba allí, al siguiente se había ido.

Iris tragó su ansiedad.

—Una muerte repentina puede ser la más difícil de entender. ¿Había gozado de buena salud antes del parto?

La señora Hughes frunció el ceño.

—Mi señora siempre alegaba que su salud era delicada como medio para asegurarse de que sus protectores la cuidaran, pero ahora que lo menciona, había estado apática en las semanas anteriores. Pensé que era solo impaciencia y le sugerí reposo en cama.

—Una precaución sensata —asintió Esme en señal de aprobación—. ¿Siguió su consejo?

—No. Mi señora siempre fue algo contradictoria. Salía de picnic con Lord Fallon porque él insistía en que necesitaba un cambio de aire, y regresaba tarde, a menudo bien entrada la noche en la mayoría de las ocasiones. La mañana siguiente a una de esas salidas, tuvo dolores y su hija nació esa misma noche.

—¿Asistió un médico, o tal vez una partera hábil y experimentada? —preguntó Iris.

—Se mandó llamar a una partera al final de la tarde, y mi señora ya estaba muy cansada entonces.

—No es de sorprender —a Iris no le parecía del todo sensato que la mujer estuviera paseando por Londres tan avanzado su embarazo y manteniendo horarios irregulares—. Entonces es posible que el tamaño del bebé no fuera la causa única de su muerte. Podrían haber influido otros factores. Agotamiento, quizás. Una enfermedad.

—Supongo que sí, pero no podría asegurarlo. A mi señora no le gustaban mucho los médicos y esas cosas.

Iris asintió. La última amante de su esposo había sido una tonta al poner en riesgo su salud y la de su hijo nonato correteando por la ciudad. Compartió una larga mirada con su amiga. La sonrisa de respuesta de Esme fue tranquilizadora.

—Eso es suficiente para mí. Si soy cuidadosa, tomo precauciones sensatas para mantenerme en buen estado de salud, no debería haber razón por la que no pueda darle un heredero a mi esposo. Ahora, ¿dónde está mi hija?

—¿Su hija? —la señora Hughes se quedó boquiabierta.

—Bueno, ciertamente tengo la intención de ser una madre para la niña —Iris se puso de pie, disgustada por los colores de luto que la rodeaban—. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Aún no tiene nombre —la señora Hughes suspiró y señaló al otro lado del pasillo—. El conde no se decide.

—Ya veo. Bueno, eso debe resolverse lo antes posible.

Esme permaneció sentada.

—Esperaré aquí hasta que estés lista para volver a casa.

Se detuvo en la puerta al ver a una mujer con cabello rubio rizado sentada de espaldas a la

puerta. La mujer se mecía de un lado a otro, cantando una nana. Se volvió hacia la señora Hughes.

—¿Y ella es?

—La nodriza, mi señora.

—Aún no ha terminado —se quejó la mujer desconocida sin molestarse en voltear. El acento tosco y el tono posesivo desconcertaron a Iris, pero rápidamente recuperó la compostura y dio un paso adelante para hacerse notar.

La señora Hughes hizo las presentaciones.

—Martha Blake, esta es Lady Louth. Una condesa. Ha venido a reclamar a la niña como suya.

Iris sonrió a la mujer que apretaba a la bebé contra su pecho.

—Me casé con el conde hace unos días. Quería ver por mí misma cómo está la niña.

—Es perfecta —afirmó Martha.

—Yo pensé lo mismo cuando la conocí. ¿Puedo sentarme? —Rodeó a la señora Hughes cuando Martha asintió y tomó una silla frente a ella—. También quería conocerte.

La mujer entrecerró los ojos, con evidente sospecha en su rostro.

—¿Por qué?

—Bueno, eres la mujer más importante en la vida de mi hija en este momento. Puedo aprender mucho sobre ella a través de ti.

Eso trajo una sonrisa al rostro de la señora Blake.

—Esta tiene un apetito voraz. Y un temperamento. Siempre está hambrienta cuando llego.

Iris frunció el ceño.

—Pensé que vivirías aquí.

—Podría si me lo ofrecieran. —Martha miró a la señora Hughes con el ceño fruncido y recibió una mirada similar de la ama de llaves.

Iris notó la fricción entre las mujeres y se preguntó por la causa.

—Tal vez té para ambas, señora Hughes, y para Lady Heathcote mientras me familiarizo mejor con mi hija. Y galletas si tiene algunas, gracias.

Aunque la señora Hughes pareció dudar en irse, hizo lo que se le pidió y se retiró hacia las cocinas. Al quedarse a solas con la señora Blake, Iris se acomodó y miró alrededor. Los colores de luto estaban ausentes en esta habitación.

—Encantador.

—Es demasiado sombrío en otros lugares. —Martha se acarició el cabello rizado con timidez y le lanzó una mirada de dolor—. Al prometido de la señora Hughes no le gusta que lo diga.

Iris rio suavemente en respuesta.

—Al menos la niña es demasiado pequeña para notar los colores, pero parece que le gustas mucho.

La bebé había soltado el pezón de la mujer por su cuenta y estaba mirando a la señora Blake con una dulce sonrisa.

Martha la acunó contra su pecho.

—Y a mí me gusta ella también. Es una niña tan buena.

Aunque ansiaba pedir a la bebé, Iris se contuvo.

—¿Te vas porque tienes hijos en casa que cuidar?

—Los tenía. Ya no están. Mi marido los envió con su familia.

El corazón de Iris se encogió.

—Eso es horrible, ¿y dónde vives?

—En Southwark. Es buen dinero venir aquí.

Viajaba tan lejos como Iris lo hacía a Marshalsea, y de vuelta cada día.

—Debe ser un paseo muy largo y agotador.

—A veces deambulo por las casas elegantes durante el día y miro por las ventanas cuando la señora Hughes no me quiere por aquí. —Martha acarició la cabeza de la niña con una delicadeza que la sorprendió. Martha debía haber llegado a querer a la niña como si fuera suya. Iris sonrió con aprobación. Para ser una niña ilegítima, esta pequeña ya tenía mucho amor.

Las necesidades inmediatas de la niña eran importantes, así que decidió asegurarse de que su felicidad y salud estuvieran garantizadas.

—¿Estarías dispuesta a quedarte aquí por las noches también?

—La señora Hughes no me quiere por aquí. No cree que sea lo suficientemente buena.

La señora Hughes regresó con los brazos cargados de té y galletas.

—Es tu marido el que no me agrada, Martha. No quiero que vuelva a venir por aquí.

Iris hizo una mueca.

—Señora Hughes, estoy segura de que estará de acuerdo en que la niña necesita un entorno estable. Me gustaría que Martha se quedara cerca de la niña y se hiciera cargo de tantos aspectos de su cuidado como sea posible.

La señora Hughes se puso rígida y casi dejó caer la bandeja sobre la mesa.

—¿Está descontenta con cómo llevo esta casa, mi señora?

—Por supuesto que no. Pero la niña también necesita una nodriza. Ese no es un trabajo para un ama de llaves. Su tiempo y experiencia se aprovechan mejor en otros asuntos, donde se requieren decisiones firmes para el funcionamiento de la casa.

—Y se supone que ella se va a casar pronto —dijo Martha rápidamente. Bajó la mirada hacia el bulto en sus brazos y se abotonó torpemente el corpiño con una mano—. ¿Le gustaría cargarla, mi señora?

—Gracias. Me encantaría cargarla. —Iris tomó a la bebé y la acomodó en sus brazos. Con suavidad, acarició el rostro de la niña y le sonrió a sus ojos somnolientos—. Qué niña tan preciosa. Tendré que regañar a tu papá. Debería haber elegido un nombre mucho antes.

Un par de ojos oscuros se fijaron en su rostro por un momento y luego se movieron para seguir la luz que bailaba en la habitación desde una cortina ondulante.

—Violet. Si él no elige, entonces creo que tu nombre será Violet.

La señora Hughes se hundió en una silla.

—El nombre de su madre era Vivian Rose.

—Violet Rose. Tiene un bonito sonido. Como un vino dulce o un día perfecto. —Meció a la niña en sus brazos y se reclinó en la silla—. Podría mirar esta dulce carita todo el día.

—Me temo que todas tenemos ese pensamiento —murmuró la señora Hughes con un movimiento de cabeza.

Iris la miró.

—¿El caballero que abrió la puerta es su prometido, señora Hughes? Lo recuerdo del parque el primer día que nos conocimos. Parece muy agradable.

El ama de llaves asintió.

—Accedió a esperar por la pequeña.

—Ah, eso es muy bueno de su parte. ¿Cuándo se casarán?

—No lo sé. No ha estado muy contento con esta situación, pero no podía dejar a la pequeña con las cosas tan inciertas. Lord Louth no ha aprobado ninguna candidata para reemplazarme hasta ahora.

La señora Hughes colocó una taza de té al alcance y luego sirvió a Martha.

Primero no puede nombrar a la niña, y luego no encuentra una ama de llaves de reemplazo. Ella nunca lo había imaginado indeciso antes, pero quizás esta situación era una que él nunca había considerado que enfrentaría. Iris, sin embargo, sabía exactamente qué había que hacer.

—Creo que podría sentirse cómoda haciendo sus planes de boda ahora si lo desea, señora Hughes. Espero llevar a Violet a casa pronto, así que no será necesaria una ama de llaves de reemplazo.

La señora Blake se removió inquieta.

—¿Debo ir con ella?

—No pretendía sobresaltarla con el cambio, pero si estuviera dispuesta a venir, se lo agradecería. No puedo, por supuesto, alimentar a la niña yo misma. Te necesitará.

La nodriza sonrió, sus ojos iluminándose con la noticia.

—No soy tan tonta como para rechazar una mejor situación.

Mientras bebía su té, Iris estudió los modales de la nodriza. Un poco tosca, pero se esforzaba por imitar a la señora Hughes después de mirarla de reojo varias veces. Podría convertirse en una niñera perfecta con la orientación adecuada. Un poco de pulido para suavizar cualquier aspereza e Iris podría estar contenta de dejar a sus futuros hijos al cuidado de la mujer sin dudarlo.

La niña refunfuñó e Iris la levantó hasta su hombro. Le dio palmaditas rítmicamente en el trasero. La niña subió las rodillas y lloró cuando la sensación de expulsar gases reverberó contra la palma de Iris. Miró a Martha y a la señora Hughes y apretó los labios. Las otras dos rieron suavemente y ella también se unió.

—Ahora me siento verdaderamente su madre.

—Necesita que la cambien pronto —sugirió la señora Hughes.

Martha se inclinó hacia adelante, con las manos extendidas.

—Ese es mi trabajo ahora, ¿no?

Iris sonrió suavemente.

—Quizás por hoy me permitirías el honor. No siempre puedo estar aquí y no tendré otra oportunidad en muchos días.

Habiendo obtenido el acuerdo de su personal, bajo su atenta mirada, se dirigió a la habitación del bebé y cambió las prendas de su hija por primera vez con una amplia sonrisa en el rostro.

Desafortunadamente, por mucho que deseara lo contrario, no podía quedarse todo el día. Tenía responsabilidades en casa. La salud en declive de su padre necesitaba ser discutida con Martin. Él había querido hablar con ella, pero Iris no había sabido cómo explicar su naturaleza contradictoria.

Se despidió largamente, besando suavemente la mejilla de la pequeña Violet, y luego partió hacia casa con Esme.

El chico de Talbot, un niño de no más de una docena de años que había notado demasiado a menudo esta semana merodeando por su nuevo hogar, estaba esperando en la esquina. La siguió discretamente mientras ella sacaba una nota de dentro de su guante y la dejaba caer de sus dedos. No miró hacia atrás hasta que la puerta principal se cerraba detrás de ellas. Para entonces, la nota y el chico hacía tiempo que habían desaparecido.

CAPÍTULO VEINTISIETE

MARTIN ARROJÓ SU bota descuidadamente a un lado, alternando su atención entre la puerta cerrada de la alcoba de su esposa y el reloj de la repisa. Podía oírla allí dentro, hablando con su doncella mientras se cambiaba la ropa que había llevado a la cena y se preparaba para dormir. Nunca había esperado estar tan ansioso por encontrarse con su esposa cada noche, pero claro, tampoco se había considerado seriamente un hombre casado. Había descubierto que estar separado de Iris le provocaba ansiedad.

Tan pronto como se abrió la puerta entre sus alcobas, él se puso de pie y cruzó la habitación. Dioses, era hermosa. Su cabello oscuro derramándose sobre un hombro, sus pies descalzos bajo la bata. —Estuviste muy callada esta noche durante la cena.

Ella cerró la puerta firmemente tras de sí, con una expresión tensa e insegura. —No puedo evitar preocuparme por el futuro. Ahora tengo mucho más que perder de lo que jamás he tenido antes.

—No te preocupes por Talbot. Tengo la garantía de Meriwether de que estarás protegida de cualquier proceso judicial sin importar lo que él pueda decir. ¿Recuerdas el comentario que le hiciste a Lady Heathcote sobre ser invisible? Bueno, eso es una tontería, por supuesto, pero el comentario la inspiró a ella y a Meriwether a inventar una excusa bastante creíble para tu participación, si se descubre. Hasta donde todos saben, Meriwether reclutó a Lady Heathcote, una mujer reconocida por su inteligencia y habilidad para descubrir cualquier escándalo dentro de la alta sociedad. Ella ha estado recopilando información relevante sobre los robos para él y así es como comenzó tu participación, como su confidente y segundo par de ojos.

Iris se frotó la frente. —Así que sigo siendo una espía.

—Por las razones correctas esta vez. —Puso sus manos sobre los diminutos hombros de ella y los frotó a través de la delgada bata que llevaba. Se inclinó y presionó sus labios contra su suave mejilla. Cuando ella suspiró de placer, él continuó acariciando la columna de su garganta y luego besó su clavícula. No había sido íntimo con ella desde la boda, dándole tiempo para adaptarse a ser su esposa y a todo lo demás. Sin embargo, quería intentarlo de nuevo esta noche. La liberación podría hacerle un mundo de bien y calmar sus nervios antes de la confrontación con Talbot mañana por la noche.

Ambos querían que todo terminara y que Iris estuviera a salvo de nuevo. Meriwether le había asegurado que el plan para atrapar a Talbot con las manos en la masa funcionaría, pero él aún no respiraba tranquilo.

—Esperar es muy difícil. Siento como si todos me estuvieran observando. —Iris apartó su chaleco, sus manos ansiosas mientras recorrían su pecho para abrazarlo. Frotó su cuerpo contra su entrepierna y aunque la acción probablemente fue inocente, lo inflamó por completo.

—Los únicos ojos sobre ti esta noche son los míos —prometió. Tiró del lazo de su bata y deshizo el simple nudo. Su respiración se entrecortó cuando la seda se abrió, revelando que su esposa había venido a él completamente desnuda debajo. Parecía que no era el único con el placer en mente.

Se quitó el chaleco y se sacó la camisa por la cabeza. Iris hizo girar las puntas de sus dedos alrededor de su ombligo y luego besó su pecho. Cuando le lamió el pezón, Martin gimió y la levantó en sus brazos, llevándola los pocos pasos hasta su cama.

Ella enroscó sus brazos alrededor de sus hombros y se retorció hasta que sus piernas se envolvieron en sus caderas. —Hazme el amor.

—Esa era mi intención. —Le acarició el trasero y lo apretó—. Si estás de acuerdo.

Iris asintió y besó su cuello. Cuando sintió el mordisco de sus dientes, él se rió y alcanzó para apagar la vela en la mesa lateral. Subió a la cama, apoyando su espalda contra el cabecero, y trajo a Iris sobre su regazo para que lo montara. Había suficiente luz de luna para ver claramente su rostro y ella parecía excitada por la posición. Se deslizó por su cuerpo, sus labios trazando fuego sobre su piel. Él desabrochó la bragueta de sus pantalones para dar espacio a su creciente excitación, pero no se expuso.

Iris levantó la mirada, con una sonrisa juguetona en su rostro mientras trazaba su contorno a través de la prenda. —Te necesito dentro de mí.

Se movió hacia arriba de su cuerpo y reclamó sus labios en un beso ardiente que destruyó cualquier posible negativa. Él aún sería cauteloso. Decírselo no parecía posible, dado su ardor, así que acarició su labio inferior con su lengua, mordiendo suavemente la carne rosada mientras la sostenía contra él.

Ella se levantó sobre sus rodillas y rozó su pezón contra sus labios. Él tomó el botón en su boca y succionó con fuerza, ganándose un gemido desesperado como recompensa. Empujó su suave bata de seda fuera de sus hombros lentamente y apartó la barrera.

Ella se estremeció y presionó su pecho con más fuerza contra su rostro. Él amplió sus dedos en la parte baja de su espalda, instó su sexo contra él y aumentó la succión de sus labios. Ella jadeó suavemente cuando él cambió de pecho, arañándolo con sus uñas. La provocó hasta que ella estuvo gimiendo en un flujo casi constante.

Aflojó su agarre y mientras continuaba adorando sus pechos, deslizó un dedo a lo largo de su abertura, encontrándola ya húmeda y caliente. Lentamente la preparó para ser reclamada una vez más. No tardó mucho para que su toque insistente la provocara a presionarse contra sus dedos. Cuando ella gimió y echó la cabeza hacia atrás, Martin reemplazó sus dedos con la cabeza de su miembro y empujó hacia arriba.

Iris encontró su mirada, con una mirada salvaje en sus ojos. Se meció contra él, presionando hacia abajo un poco a la vez para que comenzara a entrar en ella. Él ahuecó su pecho y apretó la punta, incluso mientras sostenía su miembro firme. Los dedos de ella se clavaron en sus hombros y jadeó cuando él se deslizó casi completamente dentro. Estaba un poco sorprendido por la facilidad.

—Despacio, amor —advirtió, conteniendo el impulso de embestir hacia arriba.

Sin hacer caso de su advertencia, Iris se levantó y bajó mucho más rápido de lo que debería. Sus labios se separaron y jadeó. Él agarró sus caderas con firmeza y la ralentizó. Iris apartó sus manos y puso las suyas en sus hombros, sin dejarse disuadir por sus deseos de un ritmo cuidadoso. Sus ojos se cerraron mientras lo cabalgaba, tomándolo más profundo con cada descenso, su rostro era una imagen de concentración y puro gozo. Solo hizo una pausa cuando él estuvo completamente asentado dentro de su estrecho y ardiente calor.

Ella encontró su mirada mientras rotaba sus caderas lentamente. Un gemido escapó de su pecho al darse cuenta de que su esposa se deleitaba provocándolo. Levantó los brazos sobre su cabeza, retorció su cabello en un moño y lo hizo de nuevo. Su rostro sonrojado y su sonrisa despreocupada insinuaban que estaba complacida consigo misma y sabía que su descarada exhibición de su cuerpo lo excitaba enormemente.

Él la volteó sobre su espalda y sujetó sus manos por encima de su cabeza. Se hundió en ella y salió de nuevo. Las piernas de ella se apretaron alrededor de su espalda mientras él se perdía en su cuerpo. Una y otra vez, embistió al ritmo de sus gemidos de placer desenfrenado, eventualmente liberando sus manos para que pudiera aferrarse a él. Ella acarició su rostro mientras alcanzaba el clímax, gritando su placer en voz alta. Lo abrazó con fuerza, clavando sus uñas en su espalda mientras temblaba. Lo sostuvo tan fuerte que no podía moverse ni un centímetro.

El poco control que le quedaba se perdió en la maravilla de su prolongado clímax. Él se estremeció cuando la ola de intensa satisfacción lo atravesó y derramó su semilla en lo profundo de su cuerpo, a pesar de sus intenciones de no hacerlo de nuevo. No todos los encuentros creaban un hijo, pero no debería arriesgarse otra vez.

Cuando finalmente ella se calmó, él se giró hacia un lado, jadeando por aire. Su miembro desnudo sobresalía por la abertura de sus pantalones, grande y duro, brillando con la humedad de sus pasiones, pero al principio estaba demasiado satisfecho para moverse.

Cuando finalmente notó que la dirección de su mirada se había movido hacia su entrepierna, se quitó los pantalones por completo y se dejó caer de espaldas.

—Eso no fue lento.

Ella encontró su mirada con una sonrisa juguetona.

—¿No? ¿Deberíamos empezar de nuevo e intentarlo otra vez?

Él se rio de su actitud y apartó su largo cabello oscuro de su rostro.

—Te gustaría eso, ¿verdad?

—En realidad, sí —sonrió ella—. Me encanta cómo me miras, y estoy muy complacida de descubrir que tus preocupaciones sobre ser demasiado grande son infundadas.

Su tamaño era solo una pequeña parte de su preocupación. Una mujer pequeña dando a luz al hijo de un hombre grande se ponía en riesgo. Se movió para atraer a Iris a sus brazos mientras la idea de perderla le dolía. Ella no hizo ningún intento de cubrirse y eso le gustó mucho. Trazó un círculo alrededor de su pezón.

—Eres tan hermosa. Me encanta verte así, tan expuesta, tan lista para mí.

—He estado esperando que me tocaras todo el día —ella lo miró a la cara, frunciendo el ceño —. ¿No me dijiste que los hombres piensan en sexo a todas horas del día y de la noche?

—Sí pensé en ti muchas veces hoy —él rozó suavemente su pezón hasta que se endureció—. Pensé en ti durante el desayuno cuando me pasaste el periódico. Tuve una excelente vista de tu escote y se me hizo agua la boca por succionar tu pecho.

Él ahuecó sus pechos con ambas manos y los amasó. Los pies de ella se movieron inquietamente sobre la cama y él sonrió ante su reacción.

Ella tocó su miembro y lo provocó ligeramente.

—¿Fue esa la única vez?

—No —pellizcó firmemente ambos pezones y los hizo rodar entre sus dedos, ganándose un jadeo—. Podríamos pasar toda la noche discutiendo mis pensamientos lujuriosos sobre ti. Soy completamente depravado.

Ella se tumbó sobre su pecho, acomodando su cuerpo sobre su desnudez con un gemido.

—Sabes, habría disfrutado ser tu amante, pero creo que como tu esposa tendré muchas más oportunidades de tocarte de las que una mujer escandalosa como esa tendría jamás.

Se deslizó hacia arriba y su miembro se deslizó entre sus muslos. Ella se elevó y colocó sus rodillas a ambos lados de sus caderas.

La punta de su miembro rozó su trasero desnudo y él suspiró.

—¿Eso crees?

Ella asintió y con otro ajuste, él estaba en su entrada de nuevo. Ella presionó su miembro dentro de su cuerpo con un gemido. A pesar de la prisa anterior por follar, mantuvo el movimiento suave y dulce. Cabalgó sobre él a un ritmo mucho más lento, mientras él provocaba sus labios con besos, acariciando su cuerpo por todas partes. Se retiró un poco para succionar las puntas de sus pechos antes de volver completamente a ella y gemir contra su cabello.

El placer se construyó mucho más lentamente esta vez. Iris envolvió sus brazos alrededor de su cuello y mantuvo su cabeza junto a la suya. Su aliento era un suave jadeo contra su oído.

—Gracias por ser mi tutor —susurró—. Nunca podría haberme sentido tan libre o hermosa con nadie más.

Y sin importar en qué posición la moviera después, ella gemía y se retorcía de placer. Estaba asombrado y agradecido de sentirse tan deseado. Estaba detrás de ella cuando sus dedos se entrelazaron en el edredón y gritó su nombre mientras alcanzaba el clímax de nuevo, temblando violentamente.

Ella colapsó, jadeando por aire, con el trasero provocativamente elevado. Él acarició su mejilla, maravillándose con ella, y tan pronto como se calmó, se movió de nuevo. Ella se giró para encontrar su mirada por encima del hombro mientras él alcanzaba el clímax de nuevo con un grito salvaje, abriendo una presa dentro de sí mismo detrás de la cual siempre había ocultado su deseo. No pudo evitar seguir embistiendo en ella mucho después de haber terminado. La necesitaba demasiado como para volver a ser el mismo hombre controlado de antes.

La penetró a pesar de su miembro que se suavizaba y luego se retiró, besando su espalda. Provocó la base de su columna con su lengua y luego la volteó. Iris susurró su nombre mientras trataba de retenerlo, pero él se deslizó más abajo hacia su sexo, decidido a darle placer. Tantas veces como pudiera, esa noche y para siempre.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

IRIS APRETÓ CON fuerza su abanico mientras otro miembro más de la alta sociedad expresaba su sorpresa por el repentino matrimonio de un conde. Sin embargo, el problema no era que Martin se hubiera casado, sino que lo había hecho con una don nadie. Iris hizo todo lo posible por contener su furia en silencio. Hasta ahora, sus amigos más cercanos habían aceptado la unión con mayor facilidad, y ella estaba muy agradecida por su apoyo esta noche.

Escudriñó los rostros entre la multitud, buscando uno en particular.

—No lo veo.

—Yo sí. A mi izquierda —Martin le sonrió—. Está de pie cerca de las palmeras en macetas con la señorita Alice Quartermane. ¿Dónde diablos se ha metido Whitney?

Iris se giró lentamente en esa dirección, y su mirada se fijó en Talbot.

—Está bailando con Lord Acton en este momento.

—Dios mío, ¿por qué?

—La reté a que aceptara —confesó Iris, pero su atención seguía en Talbot—. Y le dije que le comprarías una docena de lienzos nuevos si ponía fin a sus hostilidades esta noche.

—Muy astuta —le sonrió radiante—. Tendré que besarte los pies en agradecimiento por eso.

Talbot se inclinó sobre la mano de la señorita Quartermane, admirando la enorme gema que adornaba sus dedos inquietos. Acton había sido muy generoso con el regalo de compromiso. El tamaño del anillo era de lo único que se hablaba esta noche.

—Huye, Alice —susurró—. Huye.

—Tranquila —la mano de Martin se deslizó sobre la suya y la apretó—. Lady Heathcote viene hacia aquí.

Iris se giró cuando Esme se detuvo a su lado del brazo de un desconocido. La mujer mayor la besó en la mejilla.

—Te ves radiante, querida. El matrimonio te sienta bien.

—Gracias, lo mismo digo —Iris observó el atrevido vestido de Esme, de seda azul oscuro con bordes de encaje negro y gemas de cuarzo ahumado, y suspiró con envidia—. Madame du Clair se ha superado una vez más.

—Lo sé. Está ansiosa por verte pronto —Esme hizo un gesto hacia el caballero a su lado—. ¿Puedo presentarte a un viejo amigo mío? El señor Miles Hammond. Acaba de llegar a la ciudad.

Iris le tendió la mano al hombre.

—Es un placer conocerlo. Esme no me ha contado absolutamente nada sobre usted.

—No hay mucho que contar —el caballero besó el aire sobre su guante y dirigió su atención a su marido.

Iris miró a Esme.

—Creo que los vestidos nuevos pueden esperar.

Martin le tocó el codo.

—Nunca me interpondría entre una dama y su modista. De hecho, estoy deseando ver la factura y el resultado.

Le apretó los dedos y luego inició una conversación con Hammond.

Esme sonrió ampliamente y luego se inclinó cerca de su oído para susurrar:

—Travieso, generoso y amable. Pero, ¿ya la ha mencionado?

Iris negó con la cabeza. Ni una sola vez, y ella había intentado tanto encontrar una manera de sacar el tema, pero sin éxito. Miró más allá de Esme y descubrió a Lord Windermere mirando en su dirección. Le hizo un gesto con la cabeza y, aunque él le ofreció una sonrisa, era evidente que su atención estaba únicamente en Esme.

—¿Has hablado con Windermere últimamente?

—No. Pero he oído que él y Lady Bartlett tuvieron una discusión hace unos días. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no puede quitarte los ojos de encima. ¿Crees que quiera disculparse por su arrebato?

—Estoy segura de que no necesito escucharlo —Esme entrelazó su brazo con el del señor Hammond y sonrió—. Estoy sedienta, señor.

Una sonrisa decididamente cálida cruzó el rostro de Hammond.

—Esa es la chica que conozco y amo. ¿Busquemos también un rincón tranquilo, querida?

—Cariño, siempre te adelantas al juego —Esme rió maliciosamente y luego besó la mejilla de Iris—. Te veré más tarde. Ten cuidado.

La pareja se alejó paseando, dirigiéndose a la sala de juegos donde seguramente encontrarían una bebida de su gusto.

—Deberíamos felicitar a la señorita Quartermane por su compromiso —comentó Martin mientras tomaba su brazo. La guió en esa dirección, moviéndose a un ritmo lento y deteniéndose a menudo para hablar con los invitados. Talbot se había marchado mucho antes de que llegaran a la señorita Quartermane y ahora no podía encontrarlo por ninguna parte. Iris creyó vislumbrar su pálida cabeza al pasar por la puerta hacia la sala de juegos, pero no podía estar segura.

La señorita Quartermane sonrió cálidamente.

—Aquí están. Justo le estaba diciendo al señor Talbot cuánto admiraba la rapidez de su matrimonio. Felicidades. Una boda sorpresa es exactamente la forma de casarse en estos días. Nunca habría dicho que ustedes dos harían pareja. Ni un atisbo de escándalo sobre ninguno. Todos estamos desesperados por saber cuándo y cómo lo atrapó.

La chica agitó los dedos y los diamantes que los adornaban captaron su atención. Talbot debía haber estado casi babeando por las piedras preciosas.

—Yo, eh... —Iris balbuceó, y luego volvió a centrar su atención en el rostro sonriente de la chica—. Siempre me ha gustado.

Martin le rodeó la espalda con el brazo.

—Mi propuesta la tomó por sorpresa, pero simplemente no podía esperar ni un día más.

La señorita Quartermane mantuvo su mirada.

—Y su padre ha regresado a tiempo para celebrar con ustedes también. Qué maravilloso. ¿Está aquí esta noche?

—No —dijo con bastante calma, pero como nadie más había mencionado a su padre esa noche, y él no había salido de Holly House desde su liberación de la prisión de deudores, no estaba segura de cómo responder a la pregunta. Hasta ahora, la sociedad en general parecía

desconocer su regreso a Londres—. Sus viajes lo han agotado.

La señorita Quartermane sonrió y le apretó la mano.

—Entiendo la necesidad de disimular en estos casos, pero no es necesario conmigo.

Iris luchó contra el impulso de huir.

—No sé a qué se refiere.

La chica se encogió de hombros.

—Tuve un tío que viajó varias veces en su vida. Muy incómodo para la familia mantener el silencio, y nunca reprocharía tales circunstancias a su hija devota.

Martin se tensó a su lado.

—¿Quién se lo dijo?

Las cejas de la señorita Quartermane se juntaron y se inclinó cerca.

—El señor Talbot sugirió que algunas dificultades recientes habían mantenido a su padre alejado de la sociedad, y dado lo que yo sabía de su historia...

—Ya veo —Iris se mordió el labio por un momento. Quizás una suposición calculada, pero ¿a cuántas otras personas les daría Talbot pistas sobre su padre esta noche?—. ¿Qué más dijo?

—Nada muy interesante. Hablamos de Acton. Me felicitó por mi buena fortuna de atrapar a un conde. Se rió a carcajadas cuando mencioné que Everett, quiero decir Lord Acton, me dejó elegir mi propio regalo después de proponerme matrimonio. Así supe que era el hombre para mí. Dejó su caja fuerte abierta todo el tiempo mientras yo dudaba sobre qué gema me gustaba más.

Iris intercambió una mirada de preocupación con su marido. Los chismes ociosos eran la mejor manera de espiar a la sociedad.

—¿Mencionaste dónde te propuso matrimonio Acton?

—Sí, estoy segura de que debo haberlo hecho —los ojos de la señorita Quartermane se abrieron ligeramente—. Le dije que está dentro del cuarto escalón de la escalera del vestíbulo. El lugar más extraño para tener una caja fuerte, ¿no crees? No debería haber dicho eso —susurró con voz conmocionada.

Con el corazón hundido, apretó la mano de la señorita Quartermane.

—No. Probablemente no deberías haberlo hecho, pero estoy segura de que todo estará bien.

Pero ¿cómo podría empeorar la noche? No era la ubicación que le había dado a Talbot a principios de semana. Acton debía tener más de una caja fuerte. Miró hacia el vestíbulo de entrada. Talbot podría no ser atrapado esta noche porque todos estarían mirando en la dirección equivocada. Se escabulliría sin ser detectado y la situación continuaría para siempre. Buscó a Meriwether o a Esme para compartir la advertencia.

—No temas —Martin hizo una señal a Acton para que los siguiera y luego deslizó su mano alrededor de la de ella—. ¿Nos disculpan? Lady Taverham acaba de llegar y debo hablar con ella urgentemente sobre la próxima visita de mi primo.

—Sí, por favor, disculpennos —dijo Iris rápidamente también. De la mano, se abrieron paso a través de la sala abarrotada, deteniéndose solo cuando llegaron a la escalera de mármol sinuosa.

Iris miró a izquierda y derecha.

—¿Llegamos a tiempo?

—Sí, eso creo —Martin se apresuró bajo la escalera e Iris lo siguió. Llegó al panel y levantó una cubierta falsa que ocultaba una caja fuerte abierta—. No. No lo estamos. Maldición. Se ha llevado todo.

Acton se detuvo en seco junto a la caja fuerte.

—¡Maldita sea!

—Debemos encontrarlo antes de que pueda pasárselas a sus hombres —Iris agarró un lado de

su falda y se apresuró hacia la sala de juegos. La habitación estaba llena de ruido y rostros desconocidos, y apestaba a licores, pero rápidamente disminuyó la velocidad para no llamar la atención.

Rodeó la mesa central y vio a Talbot al otro lado de la sala mientras levantaba una copa a sus labios y daba un largo sorbo. Dejó la copa a un lado con calma y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Un bolsillo que sobresalía de una manera que ningún sastre decente pretendería.

La sonrisa superior y presumida que adornaba su rostro la enfureció. Tenía las gemas consigo y estaba bebiendo para felicitarse en la misma escena de su crimen. ¿Cuántas veces debía haberle hecho esto a otros sin ser notado?

—Ha habido un robo —gritó Acton en voz alta a sus espaldas—. Se ha enviado a buscar a la guardia. Nadie puede irse hasta que se descubra al culpable.

Iris se quedó quieta como se le ordenó, pero mantuvo los ojos fijos en Talbot incluso cuando los caballeros en la sala de juegos se pusieron de pie contra los deseos de Acton.

—¡No se muevan! —gritó Iris cuando Talbot quedó parcialmente oculto de su vista.

Los caballeros más cercanos a ella la miraron con expresión vacía y comenzaron a quejarse entre ellos de su rudeza. Talbot la fulminó con la mirada y se movió hacia un lado. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la ventana más cercana a él estaba abierta.

Se apresuró hacia adelante.

—¡Talbot!

Acton la retuvo incluso cuando Talbot se lanzó por la ventana. Iris se liberó de él.

—¡Se está escapando! Talbot acaba de saltar por tu ventana. ¿Qué hombre inocente hace eso?

Fue liberada y Acton, seguido de Windermere, pasaron junto a ella para mirar fijamente hacia los oscuros jardines. Windermere saltó por la ventana, al igual que el Marqués de Ettington un minuto después.

Martin la abrazó.

—Debería haber sabido que nos había descubierto.

—¿Por qué? —preguntó ella, mirando hacia el rostro furioso de su marido.

—El carcelero entregó una nota el día después de que nos casamos. No estaba firmada, pero amenazaba con quitarte lo que más amabas.

Iris agarró su chaleco con ambas manos.

—Mi padre está a salvo, pero... Dios mío, no. No puede saber sobre ella.

Martin la miró con expresión vacía.

—¿Qué sucede?

—Tengo que irme. Violet no está a salvo —Iris se levantó las faldas y corrió hacia la entrada principal de la casa de Lord Acton, ignorando los rostros conmocionados y la exigencia de su marido de que se detuviera. Tenía que llegar a tiempo con su hija y Talbot ya tenía ventaja.

La casa de Lord Acton no estaba lejos de Pollen Street y ella corrió por las escaleras delanteras, pasando carruajes y por las calles oscuras tan rápido como sus piernas podían llevarla. Detrás de ella, Martin la seguía, igualando su velocidad y exigiendo respuestas. Ella no podía explicar. Pero sabía adónde habría ido Talbot para herirla más.

Se estrelló contra la puerta principal de la casa de su hija, con la intención de golpear hasta que alguien respondiera, pero cayó al suelo cuando se abrió. Horrorizada de que la puerta se hubiera dejado sin llave esta noche de todas las noches, recuperó el aliento y luego se apresuró a entrar.

—Señora Hughes. Señora Blake. ¿Dónde están?

Un grito ahogado respondió y ella se apresuró en dirección a la habitación de su hija.

Una vela estaba encendida en esa habitación e Iris se llevó la mano al pecho mientras asimilaba la escena que tenía ante ella.

Talbot estaba boca abajo, atado de pies y manos, con un paño blanco metido en la boca para ahogar sus gritos de ayuda.

La señora Blake estaba entre él y la bebé, un hilo de sangre deslizándose por su mejilla mientras miraba al hombre con furia, mientras que la señora Hughes cerraba la retaguardia, blandiendo un candelabro y aparentemente ilesa.

—Gracias al cielo que lo detuvieron —revisó inmediatamente la herida de la señora Blake, pero no le pareció grave.

—Nadie va a tocar a nuestra niña —declaró la señora Blake mientras se inclinaba hacia adelante y sacaba el paño de la boca de Talbot. Un paño de bebé sucio, si Iris no se equivocaba —. Eso te enseñará a no molestar a la pequeña.

—¿Conoce a estas mujeres locas? —Talbot escupió y escupió—. ¡Libérenme!

—Oh, yo creo que no —Iris se agachó, notando el derrame de gemas que fluía del bolsillo de su abrigo hacia la alfombra—. ¿Cómo te atreves a intentar dañar a una niña inocente?

Él gruñó, luchando contra sus ataduras.

—Perra malagradecida.

—¿Malagradecida? —Iris se puso de pie—. ¿Qué has hecho tú por alguien más que no sea aterrorizar y robarles?

Meriwether irrumpió por la puerta, jadeando. Echó un vistazo al hombre en el suelo y sonrió.

—Dios mío, qué rápida es usted, mi lady. Casi la pierdo de vista.

—Bueno, tenía algo valioso que proteger —miró a Martin y notó su palidez antinatural. Su pecho se agitaba y le dirigió la mirada más extraña. Iris echó un vistazo al cochecito de mimbre detrás de la señora Hughes. Violet estaba completamente despierta y parecía estar al borde de las lágrimas. Tomó a la niña y la acurrucó contra su hombro para calmarla—. Está bien, mi amor. El hombre malo no te hará daño.

Le dio palmaditas suaves en el trasero a Violet y le tarareó. Todo estaría bien ahora. Hizo un gesto hacia el hombre en el suelo.

—Debería encontrar las gemas de Lord Acton en el bolsillo del abrigo de Talbot, señor Meriwether.

Talbot protestó, pero Meriwether lo registró a fondo y luego le volvió a meter el trapo sucio en la boca cuando no se callaba. Extendió las gemas sobre la superficie más cercana que no estuviera desordenada.

—¿Cuándo se dio cuenta de que nos había engañado?

—Casi demasiado tarde. Como suelen hacer muchas mujeres recién comprometidas, la señorita Quartermane describió la propuesta de Lord Acton hasta el más mínimo detalle a todos los que conocía. Cuando Acton gritó que le habían robado, pensé que el comportamiento de Talbot era extremadamente despreocupado. Todos los demás gritaban, pero él estaba jugando con algo en el bolsillo de su abrigo. Sospeché de él inmediatamente, y aún más cuando saltó por la ventana y huyó.

Meriwether sonrió y miró a su alrededor.

—Me alegro mucho de haberme confiado a usted, Lady Louth. Ha demostrado ser invaluable en la captura de un hombre peligroso. ¿Cómo supo que vendría aquí?

Iris besó a su hija.

—Recibimos una nota amenazando con dañar a mis seres queridos, pero mi esposo no me mencionó el incidente hasta esta noche. Tenía que asegurarme de que Violet estuviera a salvo,

pero para mi considerable alivio, nuestro personal ya había apresado a Talbot. Fueron muy valientes al intentarlo.

Meriwether lanzó una mirada interrogante a su esposo, quien no había dicho nada hasta ahora, pero acechaba en el fondo. A decir verdad, Martin parecía estar en estado de shock.

Acton llegó, sin aliento y ansioso.

Iris le pasó a Violet a la señora Blake. Luego se volvió hacia Meriwether.

—Si no le importa sacar esa inmundicia de la habitación, se lo agradeceríamos mucho. La niña necesita descansar.

—Sí, mi lady —Meriwether desató los pies de Talbot y lo levantó—. Sé exactamente dónde llevarlo.

Las gemas sobre la mesa brillaron a la luz de las velas y Acton rápidamente fue a recogerlas, comprobando cuidadosamente que ninguna hubiera sido dañada. Una, una pequeña esmeralda tallada, se había soltado de su engaste y había sido arrojada lejos en la aparente lucha con la señora Blake. Iris se agachó para recogerla y se la devolvió a su legítimo dueño.

—Un último tesoro para su colección.

—Gracias a Dios —Acton la sostuvo a la luz y evaluó la piedra—. La que más buscaba. Gracias.

—Es muy bonita —Iris no pensó que la gema fuera muy valiosa, pero el conde la colocó en el bolsillo de su chaleco de forma segura y ató el resto en un pañuelo blanco.

Hizo una reverencia y se dirigió a la puerta.

Cuando se fueron, Iris se volvió para enfrentar al personal. La señora Blake parecía triunfante, pero la señora Hughes estaba pálida por el shock. Lentamente se desplomó en el suelo, sacudiendo la cabeza.

—Soy demasiado vieja para más sobresaltos. Qué hombre tan terrible. Qué noche tan espantosa.

—Realmente lo es —Iris se arrodilló a su lado y tomó las manos frías del ama de llaves entre las suyas—. Quizás sea hora de que se case con su amable caballero.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Me gustaría eso.

—Bien. ¿Quiere que mande a buscar al señor Cooper inmediatamente? Podría ser prudente que se quede aquí con usted esta noche también.

—Gracias, mi lady. No sé qué habría hecho sin Martha. Nos habría asesinado para llegar a la pequeña.

—Ciertamente tenemos suerte de contar con nuestra señora Blake —Iris ayudó a la señora Hughes a ponerse de pie y la envió hacia las cocinas para el consuelo de una taza fuerte de té con brandy.

Iris finalmente se enfrentó a su esposo.

Él escudriñó su rostro.

—Lo siento mucho.

—Olvida eso ahora —agarró el mango del cochecito y lo maniobró hacia él—. Nos gustaría ir a casa, si no te importa. Holly House es una situación más segura para la niña. Y para la señora Blake también ahora.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

—ME GUSTA EL nombre que elegiste para mi hija —murmuró Martin mientras dejaba que Iris lo precediera al bajar los escalones de la entrada de la casa de su hija en Pollen Street y luego colocó a la bebé y el artilugio con ruedas a sus pies—. Parecía tan importante, pero no podía decidirme.

—Me alegro de que lo apruebes —murmuró ella, inclinándose sobre la niña adormilada.

Violet se había quedado dormida poco después de que se llevaran a Talbot para interrogarlo más, y él estaba ansioso por llevarla a ella y a su esposa a un lugar seguro.

Iris comenzó a empujar el cochecito mientras la nodriza se apresuraba delante de ellos con algunas de las pertenencias de la niña bajo el brazo. —Pronto amanecerá.

—Sí, el sol está saliendo —asintió ella, mirando a su alrededor con calma como si todo su matrimonio no se hubiera puesto patas arriba en una sola noche.

Martin estaba lejos de estar tranquilo y le impresionaba la confianza de Iris con su hija. Ella sabía lo que hacía con un niño y lo había hecho sentir decididamente torpe sin querer. Incluso había superado a la señora Hughes, aunque no se atrevería a mencionarlo en voz alta. No después de toda la ayuda que ya le había brindado.

Obviamente, ella estaba esperando que él hablara sobre el asunto de tener una hija, pero no sabía cómo empezar.

—La señora Hughes estaba fuera de su elemento y este susto será demasiado para que continúe como ama de llaves —murmuró Iris mientras aumentaba la distancia entre ellos y Pollen Street.

Él suspiró. —Lo sé, pero era todo lo que tenía desde que me enteré de la existencia de la niña y la muerte de Vivian Rose.

Iris lo miró. —Debes haberte quedado muy impactado.

—En muchos niveles.

—¿Cuándo te enteraste de Violet?

—La mañana en que empezaste a hacer preguntas sobre la intimidad. —Guió a Iris a través de la calle tranquila—. No había hablado con Vivian en muchos meses. Nos distanciamos y no habíamos hablado desde entonces. Te juro que no sabía del embarazo. No supe que Vivian había muerto hasta que la señora Hughes me mandó llamar y me presentó a mi hija.

—Esa es una manera terrible de enterarse. —Iris sacudió la cabeza—. Se parece mucho a ti.

—¿Tú crees? —Sonrió con orgullo, mirando la canasta donde su hija dormía sin preocupaciones—. Esperaba no estar imaginando el parecido.

Iris se detuvo. —¿Aceptaste la palabra del ama de llaves de que la niña era tuya sin ninguna prueba?

—¿Qué más podría haber hecho? ¿Abandonar a la bebé en un orfanato y lavarme las manos del asunto? El momento era el correcto. Ella era mi amante y no siempre fui lo suficientemente cuidadoso en su cama. Vivian tuvo un protector después de mí, pero la niña no se parece a él en lo más mínimo. Hacerme cargo de ella era la única opción que tenía. Vivian no tenía familia ni amigos responsables a quienes entregar a la niña.

Miró a su alrededor, pero estaban completamente solos. —Lamento mucho no habértelo dicho yo mismo. He estado tratando de encontrar el valor para mencionar su existencia. Estoy seguro de que cambia lo que piensas de mí, pero si las cosas hubieran sido diferentes, si lo hubiera sabido antes del nacimiento, probablemente me habría casado con Vivian para que nuestra hija no cargara con el estigma de la ilegitimidad. Por eso insistí tanto en que no te convirtieras en una amante. ¿Cómo te enteraste de ella?

Iris guardó silencio ante eso y Martin temió haber compartido demasiado de su vida personal para su comodidad. Desafortunadamente, se había acostumbrado a confiar en ella y le resultaba difícil contenerse. Ella continuó caminando y él notó lo tranquila que parecía empujando a su hija hacia casa. Había esperado una discusión. Enojo. Incluso lágrimas.

—He sabido de la bebé desde antes de nuestro matrimonio. Esme me llevó a verla.

—¿Qué pretendía Lady Heathcote al llevarte a ver a mi hija? ¿Puedo esperar leer sobre el escándalo de la existencia de mi hija en los periódicos?

—No. —Tocó su brazo—. Esme nunca le haría eso a alguien que le agrada. Ella solo... quería que yo tuviera todos los datos sobre ti.

—¿Y cómo te sientes al respecto? ¿Estás molesta porque no te lo dije antes de que nos casáramos?

—No. Tomé la decisión de casarme contigo sabiendo todo sobre su existencia. No me arrepiento de tenerte como esposo. Encajamos, milord.

—Bien. —Se detuvo—. Iris, tengo una pregunta que hacerte y espero que no te moleste mi urgencia. Dadas las circunstancias, no puede esperar.

Ella le sonrió. —Prometo que no le diré a nadie sobre tu hija si insistes. Estoy segura de que Acton y Meriwether mantendrán el secreto y entenderán que un hombre en tu posición tiene mucho que perder, y está Whitney a considerar. Puede que no quiera casarse en este momento, pero los aguijones y las espinas de la asociación mancharán la forma en que la traten. Sé de primera mano lo injusta que puede ser la sociedad.

—No quiero fingir que ella no existe. —Suspiró—. ¿Quieres ser su madre? Puedo ver que ya te preocupas por ella y sé que nunca podré compensarla por la forma en que será tratada. Has tomado algunas buenas decisiones con respecto a su cuidado y me gustaría pedirte más. Quiero que viva con nosotros, pero preferiría que tu nombre no fuera arrastrado por los periódicos de escándalos por causa de ella.

Sus ojos se agrandaron y luego sonrió. —Talbot está bajo custodia y no puede hacerle daño a nadie. ¿Por qué crees que sugerí que estaría más segura en Holly House? Ya la considero mi hija, esposo, así que tu pregunta es innecesaria.

—¿De verdad? —Sonrió tímidamente—. No subestimaré las posibles dificultades que nos esperan como familia.

—Ya he tenido tiempo suficiente para considerar el futuro y estaría orgullosa de decirle al mundo que es mi hija. —Se mordió el labio y luego siguió caminando—. ¿Sugerirás ahora que mi propia historia podría hacerme una mala elección para ser su madre?

Él se apresuró a alcanzarla. —Tonterías. Nunca me importó tu falta de dote.

—Me refería a lo otro.

Él la miró fijamente. —Admito que estuve enojado por tu relación con Talbot, pero créeme, es el cuello de ese canalla el que quiero retorcer, no el tuyo.

—Bien, entonces. Después de que hayamos instalado a Violet en casa, será mejor que invitemos a tus amigos más cercanos para que la conozcan y así no se sorprendan por ningún chisme.

—Whitney ha accedido a visitar a Miranda por un tiempo también.

Iris asintió ante la noticia, pero como estaban en Holly House, se concentró en llevar al bebé al interior de la casa.

Le asombraba que todo fuera a salir bien. Iris estaba a salvo. Violet sería aceptada y tendría una madre. Todo lo que necesitaba ahora era que Whitney hiciera una buena pareja con un caballero adecuado, si eso fuera siquiera posible.

Una vez dentro, tomó la mano de Iris entre la suya y la sostuvo. —Hay algo que he querido decirte. Yo...

Se congeló al oír sonidos de lucha desde la sala de estar cercana. —Espera aquí.

Agarró un candelabro y se apresuró hacia el alboroto. En la sala, los muebles habían sido volcados y un par de talones golpeaban el suelo detrás de un sillón de respaldo alto.

Cuando lo rodeó para ver qué sucedía, encontró a Alexander Hedley sentado sobre el pecho del Sr. Gibbs. Ambos hombres vestían camisones.

Dejó caer el candelabro. —¿Qué demonios están haciendo?

Hedley se volvió y su mirada dejó a Martin paralizado.

—Tú —siseó Hedley—. Tú robaste a mi hija.

El hombre mayor se abalanzó sobre él, pero siendo más grande y fuerte, Martin pudo contener su asalto con bastante facilidad y lo inmovilizó contra su pecho. Hedley continuaba retorciéndose frenéticamente en su agarre y gritando el nombre de su hija. Los sirvientes acudieron corriendo de todas direcciones en varios estados de desvestimiento, pero Iris se abrió paso hasta el frente, sosteniendo a Violet protectoramente en sus brazos. Su expresión de conmoción le partió el corazón. —Está bien. Todos vuelvan a la cama.

Whitney también apareció, vestida con su camisón y bata, y se apresuró hacia el mayordomo. —¿Qué ha pasado, Gibbs?

Él se puso de pie inestablemente con la ayuda de Whitney y se apoyó pesadamente contra una silla, jadeando en busca de aire. —Ha estado agitado durante media hora o más. Se le metió en la cabeza que lo habíamos hecho nuestro prisionero y que su hija estaba en peligro por su culpa. Nada de lo que pude decir lo convenció de que ustedes volverían pronto del baile.

Iris se acercó lentamente, con los ojos fijos en su padre. —Oh, papá. Estoy aquí ahora y todo está bien.

—Mi bebé —sollozó Hedley. Su mirada se fijó en el bulto en los brazos de Iris—. Has estado fuera tanto tiempo y no podía encontrarte por ninguna parte.

Hedley se desplomó, pero Martin no se atrevió a soltarlo todavía.

—Está más calmado ahora, Martin. Por favor, siéntalo a mi lado.

Guió a su suegro al sofá que ella eligió y se mantuvo cerca. No permitiría que nadie lastimara a su familia, ni siquiera Alexander.

Iris colocó al bebé en su regazo y luego tomó la mano de su padre. —Solo fuimos a un baile, papá, y no corro ningún peligro aquí. Estamos en casa ahora y pronto iremos a la cama. Ha sido una noche muy larga.

Martin permaneció cerca de Iris, con el corazón en la garganta, temiendo que Hedley pudiera volverse violento de nuevo si apartaba la mirada. Solo Dios sabía qué había provocado este

arrebato, pero no podía volver a suceder. Hedley no estaba en su sano juicio y no era de fiar.

El hombre se inclinó hacia adelante y acarició la mejilla del bebé con un dedo. —Él te robó de mí —susurró a Violet—. Nunca tendrás que verlo de nuevo.

Iris se estremeció. —Lord Louth nunca nos ha hecho daño. Es mi esposo. Él nos cuida. ¿No dijiste que te gusta vivir aquí más que en cualquier otro lugar?

Martin asintió para recordárselo al hombre mayor.

Las manos de Hedley se cerraron en puños. —Pero lo vi manoseándote en las escaleras. Me habría ocupado de él entonces, pero el carcelero me detuvo. Dijo que lo había imaginado. También me trajo comida extra para mantenerme callado, pero no lo soportaré más.

Hedley miró furioso a Gibbs.

Iris tragó saliva y encontró su mirada. En su estado agitado, estaba confundiendo a Gibbs y Fitzhugh como si fueran la misma persona.

—El Sr. Gibbs es un sirviente, papá. Es nuestro mayordomo. —Le pasó el bebé a Whitney, que se había acercado, luego frotó las manos de su padre enérgicamente—. Debes disculparte con él por el malentendido. Lo has lastimado y sé que no era tu intención.

Hedley se enfrentó a Gibbs y de repente parpadeó, mirando a su alrededor con sorpresa. Martin se acercó preocupado, pero la actitud de Hedley había cambiado. Parecía más viejo y muy confundido. —¿Iris? —susurró.

—Estoy aquí, papá. Todo estará bien. —Iris rodeó a su padre con el brazo y lo sostuvo contra su costado mientras miraba al mayordomo—. Lamento mucho si resultó herido, Sr. Gibbs. No volverá a suceder.

—No se preocupe, mi señora. Me tomó por sorpresa. Y lo entiendo. Mi madre era igual en los últimos años de su vida. Los accidentes suceden. Haré que limpien la habitación antes de que lleguen las primeras visitas del día. —Hizo una reverencia, pero se detuvo junto a Martin—. Recomendaría láudano —susurró lo suficientemente bajo para que Hedley no lo oyera.

—Un brebaje calmante podría ser justo lo que necesita para tranquilizar su mente. —Martin asintió—. Gracias, Gibbs, y sea tan rápido como pueda.

Whitney se acercó, meciendo al niño en sus brazos. —Iba a visitar a Lady Taverham más tarde hoy, pero puedo quedarme en casa si prefieres que no vaya.

Martin negó con la cabeza y tomó a Violet de ella. —No. Vuelve a la cama y más tarde disfruta de tu visita. No le digas nada a Miranda sobre esto todavía. Le enviaré una nota al mediodía y le pediré que nos visite esta noche, cuando esto esté resuelto.

Whitney se puso de puntillas para mirar el rostro de Violet y luego el suyo. Arqueó una ceja. —¿Estás seguro?

—Te explicaré todo más tarde, lo prometo.

—Esto será muy interesante. —Sonrió suavemente y salió apresuradamente.

Cuando el mayordomo y Whitney se hubieron marchado, Martin se acercó a Hedley. A Iris podría no gustarle, pero estaba a punto de tomar otra decisión por su padre. El hombre no podía quedarse en Londres o los chismosos destrozarían su reputación y lo enviarían a Bedlam. Necesitaba que lo vigilaran, y eso podría hacerse mejor en el campo que en Londres, donde había menos alboroto y noches tardías. Y Martin tenía el lugar perfecto en su posesión para una estancia prolongada. Hedley necesitaba la serenidad de la casa de viudas en Holly Park, y un grupo de lacayos permanentemente a mano para mantenerlo tranquilo.

Puso su mano en el hombro de Hedley. —¿Nos retiramos a la biblioteca para tomar una copa, señor?

—Oh, sí. Sería muy bienvenido. Justamente me sentía un poco sediento, ahora que lo

menciona —Hedley se alejó de Iris mientras Martin le pasaba a Violet. Acompañó a Hedley hacia la biblioteca para que el personal pudiera empezar a arreglar el salón. Cuando miró por encima del hombro, Iris se quedó atrás abrazando fuertemente a la bebé contra su pecho. Su expresión asustada hablaba por sí sola de su preocupación. Inclinó la cabeza para instarla a que los siguiera.

Gibbs regresó lo suficientemente rápido como para que Martin pudiera deslizar una gran dosis del opiáceo en la primera bebida de Hedley. Se acomodó en la silla frente a Hedley, como lo había hecho en otras tardes acogedoras, y le habló al hombre de asuntos intrascendentes. Iris se posó en una silla cercana, meciendo a su hija mientras dormía. Debía estar tan asustada por los cambios en el comportamiento de su padre. Ya no era el imponente Alexander de antaño, ni tampoco había surgido el dulce padre que ella esperaba tras salir de Marshalsea.

Hedley se adormiló muy pronto y cuando estaba profundamente dormido en su silla y roncando, con la cabeza cómodamente apoyada en el respaldo, Martin le hizo señas a Iris para que se acercara al otro lado de la habitación. Ella dejó a Violet en un sillón muy acolchado y él la atrajo inmediatamente a sus brazos. La sostuvo fuertemente contra su pecho. —Ya ha terminado.

Ella se acurrucó contra su pecho. —No, no ha terminado.

—Lo siento —suspiró contra su cabello para susurrar—. Tienes razón. No hay un final para esta situación. Gibbs mencionó que su madre pasó por lo mismo y se volvió inmanejable, y recuerdo un poco lo que sucedió. Tenía la intención de que tu padre viviera con nosotros para siempre, pero ¿podremos manejarlo? No puedes estar a su lado cada momento del día y de la noche, y yo tampoco. Tampoco es la vida que él querría para ti.

Ella presionó su cabeza contra su pecho. —Nunca había hecho esto antes. Esperaba que mejorara después de su liberación de Marshalsea. Nunca fue muy agradable para él allí, pero jamás soñé que pudiera volverse violento.

—Eso pensé —besó la parte superior de su cabeza—. Quizás en lugar de quedarse en Londres, ¿tu padre debería retirarse a Holly Park? Hay una pequeña casa en la propiedad, una casa de viudas que no está en uso y no muy lejos de la mansión. Podría estar muy cómodo allí y tener una rutina regular que podría calmarlo. Hay una sala de lectura decorada muy parecida a esta y puedo proporcionarle compañía de vez en cuando y muchas de sus comidas favoritas. Con el personal adecuado y una nueva situación en un entorno tranquilo, podría no recordar las dificultades del año pasado.

—Me disculpo por las acusaciones que hizo contra ti —su aliento la abandonó en una ráfaga entrecortada—. Fueron crueles e injustificadas.

—Shh —susurró. Apretó su agarre alrededor de ella—. Es tu padre y no es sorprendente que esté preocupado por ti.

Ella lo miró. —Te amo.

—Y yo iba a decir antes que también te amo, con todo mi corazón —la besó suavemente—. Mi valiente y querida esposa. Me asombras con tu fuerza y tu aceptación de mi hija. Ver tus ojos iluminarse desde dentro porque estás exactamente donde quieres estar me ha hecho tan feliz.

Deslizó sus dedos suavemente por su cuello. —Iris, habrá pocas posibilidades de ocultar el hecho de que está perdiendo la cabeza.

—Lo sé. He sospechado durante algún tiempo que por eso perdió nuestra fortuna. Podría no haber estado en su sano juicio durante muchos años antes de eso y yo descarté mis sospechas. Pequeñas cosas al principio, como olvidar nombres y confundir la hora del día.

—A veces habla como un niño y menciona rencores contra personas de su pasado como si acabara de encontrarse con ellas. Temo que un día viva tan lejos en el pasado que no tenga

ningún recuerdo de mí. Ya he tenido que recordarle que soy su hija. Eso es muy difícil de hacer.

El declive de Hedley era mayor de lo que había visto hasta ahora. —Debemos prepararnos para lo peor.

—¿Qué voy a hacer?

—Apóyate en mí. Juntos, tú y yo podemos lograr cualquier cosa que deseemos —miró hacia abajo—. Eso me recuerda, aún no he besado tus pies por empujar a Whitney a suavizar las cosas con Lord Acton.

Hizo ademán de arrodillarse, pero ella lo agarró por la cintura, deteniendo su descenso. —Ni se te ocurra.

Él sonrió. —¿Esta noche entonces? Después de que la familia se haya acostado. Chuparé cada delicado dedo del pie hasta que me supliques que pare.

Sus ojos se cerraron. —¿Cómo lo haces? Hacer que anhele tu toque solo con tus palabras y olvidar todo lo demás.

—Es un talento —la besó, sosteniéndola firmemente contra su cuerpo.

Se aclaró una garganta y se separaron. Gibbs se había detenido a tres pasos dentro de la habitación y había bajado la mirada para darles privacidad.

Martin suspiró. —¿Sí, Gibbs?

—Me he tomado la libertad de organizar que dos lacayos vigilen al señor Hedley día y noche. Prefiero no correr riesgos de otro arrebato como este.

—Gracias, Gibbs —susurró Iris suavemente—. Lamento mucho ser una molestia para todos. No se lo merecen.

Martin puso su brazo alrededor de sus hombros para ofrecerle su apoyo.

—No es ninguna molestia, mi señora —Gibbs se adentró en la habitación, rellenó el brandy de Hedley y añadió unas gotas más de láudano al líquido—. Lo mantendremos tranquilo por el resto de la noche y veremos cómo está en el almuerzo. Si no hay nada más, los dejaré solos.

—Gracias, Gibbs —En cuanto Gibbs se marchó, tomó las manos de Iris entre las suyas y las llevó a sus labios. Besó suavemente sus nudillos fríos y luego sopló sobre la piel húmeda. Sonrió al ver que sus ojos volvían a parpadear—. Ahora que tu padre está atendido, quiero que lleves a nuestra hija arriba y la dejes instalada con la señora Blake, luego quítate los zapatos y el vestido, y acuéstate al menos una hora. Whitney irá a visitar a Miranda y no volverá en horas. Yo escribiré a todos mientras descansas y te despertaré a tiempo para su llegada.

Ella le apretó las manos y luego se estiró para besarlo en los labios. El beso fue fugaz pero firme, y Martin no pudo evitar sentirse optimista cuando ella sonrió.

—¿Me despertarás con besos otra vez?

Él le acarició la mejilla con los nudillos.

—Siempre.

EPÍLOGO

—NO PUEDO IMAGINAR que haya olvidado algo —meditó Whitney mientras rodeaba la pila de equipaje apilada a un lado de su cama, lista para su partida a la finca campestre de Lord y Lady Taverham.

Iris se cruzó de brazos y examinó la habitación. Whitney la había dejado vacía.

—Si queda algo, seguro que no lo necesitas.

Whitney la cogió del brazo y se lo apretó.

—Siempre tan práctica. ¿Alguna vez haces algo temerario, amiga mía?

Ella miró a Violet, que descansaba en el centro de la cama de Whitney, supervisando el equipaje con solo algún que otro gorjeo o llanto.

—He sido lo suficientemente temeraria para toda una vida.

—Estoy tan orgullosa de ti —Whitney la envolvió en un abrazo y la meció de un lado a otro. Desde su matrimonio con Martin, Whitney había abandonado toda pretensión de formalidad, e incluso una vez se había metido en la cama con Iris para hablar cuando la encontró sola—. Me quedaría si quieres mi apoyo. No me importa lo que diga la gente sobre la niña. Es familia. La niña más bonita que hay —Whitney se subió a la cama y le dio un beso en la suave mejilla a Violet—. No se parece en nada a su padre.

—Por supuesto que sí. El parecido es muy fuerte.

—Tienes tanta suerte, toda la diversión y nada del trabajo duro —Whitney sonrió ampliamente—. A menos que haya algo que quieras compartir conmigo.

—Es demasiado pronto para saberlo. Pero prometo escribirte en cuanto esté segura.

Whitney sonrió.

—No creo que sea tan fácil reír con Miranda como contigo. Primero tendría que llamar su atención, pero estoy deseando pasar un mes fuera de Londres. Dicen que las vistas desde los puntos más altos de la finca son espectaculares. Estoy ansiosa por pintarlas.

—Y yo estaré deseando verlas cuando regreses a Holly Park.

Whitney frunció el ceño.

—Pero pensé que te ibas a quedar en Londres un poco más. Yo ciertamente querría ver por mí misma que Talbot es castigado.

—Mi padre me necesita. No creo que el viaje vaya a ser cómodo.

—¿Quieres decir que tú necesitas a tu padre? —Whitney se puso las manos en las caderas y la miró fijamente—. Iris, ¿nunca has tenido un pensamiento egoísta en toda tu vida? Tienes que tomar lo que quieres y olvidarte de las consecuencias. Si pasas todo el tiempo preocupándote por lo que pensará la gente, nunca tendrás paz. Aprendí eso hace mucho tiempo. Debo ser honesta conmigo misma.

¿Qué quería ella? Miró a su alrededor. Un hogar. Una familia. Alguien a quien amar. Comida en la mesa. Un vestido nuevo de vez en cuando.

Y la hija de Martin.

Sonrió.

—Whitney, tengo todo lo que necesito para ser feliz. Tengo una familia de nuevo.

Whitney le apretó la mano.

—Te echaré de menos, dulce prima.

—Y yo a ti —asintió. Whitney, a pesar de su actitud poco convencional y su indiferencia hacia muchas cosas que la sociedad esperaba que le importaran, había demostrado su valía en los últimos días. No la había juzgado por sus errores pasados—. Promete escribirme y contarme cómo te va tan a menudo como sea posible.

—Lo haré —Whitney miró alrededor de la habitación.

Martin llamó a la puerta y miró horrorizado el equipaje.

—¿Eso es todo lo que te llevas?

—Eso es todo —Whitney sonrió y cogió a Violet. Miró a los ojos de la niña—. Me la llevaría conmigo en un abrir y cerrar de ojos si pudiera.

—Jamás —Iris recuperó a Violet y la colocó en el hueco de su brazo—. No voy a estar sin mi hija ni un solo día.

Whitney sacó una hoja de papel de un cajón lateral.

—¿Ni siquiera por esto?

La chica había dibujado un retrato a carboncillo: Iris sosteniendo a Violet con Martin observando. Su padre estaba sentado al fondo y sonriendo. Estaba tan bien hecho que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias.

—Habrá más cuando regrese, lo prometo.

Con una última mirada, Whitney salió de la habitación, llevando su ridículo y su estuche de pinceles como equipaje de mano. La siguieron hasta el vestíbulo principal y la vieron unirse a Lord y Lady Taverham en su carruaje. Su equipaje llegaría más tarde.

—Espero que no nos arrepintamos de que se vaya —suspiró Martin cuando la puerta se cerró tras su partida—. O que cause problemas entre los Taverham y Acton.

—Acton se queda en Londres, así que no puede haber problemas.

—Él también vuelve al campo. Quiere preparar su casa con antelación para la llegada de la señorita Quartermane. Espero que Whitney se comporte.

Iris se mordió el labio y se acercó a la ventana delantera. La propiedad de Lord Acton colindaba con la finca Twilit Hill de Lord Taverham y se decía que era un visitante frecuente. Era inevitable que, a su regreso, Lord Acton pudiera encontrarse en compañía de Whitney.

—Es demasiado tarde para advertir a Whitney de que sus agradables vacaciones podrían tener una presencia indeseada.

—Bueno, al menos ha hecho un esfuerzo por ser cortés con Acton en Londres, así que soy optimista y creo que podría comportarse durante unas semanas.

Iris suspiró y meció a Violet en sus brazos, resignada a ser pronto la destinataria de la correspondencia más interesante.

—Creo que unas semanas en el campo podrían ser justo lo que necesitan para resolver sus diferencias de una vez por todas. Incluso podría conocer y eventualmente casarse con el hombre de sus sueños si tenemos suerte.

Martin la atrajo hacia sus brazos, con cuidado de no aplastar a la pequeña Violet, y le sonrió,

con una pregunta en su mirada.

—Ya no tengo que soñar, esposo —besó la frente de su hija y luego acarició el querido rostro de él—. Tengo todo lo que necesito para ser feliz al alcance de la mano.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

